CORNELIO TÁCITO

ANALES

LIBROS XI-XVI

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE

JOSÉ L. MORALEJO



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 30



Asesor para la sección latina: SEBASTIÁN MARINER BIGORRA.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de esta obra ha sido revisada por LISARDO RUBIO FERNÁNDEZ.

Sánchez Pacheco, 81, Madrid. España, 1980.

Depósito Legal: M. 12474-1980.

ISBN 84-249-3544-6.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1980.—5152.

NOTA PREVIA

Al igual que en la de los libros I a VI, publicada en el vol. 19 de esta colección, en esta traducción de los libros XI a XVI de los *Anales* se ha tomado como base la 3.ª edición de E. KOESTERMANN (*Cornelii Taciti Libri qui supersunt,* t. I: *Ab Excessu Diui Augusti,* Leipzig, «Bibliotheca Teubneriana», 1971), con las salvedades siguientes:

XI 28,1; véase nota 86.
XII 2,3; véase nota 99.
XII 54,1; véase nota 207.
XIII 9,2; véase nota 262.
XIII 26,2; véanse notas 284 y 285.
XIV 16,1; véase nota 363.
XV 40,1; véase nota 456.

También se ha tenido en cuenta la reciente edición de P. WUILLEUMIER (*Tacite, Annales. Livres XI-XII. Livres XIII-XVI,* París, «Les Belles Lettres», 1976-78), con traducción francesa, así como el muy notable comentario del mismo KOESTERMANN, *Cornelius Tacitus, Annalen,* vols. III-IV, Heidelberg, Carl Winter, 1967-68. Para otras indicaciones generales y bibliográficas acerca de los *Anales,* puede consultarse nuestra Introducción al vol. 19 de esta serie. Al Prof. Lisardo Rubio agradecemos las numerosas sugerencias con que ha mejorado esta traducción y sus notas.

LIBRO XI

Sinopsis

Año 47 d. C. (caps. 1-22)
Año 48 d. C. (caps. 23-38)

Capítulos:

1-4. Condenas varias.
5-7. Debate sobre la abogacía.
8-10. Problemas del Oriente.
11. Juegos Seculares.
12. Mesalina y Silio.
13-15. Claudio como censor.
16-20. Asuntos de Germania.
20-21. Historia de Curcio Rufo.
22. Problemas internos; historia de la cuestura.
23-25. Entrada de los galos en el senado; medidas sobre el senado y patriciado; lustro y censo.
26-38. Culminación y castigo de los escándalos de Mesalina: su muerte.

LIBRO XI

1. ***[1] pues creyó[2] que Valerio Asiático, dos veces cónsul, había sido tiempo atrás su[3] amante; y como

[1] Nos hallamos en el año 47 d. C., séptimo del reinado de Claudio, el torpe hermano de Germánico elevado por azar al imperio en el 41, tras el asesinato de su sobrino Calígula. Aquí concluye la extensa laguna central de los *Anales*, motivada por la pérdida total de los libros VII a X y de la primera parte de este libro XI. Acerca de la distribución temática de los libros perdidos pueden hacerse conjeturas diversas. Si se admite que los *Anales* fueron concebidos según una estructura de tres héxadas, divididas a su vez en tríadas unitarias, parece razonable suponer que los reinados de Calígula (años 37 a 41) y Claudio (años 41 a 54) se repartieran la héxada central de manera que los libros VII a IX correspondieran al primero, y que ya el X estuviera dedicado —como lo están el XI y el XII, conservado completo— al relato de los tiempos de Claudio. Este cálculo no tiene más inconveniente que el de atribuir igual extensión de texto a dos reinados de muy dispar duración, aunque en última instancia la duda principal se limitaría al libro IX, pues tampoco parece probable que la historia de Calígula se relatara en un solo libro. Los libros XIII a XVI —y el último de ellos se nos ha conservado sólo en su primera mitad— están dedicados a Nerón, sin alcanzar más que al antepenúltimo año de su reinado, el 66 d. C. Cabría pensar que en el esquema o proyecto de los *Anales* se le atribuyeran, como a Tiberio, seis libros, con lo que el total de la obra vendría a ser de dieciocho; sin embargo, no puede asegurarse que existiera realmente ese esquema de héxadas ni que, de haber existido, Tácito llegara a desarrollarlo hasta el final, según puede verse en la nota 564. El libro XI en su estado actual nos introduce directa-

además ambicionaba sus jardines, construidos por Luculo[4] y que él estaba embelleciendo con notable magnificencia, lanza a Suilio a acusar a uno y otro. Se le añade a Sosibio, preceptor de Británico[5], con la misión de advertir a Claudio, como haciéndole un favor, que se guardara de una fuerza y unas riquezas que amenazaban a los príncipes; que Asiático, princi- 2
pal instigador del asesinato de ⟨Gayo⟩ César[6], no había temido confesarlo en la asamblea del pueblo romano, ni gloriarse incluso del crimen; que, tras haberse hecho famoso por ello en la Ciudad y una vez que su reputación se había extendido por las provincias, se disponía a marchar junto a los ejércitos de Germania, dado que, por haber nacido en Viena[7] y apoyarse en múltiples y poderosos parentescos, tenía facilidades para provocar revueltas entre los pueblos de su nación. Y Claudio, sin investigar nada más, despachó 3
tropas a toda prisa, como si se tratara de sofocar una guerra, al mando de Crispino, prefecto del pretorio, quien dio con él junto a Bayas y lo arrastró encadenado a la Ciudad.

2. Y no se le dio oportunidad de comparecer ante el senado: se le toma declaración en la alcoba, en pre-

mente en el episodio de la condena de Valerio Asiático por maquinación de Mesalina, la primera de las esposas del Claudio emperador; como fuente complementaria sobre este suceso puede verse Dión Casio, LX 29, 4-6.

[2] Mesalina, esposa de Claudio, según se colige por el contexto.

[3] De Popea, por el contexto.

[4] El famoso sibarita de la época de César; sus famosos jardines cubrían la zona donde hoy se halla la Plaza de España en Roma.

[5] Único hijo varón de Claudio, habido con Mesalina.

[6] El emperador Calígula, asesinado en enero del año 41 d. C.

[7] Vienne, en el Delfinado, a orillas del Ródano.

sencia de Mesalina y acusándolo Suilio de haber corrompido a los soldados, a los que alegaba que con dinero y deshonestidades se tenía ganados para toda clase de infamias, luego de adulterio con Popea, y por último, de ser un afeminado. Ante esto venció el reo su silencio y estalló diciendo: «Pregunta a tus hijos, Suilio; ellos confesarán que soy un hombre»[8]. Comenzó entonces su defensa, que causó mayor emoción en Claudio, pero que incluso a Mesalina le arrancó lágri-
2 mas. Al salir de la cámara para enjugárselas previene a Vitelio para que no deje escapar al reo; ella personalmente se apresura a perder a Popea, poniendo a su lado a quienes, aterrorizándola con la idea de la cárcel, la empujaran a una muerte voluntaria, tan sin que lo supiera el César que, pocos días después, teniendo a su mesa a su marido Escipión, le preguntó por qué no se sentaba con él su esposa, y él le respondió que su mujer había cumplido su destino.

3. Mas cuando Claudio estaba dando vueltas a la idea de absolver a Asiático, Vitelio le recordó entre lágrimas lo viejo de su amistad, y las atenciones que juntos habían tenido para con Antonia[9], madre del príncipe; pasó luego revista a los servicios de Asiático al estado, y a su reciente campaña contra Britania[10], así como a cuantos otros hechos parecían conciliarle la misericordia, para concluir proponiendo que se le permitiera elegir libremente su muerte; y al mo-

---

[8] El sarcasmo de Asiático parece comprenderse mejor si se admite con KOESTERMANN que uno de los hijos de Suilio era el Cesonino citado en XI 36, 4, que habría desempeñado papel de mujer en las orgías de Mesalina y su círculo.

[9] Antonia la Menor, hija de Octavia —la hermana de Augusto— y de Marco Antonio, casada con Druso y madre de Germánico y Claudio.

[10] Parece que en el año 43 d. C., correspondiente a la parte perdida de los *Anales*.

mento habló Claudio pronunciándose por la misma clase de clemencia. Después, cuando algunos le aconsejaron la abstención de alimento y una muerte suave, 2
Asiático les dijo que declinaba por completo el favor; se entregó al tipo de actividades que acostumbraba[11], se bañó, comió de buen humor, y tras decir que hubiera sido más honroso para él perecer por las malas artes de Tiberio o la violencia de Gayo César que por el engaño de una mujer y la impúdica lengua de Vitelio, se abrió las venas, no sin antes inspeccionar su pira funeraria y ordenar su traslado a otro sitio para que la espesura de los árboles no resultara dañada por los ardores del fuego; tanta entereza tuvo en sus últimos momentos.

4. Tras esto se convoca al senado, y Suilio continúa amontonando acusados: dos caballeros romanos ilustres, ambos apellidados Petra. Y la causa de su muerte fue que habían facilitado su casa para los encuentros de Mnéster[12] y Popea. Pero a uno de ellos se le impu- 2
taba haber tenido un sueño en el que habría visto a Claudio ceñido con una corona de espigas vueltas hacia atrás, y que por aquella visión había pronosticado una escasez de trigo. Algunos cuentan que vio una corona de vid con las hojas blanquecinas, y que lo había interpretado en el sentido de que al caer el otoño moriría el príncipe. De lo que no hay duda es de que uno u otro sueño le valió su muerte y la de su hermano. Se 3
votaron para Crispino un millón y medio de sestercios y las insignias de la pretura. Añadió Vitelio la propues-

---

[11] Era un notable gimnasta, al que el propio Claudio llama «prodigio de la palestra» en su discurso conservado por la *Tabula Lugdunensis* (*Corpus Inscriptionum Latinarum* XIII 1668, II 14).

[12] Conocido actor de pantomima también citado en XI 36 y, tal vez, en XI 28, 1.

ta de un millón para Sosibio por ayudar a Británico con su magisterio y a Claudio con sus consejos. Cuando se le preguntó su voto a Escipión dijo: «Como pienso sobre la conducta de Popea lo mismo que todos, haced cuenta que digo lo que todos»; gesto de elegante compromiso entre el amor conyugal y sus obligaciones de senador.

5. A partir de entonces la crueldad de las acusaciones de Suilio fue continua, y su osadía tuvo muchos imitadores; pues, al tomar para sí todo el poder de las leyes y la autoridad de los magistrados, el príncipe
2 había dejado campo libre para el pillaje. Por entonces no había mercancía más venal que la perfidia de los abogados, hasta el punto de que Samio, caballero romano insigne, que había dado a Suilio cuatrocientos mil sestercios, al descubrirse su prevaricación se dio muerte en su casa dejándose caer sobre una espada.
3 En consecuencia, por iniciativa del cónsul designado Gayo Silio, de cuyo poder y perdición hablaré a su tiempo [13], se levantaron los senadores haciendo valer la Ley Cincia [14], por la que está establecido de antiguo que nadie reciba dinero o dones por defender una causa.

6. Después, cuando alborotaron aquellos contra quienes se preparaba tal condena, Silio, que era enemigo de Suilio, arremetió con dureza recordando ejemplos de los viejos oradores, que habían considerado la fama y la gloria en la posteridad como el premio de la elocuencia; que de otro modo la más hermosa y la principal de las artes liberales quedaba mancillada por sórdidas mercaderías; que tampoco la integridad per-

13 Véase XI 12 y 26-36.
14 Del año 204 a. C.

manecía a salvo si se miraba a la magnitud de los
honorarios. En cambio —decía— si los pleitos no se 2
hacían para provecho de nadie, habría menos; ahora
se favorecían las enemistades, las acusaciones, los odios
y las injusticias, de manera que, al igual que la virulen-
cia de las enfermedades proporciona ganancias a los
médicos, así también la podredumbre del foro les supo-
nía dinero a los abogados. Los invitaba a recordar a
Gayo Asinio, a ⟨Marco⟩ Mesala y, entre los más re-
cientes, a Arruncio y a Esernino[15]: habían llegado a
las más altas cimas sin corromper su vida ni su elo-
cuencia. Ante tales palabras del cónsul designado, con 3
las que los otros estaban de acuerdo, ya se estaba
preparando un decreto por el que se los incluía en la
Ley de Concusión, cuando Suilio, Cosuciano y los de-
más, que veían que lo que se establecía no era un jui-
cio —pues se procedía contra culpables manifiestos—,
sino una pena, asedian al César pidiendo perdón para
sus acciones pasadas.

7. *Una vez que asintió, comienzan ellos* a argumen-
tar: ¿quién era tan soberbio como para presumir con
sus esperanzas una fama duradera? Lo que se hacía
era proporcionar un apoyo a la necesidad práctica, de
manera que nadie se encontrara a merced de los pode-
rosos por falta de abogados. Ahora bien, la elocuencia
no era un don gratuito: se abandonaban los intereses
familiares para dedicarse a los asuntos ajenos. Muchos
se ganaban la vida en la milicia, otros cultivando los
campos; nadie se esfuerza por algo cuyo fruto no ha-
ya previsto antes. Asinio y Mesala, colmados de recom- 2
pensas en las guerras entre Antonio y Augusto, o los

---

[15] Serie de celebridades de la oratoria de época imperial; Asinio Polión y Mesala Corvino fueron, tal vez, los más notables oradores del tiempo de Augusto.

Eserninos y Arruncios, herederos de grandes fortunas,
bien podían haber adoptado un aire magnánimo; pero
a la mano estaban los ejemplos de cuánto cobraban
3 por sus discursos Publio Clodio o Gayo Curión[16]. Ellos
—decían— no eran más que unos modestos senadores
que en una república tranquila no buscaban más que
las recompensas propias de la paz. Debía pensar en los
plebeyos que resplandecían en la abogacía; si se supri-
mían las recompensas a esos estudios, también los estu-
4 dios mismos perecerían. El príncipe, juzgando que si
estas consideraciones no eran muy honorables tampoco
carecían de sentido, limitó los honorarios a un máximo
de diez mil sestercios; los transgresores serían proce-
sados por concusión.

8. Por el mismo tiempo Mitridates, de quien ya
conté[17] que había reinado sobre los armenios ⟨y que
por orden de Gayo⟩[18] César había sido puesto en pri-
sión, volvió a su reino animado por Claudio y fiado en
el apoyo de Farasmanes[19]. Éste, rey de los híberos y
hermano de Mitridates, le anunciaba que los partos an-
daban en discordia y que, ante la incertidumbre del
poder supremo, no tenían cuidado de los asuntos me-
2 nores. En efecto, Gotarzes, entre otras muchas atroci-
dades, había provocado la muerte de su hermano Artá-
bano, la de su mujer y la de su hijo, lo cual suscitó
3 miedo en los otros, que llamaron a Vardanes[20]. Éste,
presto siempre a las grandes empresas, recorre en dos
días tres mil estadios y, cogiendo desprevenido a Go-

---

16 En Suetonio, *César* 29, 1, aparece Curión como un tribuno violento y venal.

17 En alguno de los libros perdidos.

18 La conjetura que rellena la laguna es debida a Koestermann. El Gayo César citado es, naturalmente, Calígula.

19 Véase VI 32 y sigs.

20 Artábano IV y Vardanes eran, ambos, hijos de Artábano III.

tarzes, le produce tal pánico que lo desbarata; y no tarda en hacerse con las provincias vecinas, salvo la de Seleucia[21], que rechazó su dominio. Encendido contra aquella gente en una ira excesiva para las conveniencias del momento porque ya habían hecho defección a su padre, se empeña en el asedio de la plaza fuerte protegida por el río que pasa ante ella, por un muro y por abundantes provisiones. Entretanto Gotarzes, refor- 4
zado con la ayuda de los dahas y los hircanos[22], reemprende la guerra, y Vardanes, obligado a dejar Seleucia, trasladó su campamento a los llanos de la Bactriana[23].

9. Entonces, divididas las fuerzas del Oriente sin que se viera claro de qué lado se inclinarían, se dio a Mitridates la oportunidad de ocupar Armenia, con la ayuda de los soldados romanos para tomar las fortalezas de las alturas y también la del ejército hibero, que campeaba por los llanos. Los armenios no opusieron resistencia una vez desbaratado el prefecto Demonacte, que había intentado presentar batalla. Provocó una bre- 2
ve dilación Cotis[24], rey de la Armenia Menor, al que habían recurrido algunos de los notables; luego se sometió ante una carta del César, y todo se puso de parte de Mitridates, el cual adoptó una actitud demasiado dura para un reinado incipiente. Los caudillos partos, 3
cuando estaban ya preparándose para la guerra, hacen repentinamente un pacto al enterarse de una conjura

---

21 Ciudad fundada por Seleuco Nicátor hacia el 300 a. C. en la ribera del río Tigris. Corresponde a la actual Tell Umar, cerca de Bagdad; véase VI 42, 1.

22 Pueblos situados al SE. del Mar Caspio; véanse II 3, 1; VI 36, 4; VI 43, 2.

23 Reino situado en el extremo NE. del antiguo Imperio Persa; venía a coincidir con el territorio del actual Afganistán.

24 Hijo del Cotis de Tracia citado en II 64.

del pueblo que Gotarzes descubrió a su hermano; se reunieron, y tras algunas vacilaciones iniciales, estrechándose las manos pactaron ante un altar de los dioses vengar la deslealtad de los enemigos y hacerse con-
4 cesiones mutuas. Pareció Vardanes más capacitado para conservar el reino, y Gotarzes, por que no hubiera lugar a rivalidades, se marchó al fondo de la Hircania. Cuando Vardanes regresa se le entrega Seleucia, a los siete años de su defección, no sin deshonor de los partos, a quienes una sola ciudad había burlado por tanto tiempo.

10. Visitó luego las más importantes provincias, y ya se disponía a recuperar Armenia, si no fuera que lo echó atrás Vibio Marso, legado de Siria, amenazándolo con una guerra. Pero entretanto Gotarzes, arrepentido de haber cedido el reino y llamado por la nobleza, cuya servidumbre es más dura en la paz,
2 reúne tropas. Le salieron al encuentro junto al río Erindes; tras duro combate en su paso se impuso Vardanes, y en combates prósperos sometió a los pueblos que había en medio, hasta el río Sindes[25], el cual separa a dahas y arios[26]. Allí se puso un término a su fortuna, pues los partos, aunque vencedores, se negaban
3 a una campaña lejana. En consecuencia, tras levantar monumentos en los que daba fe de su poder y de que con anterioridad ninguno de los Arsácidas había logrado tributos de aquellas gentes, se vuelve cargado de gloria y, por ello, más cruel y más intolerante para con sus súbditos. Éstos, tras tenderle una trampa, lo mataron cuando estaba desprevenido y dedicado a la caza, en plena juventud, pero ilustre como pocos de los reyes viejos si hubiera buscado en la misma medi-

---

25 Ni el Erindes ni el Sindes parecen identificados.
26 Los arios habitaban en el centro de Persia.

da el amor de su pueblo que el miedo de los enemigos. Con el asesinato de Vardanes surgieron perturbaciones 4 entre los partos, que dudaban sobre a quién elegirían como rey. Muchos se inclinaban a favor de Gotarzes, algunos por Meherdates[27], descendiente de Fraates entregado a nosotros como rehén. Al cabo se impuso Gotarzes, y una vez en el poder, con su crueldad y excesos, empujó a los partos a dirigir al príncipe romano ocultos ruegos pidiéndole que permitiera a Meherdates asumir el trono de sus padres.

11. En el mismo consulado, ochocientos años después de la fundación de Roma, sesenta y cuatro tras los que había dado Augusto, se celebraron los Juegos Seculares[28]. Dejo de lado los cálculos de uno y otro príncipe, suficientemente tratados en los libros en que narré la historia del emperador Domiciano. Pues también éste celebró Juegos Seculares, y en ellos tuve yo[29] participación especial por estar investido del sacerdocio quindecinviral y ser entonces pretor. Esto no lo

---

[27] Era nieto de Fraates IV, en cuanto que hijo de Vonones; véase II 1 y sigs.

[28] Los juegos se inauguraron el 21 de abril del 47 d. C. Augusto había celebrado los suyos en la primavera del 17 a. C., ocasión para la que Horacio compuso su *Camen Saeculare.* Los *Ludi Saeculares* constaban de una serie de sacrificios solemnes a divinidades varias, según las prescripciones de los Libros Sibilinos, para celebrar la entrada en un nuevo *saeculum.* El cómputo de las fechas se vio con frecuencia alterado, tanto por el abandono como por el celo de los organizadores. Augusto había fijado la duración del *saeculum* en 110 años, Claudio se quedó en los 100, y pretendía conmemorar con sus *ludi* el octavo siglo de la fundación de Roma.

[29] Domiciano celebró sus *Ludi Saeculares* en el año 88 d. C. Es éste uno de los escasos pasajes en que Tácito nos da noticias sobre su propia vida. Como ya se indicó en su momento, el colegio de los quindecínviros tenía a su cargo la custodia de los *Libri Sibyllini;* véase VI 12. Tácito se remite a una parte perdida de las *Historias.*

cuento por jactancia, sino porque el colegio de los
quindecínviros tiene ese cometido desde antiguo, y los
magistrados oficiaban en la mayor parte de las cere-
2 monias. En ocasión en que asistía Claudio a los juegos
circenses, cuando unos muchachos nobles a caballo re-
presentaron el juego de Troya[30], y entre ellos Británico,
el hijo del emperador, y Lucio Domicio, que por adop-
ción pasó luego a heredar el imperio con el apellido de
Nerón[31], el favor de la plebe, que fue más vivo hacia
3 Domicio, se tomó como un presagio; y se contaba en-
tre el vulgo que en su infancia había tenido junto a sí
unos dragones como guardianes[32], fábulas derivadas de
fantásticas narraciones extranjeras; pues el propio Ne-
rón, que en nada pretendía denigrarse a sí mismo, solía
contar que en su habitación sólo se había visto una
culebra.

12. Pero esta inclinación del pueblo era un resto
del recuerdo de Germánico, del cual aquél era el único
descendiente varón[33]; además, la lástima por su ma-
dre Agripina aumentaba por la crueldad de Mesalina,
que, aunque dañina siempre y entonces más exaltada,
no podía suscitar falsas imputaciones y acusadores,
entretenida como estaba a causa de un amor nuevo y
2 próximo a la locura. En efecto, ardía de tal modo por
Gayo Silio, el más bello de los jóvenes romanos, que
eliminó de su matrimonio a Junia Silana, dama noble,

---

30 Cabalgata de jóvenes nobles en la que se evocaba la epopeya troyana.

31 El futuro emperador Nerón, que sólo pasó a llamarse así tras su adopción por Claudio (véase XII 25), era hijo de Agripina —hija de Germánico y la primera Agripina— y de su primer marido Domicio, apellido que, por tanto, le correspondía.

32 Véase SUETONIO, *Nerón* 6, 4.

33 En cuanto que hijo de Agripina, la hija de Germánico. A pesar de tratarse de una familia numerosa, el hado adverso que la persiguió eliminó prácticamente su descendencia.

para gozar en exclusiva de su amante. A Silio no se le
ocultaban ni el escándalo ni el peligro; pero si se nega-
ba era segura su perdición, y tenía cierta esperanza de
pasar desapercibido; recibía además grandes recom-
pensas y se consolaba cerrando los ojos al futuro y
gozando del presente. Ella iba a menudo a su casa, 3
no a escondidas, sino con gran acompañamiento; lo se-
guía paso a paso y lo colmaba de riquezas y honores, y
al fin, como si hubiera ya cambiado la fortuna, los
siervos, libertos y lujos del príncipe se veían en casa
del amante.

13. Pero Claudio, que sin saber nada de su matri-
monio se dedicaba a desempeñar funciones de censor[34],
reprimió con severos edictos la licencia del pueblo en
el teatro, pues se habían atrevido a lanzar ultrajes con-
tra el ex cónsul Publio Pomponio[35] —que daba obras
a la escena— y contra ilustres damas. Además dio una 2
ley contra la saña de los prestamistas, prohibiéndoles
prestar a los hijos de familia con la condición de pagar
después de la muerte de los padres. También llevó a la
Ciudad unos manantiales de agua desde las colinas
Simbruinas[36], y todavía añadió y difundió nuevas le-
tras, tras averiguar que tampoco el alfabeto griego ha-
bía sido empezado y completado de una vez.

14. Fueron los egipcios los primeros en representar los pensamientos, por medio de figuras de animales

[34] El espíritu mediocre, erudito y detallista de Claudio sentía predilección por esta magistratura, abandonada desde comienzos del Imperio, y que él restauró y ejerció con diligencia.

[35] Apreciable poeta dramático de obra perdida, en la que se contaba una tragedia sobre Eneas. Tuvo también una carrera militar notable.

[36] Se trata del famoso acueducto y fuente del *Aqua Claudia*, que existen todavía. Las colinas Simbruinas se localizan en el alto curso del río Aniene, afluente del Tíber por su izquierda.

—sus documentos, los más antiguos de la historia humana, se pueden ver grabados en piedra—, y consideran que fueron ellos los inventores de las letras; que luego los fenicios, por su dominio del mar, las introdujeron en Grecia y se llevaron la gloria de lo que habían
2 recibido como si lo hubieran inventado ellos. En efecto, se cuenta que Cadmo[37], llegado en una flota fenicia, fue el que enseñó tal arte a los pueblos griegos todavía incultos. Algunos narran que Cécrope[38] el ateniense o Lino[39] el tebano, o el argivo Palamedes[40] en los tiempos de Troya, inventaron las formas de dieciséis letras, y que luego otros y especialmente Simónides[41] inven-
3 taron las restantes. En Italia los etruscos las aprendieron del corintio Demarato[42] y los aborígenes, del arcadio Evandro[43]; la forma de las letras latinas es la de las griegas más antiguas. Pero también nosotros tuvimos pocas en un principio, y luego se añadieron más. Pues bien, siguiendo tal ejemplo, Claudio añadió tres letras[44], que, en uso durante su reinado y olvidadas lue-

---

37 Mítico fundador de Tebas al que, en efecto, la tradición atribuye la importación a Grecia de un alfabeto fenicio.

38 Fundador mítico de la monarquía ateniense, y prototipo de héroe benefactor de la humanidad primitiva.

39 Cantor al que el mito presenta como muerto por Apolo por haber osado rivalizar con el arte musical del dios.

40 Héroe mítico de proverbial inteligencia.

41 Simónides de Ceos, poeta lírico que vivió entre los siglos VI y V a. C.

42 Padre de Tarquinio el Mayor, el primer rey etrusco de Roma; véase Tito Livio, I 34, 2.

43 Los aborígenes, literalmente «los autóctonos», eran los pobladores del primitivo Lacio en la saga de los orígenes de Roma. Evandro, según la misma tradición, había emigrado desde la Arcadia griega al que llegaría a ser solar de la ciudad, donde luego prestaría su ayuda al recién llegado Eneas (véase Virgilio, *Eneida* VIII 51 sigs.). Los recientes hallazgos de restos griegos de la cultura micénica en el área del Palatino romano parecen proporcionar una base real a la leyenda de Evandro.

44 Las *litterae Claudianae*, de efímera vida, fueron: el *di-*

go, se ven todavía ahora en los bronces de publicación de los plebiscitos fijados por los foros y templos.

15. Después informó al senado sobre el colegio de los harúspices[45], para que no se perdiera por la desidia la ciencia más antigua de Italia. Les recordó que muchas veces en circunstancias adversas para la república se había llamado a los harúspices, por cuyo consejo se habían restaurado los ritos y conservado luego con más propiedad; que los notables etruscos por propia iniciativa o por impulso del senado romano habían cultivado esta ciencia y la habían propagado en sus familias; que eso se hacía ahora con menor diligencia por el desinterés público ante las artes provechosas, y por estar en auge las supersticiones extranjeras. Y cierto que por el momento todo iba bien, 2
pero había que dar gracias a la benevolencia de los dioses, haciendo que los ritos sagrados cultivados en las situaciones difíciles no se olvidaran en la prosperidad.
En consecuencia se promulgó un decreto del senado 3
para que los pontífices miraran qué se había de conservar y robustecer en la disciplina de los harúspices.

---

gamma inuersum, una especie de F invertida, destinada a notar la *u* consonántica; un signo, de forma ꜔, para recoger el oscuro *medius sonus u/i* de los dobletes tipo *optumus/optimus*; por último, el llamado *antisigma*, una especie de C vuelta a la izquierda, para el grupo *ps*, a la manera de la *psi* griega, y de modo paralelo a la X latina; sobre el tema puede verse A. Traina, *L'alfabeto e la pronunzia del latino*, 4.ª ed., Bolonia, 1973, pág. 19.

[45] La *haruspicina*, legado de la dominación etrusca en Roma, era una disciplina adivinatoria ejercida sobre las entrañas de las víctimas sacrificadas. Acerca de ella pueden verse interesantes observaciones en el discurso de Cicerón *De haruspicum responso*, en el que trata de rebatir las acusaciones que le valió el haber demolido, para reconstruir su casa incautada cuando su exilio, el templo de la Libertad edificado sobre el solar.

16. El mismo año[46] el pueblo de los queruscos[47] pidió a Roma un rey, dado que en las guerras intestinas había perdido a sus nobles, y sólo les quedaba un personaje de sangre real que estaba retenido en la Ciudad y se llamaba Itálico. Era hijo de Flavo, hermano de Arminio[48], y su madre era hija de Actumero, príncipe de los catos[49]; tenía prestancia física y estaba ejercitado en armas y caballos a la manera patria y a la nuestra. Así pues, el César lo proveyó de dinero, le dio una escolta y lo exhortó a tomar sobre sí con magnanimidad la gloria de su gente, recordándole que él era el primero que, nacido en Roma y no como un rehén, sino como ciudadano, marchaba a un dominio extran-
2 jero. A su llegada resultó grato a los germanos, y como, al no estar implicado en ninguna discordia, trataba a todos con la misma consideración, era celebrado y agasajado, dándose a veces a la amabilidad y a la templanza, que a nadie desagradan, y las más al vino y a los excesos, gratos a los bárbaros. Y ya su fama brillaba entre las gentes próximas, y aún más lejos, cuando, desconfiando de su poder los que se habían encumbrado con las facciones, se marchan a los pueblos limítrofes afirmando que se quitaba a Germania su antigua
3 libertad y que se impone el poder romano: ¿acaso no había nadie nacido en la propia tierra que pudiera ocupar el lugar principal sin que se colocara por encima de todos al hijo del espía Flavo? De nada valía —decían— que se pusiera por delante el nombre de Arminio; incluso aunque su propio hijo criado en tierra enemiga hubiera venido a reinar, podría temerse

---

[46] *Continúa el año 47 d. C.*

[47] Pueblo germano asentado entre los ríos Weser y Elba.

[48] Puede verse la escena del enfrentamiento entre los dos hermanos en II 9-10.

[49] Vecinos de los queruscos, entre el Rin y el Weser; su nombre pervive en el del actual territorio de Hessen.

a quien estaba absolutamente contaminado por una crianza, una servidumbre y un modo de vida extranjeros; y si Itálico pensaba igual que su padre, ningún otro había empuñado las armas contra su patria y sus dioses penates con más saña que él.

17. Con estas y similares arengas lograron reunir grandes fuerzas; no eran menos los que seguían a Itálico, pues les recordaba que no había irrumpido entre ellos por la fuerza, sino que lo habían llamado considerando que en nobleza precedía a los demás; en cuanto a su valor, les decía que experimentaran ellos mismos si se mostraba digno de su tío Arminio y de su abuelo
Actumero; que no se avergonzaba de que su padre no 2
hubiera quebrantado nunca la fe que había dado a los romanos con el consentimiento de los germanos; que la palabra libertad constituía un pretexto falso en quienes eran en su vida privada unos degenerados, para la comunidad una ruina, y que no tenían esperanza más
que en la discordia. El pueblo acogía estas palabras 3
con entusiásticas aclamaciones, y en la gran batalla que se dio entre los bárbaros salió vencedor el rey; después, sin embargo, empujado por su prosperidad a la soberbia, fue destronado y restablecido otra vez con la ayuda de los lombardos[50], dañando por igual al poder de los queruscos con sus éxitos y sus adversidades.

18. Por el mismo tiempo los caucos[51], libres de disensiones intestinas y alegres por la muerte de Sanquinio[52], mientras llegaba Corbulón hicieron incursiones por la Germania Inferior al mando de Gannasco.

---

[50] Tribu sueva instalada, por entonces, más allá del Elba.
[51] Situados entre los ríos Ems y Elba.
[52] Legado de la Germania Inferior.

Era éste un canninefate[53] por nacimiento, mercenario auxiliar durante largo tiempo y luego desertor, que con naves ligeras se dedicaba a la piratería devastando especialmente el litoral de la Galia, pues no ignoraba que
2 se trataba de gentes ricas y poco guerreras. Pero Corbulón entró en la provincia con gran diligencia y pronto consiguió la gloria, de la cual fue inicio aquella campaña, en la que llevó las trirremes por el curso del Rin, y las restantes naves, según las posibilidades de cada una, por los estuarios o los canales. Tras hundir las barcas enemigas y ahuyentar a Gannasco, cuando vio la situación del momento bastante arreglada, redujo a la vieja disciplina a aquellas legiones desacostumbradas por la pereza al trabajo y las fatigas, pero felices con el pillaje, ordenando que nadie se saliera de la columna ni entablara combate si no se le había ordenado.
3 Las guardias y servicios de día y de noche se hacían con armas, y cuentan que a un soldado, por cavar desarmado en el recinto, y a otro porque lo hacía armado sólo con un puñal, los castigó con la muerte. Aunque esto es excesivo y no es seguro que no le haya sido imputado sin fundamento, toma origen en la severidad de aquel general; no cabe duda de que fue inexorable con los grandes delitos aquel a quien se atribuía tanta dureza incluso frente a las faltas leves.

19. Por lo demás, el temor ante tales medidas produjo efectos contrarios en el ejército y en los enemigos: nuestro valor aumentó, y se quebrantó la soberbia de los bárbaros. También el pueblo de los frisios[54], que tras la revuelta surgida de la derrota de Lucio Apronio[55] se nos mostraba hostil o poco seguro, entre-

---

[53] Los canninefates habitaban en territorio de la actual Holanda.

[54] Pueblo costero, entre los ríos Ems y Elba.

[55] Sobre tal combate véase IV 73.

gó rehenes y se asentó en las tierras señaladas por Corbulón; asimismo les impuso un senado, magistrados y leyes. Además, para evitar que desobedecieran sus ór- 2
denes, estableció entre ellos un puesto fortificado, tras enviar comisionados que atrajeran a los caucos mayores[56] a someterse y que, al propio tiempo, atacaran por medio de engaños a Gannasco. La emboscada que se le tendió no resultó inútil, ni tampoco vergonzosa en el caso de aquel desertor que había violado la fe jurada.
Pero con su muerte se soliviantaron los ánimos de los 3
caucos, y Corbulón no dejaba de suministrar motivos para la revuelta, en medio de comentarios favorables de la mayoría, mas no sin que algunos los hicieran adversos: en efecto, ¿por qué provocaba al enemigo?; las adversidades caerían sobre el estado, y si el éxito lo acompañaba, resultaba temible para la paz un hombre que se destacaba y difícil de soportar para aquel príncipe cobarde. En consecuencia, Claudio prohibió nuevos ataques contra las Germanias, hasta el punto de que mandó retirar las guarniciones más acá del Rin.

20. Cuando ya Corbulón estaba montando su campamento en territorio enemigo le llegó la carta. Ante este hecho inesperado, y aunque en él se mezclaban muchos sentimientos —miedo del emperador, desprecio de los bárbaros, escarnio de los aliados—, sin decir más que: «¡Felices los generales romanos de antaño!», dio la orden de retirada.

Sin embargo, para que los soldados se sacudieran el 2
ocio, cavó entre el Mosa y el Rin un canal de veintitrés millas destinado a evitar las incertidumbres del Océa-

[56] Los caucos mayores estaban separados de los menores por el río Weser.

no[57]. Con todo, el César le concedió las insignias del triunfo, a pesar de haberle negado la guerra.

3 Y no mucho después consigue el mismo honor Curcio Rufo, por haber abierto una mina para buscar filones de plata en el territorio de Mattio[58]; su provecho fue escaso y poco duradero, pero las legiones hubieron de sufrir fatigas y bajas, cavar canales y hacer bajo tierra trabajos que serían duros incluso a cielo abierto. Sometidos a tales faenas, y como se veían obligados a soportarlas en varias provincias, los soldados escribieron una carta secreta en nombre de los ejércitos, rogando al emperador que a aquellos a quienes fuera a dar los mandos militares les concediera el triunfo por anticipado[59].

21. Acerca del origen de Curcio Rufo, de quien algunos contaron que era hijo de un gladiador, no quisiera declarar falsedades, pero me da vergüenza relatar la verdad. Después de pasar de la adolescencia, incorporado al séquito de un cuestor al que había correspondido el África, cuando se encontraba en la ciudad de Adrumeto y andaba solo al mediodía por los soportales vacíos, se le apareció la figura de una mujer de aspecto sobrehumano y oyó una voz que le decía: «Tú eres, Rufo, el que ha de venir a esta provincia como pro-
2 cónsul». Con tal augurio medraron sus esperanzas y, vuelto a la Ciudad, por la generosidad de sus amigos y

---

[57] El canal permitiría pasar de uno a otro río sin aventurarse a salir al mar. Parece ser que el que hizo cavar Corbulón subsiste en el que actualmente une las ciudades holandesas de Leiden y Delft, con una longitud de más de 30 kms.

[58] En el actual Hessen, en el emplazamiento de Wiesbaden.

[59] Para evitar —sarcástico razonamiento— que se procuraran la recompensa a costa del esfuerzo agotador de la tropa. No hay datos a favor ni en contra de la identificación de este triunfador con el autor de la *Historia de Alejandro Magno,* acerca del cual no se posee indicación precisa alguna.

también por su agudo ingenio consigue la cuestura y luego la pretura, frente a candidatos nobles, por recomendación del príncipe, ocasión en que Tiberio trató de disimular sus poco honrados orígenes con estas palabras: «Curcio Rufo me parece nacido de sí mismo». Tuvo luego larga vejez y, usando para con sus 3
superiores de una sombría adulación, de la arrogancia para con sus inferiores, y poco tratable para sus iguales, obtuvo el mando consular, las insignias del triunfo y, al cabo, la provincia de África; muriendo allí cumplió el presagio sobre su destino.

22. Entretanto en Roma, sin causas visibles ni luego conocidas, el caballero romano insigne Gneo Nonio es descubierto armado de espada en el corro de los que saludaban al príncipe. El caso fue que mientras lo desgarraban en los tormentos, sin negar acerca de sí mismo, no dio a conocer cómplices, sin que sepa si los ocultaba.

En el mismo consulado[60] propuso Publio Dolabela 2
que se celebrara todos los años un espectáculo de gladiadores a expensas de quienes alcanzaran la cuestura.
Entre nuestros mayores tal cargo había sido una re- 3
compensa a la virtud, y a todos los ciudadanos, si confiaban en sus buenas cualidades, les estaba permitido pretender las magistraturas; ni siquiera en consideración a la edad se hacían distinciones que impidieran alcanzar en la primera juventud el consulado y las dictaduras. Por lo que mira a los cuestores, fueron insti- 4
tuidos cuando todavía gobernaban los reyes, según muestra la ley curiata restablecida por Lucio Bruto[61].

---

60 De Claudio y Lucio Vitelio, año 47 d. C.

61 El fundador de la república romana en el 509 a. C. Una *lex curiata* era la que había sido votada en la asamblea de las treinta curias en que Rómulo había dividido a la población de Roma.

Además, conservaron los cónsules el poder de escogerlos hasta que también tal magistratura pasó a conferirla el pueblo. Los primeros a quienes se nombró fueron Valerio Potito y Emilio Mamerco, sesenta y tres años tras la expulsión de los Tarquinios[62], con la mi-
5 sión de asistir al ejército. Luego, al aumentar el volumen de los asuntos, se añadieron otros dos, encargados de Roma. Más tarde se duplicó el número, cuando ya Italia era tributaria y se sumaban los impuestos de
6 las provincias. Después, por una ley de Sila[63], se crearon veinte para completar el senado, al que él había atribuido la vista de los juicios, y aunque luego los caballeros recuperaron los juicios[64], la cuestura se concedía por la dignidad de los candidatos o por el favor de los electores y a título gratuito, hasta que con la moción de Dolabela quedó como sometida a subasta.

23. En el consulado de Aulo Vitelio y Lucio Vipstano[65] cuando se trató de completar el senado, los notables de la Galia llamada Comata[66], que ya tiempo atrás habían conseguido la condición de federados y la ciudadanía romana, pidieron el derecho de alcanzar cargos en la Ciudad, lo que provocó muchos y va-

---

[62] Es decir, en el año 447 a. C.

[63] En el año 81 a. C., por la *Lex Cornelia de XX quaestoribus*, bien conservada en una tabla de bronce que la publicaba (*Corpus Inscriptionum Latinarum* I² 587).

[64] Sila había eliminado los jurados de caballeros, creados en tiempo de los Gracos en el marco de las reformas democratizantes del último tercio del siglo II a. C., para traspasar las vistas al senado controlado por él. En el año 70 a. C., en el curso del proceso de desmontaje de la dictadura silana, se restablecieron los jurados, aunque también entraban en ellos senadores y tribunos del erario; véanse XII 60 y nota 225.

[65] Comienza la narración del año 48 d. C.

[66] Es decir, «la de cabello largo», para distinguirla de la *togata*, «la que viste de toga» o Narbonense, mucho más romanizada.

riados comentarios. Ante el príncipe se enfrentaban 2
los intereses contrapuestos: se afirmaba que Italia no estaba tan decaída que no fuera capaz de proporcionar un senado a su capital; que antaño los indígenas les habían bastado a los pueblos consanguíneos, y que no había que avergonzarse de la antigua república. Aún más, se recordaban todavía los ejemplos de virtud y de gloria que la casta romana había dado según las
viejas costumbres, ¿era todavía poco el que ya los vé- 3
netos e ínsubres[67] hubieran irrumpido en la curia, para meter ahora en ella a una tropa de extranjeros, como a un grupo de cautivos?; ¿qué honor les quedaba ya a los nobles supervivientes o a algún senador pobre del
Lacio, si lo había? Decían que todo lo iban a llenar aque- 4
llos ricachones cuyos abuelos y bisabuelos, jefes de pueblos enemigos, habían destrozado a nuestros ejércitos por la violencia de las armas y habían asediado en Alesia[68] al divino Julio. Y todo esto eran cosas recientes; pues ¿qué decir si se recordaba a quienes al pie del Capitolio y de la ciudadela de Roma habían caído a manos de aquel mismo pueblo?[69]; que gozaran en buena hora del título de ciudadanos, pero que no pretendieran rebajar las insignias del senado y los honores de los magistrados.

24. El príncipe no se dejó impresionar por estos y parecidos comentarios; no sólo se pronunció al mo-

[67] Pueblos de las regiones circundantes de las actuales Venecia y Milán. La Galia Cisalpina —entre Apeninos y Alpes— había obtenido de Julio César la plena ciudadanía romana en el año 49 a. C.

[68] Alesia estuvo situada en la actual Alise-Sainte-Reine, Departamento de Côte d'Or. El acontecimiento de referencia, decisivo en la conquista de las Galias, tuvo lugar en el año 53 a. C.; véase César, *Guerra de las Galias* VII 68 sigs.

[69] En la famosa *clades Gallica* del año 390 a. C., cuando la tribu celta de los senones conquistó Roma.

mento contra ellos, sino que además, convocando al senado, empezó a hablar en estos términos[70]: «Mis mayores, de los que Clauso —el más antiguo—, siendo de origen sabino, fue admitido a un tiempo en la ciudadanía romana y entre las familias patricias[71], me exhortan a proceder con parejos criterios en el gobierno del estado, trayendo aquí a lo que de sobresa-
2 liente haya habido en cualquier lugar. En efecto, tampoco ignoro que a los Julios se los hizo venir de Alba[72], a los Coruncanios de Camerio[73], a los Porcios de Túsculo[74] ni, por no entrar en detalles de la antigüedad, que se hizo entrar en el senado a gentes de Etruria, de Lucania y de toda Italia; que al fin se extendió ésta hasta los Alpes, para que no sólo algunos individualmente, sino también tierras y pueblos se unieran a nues-
3 tro nombre. Tuvimos entonces sólida paz interior; también gozamos de prosperidad en el extranjero cuando fueron recibidas en nuestra ciudadanía las gentes de más allá del Po, cuando, con el pretexto de nuestras legiones repartidas por el orbe de la tierra, incorporando a los provinciales más valerosos, se socorrió a nuestro fatigado imperio[75]. ¿Acaso nos pesa que los

70 Este discurso de Claudio, que produce sobre sus aptitudes una impresión mucho más favorable que la que Tácito transmite habitualmente, está, indudablemente, reelaborado por el historiador con objetivos artísticos. Poseemos en la *Tabula Claudiana* de Lyon (*Corpus Inscriptionum Latinarum* XIII 1668) una versión directa de las palabras del emperador.

71 Véanse IV 9, 2 y XII 25, 2.

72 Véase IV 9, 2; de Alba Longa, cerca del actual Castelgandolfo, procedía la familia de los Césares, la cual se tenía por descendiente de Julo, hijo de Eneas.

73 Ciudad del primitivo Lacio, de incierta localización.

74 En los Montes Albanos, a unos 30 kms. al E. de Roma; entre los Porcios hay que recordar a Catón el Viejo, precisamente de Túsculo.

75 Alude a las colonias de militares veteranos asentados en las provincias.

Balbos[76] desde Hispania y varones no menos insignes desde la Galia Narbonense hayan pasado a nosotros? Aun quedan descendientes suyos, y no nos ceden en amor a esta patria. ¿Cuál otra fue la causa de la per- 4
dición de lacedemonios y atenienses, a pesar de que estaban en la plenitud de su poder guerrero, si no el que a los vencidos los apartaban como a extranjeros? En cambio, nuestro fundador Rómulo fue tan sabio que a muchos pueblos en un mismo día los tuvo como enemigos y luego como conciudadanos[77]. Sobre nosotros han reinado hombres venidos de fuera; el que se encomienden magistraturas a hijos de libertos no es, como piensan muchos sin razón, algo nuevo, sino que fue práctica de nuestro viejo pueblo. Se objetará que 5
hemos guerreado con los senones: ¡como si los volscos y los ecuos[78] nunca hubieran desplegado sus ejércitos contra nosotros! Fuimos cautivos de los galos, pero también hubimos de entregar rehenes a los etruscos y de tolerar el yugo de los samnitas[79]. Y con todo, si se 6

---

[76] Los Balbos eran una notable familia gaditana en la que destacaron dos miembros frecuentemente confundidos por llevar ambos el mismo nombre: Lucio Cornelio Balbo. Eran tío y sobrino; para distinguirlos se los cita a veces como L. C. B. el Mayor y L. C. B. el Menor. Ambos, colaboradores de César, alcanzaron los mayores éxitos: Balbo el Mayor fue el primer extranjero que consiguió el consulado (año 40 a. C.), y Balbo el Menor el primer extranjero que obtuvo el triunfo por sus hazañas militares en África; véase sobre el tema L. Rubio, «Los Balbos y el Imperio Romano», en *Anales de Historia Antigua y Medieval*, Buenos Aires, 1949, págs. 67-119, y 1950, págs. 142-199.

[77] El caso más conocido entre estos sinecismos que agrandaron la primitiva Roma es el que integró en ella a los sabinos; véase *Tito Livio*, I 11 y 13.

[78] Pueblos situados al E. y SE. del Lacio, y que desde largo tiempo atrás se hallaban totalmente integrados en la vida romana.

[79] Cuando el rey etrusco Porsenna conquistó Roma al poco tiempo de la legendaria expulsión de los reyes en 509 a. C., y

pasa revista a todas las guerras, ninguna se terminó en tiempo más breve que la que hicimos contra los galos, y desde entoces hemos tenido una paz continua y segura. Unidos ya a nuestras costumbres, artes y parentescos, que nos traigan su oro y riquezas en lugar
7 de disfrutarlas separados. Todas las cosas, senadores, que ahora se consideran muy antiguas fueron nuevas: los magistrados plebeyos tras los patricios, los latinos tras los plebeyos, los de los restantes pueblos de Italia tras los latinos. También esto se hará viejo, y lo que hoy apoyamos en precedentes entre los precedentes estará algún día».

25. Por un decreto del senado que siguió al discurso del príncipe obtuvieron los primeros los eduos[80] el derecho de senadores en la Ciudad. Fue ésta una concesión a su antigua alianza, ya que son los únicos de los galos que usan el título de hermanos del pueblo romano.

2 Por los mismos días el César hizo entrar en el número de los patricios a los más antiguos del senado y a los que habían tenido padres ilustres, pues quedaban ya pocas de las familias que Rómulo había llamado de las gentes mayores y Bruto de las gentes menores[81], y se habían agotado incluso las que añadiera el dictador César por la Ley Casia y el príncipe Augusto por la Ley Senia[82]. Estas medidas provechosas para

---

cuando en 321 a. C. los romanos sufrieron el desastre militar de las Horcas Caudinas.

[80] Tribu gala asentada en el actual territorio de Borgoña.

[81] Las *gentes maiores* de Rómulo correspondían a los 100 primeros senadores nombrados por él. La tradición más general sobre las *gentes minores*, que habrían sido creadas por el rey Tarquinio Prisco (Tito Livio, I 35, 6), no se acuerda con la versión que sigue Tácito. Sí consta que Bruto elevó a 300 el número de los senadores (Tito Livio, II 1, 10).

[82] En los años 45 a. C. y 30 a. C., respectivamente.

la república se adoptaban con gran alegría de aquel
censor[83]. Inquieto por el modo en que a los hombres 3
de mala fama podría alejarlos del senado, empleó un
medio suave y recién inventado en lugar de la antigua
severidad: ordenó que cada cual reflexionara sobre sí
mismo, y pidiera el derecho de abandonar su dignidad;
se otorgaría fácilmente la venia, y él presentaría al
mismo tiempo los nombres de los senadores separados
y dimitidos, de manera que mezclados el juicio de los
censores y el pudor de los que se retiraban volunta-
riamente mitigaran la ignominia. Con tal motivo el 4
cónsul Vipstano propuso que se diera a Claudio el títu-
lo de padre del senado, puesto que el de padre de la
patria se había hecho de corriente uso, y los mé-
ritos nuevos para con la república debían honrarse con
títulos hasta entonces no usados; pero él mismo detu-
vo al cónsul como excesivamente inclinado a la adula-
ción. También hizo la clausura del lustro, en el que se 5
censaron 5.984.072 ciudadanos[84]. Y por entonces tuvo
fin su ignorancia con respecto a su casa; no mucho des-
pués se vio obligado a conocer y castigar los escándalos
de su esposa, para más tarde arder en el deseo de un
matrimonio incestuoso.

---

[83] Claudio, aludido, sin duda, con ironía.

[84] El *lustrum* era un rito quinquenal de purificación de la Ciudad, periodicidad de la que derivó el empleo del término para referirse a períodos de cinco años. La ceremonia estaba ligada a la conclusión del censo. Para la recta valoración del exacto y precioso dato que Tácito nos transmite, debe tenerse en cuenta que se refiere a varones adultos ciudadanos romanos en estricto sentido. Se sabe que el censo de Augusto en el año 28 a. C. había dado un resultado de 4.063.000, cantidad que 20 años más tarde se habría elevado a 4.233.000, tal vez como resultado de las leyes que favorecían el matrimonio y la natalidad. KOESTERMANN —cuyo comentario seguimos en esta nota— calcula, sobre la base que nos da Tácito, que el total de la población romana del imperio podía superar los 20 millones de almas.

26. Ya Mesalina, hastiada por la facilidad de sus adulterios, se lanzaba a placeres desconocidos, cuando también Silio se puso a urgirla para romper con los disimulos, movido por una fatal ausencia de cálculo o pensando que los peligros mismos serían el reme-
2 dio de los inminentes; le decía que, desde luego, no habían llegado a aquel punto para esperar a la vejez del príncipe[85]; para los inocentes los planes inofensivos; que para el escándalo manifiesto había que buscar una protección en la audacia. Le hacía ver que tenía cómplices llenos de los mismos temores; que él era soltero, sin hijos y que estaba dispuesto al matrimonio y a adoptar a Británico. Le aseguraba a Mesalina que conservaría el mismo poder, y en condiciones más firmes, con tal que se previnieran de Claudio, que era tan dispuesto a la ira como incauto ante las asechan-
3 zas. No acogió Mesalina estas palabras con gran entusiasmo, no por amor a su marido, sino porque temía que Silio, tras alcanzarlo todo, acabara por desdeñar a la adúltera, y que aquel crimen aprobado en medio de los peligros lo apreciara más tarde en su verdadero valor. Sin embargo, la alusión al matrimonio la llenó de ardiente deseo por la magnitud de la infamia, que es, para los que ya lo han hecho todo, el último de los placeres. Y sin esperar más que la ocasión en que Claudio marchaba a Ostia para ofrecer un sacrificio, celebra su boda con toda solemnidad.

27. No ignoro que parecerá fabuloso el que haya habido mortales que, en una ciudad que de todo se

---

[85] El texto *—non eo uentum, ut senectam principis opperirentur—* es de interpretación discutida. KOESTERMANN y WUILLEUMIER prefieren una correspondiente a la traducción «no se veían ante la necesidad de esperar a la vejez del príncipe». Nosotros nos hemos pronunciado por la que, entre otros, defiende J. H. Müller; véase la correspondiente nota en la edición de FURNEAUX.

enteraba y nada callaba, llegaran a sentirse tan seguros; nada digo ya de que un cónsul designado, en un día fijado de antemano, se uniera con la esposa del príncipe, y ante testigos llamados para firmar, como si se tratara de legitimar a los hijos; de que ella escuchara las palabras de los auspicios, tomara el velo nupcial, sacrificara ante los dioses, que se sentaran entre los invitados en medio de besos y abrazos y, en fin, de que pasaran la noche entregados a la licencia propia de un matrimonio. Ahora bien, no cuento nada amañado para producir asombro, sino lo que oí a personas más viejas y lo que de ellas leí.

28. Lógicamente, la casa del príncipe estaba horrorizada, y en especial aquellos en cuyas manos se hallaba el poder y que, si cambiaban las cosas, más tenían que temer, bramaban no ya en coloquios reservados, sino abiertamente, diciendo que mientras la alcoba del príncipe la había hollado un histrión[86], cierto que se lo había deshonrado, pero había permanecido lejos el peligro de su ruina; ahora, en cambio, un joven noble, de distinguida belleza, con talento y en la proximidad del consulado, se aprestaba a una más alta esperanza; y no era un misterio lo que quedaba después de tal matrimonio. Sin duda se apoderaba de ellos el miedo 2
por considerar a Claudio un imbécil sometido a su es-

[86] En este punto nos apartamos del texto de KOESTERMANN, tal vez dependiente en exceso del discutido manuscrito *Leidensis*. Seguimos el de WUILLEUMIER —sobre Bipontini—, que estimamos más ajustado al testimonio —por otra parte nebuloso en este lugar— del *Mediceus; dum histrio cubiculum principis insultauerit* es el texto que adoptamos, y haría referencia a un adulterio de Mesalina con el pantomimo Mnéster, véanse XI 4 y XI 36. El texto de KOESTERMANN es *dum inservit cubiculum principis adulterio*, aducido con poca convicción, y dejando constancia de que considera como probablemente acertado el de Bipontini.

posa, y que muchas eran las muertes ordenadas por Mesalina. Pero a su vez el mismo buen carácter del emperador les hacía confiar en que, si lograban ellos imponerse ante lo atroz del crimen, podrían acabar con ella, condenada antes que juzgada; la cuestión estaba en si se llegaba a escuchar su defensa, y en lograr que los oídos de Claudio se cerraran incluso ante su confesión.

29. En un primer momento Calisto, de quien ya hablé a cuento del asesinato de Gayo César[87], Narciso, que había tramado la muerte de Apio, y Palante, que entonces gozaba de excepcional favor, trataron de si intentar apartar a Mesalina del amor de Silio con secre-
2 tas amenazas, disimulando todo lo demás. Después desistieron, temiendo verse ellos arrastrados a la perdición; Palante por cobardía y Calisto también porque, conocedor de la corte en el reinado anterior, consideraba que el poder se conserva más seguramente con medidas cautas que violentas. Persistió en el empeño Narciso, cambiando el plan solamente en el sentido de no ponerla sobre aviso con comentario alguno acerca
3 de la imputación y del acusador. Atento a la ocasión, como el César se demoraba largo tiempo en Ostia, a dos cortesanas a cuyo cuerpo estaba el príncipe especialmente acostumbrado, con dádivas y promesas, y haciéndoles ver que, quitada de en medio la esposa, tendrían más poder, las empujó a hacerse cargo de la delación.

30. Entonces Calpurnia —así se llamaba una de las cortesanas—, cuando tuvo acceso privado al César, echándose a sus rodillas clama que Mesalina se ha casa-

---

87 El emperador Calígula, asesinado en enero del año 41 d. C.; el pasaje aludido corresponde a la parte perdida de la obra.

do con Silio; al tiempo, pregunta a Cleopatra, que estaba allí al quite, si también ella se había enterado, y, cuando le responde que sí, ruega que se haga venir a
Narciso. Éste pide perdón para sus hechos pasados de 2
haberle disimulado a los Ticios, Vettios y Plaucios[88], diciéndole que tampoco ahora iba a hacer acusaciones de adulterio, para que no tuviera que reclamar su casa, sus esclavos y los restantes ornamentos de su grandeza; más bien debía dejar que Silio disfrutara de esas cosas, pero devolviéndole a su esposa y rompiendo su
contrato de matrimonio[89]. «¿Te has enterado —le dijo— 3
de tu repudio? Pues el matrimonio de Silio lo ha visto el pueblo, el senado y el ejército, y si no te das prisa en actuar, el marido se habrá hecho con la Ciudad.»

31. Entonces llama a sus principales amigos e interroga en primer lugar a Turranio, prefecto del suministro de grano, y luego a Lusio Geta, jefe de los pretorianos. Una vez que estos dos le dicen la verdad, los demás rivalizan en pedirle indignados que marche a los cuarteles, que se asegure las cohortes pretorianas, que se preocupe más de su seguridad que de la venganza. Se sabe con certeza que Claudio se llenó de tal pavor que no cesaba de preguntar si era él dueño del imperio y si Silio era un simple ciudadano.

Pero Mesalina, con una ostentación más desenfre- 2
nada que nunca, en pleno otoño, celebra en su casa un simulacro de la vendimia. Se movían las prensas, rebosaban los lagares y mujeres ataviadas con pieles saltaban como bacantes que ofrecieran un sacrificio o se hallaran en estado de delirio; ella misma, con el cabello suelto, agitando un tirso, y a su lado Silio coronado

---

88 Anteriores amantes de Mesalina.

89 Es evidente el sarcasmo que, buscando irritar a Claudio, llevan las palabras de Narciso.

de hiedra, llevaban coturnos, movían violentamente la
3 cabeza entre el clamor de un coro procaz[90]. Cuentan
que Vettio Valente se subió en su frenesí a lo alto de
un árbol, y que, cuando le preguntaron qué veía, res-
pondió que una tremenda tempestad que venía de la
parte de Ostia, ya fuera que tal fenómeno apuntara,
ya que unas palabras pronunciadas al azar se transfor-
maran en un presagio.

32. Entretanto ya no se trataba de un rumor, sino
que de todas partes llegan mensajeros anunciando que
Claudio se ha enterado de todo y que viene dispuesto a
la venganza. En consecuencia Mesalina se marcha a los
Jardines de Luculo, y Silio a sus asuntos del foro para
disimular su miedo. Cuando los demás escapaban a la
desbandada se presentaron unos centuriones y pusieron
cadenas a cada cual según lo hallaban, en público o en
2 escondrijos. Sin embargo Mesalina, aunque lo adverso
de su situación le menguaba el raciocinio, decide sin
vacilar salir al encuentro y presentarse ante su marido,
recurso al que había acudido con frecuencia, y mandó
avisar a Británico y a Octavia para que fueran a abra-
zar a su padre. Además, suplicó a Vibidia, la más an-
ciana de las vírgenes Vestales, que se hiciera oír del
3 pontífice máximo, que implorara clemencia. Y entre-
tanto, acompañada solamente por tres personas —en
tal soledad se había quedado de repente—, tras reco-
rrer a pie toda la ciudad, en un carruaje de los que se
usan para recoger los desperdicios de los jardines toma
el camino de Ostia, sin que nadie sintiera por ella com-

---

90 Se describen los gestos y atributos propios de las bacanales; entre ellos el tirso, bastón coronado por una piña, las guirnaldas de hiedra y los coturnos o zapatos de suela alta. Tal clase de orgía hacía referencia, claro está, al patronato de Baco sobre la viticultura.

pasión alguna, porque se imponía sobre todo lo monstruoso de sus infamias.

33. No era menor el agobio de la parte del César, pues no se fiaban demasiado de Geta, prefecto del pretorio, igualmente tornadizo para el bien y para el mal. En consecuencia, Narciso, tomando consigo a los que abrigaban los mismos miedos, afirma que no hay otra esperanza de salvación para el César que el transferir sólo por aquel día el mando militar a uno de sus libertos, y se ofrece él mismo para tomarlo; y para que en el curso del viaje a la Ciudad no tuvieran tiempo de hacerlo arrepentirse Lucio Vitelio y Largo Cécina[91], pide y obtiene asiento en el mismo vehículo.

34. Se repitió luego insistentemente que entre las exclamaciones contradictorias del príncipe, ya acusando los escándalos de su esposa, ya volviéndose al recuerdo de su matrimonio y a la tierna edad de sus hijos, Vitelio no hizo más que decir: «¡Qué fechoría, qué crimen!». Narciso, desde luego, lo animaba a hablar claro y a contar la verdad, pero no pudo apartarlo de responder con medias palabras y que se podían hacer derivar hacia donde se quisiera, ni a Largo Cécina
de seguir su ejemplo. Ya estaba a la vista Mesalina y le 2
pedía a gritos que escuchara a la madre de Británico y Octavia, cuando el acusador ahogó sus palabras hablando de Silio y de sus bodas; al mismo tiempo entregó un memorial que atestiguaba sus excesos, para
distraer la mirada del César. No mucho después, cuan- 3
do ya entraba en la Ciudad, se pretendía presentarle a los hijos comunes, pero Narciso ordenó que los retiraran. A Vibidia no pudo alejarla e impedirle que, con

[91] Vitelio había sido cómplice en las maquinaciones de Mesalina (véase XI 2); Gayo Cécina había sido colega de Claudio en el consulado del año 42.

no poco encono, reclamara que no se hiciera perecer a una esposa sin defensa. En consecuencia Narciso le respondió que el príncipe la escucharía y le brindaría la oportunidad de excusarse de la imputación; entretanto debía marcharse la virgen y ocuparse de sus ceremonias sagradas.

35. A todo esto Claudio guardaba un asombroso silencio y Vitelio parecía no saber nada: todo estaba a las órdenes del liberto. Manda que se abra la casa del amante y que se lleve allí al emperador. Y ante todo le enseña en el vestíbulo la estatua del padre de Silio proscrita por un decreto del senado, y luego los bienes familiares de los Nerones y los Drusos[92], que se habían
2 convertido en pago de su deshonra. Inflamado y mientras estallaba en amenazas lo llevó a los acuartelamientos, donde ya había hecho formar a los soldados; ante ellos, al dictado de Narciso, pronunció breves palabras, pues la vergüenza ponía coto a su dolor aunque éste fuera justo. Al momento se levantó un clamor prolongado de las cohortes reclamando los nombres de los culpables y exigiendo su castigo. Llevado Silio ante el tribunal no intentó defenderse ni provocar demoras,
3 y pidió que se apresurase su muerte. La misma entereza hizo desear la muerte rápida a los caballeros romanos ilustres. Y ordena que Ticio Próculo, puesto por Silio como guardián de Mesalina y a pesar de que se ofreció a declarar, Vettio Valente, que confesó, y Pompeyo Urbico y Saufeyo Trogo, cómplices, sean llevados al suplicio. También Decrio Calpurniano, prefecto de vigilancia[93], Sulpicio Rufo, procurador de los jue-

---

[92] El padre de Silio había sido condenado en el año 24 d. C.; véase IV 18-20. Nerón y Druso eran los principales sobrenombres utilizados en la familia Claudia.

[93] Los *uigiles* estaban encargados de prevenir y extinguir los incendios.

gos, y el senador Junco Virgiliano fueron castigados con la misma pena.

36. Sólo Mnéster provocó dudas, pues rasgando sus vestidos le pidió a gritos que mirara las marcas de los azotes y que se acordara de la orden que le había dado de someterse a las órdenes de Mesalina; que otros se habían hecho culpables a causa de larguezas o de esperanzas desmedidas, pero que él lo era por necesidad; y que nadie habría perecido antes que él en caso de
que Silio se hubiera hecho con el poder. El César se 2
impresionó por estas palabras, y cuando ya parecía inclinado a la misericordia lo empujaron sus libertos a que, tras haberse dado muerte a tantos hombres ilustres, no se preocupara por un histrión; el que hubiera cometido tan grandes delitos por propia voluntad u obligado nada importaba.

Tampoco se admitió la defensa del caballero romano 3
Traulo Montano; era éste un joven morigerado pero de gran belleza, y en una misma noche Mesalina lo había hecho venir y lo había despedido, pues era caprichosa por igual para la pasión y para el hastío. A Suilio Cesonino y a Plaucio Laterano se los libra de la muerte, a este último por los egregios méritos de su tío; Cesonino se vio protegido por sus vicios, pues se decía que en aquel círculo infame había desempeñado papel de mujer.

37. Entretanto Mesalina, en los Jardines de Luculo, trataba de prolongar su vida, amañaba ruegos no sin esperanza y por momentos llena de ira: ¡tanta soberbia exhibía en sus momentos postreros! Y si Narciso no hubiera acelerado su asesinato, habría logrado volver la perdición sobre su acusador. Pues Claudio, tras 2
volver a casa y calmarse con un prolongado banquete, una vez que se calentó con el vino, manda que vayan y

avisen a aquella desgraciada —pues tal palabra cuentan que usó— que al día siguiente compareciera a pronunciar su defensa. Cuando se oyó esto y se veía que languidecía su ira, que volvía el amor, y temiendo, si no se actuaba con decisión, a la proximidad de la noche y al recuerdo del lecho de la esposa, corre Narciso y ordena a los centuriones y al tribuno que estaba de guardia que ejecuten el asesinato: así lo mandaba el emperador. Como vigilante y encargado de darles prisa se les
3 pone a Évodo, uno de los libertos. Este marchó por delante a los jardines con toda rapidez, y la encontró tendida en tierra, y sentada a su lado a su madre Lépida, la cual no se había llevado bien con su hija cuando ésta se hallaba en la prosperidad, pero que ante su angustia suprema se había movido a misericordia; estaba aconsejándole que no esperara al ejecutor: su vida ya había pasado, y no debía pretender más que
4 una muerte honrosa. Pero en aquel ánimo corrompido por las pasiones no quedaba sombra de honestidad; se prolongaban sus lágrimas y sus inútiles quejas, cuando los que llegaban forzaron la puerta y el tribuno se quedó en pie en silencio ante ella, en tanto que el liberto la increpaba con injurias abundantes y propias de un esclavo.

38. Sólo entonces entendió a fondo su situación, y tomando un puñal lo blande en vano, a causa del temblor, contra su cuello y su pecho, hasta que es atravesada por la espada del tribuno. El cuerpo le fue de-
2 jado a su madre. Se anunció a Claudio, el cual estaba a la mesa, que Mesalina había perecido, sin aclararle si por su mano o por la ajena; tampoco él lo preguntó; pidió una copa y continuó haciendo los honores acos-
3 tumbrados al banquete. Ni siquiera en los días siguientes dio señales de odio o de alegría, de ira o de tristeza, en fin, de afecto humano alguno; tampoco al ver a los

acusadores felices o a sus hijos doloridos. Y le ayudó a olvidarla el senado decretando que el nombre y las efigies de ella fueran removidos de los lugares públicos y privados. Para Narciso se decretaron los honores de 4
cuestor, bien poca cosa para el orgullo de aquel hombre que se movía por encima de Palante y de Calisto. Era algo justo, desde luego, pero de lo que debían surgir efectos perniciosos [94].

---

[94] En este último párrafo el texto está, sin duda, corrompido o mutilado. Algunos editores suponen que debe separarse del contexto precedente por una laguna de imprecisa extensión.

LIBRO XII

Sinopsis

Año 48 d. C. (caps. 1-4)
Año 49 d. C. (caps. 5-24)
Año 50 d. C. (caps. 25-40)
Año 51 d. C. (caps. 41-51)
Año 52 d. C. (caps. 52-57)
Año 53 d. C. (caps. 58-63)
Año 54 d. C. (caps. 64-69)

Capítulos:

1-9. Matrimonio de Claudio con Agripina; consecuencias inmediatas.
10-21. Guerras del Oriente en el año 49.
22-26. Asuntos internos varios: adopción del joven Nerón.
27-40. Guerras en Germania y Britania.
41-43. Asuntos del interior: ascenso de Nerón.
44-51. Guerras del Oriente en el año 51.
52-53. Asuntos internos del año 52.
54-55. Perturbaciones en el Oriente.
56-63. Asuntos internos de los años 52 y 53: matrimonio de Nerón y Octavia; exenciones fiscales.
64-69. Final del reinado de Claudio: su envenenamiento y entronización de Nerón.

LIBRO XII

1. Con el asesinato de Mesalina[95] se trastornó la casa del príncipe, pues entre sus libertos surgió una disputa sobre quién elegiría mujer para Claudio, hombre poco acostumbrado a la vida de célibe e inclinado a dejarse dominar por una esposa. En no menor grado ardían las intrigas de las damas: cada una hacía valer su alcurnia, su hermosura y sus riquezas, presentándolas como dignas de tan alto matrimonio.
2 Pero la mayor duda estaba entre Lolia Paulina, hija del ex cónsul Marco Lolio, y Julia Agripina, hija de Germánico; a ésta la apoyaba Palante y a aquélla Calisto; en cambio Narciso favorecía a Elia Petina, de la familia de los Tuberones. Claudio, que se inclinaba ya en un sentido ya en el otro según escuchaba a cada consejero, llama a capítulo a los discordantes y les ordena exponer sus opiniones de manera razonada.

2. Narciso le hablaba de su antiguo matrimonio, de la hija común —pues a Antonia la había tenido de

95 El comienzo del libro XII narra todavía sucesos correspondientes al año 48 d. C. (caps. 1-4). No es infrecuente en Tácito la infracción del sistematismo analístico —narración año por año haciendo coincidir los fines de libro con el tránsito entre dos de ellos— dirigida a dar relevancia a un suceso patético, en este caso a la muerte de Mesalina, situándolo al término de una unidad narrativa.

Petina—[96], de que nada cambiaría en su hogar si volvía a él la esposa ya conocida, la cual en modo alguno miraría con odios de madrastra a Británico y Octavia, prendas tan próximas a las suyas propias. Calisto de- 2
cía que quedaba excluida por su larga separación, y que si la tomaba de nuevo, por eso mismo se llenaría de soberbia; era mucho mejor que desposara a Lolia, la cual no había tenido hijos, y por ello estaría al margen de rivalidades y sería para sus hijastros una madre[97]. Por su parte Palante alababa sobre todo en Agri- 3
pina el que trajera consigo a un nieto de Germánico[98], verdaderamente digno de la condición imperial, la cual uniría a una noble estirpe y a los descendientes de la familia Claudia[99], evitando que aquella mujer, de fecundidad probada y en el vigor de la juventud, llevara a otra casa el brillo de los Césares.

---

96 Casada con Claudio antes que Mesalina, y más tarde repudiada por motivos leves; véase SUETONIO, *Claudio* 26, 2.

97 Recuérdese que Claudio, además de la citada Antonia, tenía a Británico y Octavia, nacidos de Mesalina.

98 Domicio, futuro Nerón.

99 Texto de forma e interpretación dudosa, aunque esté claro su sentido general: el matrimonio vendría a unir, una vez más, a los Césares y a los Claudios, y la sangre de aquéllos, llevada por Agripina no pararía en otra familia. Nuestra opción se ha pronunciado en este caso por el texto que responde prácticamente al testimonio unánime de los manuscritos: *dignum prorsus imperatoria fortuna, stirpem nobilem et familiae Claudiae quae posteros coniungeret*; en él entendemos que el antecedente de *quae* es *fortuna*. Entre los intentos de proporcionar un texto más claro cabe señalar las conjeturas de Freinsheim ⟨*Iuliae*⟩ *Claudiaeque* y *coniungere*, texto también de KOESTERMANN, demasiado *fácil*, a nuestro entender, que vendría a significar: «desde luego, era algo digno de la condición imperial el unir una noble estirpe y a los descendientes de las familias Julia y Claudia».

3. Prevalecieron estos argumentos, ayudados por las seducciones de Agripina, que, llegándose a él frecuentemente con el pretexto de su parentesco, subyuga a su tío[100] de tal manera que, preferida a las otras y sin ser todavía su esposa, usaba ya de los poderes de
2 tal. Pues, cuando estuvo segura de su matrimonio, trazó un plan más amplio, preparando la boda de Domicio[101], a quien había tenido de Gneo Ahenobarbo, y Octavia, hija del César; pero esto no podía hacerse sin un delito, porque el César había comprometido a Octavia con Lucio Silano, y al joven, ilustre ya por otros motivos[102], condecorándolo con el triunfo y la magnificencia de unos juegos de gladiadores[103], lo había presentado al favor del pueblo. De todos modos, nada parecía cuesta arriba en el ánimo de un príncipe en el que no había ni juicio favorable ni odio que no fuera inspirado y ordenado.

4. Y así Vitelio[104], que bajo el título de censor encubría sus serviles falacias y sabía prever los poderes que se avecinaban, a fin de prepararse la gracia de Agripina se comprometió en sus planes, lanzando acusaciones contra Silano, cuya hermana Junia Calvina, tan hermosa como provocativa, había sido no mucho
2 antes nuera de Vitelio. De ahí partió la acusación, y arrastró a la infamia el amor de los dos hermanos, no incestuoso aunque poco prudente. El César le prestaba oídos, más dispuesto a escuchar las sospechas contra
3 su yerno por el amor que tenía a su hija. Silano, que

---

100 Recuérdese que Agripina era hija de Germánico, hermano de Claudio.

101 El joven Nerón.

102 Junio Silano Torcuato descendía de Augusto por su madre Lépida.

103 Celebrados con motivo de su acceso a la pretura y a expensas del César.

104 Véase nota 91.

desconocía las insidias y precisamente era pretor aquel año, se vio de pronto removido de la dignidad senatorial por un edicto de Vitelio, a pesar de que la elección se había hecho tiempo atrás y el lustro estaba clausurado [105]. Al mismo tiempo Claudio rompió el compromiso y se obligó a Silano a dimitir de su magistratura; incluso el único día que le quedaba de pretura fue atribuido a Eprio Marcelo.

5. En el consulado de Gayo Pompeyo y Quinto Veranio [106] el matrimonio pactado entre Claudio y Agripina estaba ya confirmado por la fama y por un amor ilícito; pero todavía no osaban celebrar la ceremonia solemne al no haber precedente de un tío que hubiera tomado como esposa a la hija de su hermano; incluso se temía al incesto, y que, si no reparaban en él, resultara una calamidad pública. No salieron de su vacila- 2
ción hasta que Vitelio se encargó de llevar a término el asunto con sus mañas. Preguntó al César si obedecería a los mandatos del pueblo o a la autoridad del senado, y cuando le respondió que él era un ciudadano más, incapaz de resistirse al general consenso, le mandó esperar en el Palacio. Vitelio entra en la curia, y 3
proclamando que se trata de la razón de estado pide la venia para hablar antes que los otros, y comienza a decir que las pesadas fatigas del príncipe con las que cuida del orbe de la tierra, necesitan de apoyo, para que, libre de cuitas domésticas, pueda dedicarse al bien común; ¿y qué alivio puede resultar más honesto para el espíritu de un censor que el de tomar una esposa, compañera en la prosperidad y en los peligros, a la

[105] Véanse XI 25, 5 y nota 84. Lo anómalo de la situación estaba en que la potestad del censor, que podía eliminar del senado a las personas indignas, cesaba precisamente con la clausura del lustro.

[106] Comienza la narración del año 49 d. C.

que confiar sus pensamientos íntimos, sus hijos pequeños, y no por ser hombre dado al lujo o a los placeres, sino tal que había cumplido las leyes desde su primera juventud?

6. Después de esta introducción favorablemente acogida y a la que siguieron muchas señales de aprobación de los senadores, volviendo a empezar dijo que, puesto que todos aconsejaban que el príncipe se casara, convenía escoger a una mujer insigne por su nobleza, por su fecundidad y por su honestidad; y que no hacía falta investigar mucho para ver que Agripina iba por delante en cuanto a lo ilustre de su linaje; por otra parte había dado prueba de su fecundidad, y a ello se
2 unía la honestidad de sus costumbres. Pero lo realmente egregio era que, viuda por providencia de los dioses, se uniera a un príncipe que sólo conocía sus propios matrimonios; habían oído a sus padres —les decía—, y lo habían visto ellos mismos, que se arrebataban a otros sus esposas según el gusto de los Césares[107]; bien lejos estaba eso de la presente moderación; más bien había de establecerse un ejemplo de cómo un empe-
3 rador debía tomar esposa; cierto que eran algo nuevo entre nosotros las bodas con las hijas de los hermanos, pero otros pueblos las celebraban solemnemente y ninguna ley las prohibía; también las bodas con primas hermanas, largo tiempo ignoradas, se habían hecho frecuentes con el correr de los años; la costumbre se acomoda a la conveniencia, y también aquello se convertiría en algo habitual.

7. No faltaron quienes rivalizaron en precipitarse fuera de la curia protestando que, si el César vacilaba, usarían de la fuerza. Se congrega una multitud confu-

---

[107] Alusión a la conducta de Augusto y Calígula.

sa, la cual clama a voces que tal era el ruego del pueblo romano. Claudio, sin esperar más, se presenta en 2
el Foro ante aquella gente que lo felicitaba, y entrando en el senado pide un decreto por el que también para lo sucesivo se consideren lícitas las nupcias entre los tíos y las hijas de sus hermanos; sin embargo, no apareció sino uno que deseara tal matrimonio, el caballero romano Aledio Severo, del que casi todos decían que se movía por complacer a Agripina. Con esto se produjo 3
una subversión en la ciudad: todo quedó a merced de una mujer, pero que, a diferencia de Mesalina, no hacía escarnio con su capricho de los intereses romanos; era más bien una servidumbre estricta y como impuesta por un hombre; al exterior severidad y, sobre todo, soberbia; en el plano doméstico nada de escándalos si no eran exigidos por la dominación. Su afán desmedido de oro se disimulaba bajo el pretexto de proporcionar recursos a aquel reinado.

8. El día de la boda Silano se dio la muerte, ya porque hubiera mantenido hasta entonces su esperanza de vivir, ya porque hubiera escogido aquel día para hacerlos a ellos más odiosos. Su hermana Calvina fue expulsada de Italia. Claudio añadió la orden de que se celebraran ritos según las leyes del rey Tulo, y una expiación por los pontífices en el bosque sagrado de Diana [108], ante la burla de todos por haber escogido semejante ocasión para castigar y expiar un incesto. Mas Agripina, para no hacerse famosa solamente por 2
sus malas acciones, logra el perdón del exilio y al mismo tiempo la pretura para Anneo Séneca [109], pensando

---

[108] Se refiere a los ritos expiatorios previstos por el rey Tulo Hostilio. El bosque de la *Diana Nemorensis* se hallaba en Aricia, junto al lago Nemi.

[109] El filósofo Lucio Anneo Séneca, ya mal visto por Calígula, fue relegado a Córcega por Claudio en el año 41 bajo acusa-

que sería un gesto popular en razón del brillo de sus estudios, y también para que la infancia de Domicio se desarrollara bajo tal maestro y aprovecharan ambos de sus consejos con vistas a sus esperanzas de dominación; de hecho Séneca era considerado leal a Agripina por el recuerdo del bien que le hiciera, y enemigo de Claudio por resentimiento de la injusticia padecida.

9. A continuación se decidió no vacilar más, y con grandes promesas inducen al cónsul designado Mammio Polión a presentar una propuesta en la que se solicitaba de Claudio que desposara a Octavia con Domicio, lo que no parecía desproporcionado a la edad de
2 uno y otro, y abriría más altos caminos. Polión se pronuncia en términos no muy distintos a los recientemente empleados por Vitelio[110]; Octavia es desposada, y convertido Domicio, además de su anterior parentesco[111], en prometido y luego en yerno, se veía igualado a Británico por las maniobras de su madre y las artes de quienes, por haber acusado a Mesalina, temían[112] la venganza de su hijo.

10. Por el mismo tiempo los legados de los partos enviados para reclamar a Meherdates, según ya referí[113], comparecen ante el senado y empiezan a exponer su embajada en estos términos: ellos no venían allí ignorantes de su pacto ni traicionando a la familia de los Arsácidas, sino que reclamaban al hijo de Vonones,

---

ción de adulterio con Julia Livila, hermana del emperador asesinado.

110 En XII 5-6, a propósito de la boda de Claudio y Agripina.

111 Domicio, luego Nerón, era ya, en cuanto que nieto de Germánico, sobrino-nieto de Claudio.

112 Se refiere fundamentalmente a la camarilla de libertos de Claudio.

113 En XI 10, 4.

nieto de Fraates, contra la dictadura de Gotarzes, igual-
mente intolerable para la nobleza y para la plebe; ya
había exterminado con sus matanzas a sus hermanos,
parientes, incluso a los lejanos; a ellos añadía ahora
a sus mujeres grávidas y a sus hijos pequeños aquel
hombre inepto para la paz, desafortunado en la guerra,
que disimulaba su cobardía con la crueldad; ellos te- 2
nían con nosotros una amistad antigua y oficialmente
establecida, y debíamos ayudar a unos aliados que,
iguales en fuerzas, cedían ante nosotros por respeto;
nos daban en rehenes a los hijos de sus reyes para, si
llegaban a aborrecer a sus gobernantes, tener la posi-
bilidad de acudir ante el príncipe y el senado para obte-
ner un rey hecho a nuestras costumbres y mejor.

11. Una vez que expusieron estas y similares razo-
nes, el César comienza a hablar de la grandeza romana
y de la deferencia de los partos, y se igualaba al divino
Augusto recordando que a él también le habían pedi-
do rey[114]; omitió el recuerdo de Tiberio, aunque tam-
bién éste había enviado a uno[115]. Añadió luego conse- 2
jos —pues estaba presente Meherdates— en el sentido
de que no pensara en un poder absoluto y en unos
esclavos, sino en ser el guía de unos ciudadanos, y que
practicara la clemencia y la justicia, virtudes tanto
más gratas cuanto que desconocidas por los bárbaros.
Volviéndose luego a los legados colma de alabanzas a 3
aquel hombre criado en la Ciudad, y cuya moderación
hasta la fecha estaba probada; añadió, sin embargo,
que había que tener paciencia con el carácter de los
reyes y que no eran provechosos los cambios repeti-
dos; que el estado romano había llegado a tal saciedad
de gloria que también deseaba la paz para los pueblos

[114] El rey Vonones; véase II 1.
[115] Fraates; véase VI 31.

extranjeros. Acto seguido se encomendó a Gayo Casio, que gobernaba Siria, el cometido de acompañar al joven hasta la ribera del Éufrates[116].

12. Por aquel tiempo Casio descollaba sobre todos por su conocimiento de las leyes; en cuanto a las dotes militares, durante la paz permanecen ignoradas, pues la calma pone en igualdad a los animosos y a los indolentes. Sin embargo, en cuanto era posible no existiendo una guerra, procuraba Casio restaurar las antiguas costumbres, ejercitar a las legiones, y actuar con la misma previsión y cautela que si amenazara el enemigo, ⟨pensando⟩ que eso era lo digno de sus mayores y de la familia Casia, celebrada también entre aquellas
2 gentes[117]. En consecuencia, llamando a los que habían decidido reclamar al nuevo rey, instaló su campamento junto a Zeugma[118], donde el cruce del río resultaba especialmente fácil. Una vez que llegaron los notables partos y el rey de los árabes[119] Acbaro, advierte a Meherdates que los vivos ímpetus de los bárbaros se desmoronan ante la vacilación o se mudan en perfidia, y
3 que, por tanto, acelere su empresa. Este consejo fue desdeñado por engaño de Acbaro, quien, a aquel joven inexperto y que cifraba la suma fortuna en la molicie, lo retuvo por muchos días en la ciudad de Edesa. Y a pesar de que Carenes[120] lo llamaba y le hacía ver que todo sería fácil si iba pronto, no marchó

---

[116] Frontera entre el Imperio Romano y los partos.

[117] Por el recuerdo de Gayo Casio, el mismo que tomó parte fundamental en la conspiración contra Julio César en el 44 a. C., y que había defendido con éxito la Siria desprotegida tras la derrota de Craso en Carras ante los partos en el 53 a. C.

[118] Apamea y Zeugma, fundadas ambas por Seleuco Nicátor, se hallaban en los extremos de un puente sobre el Éufrates.

[119] Asentados en la Osroene, al N. de Mesopotamia, y con capital en Edesa.

[120] Sátrapa de Mesopotamia.

directamente a Mesopotamia, sino que se desvió hacia Armenia, en aquellos momentos impracticable por estar empezando el invierno.

13. Después, cuando fatigados por las nieves y montañas se acercaban a los llanos, se unen a las tropas de Carenes, y cruzando el río Tigris atraviesan la tierra de los adiabenos[121], cuyo rey Izates había adoptado exteriormente la causa de Meherdates, aunque ocultamente era más fiel a Gotarzes. Con todo, se apodera- 2
ron durante la travesía de Nínive, la antiquísima capital de Asiria, y de una fortaleza muy famosa porque allí, en la última batalla entre Darío y Alejandro, habían sucumbido las fuerzas persas[122]. Entretanto Go- 3
tarzes, junto al monte llamado Sanbulos[123], hacía votos a los dioses del lugar, con especial veneración hacia Hércules[124]. Este dios, en un tiempo determinado, advierte a los sacerdotes durante el sueño que dispongan junto al templo caballos equipados para la caza. Los caballos, una vez que se les han puesto aljabas cargadas de flechas, marchan a los bosques, donde pasan la noche vagando, y vuelven al cabo con las aljabas vacías y la respiración jadeante. A su vez el dios da a conocer en una visión noctura los lugares de su peregrinación por las selvas, y en ellos se encuentran fieras abatidas por todas partes.

14. Por lo demás Gotarzes, que todavía no había robustecido suficientemente su ejército, usaba del río

---

121 En el N. de Asiria, entre los ríos Tigris y Lico.

122 Puede referirse a Arbela o Gaugamela; el hecho tuvo lugar en el 331 a. C. Nínive se hallaba en las cercanías de Mosul (Irak).

123 KOESTERMANN cree poder identificarlo con el Sunbulah, cerca de Ghilar, en el extremo O. del actual Irán.

124 Parece que se superpone a Hércules con el dios asirio Nin o Ninip.

Corma[125] como protección, y aunque se lo provocaba al combate con acosos y desafíos, continuaba con dilaciones, cambiaba de emplazamiento y despachaba agentes con la misión de corromper al enemigo y comprar su traición. Hace defección Izates el adiabeno, luego el rey de los árabes Acbaro con su ejército, por la volubilidad típica de aquel pueblo y porque la experiencia demuestra que los bárbaros gustan más de pe-
2 dir reyes a Roma que de conservarlos. Meherdates, privado de tan fuertes apoyos y sospechando la traición de los demás, optó por la única posibilidad: dejar el asunto en manos de la fortuna e intentar la batalla. Y Gotarzes no rehuyó la lucha, envalentonado ante un enemigo disminuido. Se combatió con gran matanza y resultado ambiguo hasta que Carenes, tras desbaratar a los que le hacían frente, fue demasiado lejos y se
3 vio envuelto por la espalda por una tropa fresca. Entonces Meherdates, perdida toda esperanza y por fiar en las promesas de Parraces, cliente de su padre, fue encadenado con un engaño y entregado al vencedor. Éste, increpándolo como si no fuera su pariente y no perteneciera a la familia de los Arsácidas, antes bien como a extranjero y romano, le manda cortar las orejas y le perdona la vida, tanto para hacer ostentación de clemencia como para vejarnos a nosotros. Luego murió Gotarzes de enfermedad, y fue llamado al reino Vonones, que entonces gobernaba a los medos. No tuvo este rey éxitos ni fracasos dignos de recuerdo: gozó del imperio brevemente y sin gloria, y el gobierno de los partos pasó a su hijo Vologeses.

15. Pero Mitridates del Bósforo[126], errante tras la pérdida de su poder, al saber que el general romano Di-

---

125 Afluente no identificado del Tigris.

126 El que Tácito introduzca ahora a este personaje sin especial presentación hace pensar que ya había aparecido en la

dio y el grueso del ejército se habían alejado tras dejar en el nuevo reino a Cotis, joven inexperto, y unas pocas cohortes al mando de Julio Áquila, caballero romano, menospreciando a uno y otro andaba soliviantando a los pueblos y atrayéndose a los desertores; al fin, tras reunir un ejército, expulsa al rey de los dandáridas[127] y se apodera de su reino. Cuando esto se supo y se pensaba 2
que de un momento a otro iba a invadir el Bósforo, Áquila y Cotis, desconfiando de sus propias fuerzas, puesto que Zorsines, rey de los siracos[128], había reanudado las hostilidades, buscaron también ellos apoyos extranjeros, y enviaron embajadores a Eunones, que gobernaba al pueblo de los aorsos[129]. No les costó trabajo conseguir una alianza, pues hacían valer el poder romano frente al rebelde Mitridates. En consecuencia, pactaron que Eunones haría la guerra de caballería, y que los romanos se encargarían del asedio de las ciudades.

16. Avanzan entonces en columna organizada, cuyo frente y retaguardia protegían los aorsos, la parte central las cohortes y los bosforanos armados por nosotros. Así se logró repeler al enemigo y se llegó a Soza, plaza fuerte de la Dandárica, abandonada por Mitridates y que, en vista de la ambigua actitud de la población, pareció oportuno guarnecer dejando allí un destacamento. Luego marchan contra los siracos y, tras cru- 2
zar el río Panda, rodean la ciudad de Uspe[130], situada

parte perdida del libro XI. Su reino abarcaba las tierras de Crimea y contornos del Mar de Azov.

[127] Sármatas asentados entre el Mar de Azov y el Caspio.

[128] Pueblo de las riberas del río Kuban, que fluye del Cáucaso al mar de Azov.

[129] Pueblo sármata situado entre el Mar Negro, el Don y el Cáucaso.

[130] Ciudad no identificada, al igual que la de Soza y el río Panda.

en lugar elevado y protegida por muros y fosos, si bien los muros, construidos no en piedra, sino con cañizos y trenzados de mimbre rellenos de tierra, no podían hacer frente al asalto; además se levantaron torres más altas que con teas y picas hostigaban a los sitiados. Si la noche no hubiera interrumpido el combate, el asedio se hubiera comenzado y terminado dentro de un mismo día.

17. Al día siguiente enviaron parlamentarios pidiendo gracia para las personas libres; ofrecían entregar diez mil esclavos. Los vencedores desdeñaron la propuesta, porque parecía una crueldad degollar a quienes se hubieran rendido, y difícil poner guardia a tanta multitud; mejor era que cayeran según las leyes de la guerra. Y así se dio a los soldados que ya habían esca-
2 lado el muro la señal de degüello. Con la matanza de los de Uspe se provocó el miedo en los demás, quienes pensaban que ya no había nada seguro una vez que se allanaban por igual ejércitos, fortificaciones, lugares impracticables o eminentes, ríos y ciudades. Así pues Zorsines, tras mucho sopesar si atender al bien de Mitridates, que se hallaba en situación extrema, o al del reino de sus padres, una vez que se impuso el interés de su pueblo entregó rehenes y se postró ante la efigie del César, con gran gloria del ejército romano, que sin sufrir bajas y vencedor llegó hasta tan sólo tres días de marcha del río Don, dejando constancia de
3 ello. Mas en el regreso cambió la fortuna; en efecto, algunas de las naves —pues volvían por mar— fueron arrojadas a las costas de la Táuride[131] y rodeadas por los bárbaros, que dieron muerte al prefecto de una cohorte y a muchos de los auxiliares.

---

131 Actual Crimea.

18. Entretanto Mitridates, que ya nada podía esperar de las armas, deliberaba sobre a quién probar implorando misericordia. A su hermano Cotis, antaño traidor y luego enemigo, lo temía; de los romanos presentes ninguno poseía autoridad bastante para que se tuvieran en mucho sus promesas. Se volvió a Eunones, que no abrigaba contra él resentimientos personales y sí tenía bastante fuerza por el pacto de amistad recientemente concluido con nosotros. En consecuencia, disponiendo 2
su atuendo y expresión del modo más apropiado a su presente fortuna, entró en su palacio, y abrazándose a sus rodillas le dijo: «Yo, Mitridates, a quien por tantos años han buscado los romanos por tierra y por mar, aquí estoy por propia voluntad; haz como te plazca con este descendiente del gran Aquémenes[132], único título que mis enemigos no me han quitado.»

19. Eunones, conmovido por lo ilustre del personaje, por el cambio de su fortuna, y por aquella invocación que no lo rebajaba, hace levantar al suplicante y lo alaba por haber escogido al pueblo de los aorsos y a su diestra para pedir perdón. Al tiempo envió al César embajadores con una carta de este tenor: los generales del pueblo romano y los reyes de 2
las grandes naciones tenían, en primer lugar, una amistad fundada en el paralelo de su fortuna; pero, además, él compartía con Claudio la victoria; era un modo egregio de poner fin a las guerras el terminarlas perdonando; así a Zorsines, vencido, nada se le había arrebatado, y para Mitridates, dado que era más culpable, no pedía el poder ni la corona, sino que no fuera arrastrado en triunfo ni pagara sus culpas con la cabeza.

20. Pero Claudio, aunque clemente con los nobles extranjeros, dudó si sería más procedente acogerlo

132 El fundador de la dinastía imperial persa.

cautivo con la garantía de la vida o reclamarlo con las armas. Por una parte lo movía el resentimiento de las vejaciones y el deseo de venganza, pero por otra se le hacía ver que se trataba de emprender una guerra por caminos impracticables y un mar sin puertos; además, había de por medio reyes belicosos, pueblos errantes, tierras improductivas, el hastío de la lentitud, los peligros de la precipitación, la escasa gloria que habían de obtener los vencedores y la gran infamia que sufrirían en caso de ser rechazados. ¿Por qué no echaba mano a la oferta, y salvaba a aquel desterrado, para quien, en su miseria, la vida, cuanto más larga fuera, había
2 de ser tanto más un suplicio? Convencido por estas consideraciones escribió a Eunones que Mitridates, desde luego, había merecido los castigos extremos, y que a él no le faltaban fuerzas para aplicarlos; pero que había sido parecer de los mayores el usar en igual grado de benevolencia con los suplicantes y de saña con los enemigos; y que los triunfos se ganaban sólo sobre pueblos y reinos enteros.

21. Entregado entonces Mitridates y reenviado a Roma por Junio Cilón, procurador del Ponto, se decía que se había expresado ante el César en términos más altivos que los que correspondían a su situación; sus palabras se difundieron entre el vulgo en esta versión: «No he sido enviado a ti, sino que he vuelto; y si no lo crees, suéltame y búscame.» Permaneció además con expresión inalterada mientras era mostrado al pueblo, rodeado de guardias, junto a los Rostros. Se concedieron a Cilón las insignias del consulado y a Aquila las de la pretura.

22. En el mismo consulado[133] Agripina, terrible en sus odios y enemiga de Lolia porque había sido su rival

[133] Continúa el año 49 d. C.

en el matrimonio del príncipe, preparó contra ella imputaciones y un acusador que le echara en cara tratos con caldeos[134] y magos, y el haber consultado al oráculo de Apolo de Claro[135] acerca de las nupcias imperiales. Acto seguido, Claudio, sin escuchar a la acusada, 2
tras hablar ampliamente en el senado de su nobleza, de que era hija de una hermana de Lucio Volusio, de que tenía por tío abuelo paterno a Cotta Mesalino, de que anteriormente había estado casada con Memmio Régulo[136] —pues de su matrimonio con Gayo César[137] nada decía intencionadamente—, añadió que era responsable de planes perniciosos para el estado, y que había que quitar al crimen la ocasión de realizarse; propuso que, en consecuencia, se confiscaran sus bienes y fuera exiliada de Italia. Y así a la desterrada se le dejaron de sus inmensas riquezas cinco millones de sestercios. También Calpurnia, dama noble, se ve per- 3
dida porque el príncipe había alabado su belleza, sin apasionamiento alguno, antes bien en un comentario casual, por lo que la ira de Agripina no llegó al extremo[138]. A Lolia se le envía un tribuno que la empuje a la muerte. Fue también condenado por la Ley de Concusión Cadio Rufo, acusado por el pueblo de Bitinia[139].

23. A causa de su particular reverencia para con el senado, se concedió a la Galia Narbonense el que los

---

134 Proverbiales cultivadores de la astrología.

135 Lugar del Asia Menor, junto a Colofón, famoso por su santuario del dios; véase II 54.

136 Todos ellos personajes notables. Sobre Lucio Volusio, véase XIII 30, 2; sobre Cotta, II 32, 1; sobre Memmio Régulo, XIV 47, 1.

137 Calígula, que se la había quitado al marido.

138 Se sabe que estuvo en el exilio hasta la muerte de Agripina.

139 Donde había sido procónsul, situada en el N. de Asia Menor.

senadores de la provincia pudieran ir a visitar sus posesiones sin autorización especial del príncipe, privilegio que se aplicaba a Sicilia[140]. La Iturea[141] y la Judea, muertos sus reyes Sohemo[142] y Agripa[143], fueron añadidas a la provincia de Siria. Se estimó conveniente restablecer y continuar para lo sucesivo el augurio de la Salvación[144], interrumpido durante veinticinco años.
2 También el César amplió el Pomerio[145] de la Ciudad, a la manera antigua según la cual, a quienes han logrado dilatar el imperio, se les concede asimismo extender los confines de la Ciudad. Sin embargo, los generales romanos, a pesar de haber sometido a grandes naciones, no habían ejercido tal derecho, con la excepción de Lucio Sila y el divino Augusto.

24. En cuanto a los reyes, en este punto, se ha hablado diversamente ya de su vanidad ya de su gloria. En lo que mira al origen de la construcción y al primitivo Pomerio que estableció Rómulo, no me parece fuera de lugar hacer algunas disquisiciones. Digo, pues, que el surco que limitaba el recinto de la ciudad se comenzó en el Foro Boario[146] —donde todavía podemos

140 Augusto había prohibido a los senadores, sin duda en previsión de conspiraciones, que abandonaran Italia sin su permiso. El que ahora se extendiera a la Narbonense la excepción aplicada a Sicilia es un indicio del alto grado de romanización de la provincia.

141 En Transjordania.

142 *Sohaema* en la edición de KOESTERMANN, sin duda por mera errata, pues su *Index* recoge la forma correcta del nominativo *Sohaemus*.

143 Herodes Agripa, nieto de Herodes el Grande, muerto ya en el año 44. La medida supuso la total pérdida de personalidad política de la Judea.

144 Ceremonia en la que se rogaba por la paz del estado.

145 El *pomerium* era el más antiguo recinto de Roma, marcado con un surco, tal como figuraba en los libros rituales.

146 Mercado de ganado, entre el Tíber y el Circo Máximo.

ver la estatua en bronce de un buey, porque ese animal
se unce al arado—, de manera que abrazara el gran
altar de Hércules[147]; luego se pusieron mojones de
piedra a intervalos fijos por la falda del monte Palatino
hasta el altar de Conso[148], luego hasta las Curias Vie-
jas[149] y después hasta el santuario de los Lares[150]. El 2
Foro Romano y el Capitolio se cree que fueron añadi-
dos a la Ciudad no por Rómulo, sino por Tito Tacio[151].
Más tarde se amplió el Pomerio según las vicisitudes
de la fortuna. Los límites que en esta ocasión fijó
Claudio son fáciles de reconocer y de ellos hay constan-
cia escrita en las actas oficiales.

25. En el consulado[152] de Gayo Antistio y Marco
Suilio se acelera el trámite de la adopción de Domicio
por iniciativa de Palante, que, estrechamente ligado a
Agripina en cuanto que muñidor de sus bodas y luego
como partícipe de su deshonestidad, azuzaba a Claudio
diciéndole que pensara en el bien del estado, que ro-
deara de una protección la infancia de Británico. Ale-
gaba que también así, en la casa del divino Augusto,
aunque podía descansar en sus nietos, habían gozado
sus hijastros[153] de un lugar privilegiado; que Tiberio,
además de su propia estirpe, había adoptado a Ger-
mánico[154]; que también él debía echar mano de un
hombre joven que tomara sobre sí una parte de sus
preocupaciones. Vencido por estos argumentos pone 2

---

147 Junto al extremo N. del Circo Máximo.

148 Dios menor de carácter rústico.

149 En el NE. del Palatino, junto al Arco de Constantino, según KOESTERMANN.

150 En la Velia, junto al Foro Romano. Texto poco seguro.

151 El rey sabino que unió a su pueblo con la Roma de Rómulo.

152 Comienza la narración del año 50 d. C.

153 Tiberio y Druso, hijos del primer matrimonio de Livia.

154 Era su sobrino, hijo de Druso.

por delante de su hijo a Domicio, tres años mayor que aquél[155]; en el senado pronunció un discurso según los mismos términos que había escuchado de su liberto. Hacían notar los enterados que hasta la fecha no había habido adopción alguna entre los Claudios patricios[156], y que desde Atto Clauso[157] se habían continuado sin interrupción.

26. En fin, se dieron gracias al príncipe, con una más escogida adulación para Domicio; además se votó una ley por la que éste pasaría a la familia Claudia y tomaría el nombre de Nerón. También se ensalza a
2 Agripina con el título de Augusta[158]. Consumado todo esto, no hubo nadie tan inaccesible a la piedad que no se sintiera entristecido por el destino de Británico. Abandonado poco a poco incluso por sus esclavos, recibía con sarcasmo las más que inoportunas atenciones de su madrastra, dándose cuenta de su falsedad. En efecto, cuentan que no era de natural poco inteligente, ya fuera verdad, ya porque favorecido por sus peligros conservara tal reputación sin haberla probado.

27. Pero Agripina, para hacer ostentación de su poder también ante las naciones aliadas, consiguió que se enviaran veteranos y una colonia a la ciudad de los ubios, donde había nacido, a la cual se la puso un nombre derivado del suyo[159]. Se daba además la coinciden-

---

155 Domicio, ahora Nerón, había nacido en el año 37 d. C.; Británico, el hijo de Claudio, en el 41 d. C.; por ello se impone la corrección *triennio* al *biennio* de los manuscritos.

156 Los Claudios Marcelos eran, por el contrario, plebeyos.

157 Notable sabino al que la *gens Claudia* tenía por fundador; véanse IV 9, 2 y XI 24, 1.

158 Título que Livia había recibido sólo por disposición testamentaria de Augusto.

159 Se trata de la actual Colonia, oficialmente llamada *Colonia Claudia Augusta Ara Agripinensis*.

cia de que a aquel pueblo, cuando había pasado el Rin, lo había recibido en nuestra alianza su abuelo Agripa[160].

Por el mismo tiempo se produjo una conmoción en la Germania Superior ante la cercanía de los catos[161] entregados al pillaje. Al fin el legado Publio Pomponio ⟨envía⟩ a los auxiliares vangiones y németes[162], añadiéndoles caballería aliada, con la orden de adelantarse a los saqueadores o de rodearlos de improviso cuando estuvieran dispersos. A la pericia del jefe si- 3
guió la habilidad de los soldados: se dividieron en dos columnas, y la que marchó por la izquierda rodeó al enemigo recién vuelto, gastado por la disipación subsiguiente al pillaje y cargado de sueño; aumentó la alegría el hecho de que lograran librar de la esclavitud, al cabo de cuarenta años, a algunos supervivientes del desastre de Varo[163].

28. Los que habían marchado por la derecha y por un itinerario más corto, se encuentran de camino con el enemigo, que osa presentar batalla y al que causan una mayor matanza, y cargados de botín y de fama se vuelven al monte Tauno[164], donde estaba a la espera Pomponio con las legiones, por si los catos, deseosos de venganza, proporcionaban ocasión de una batalla.
Sin embargo, temerosos de verse rodeados de un lado 2
por los romanos y del otro por los queruscos[165], con

---

[160] Parece que el sometimiento de los ubios a Agripa había tenido lugar en el 37 a. C. Recuérdese que Agripina, hija de la primera Agripina y de Germánico, era nieta por su madre de Julia la Mayor, hija de Augusto, y de Agripa, el mejor general de su tiempo.

[161] Véanse XI 16, 1 y nota 49.

[162] Los vangiones habitaban en la región de Worms, los németes en la de Spira.

[163] En el año 9 d. C., en el bosque de Teutoburgo; véase I 61.

[164] En las cercanías de Maguncia.

[165] Véanse XI 16, 1 y nota 47.

los que tenían eterna discordia, enviaron a la Ciudad embajadores y rehenes. Se concedió a Pomponio el honor del triunfo, pequeña parte de su fama entre la posteridad, para la que va por delante la gloria de su obra de poeta[166].

29. Por el mismo tiempo es expulsado de su reino Vannio, colocado en el trono de los suevos por Druso César[167]. En la primera época de su reinado obtuvo gloria y la adhesión de su pueblo; luego, con el paso del tiempo, cambió hacia una actitud de soberbia que le valió verse rodeado al tiempo por el odio de sus vecinos y por las discordias domésticas. Los promotores de la expulsión fueron Vibilio, rey de los hermunduros[168], y Vangión y Sidón, hijos de una hermana de
2 Vannio. Claudio, aunque recibió repetidas solicitudes, no interpuso sus armas entre los bárbaros en discordia, limitándose a prometer a Vannio refugio seguro en el caso de que se viera expulsado; además escribió a Palpelio Histro, que estaba al frente de la Panonia, con la orden de que dispusiera sobre la ribera[169] su legión y tropas auxiliares escogidas de la misma provincia para proteger a los vencidos e imponer respeto a los vencedores, no fuera que, ensoberbecidos por su fortu-
3 na, perturbaran también nuestra paz. Y es que se avecinaba un contingente inmenso, lugios[170] y otros pueblos, movidos por la fama de la inmensa riqueza del reino,

[166] Publio Pomponio Secundo fue un notable autor de tragedias hoy perdidas; véase V 8.

[167] Es el Druso hijo de Tiberio; el suceso habría tenido lugar en el año 19 d. C. (véase II 63, 6); los suevos sobre los que Vannio reinó fueron los marcomanos y los cuados, situados entonces en Bohemia y Moravia.

[168] Pueblo de Turingia.

[169] Del Danubio, que hacía de frontera.

[170] Los lugios o ligios habitaban entre los cursos altos del Oder y Vístula.

que Vannio había amontonado a lo largo de treinta años con pillajes y exacciones. Éste contaba con unas tropas propias de infantería, y caballería de los sármatas jáziges [171], inferiores en número a la multitud de los enemigos, y por ello había determinado defenderse en fortalezas y prolongar la guerra.

30. Pero los jáziges, que no soportaban el asedio y andaban vagando por los campos próximos, hicieron inevitable el combate, porque los lugios y hermunduros habían irrumpido por aquella parte. Entonces, Vannio sale de sus castillos y es desbaratado en la lucha; a pesar de su adversa fortuna, se hizo merecedor de alabanza por haber combatido él mismo con las armas en la mano y por las heridas que recibió a pecho descubierto. El caso fue que se refugió en la flota que lo es- 2
peraba en el Danubio; lo siguieron de inmediato sus clientes, a quienes se dieron tierras y fueron asentados en Panonia. Vangión y Sidón se repartieron el reino, dando señaladas muestras de lealtad hacia nosotros; tuvieron en grado sumo el amor de sus súbditos, ya fuera por su natural, ya por la condición propia de los esclavos, mientras se convertían en sus dominadores, y una vez que lo consiguieron, un odio aún mayor.

31. Pero en Britania el propretor Publio Ostorio se encontró [172] con una situación de disturbios: los enemigos habían invadido las tierras de nuestros aliados, y con mayor violencia por pensar que un general recién llegado no les saldría al paso con un ejército que no conocía y cuando el invierno había empezado ya. Él, 2

[171] Pueblo de la actual Hungría.

[172] Ostorio tomó posesión de su cargo en el año 47. Téngase en cuenta lo que el propio Tácito dice en XII 40, 5 de que los capítulos 31 y siguientes relatan sucesos correspondientes a varios años.

que sabía que son los primeros acontecimientos los que engendran el miedo o la seguridad, lleva a toda prisa sus cohortes ligeras, y tras matar a los que le resistieron, persiguió a los que se dispersaron a fin de que no se reagruparan de nuevo. Como una paz hostil y poco fiable no permite descansar al general ni al soldado, se dispone a quitar las armas a los sospechosos y a dejar controlada con una serie de campamentos toda la re-
3 gión del lado de acá de los ríos Trent y Severn. Fueron los primeros en resistirse los icenos[173], pueblo poderoso y no quebrantado por guerras, dado que se había unido voluntariamente a nuestra alianza. Instigados por éstos, los pueblos vecinos escogieron para presentar batalla un lugar rodeado por un rudimentario terraplén y de entrada angosta, a fin de que no diera
4 paso a la caballería. El general romano, aunque llevaba tropas aliadas, sin la fuerza de las legiones, intenta romper aquella fortificación, y distribuidas las cohortes, dispone también los escuadrones para desempañar misiones de infantería. Entonces, a una señal dada, irrumpen por el terraplén y desbaratan al enemigo impedido por su propio encerramiento. Ellos, conscientes de su rebeldía y viendo cerradas las salidas, hicieron muchas y grandes hazañas. En este combate Marco Ostorio, hijo del legado, alcanzó el honor propio de quien ha salvado a un ciudadano[174].

32. En fin, con el desastre sufrido por los icenos se aquietaron los que dudaban entre la paz y la guerra, y el ejército fue llevado contra los decangos[175]. Se devastaron los campos y se saqueó por doquier, sin que el enemigo osara presentar combate; y si algunos intentaron hostigar a la columna desde lugares escon-

173 Situados en Norfolk, Suffolk y región de Cambridge.
174 La condecoración llamada corona cívica. Véase III 21, 3.
175 Pueblo del N. de Gales.

didos, su engaño fue castigado. Y ya se había llegado no lejos del mar que mira a la isla de Hibernia[176], cuando las discordias surgidas entre los brigantes hicieron retroceder al general, decidido a no intentar nuevas conquistas sin haber asegurado las precedentes. Los brigantes se calmaron, desde luego, una vez 2
que se dio muerte a las pocos que habían tomado las armas y se concedió el perdón a los demás; pero el pueblo de los sílures[177] se mostraba insensible tanto al rigor como a la clemencia, de manera que hicieron la guerra y hubo que someterlos acampando entre ellos a las legiones. Para lograrlo más rápidamente, se lleva desde la colonia de Camuloduno[178] a las tierras ocupadas una fuerte tropa de veteranos como garantía contra rebeliones y para acostumbrar a los aliados a respetar las leyes.

33. Se marchó luego contra los sílures que, aparte su natural valentía, confiaban en las fuerzas de Carataco, al cual muchos peligros y muchos éxitos habían elevado de manera que sobresalía por encima de los demás caudillos britanos. Mas en aquella ocasión —aunque superior por su astucia, y por lo engañoso del terreno, inferior por el contingente de sus soldados—, traslada la guerra al territorio de los ordovices[179], y tras ganarse a los que temían nuestra paz, decide probar la suerte de una batalla decisiva. Para el combate escogió un lugar tal que sus entradas, salidas y todo lo demás nos fuera desfavorable a nosotros y lo mejor para los suyos: por una parte lo rodeaban montes empinados, y por donde podía tener un acceso fácil amontona piedras a manera de muro; además corría al lado

---

176 Irlanda.

177 Habitantes del S. de Gales.

178 Actual Colchester.

179 Pueblo del centro y N. de Gales.

un río de vados inseguros y grupos armados estaban colocados delante de las fortificaciones.

34. Añadíanse a esto los caudillos de aquellos pueblos, que iban de un lado para otro arengándolos, dándoles ánimos, neutralizando el miedo, encendiendo su esperanza y dirigiéndoles otras exhortaciones propias para animar al combate. El propio Carataco corría de acá para allá, y les aseguraba que aquel día, aquella batalla, había de ser el inicio de la libertad recuperada o de la eterna servidumbre; invocaba además los nombres de sus mayores, que habían logrado rechazar al dictador César, gracias a cuyo valor, libres de las hachas y de los tributos, conservaban intactas las persosonas de sus esposas e hijos. Cuando decía esto y cosas parecidas clamaba a voces el pueblo, y cada cual se comprometía por los dioses de su gente a no ceder ante los proyectiles y las heridas.

35. Desconcertó tal entusiasmo al general romano; además, el río que cerraba el paso, la valla que habían añadido, las cimas que se cernían sobre ellos, todo el contorno hostil y guarnecido de defensores le producía miedo. Pero los soldados pedían combate, gritaban que nada es inexpugnable para el valor; también los prefectos y tribunos, expresándose en términos parecidos,
2 avivaban el ardor del ejército. Entonces, Ostorio, tras observar los puntos impenetrables y los que permitían el paso, lleva adelante a la tropa enardecida y pasa sin dificultad el río. Cuando se llegó al terraplén, en la lucha con armas arrojadizas hubo más heridos entre los nuestros y en muchos puntos se iniciaban matanzas; una vez que, armada la tortuga[180], se deshicieron aque-

[180] La conocida *testudo,* dispositivo de protección de las formaciones cerradas de infantería, consistente en colocar los escudos de manera que formaran una coraza continua.

llos rudos e informes agregados de piedras y se llegó al cuerpo a cuerpo en terreno igual, los bárbaros se retiraron a las cimas de los montes. Pero también allá 3
se lanzó la infantería tanto ligera como pesada, aquélla hostigándolos con sus venablos, ésta atacando en orden cerrado, con lo que se desbarataron las filas de los britanos que no tienen protección alguna de corazas ni cascos; y si resistían a los auxiliares eran abatidos por las espadas y venablos de los legionarios; si se volvían hacia ellos, los derribaban los sables y lanzas de los auxiliares. Resplandeciente fue aquella victoria; cayeron prisioneras la mujer y la hija de Carataco, y sus hermanos se entregaron sin condiciones.

36. Carataco mismo, como generalmente la adversidad trae inseguridad, aunque invocó la protección de Cartimandua, reina de los brigantes[181], fue encadenado y entregado a los vencedores al noveno año[182] del comienzo de la guerra en Britania. De ahí surgió su fama, que trascendió de la isla y se extendió por las provincias próximas, e incluso se propagaba por Italia; todos ansiaban ver quién era aquel que por tantos años había despreciado nuestro poder. Ni si- 2
quiera en Roma era desconocido el nombre de Carataco, y el César, al ensalzar su propia honra, añadió gloria al vencido. En efecto, se convocó al pueblo como si se tratara de un espectáculo insigne; formaron armadas las cohortes pretorianas en el campo que se extiende ante sus cuarteles. Entonces pasaron los clientes del 3
rey, se hicieron desfilar sus medallas, sus torques[183] y

---

181 Pueblo situado entre Liverpool y el Firth de Clyde.

182 La guerra había empezado en el año 43; el prendimiento de Carataco ocurriría en el 51 ó 52, según se interprete el cómputo de Tácito.

183 Estimamos que «medallas» puede ser una traducción adecuada de *phalerae*, pequeños discos metálicos decorados que

cuantos trofeos había conquistado en guerras exteriores; después fueron exhibidos sus hermanos, su esposa y su hija y, al final, él en persona. Las súplicas de los demás, dictadas por el miedo, no estuvieron a su propia altura; pero Carataco, sin bajar los ojos y sin implorar misericordia, una vez que subió a la tribuna habló en estos términos:

37. «Si cuanta fue mi nobleza y fortuna tanta hubiera sido mi moderación en la prosperidad, hubiera venido a esta ciudad más como amigo que como cautivo, y no hubieras desdeñado acoger en paz y en alianza a un hombre nacido de esclarecidos mayores y que im-
2 peraba sobre tantos pueblos. Mi suerte presente es tan triste para mí como gloriosa para ti. He tenido caballos, hombres, armas, recursos: ¿qué hay de extraño en que los haya perdido a mi pesar? Pues si vosotros pretendéis imperar sobre todos, ¿se sigue de ello que to-
3 dos acepten la servidumbre? Si se me hubiera arrastrado aquí tras haberme entregado al momento, no hubieran resplandecido ni mi fortuna ni tu gloria. Por otra parte, a mi suplicio lo seguirá el olvido de mí; si, en cambio, respetas mi vida, seré un ejemplo durade-
4 ro de tu clemencia.» El César le respondió haciéndole gracia de la vida a él, a su mujer y a sus hermanos. Ellos, liberados de las cadenas, rindieron también homenaje a Agripina, que estaba a la vista en otra tribuna no lejana, con las mismas palabras de alabanza y gratitud que emplearon para con el príncipe. Era algo francamente nuevo e insólito en la tradición de los antiguos: una mujer ocupando un sitial ante los estandartes romanos; ella misma reclamaba su participación en el imperio ganado por sus mayores.

---

los soldados recibían como recompensa. Los torques eran brazaletes empleados también como condecoraciones.

38. Cuando luego se convocó al senado, los padres hablaron extensamente y en términos magníficos del prendimiento de Carataco; decían que era algo no menos glorioso que cuando habían presentado Publio Escipión a Sífax, Lucio Paulo a Perses[184] y otros generales a reyes encadenados ante el pueblo romano. Se 2
votan para Ostorio los honores del triunfo; hasta entonces había tenido éxito, pero luego su suerte vaciló, ya porque, una vez eliminado Carataco, se hubiera relajado la disciplina de nuestro ejército como si la guerra hubiera terminado, ya porque los enemigos sintieran inflamarse su afán de venganza al dolerse por un rey tan grande. El caso es que rodean al prefecto de 3
campamento y a las cohortes legionarias dejadas para establecer puestos fortificados en tierras de los sílures; y si, al transmitirse la noticia, no se les hubiera prestado rápido socorro desde las fortalezas próximas a aquellas tropas asediadas, hubieran perecido; con todo, cayeron el prefecto, ocho centuriones y los soldados más decididos. No mucho después desbarataron a los nuestros que se dedicaban al forrajeo y a los escuadrones enviados a socorrerlos.

39. Entonces Ostorio les opuso sus cohortes ligeras, mas no por ello lograba detener la desbandada; hasta que al fin entraron en combate las legiones, con cuya fuerza se igualó la lucha y luego llevamos la mejor parte. El enemigo escapó con poco daño porque ya declinaba el día. Se sucedieron repetidos comba- 2
tes, y con mayor frecuencia a la manera de los asaltos de bandoleros: por sotos y pantanos, según la fortuna y valor de cada cual, de manera improvisada o con un

---

184 Sífax o Siface, príncipe númida, desfiló en el triunfo de Escipión Africano el Mayor en el año 201 a. C.; Lucio Emilio Paulo celebró su triunfo sobre Perses de Macedonia en 167 a. C.

plan, por cólera o por ambición de botín, a veces a una orden dada y otras sin saberlo los jefes. Era especialmente encarnizada la resistencia de los sílures, exasperados por haberse divulgado unas palabras del general romano en el sentido de que, al igual que antaño los sicambros[185] habían sido aniquilados o trasladados a la Galia, así también el nombre de los silures debía
3 borrarse de raíz. Ocurrió así que sorprendieron a dos cohortes auxiliares que por codicia de sus prefectos se habían entregado al pillaje sin precauciones; y repartiendo con largueza los despojos y cautivos iban arrastrando también a los otros pueblos a la defección, cuando, agotado por el peso de sus inquietudes, abandonó esta vida Ostorio; los enemigos se alegraron pensando que a aquel jefe no despreciable lo había hecho perecer si no una batalla, sí la guerra.

40. El César, al conocer la muerte del legado y a fin de que la provincia no estuviera sin gobernador, nombró en su lugar a Aulo Didio[186]. Aunque éste se trasladó rápidamente allá, no encontró la situación en condiciones: entretanto había sufrido un revés la legión a cuyo frente estaba Manlio Valente; además el enemigo dio gran eco al suceso a fin de asustar al general recién llegado, mientras que éste exageraba lo que oía a fin de obtener más gloria si arreglaba la situación y más legítima disculpa si lograban resistirle. También ese fracaso nos lo habían causado los sílures y extendían por todas partes sus correrías, hasta que
2 acudió Didio a rechazarlos. Ahora bien, tras el apresamiento de Carataco, el jefe de mayores conocimientos militares era Venucio, del pueblo de los brigantes, según ya recordé más arriba[187]; durante largo tiempo

---

[185] Germanos sometidos por Tiberio en el año 8 d. C.
[186] Gobernó la Britania de 52 a 57 d. C.
[187] En pasaje perdido del libro XI.

nos fue leal y se protegió bajo las armas romanas, cuando tenía en matrimonio a la reina Cartimandua; pero luego, surgida entre ellos la separación y acto seguido la guerra, había tomado las armas también contra nosotros. Con todo, al principio la lucha era sólo 3
entre ellos, y Cartimandua, con astutas artes, logró apoderarse del hermano y los parientes de Venucio. Por ello se encendieron sus enemigos, estimulados por la ignominia de verse sometidos al imperio de una mujer, y con un fuerte ejército de jóvenes guerreros escogidos invaden su reino. Los nuestros lo habían previsto, y se enviaron como ayuda unas cohortes que libraron duro combate, el cual, dudoso en su comienzo, tuvo un final más favorable. Similar éxito conoció en 4
la lucha la legión que mandaba Cesio Nasica; pues Didio, agobiado por los años y colmado de honores, se contentaba con dejar actuar a sus subalternos y con rechazar al enemigo. Todas estas acciones, aunque lle- 5
vadas a cabo por dos propretores a lo largo de varios años, las he expuesto seguidas, no fuera que separadas no tuvieran el mismo valor con vistas a su memoria; ahora vuelvo al orden del tiempo.

41. En el consulado de Tiberio Claudio —por quinta vez— y Servio Cornelio Orfito[188] se impuso antes de tiempo a Nerón la toga viril[189], a fin de que pareciera capaz de participar en los asuntos del estado. Además el César cedió de grado a las adulaciones del senado permitiendo que a los veinte años de edad Nerón ocupara el consulado y que entretanto, en calidad de designado, tuviera el mando proconsular fuera de la Ciudad y se le llamara «Príncipe de la Juventud»[190]. Se

[188] Comienza la narración del año 51 d. C.

[189] Este signo externo de la mayoría de edad se imponía a los 14 años; Nerón tenía solamente 13.

[190] El imperio proconsular lo colocaba, prácticamente, en el

añadió un donativo a los soldados en su nombre y
2 regalos en especie al pueblo. En un espectáculo circense que se dio para ganarle las simpatías del vulgo desfilaron Británico con la pretexta[191] y Nerón con el atuendo triunfal; se pretendía que el pueblo contemplara a éste con el brillo imperial y a aquél con ropa de niño y que en consecuencia adivinara el destino de uno y otro. Al tiempo, los centuriones y tribunos que se compadecían de la suerte de Británico fueron removidos con pretextos falsos o bien aparentando ascenderlos; incluso los pocos libertos que le conservaban lealtad incorrupta son alejados aprovechando la oca-
3 sión que ahora diré. Habiéndose encontrado Nerón y Británico, Nerón saludó a Británico por su nombre, y éste a Nerón llamándole Domicio[192]. Agripina da cuenta de ello a su marido con grandes quejas, alegando que era el inicio de la discordia, pues se despreciaba la adopción, y lo que había decidido el senado y exigido el pueblo se abrogaba dentro de su propio hogar; y que si no se alejaba la perversidad de quienes enseñaban tales gestos rencorosos, había de estallar en ruina del estado. Impresionado por lo que él tomaba como acusaciones, Claudio castiga con el exilio o la muerte a los mejores de entre los educadores de su hijo, y pone a su cuidado a quienes la madrastra había designado.

42. Sin embargo Agripina todavía no osaba llevar hasta el final sus proyectos, mientras no fueran removidos del mando de las cohortes pretorias Lusio Geta y Rufrio Crispino, de quienes pensaba que recordaban

---

segundo lugar tras el emperador. Augusto había ya dado a sus nietos Gayo y Lucio el título de Príncipes de la Juventud.

191 La toga bordada propia de los niños.

192 Es decir, por su nombre anterior a la adopción, y repudiando ésta.

a Mesalina y que se sentían ligados a sus hijos[193]. El caso es que, al asegurar la esposa que por la rivalidad entre ambos estaban desunidas las cohortes y que si las mandaba uno sólo la disciplina sería más rígida, se transfiere el mando de las cohortes a Burro Afranio, hombre de extraordinario prestigio militar, pero que sabía por qué voluntad se lo ponía al frente de ellas. Agripina procuraba también realzar su propio 2
encumbramiento: su entrada en el Capitolio en un carruaje, honor reservado de antiguo a los sacerdotes y a los objetos sagrados, aumentaba el respeto por aquella mujer que, hija de un *imperator*[194], hermana y también esposa y madre de quien ostentó el poder universal, constituye un ejemplo sin par hasta el día de hoy. En tal situación, su más importante partidario, Vitelio, 3
hombre de gran prestigio y edad muy avanzada —hasta tal punto es incierto el destino de los poderosos— se ve envuelto en una acusación por denuncia del senador Junio Lupo. Le hacía éste imputaciones de lesa majestad y de ambición del imperio; y el César le hubiera prestado oído si no lo hubieran hecho cambiar las amenazas, más que los ruegos, de Agripina, de manera que impuso al acusador la interdicción del agua y el fuego. Era sólo eso lo que Vitelio había deseado.

43. Muchos prodigios sucedieron aquel año: se posaron sobre el Capitolio aves de mal agüero, repetidos terremotos hicieron caer edificios, y el temor a daños mayores produjo en la masa un pánico en el que pere-

---

193 A los que había tenido con Claudio: Británico y Octavia.

194 Germánico. Como en alguna ocasión anterior, preferimos mantener el término latino *imperator*, pues conserva todavía su valor de «general en jefe», título no exclusivo de una persona, al contrario del de «emperador», que poco a poco irá adquiriendo; véase III 74, 4. Agripina era —recuérdese— hermana de Calígula, esposa de Claudio, y madre del futuro emperador Nerón.

cieron aplastados los más débiles; también la escasez de cosechas y el hambre que provocó se interpretaban como prodigios. Las lamentaciones no eran sólo ocultas, antes bien, hallándose Claudio administrando justicia, lo rodearon con gritos subversivos y empujándolo lo llevaban a empellones hacia la parte final del Foro, hasta que con ayuda de un pelotón de soldados
2 logró abrirse paso entre la masa hostil. Consta que no quedaban en la Ciudad alimentos para más de quince días, pero se remedió la angustiosa situación por la gran benevolencia de los dioses y por lo moderado del invierno. Antaño, por Hércules, Italia hacía llegar suministros a las legiones en provincias lejanas, y tampoco ahora sufre de infecundidad; sin embargo preferimos cultivar el África y Egipto, y la vida del pueblo romano está confiada a las naves y a los azares[195].

44. El mismo año[196] la guerra que surgió entre armenios e hiberos fue también causa de muy graves
2 choques entre partos y romanos. Reinaba sobre el pueblo parto Vologeses, nacido de una concubina griega y que había accedido al trono por concesión de sus hermanos; sobre los hiberos mandaba Farasmanes por derecho inmemorial y sobre los armenios su hermano
3 Mitridates apoyado por nuestras armas. Tenía Farasmanes un hijo, de nombre Radamisto, de hermosa talla, de gran fuerza corporal, ducho en los ejercicios tradicionales de su pueblo y de gran prestigio entre las gentes vecinas. Afirmaba éste que el pequeño reino

195 Tácito muestra, una vez más, su preocupación por la depresión que afectaba a la agricultura de Italia, sometida a la competencia del grano transportado desde África y Egipto, y que hacía depender el abastecimiento de Roma de los azares del transporte marítimo; la misma idea es expresada por Tiberio en III 55, 4.

196 Continúa el 51 d. C.

de Hiberia llevaba demasiado tiempo retenido por la
ancianidad de su padre, y lo hacía con demasiado des-
caro y reincidencia como para que quedara oculta su
ambición. En consecuencia Farasmanes, a aquel mu- 4
chacho decidido a reinar y rodeado de la simpatía de
su pueblo, temeroso porque su edad ya declinaba, pro-
curaba atraerlo a otra esperanza, y le ponía ante los
ojos la Armenia, recordándole que él mismo se la ha-
bía entregado a Mitridates tras expulsar a los par-
tos[197]; sin embargo, era mejor dilatar un golpe de
fuerza y valerse del engaño, a fin de acabar con él por
sorpresa. Y así Radamisto, simulando hallarse en dis- 5
cordia con su padre y no poder soportar los odios de
su madrastra, marcha junto a su tío, quien lo trata con
gran cariño, como si fuera su hijo; mas él se dedica a
atraerse a los armenios notables a una revolución, en
tanto que Mitridates no sólo lo ignora, sino que cada
día le tributa nuevos honores.

45. En esto, con la excusa de una reconciliación,
vuelve junto a su padre y le anuncia que cuanto pue-
de hacerse con el engaño está ya hecho, y que el resto
es tarea de las armas. Entretanto Farasmanes prepara
los pretextos para una guerra: que cuando él luchaba
con el rey de los albanos y había pedido el auxilio de
los romanos, su hermano se le había opuesto, y que
iba a vengar tal agravio aniquilándolo; al tiempo con-
fió a su hijo un gran ejército. Éste se lanzó subita- 2
mente sobre Mitridates, al que, aterrorizado y despo-
seído de las tierras llanas, obligó a refugiarse en el cas-
tillo de Gorneas[198], lugar seguro por su emplazamiento
y por su guarnición, a cuyo frente estaban el prefecto
Celio Polión y el centurión Casperio. No hay cosa tan 3

---

197 Véase VI 32 y sig.

198 Junto al actual Eriwan, según KOESTERMANN, en la Armenia soviética.

desconocida para los bárbaros como las máquinas y técnicas de asalto; en cambio es esa una parte del arte militar que nosotros dominamos especialmente bien. Y así Radamisto, que en vano e incluso con daño suyo había intentado asaltar la fortificación, pone mano a su
4 asedio. Y como su fuerza resultaba despreciable, compra la avaricia del prefecto, no sin la protesta de Casperio ante la idea de que un rey aliado y la Armenia, don del pueblo romano, se vieran perdidos por el crimen y el dinero. Al fin, como Polión alegaba la multitud de los enemigos y Radamisto las órdenes de su padre, partió Casperio tras pactar una tregua, con la intención de, en el caso de que no lograra disuadir de la guerra a Farasmanes, enterar al gobernador de Siria Ummidio Cuadrato del estado en que se hallaba Armenia.

46. Al marchar el centurión, como si se le hubiera quitado un vigilante, el prefecto empezó a exhortar a Mitridates a firmar un pacto, recordándole los vínculos de la fraternidad, que Farasmanes era mayor en edad, y todos los demás títulos de parentesco: que tenía como esposa a su hija y que él mismo era suegro de Radamisto; los hiberos no repudiaban la paz —le decía— a pesar de que en aquel momento se encontraban en situación de ventaja; que, por otra parte, era bien conocida la deslealtad de los armenios y que no tenía otro refugio que un castillo falto de aprovisionamiento; lo exhortaba a no preferir tentar la dudosa suerte de
2 las armas antes que un acuerdo incruento. Mientras Mitridates dudaba ante esta propuesta y sospechaba de los consejos del prefecto, pues había seducido a una concubina real y se lo consideraba capaz de cualquier torpeza por dinero, Casperio marcha junto a Farasma-
3 nes y le pide que los hiberos levanten el asedio. Respondióle él en público con palabras ambiguas, pero en

general más bien amables, y entretanto ordena a Radamisto por medio de mensajeros secretos que apresure la toma a toda costa. Se aumenta el precio de la prevaricación, y Polión, corrompiéndolos privadamente, empuja a los soldados a que exijan la paz y amenacen con abandonar la defensa. En tal aprieto Mitridates aceptó día y lugar para establecer el pacto, y sale del castillo.

47. En el primer momento Radamisto se lanzó a abrazarlo y simulaba deferencia para con él, llamándolo suegro y padre; además le jura que no le hará violencia ni por el hierro ni por el veneno. Al tiempo se lo lleva a un bosque sagrado cercano, diciéndole que allí estaba dispuesto un sacrificio, para que se firmara la paz con los dioses como testigos. Tienen por 2
costumbre los reyes, cuando van a hacer una alianza, unir sus diestras, atarse los pulgares y estrechárselos con un nudo; luego, cuando la sangre se ha concentrado en el extremo de los dedos, la hacen brotar con una herida leve y se la lamen mutuamente. Tal pacto se considera como algo misterioso, como consagrado por la mutua efusión de sangre. Pero en aquella oca- 3
sión el que traía la atadura, simulando caerse, se echa a las rodillas de Mitridates y da con él en tierra; al tiempo acuden otros y le ponen cadenas, para luego arrastrarlo sujeto con grillos, gran deshonor entre los bárbaros. Pronto el pueblo, sobre el que había reinado 4
con dureza, empezó a cubrirlo de afrentas y golpes. Había también quienes se compadecían de tan grande cambio de fortuna. Tras él iba su esposa con sus hijos pequeños llenándolo todo con sus lamentos. Se los esconde en vehículos separados y cubiertos mientras se averiguaban las órdenes de Farasmanes. En él valía 5
más la ambición del reino que su hermano y su hija, y su ánimo estaba dispuesto al crimen; de todos mo-

dos tuvo consideración con su propia vista, evitando hacerlos morir en su presencia. Por su parte Radamisto, como acordándose de su juramento, no emplea ni el hierro ni el veneno contra su hermana y su tío, sino que derribándolos en tierra los ahoga cubriéndolos con muchas y pesadas vestiduras. También los hijos de Mitridates, por haber llorado la muerte de sus padres, fueron degollados.

48. Cuando Cuadrato[199] supo de la entrega de Mitridates y que el reino quedaba en poder de sus asesinos, convoca a su consejo, le expone lo sucedido y le pide su parecer sobre si debía tomar venganza. Sólo a unos pocos les preocupaba el honor del estado, y los
2 más se expresan en términos de cautela; decían que todo crimen que se produjera entre extranjeros debía acogerse con alegría; que incluso había que esparcir la semilla de los odios, tal como a menudo los príncipes romanos, con la apariencia de una largueza, habían hecho don de la misma Armenia para fomentar la discordia entre los bárbaros; aconsejaban dejar a Radamisto que disfrutara de su mal ganado poder mientras resultara odioso e infame puesto que eso era más útil para nosotros que si lo hubiera alcanzado con
3 gloria. Tal fue la posura que se adoptó. Sin embargo, para que no pareciera que aprobaban el crimen, y por si acaso el César daba otras órdenes, se enviaron mensajeros a Farasmanes ordenándole que se retirara de los confines de Armenia e hiciera volver a su hijo.

49. Era entonces procurador de Capadocia Julio Peligno, hombre tan despreciable por la cobardía de su ánimo como por lo ridículo de su físico, aunque íntimo de Claudio tiempo atrás, cuando éste alegraba su iner-

[199] Gobernador de Siria; véase XI 45, 4.

te ocio de ciudadano particular con el trato de los bufones[200]. El tal Peligno hizo leva de tropas auxiliares en la provincia como para reconquistar Armenia; pero habiéndose dedicado al pillaje más entre los aliados que entre los enemigos, abandonado por los suyos y sin protección contra el ataque de los bárbaros, acude a Radamisto. El caso es que se dejó convencer por sus regalos y fue el primero en animarlo a tomar las insignias de la realeza, asistiendo como garante y satélite al acto de su coronación. Cuando para su deshonra 2
se divulgó la noticia, y a fin de que no se juzgara a los demás romanos por la medida de Peligno, se envía con una legión al legado Helvidio Prisco, con instrucciones para remediar los desórdenes teniendo cuenta de las circunstancias. Atravesó rápidamente la cordillera del Tauro, y ya casi había arreglado la situación usando más del tacto que de la fuerza, cuando recibe la orden de volver a Siria para que no hubiera lugar a una guerra con los partos.

50. En efecto, Vologeses, pensando que se le había proporcionado un pretexto para invadir Armenia, poseída por sus mayores y en manos de un rey extranjero en virtud de un crimen, reúne sus tropas y se dispone a colocar sobre aquel trono a su hermano Tiridates, para que ningún miembro de su casa estuviera sin reino. Al entrar los partos, los hiberos fueron expulsados sin combate, y las ciudades armenias de Artáxata y Tigranocerta[201] hubieron de aceptar el yugo. Mas tar- 2
de, la dureza del invierno, la escasez de los suministros y una epidemia debida a ambas causas obligan a Vologeses a dejar las cosas como están. Radamisto in-

200 Véase Suetonio, *Claudio* 5.

201 Artáxata, actual Artasat, en el confín de la URSS y Turquía, era la capital del reino; Tigranocerta estaba en su parte meridional.

vadió la Armenia nuevamente sin dueño, y con más saña que antes, pues iba contra quienes lo habían abandonado y habrían de rebelarse en la primera ocasión. Mas ellos, aunque habituados a la servidumbre, rompen con su actitud de paciencia y rodean armados el palacio real.

51. El caso es que Radamisto no tuvo otra salvación que la rapidez de sus caballos, con los que escapó
2 llevándose a su mujer. Ahora bien, hallábase ésta embarazada y al principio soportó como pudo la huida por miedo a sus enemigos y por amor a su marido; luego, cuando lo continuado de la carrera empezó a provocar sacudidas en su vientre y espasmos en sus entrañas, rogaba que con una muerte honrosa la libra-
3 ra de las infamias de la cautividad. Él en un principio la abrazaba, la calmaba, la animaba, ya admirando su valor, ya angustiado por el miedo de que cayera en poder de otro si la dejaba atrás. Al fin, movido por lo violento de su amor y no resultándole cosa extraña el crimen, desenvaina su cimitarra, tras herirla la arrastra hasta la orilla del río Araxes[202] y la entrega a la corriente para sustraer al enemigo también su cuerpo. A marchas forzadas escapó él a tierra de los hiberos,
4 reino de su padre. Entre tanto Zenobia —así se llamaba la mujer—, detenida en un remanso, cuando aún respiraba y daba señales de vida fue advertida por unos pastores, que juzgando por la dignidad de su aspecto que no era persona sin importancia, vendan su herida, le aplican rústicos remedios y, tras saber de su nombre y su suerte, la llevan a la ciudad de Artáxata. Desde allí fue conducida, a cargo del estado, ante Tiridates, y acogida con benevolencia recibió trato de reina.

---

[202] Actual Arax, frontera de la URSS con Turquía e Irán.

52. En el consulado de Fausto Sila y Salvio Otón[203] es condenado al exilio Furio Escriboniano, bajo el alegato de que especulaba por medio de adivinos caldeos sobre el fin del príncipe. Se implicaba en la acusación a su madre Vibia, a la que se imputaba el no soportar con paciencia su suerte anterior, pues había sido relegada. Camilo, padre de Escriboniano, había fomentado 2 una subversión armada por la Dalmacia[204], lo que inclinaba al César a la clemencia, en la idea de perdonar por segunda vez a una estirpe enemiga. Con todo, el desterrado no vivió luego largo tiempo; ya pereciera de muerte natural, ya por un veneno, el caso es que hubo ambas versiones, según cada cual se inclinara a creer. Se dispuso la expulsión de Italia de los 3 astrólogos por un decreto del senado tan riguroso como inútil. Luego el príncipe alabó en un discurso a quienes voluntariamente se retiraban del rango senatorial por estrecheces económicas, y fueron apartados los que quedándose, unían la desvergüenza a la pobreza.

53. También en esta ocasión trata en el senado sobre el castigo de las mujeres que tuvieran unión carnal con esclavos; se determina que la que se rebaje hasta tal punto sin conocerlo el amo, sea considerada esclava, y si aquél había consentido, como liberta. Para Palante, a quien el César presentó como autor de 2 la moción, solicitó el cónsul designado Bárea Sorano las insignias de pretor y quince millones de sestercios. Escipión Cornelio añadió que se le debían dar oficialmente las gracias porque, siendo descendiente de los reyes de Arcadia[205], posponía su antiquísima nobleza al

---

203 Comienza la narración del año 52 d. C.

204 A raíz de la entronización de Claudio en el 41, según Suetonio, *Claudio* 13.

205 Cuesta trabajo no ver ironía en el fondo de tan rebuscada adulación, que hace de un liberto el descendiente del

bien público y permitía que se le tuviera entre los ser-
3 vidores del príncipe. Claudio aseguró que Palante, contento con el honor, prefería permanecer en su anterior pobreza. Y se grabó en una placa de bronce expuesta en público un decreto del senado en el que a aquel liberto, poseedor de trescientos millones de sestercios, se lo colmaba de las alabanzas propias de la antigua austeridad.

54. Sin embargo su hermano, de sobrenombre Félix[206], no actuaba con una moderación semejante: desde hacía tiempo estaba al frente de la Judea, y pensaba que al estar apoyado por un poder tan grande quedarían impunes todas sus fechorías. Verdad es que los judíos habían hecho ademán de sublevarse con motivo de la sedición surgida una vez que ⟨Gayo César les ordenó colocar en el Templo una efigie suya; y aunque⟩[207] al saberse de su asesinato la orden no se cumplió, quedaba el temor de que algún otro príncipe les
2 mandara lo mismo. Entretanto Félix, con remedios intempestivos, provocaba al delito, rivalizando con él en lo peor Ventidio Cumano. Tenía éste una parte de la provincia, dividida de manera que Ventidio gobernara a la nación de los galileos y Félix a los samaritanos, pueblos desunidos desde antaño y que entonces, por desprecio hacia sus gobernantes, reprimían menos
3 sus odios. El caso es que se hacían objeto de mutuos

---

mítico Palante, hijo de Evandro y aliado de Eneas; véase XI 14, 3 y nota 43.

[206] Se trata del Félix que tanta intervención tuvo en el proceso de San Pablo; véase *Hechos de los Apóstoles* 23 y sigs.

[207] Damos el texto correspondiente a la suplencia propuesta por Haase para la laguna que indudablemente hay en este lugar. Se trata de una reconstrucción a partir de Tácito, *Historias* V 9, 2, y no cabe duda de que acierta en el sentido, aunque sea imposible responder de su letra. Koestermann la da en su aparato crítico, señalando en el texto la lagura.

pillajes, lanzaban los unos contra los otros partidas de bandoleros, se tendían emboscadas, y de vez en cuando trababan verdaderos combates, cuyos despojos y botín entregaban a los procuradores. Se alegraban éstos en un principio, pero luego, al crecer el mal, hicieron intervenir a sus ejércitos y se produjeron muertes entre los soldados; hubiera ardido en guerra la provincia de no haber acudido Cuadrato, gobernador
de Siria. Respecto a los judíos que habían llegado a 4
dar muerte a nuestros soldados, no se dudó mucho en hacerles expiar su crimen con la cabeza. Cumano y Félix provocaban vacilaciones, porque Claudio, al saber de las causas de la rebelión, había dado a Cuadrato el derecho de decidir también acerca de los procuradores. Ahora bien, Cuadrato presentó a Félix entre los jueces, dándole acogida en su tribunal a fin de echar atrás el celo de los acusadores [208]; el caso es que por las fechorías que habían cometido los dos fue condenado Cumano, y se devolvió la calma a la provincia.

55. No mucho después, los pueblos agrestes de Cilicia [209] llamados cietas [210], ya varias veces sublevados, al mando de Troxoboro [211] acamparon sobre unas escarpadas montañas; desde allí bajaban a la costa o a las ciudades y se atrevían a hacer violencia a campesinos y ciudadanos y, sobre todo, a los comerciantes y bar-
queros. Incluso pusieron sitio a la ciudad de Anemu- 2
rio [212], y la caballería enviada desde Siria en su socorro a las órdenes del prefecto Curcio Severo resultó des-

---

208 Una vez que Cuadrato hace sentar a Félix en medio del tribunal, deferencia normal para con los magistrados, deja claro que ya ha tomado partido.

209 En la costa SE. de Asia Menor.

210 Véase VI 41, 1.

211 La forma del nombre es discutida; otros proponen Troxobor.

212 Actual Anamur (Turquía).

baratada, pues lo escabroso de aquellos contornos, idóneos para la lucha de infantería, no permitía combatir a caballo. Al fin el rey de aquel litoral, Antíoco[213], usando de halagos con la masa y de engaño con su jefe, logró dispersar a las fuerzas bárbaras, y tras dar muerte a Troxoboro y a unos pocos notables apaciguó a los demás con la clemencia.

56. Por el mismo tiempo[214] se excavó el monte que se levanta entre el lago Fucino y el río Liris[215], y para que la magnificencia de la obra pudiera ser admirada por más gente, se preparó un combate naval en el propio lago, tal como el que antaño había hecho representar Augusto en un estanque construido en torno al Tíber, si bien éste con naves ligeras y menos tropas[216].
2 Claudio armó navios de tres y cuatro filas de remos y diecinueve mil hombres; el recinto estaba rodeado de pontones para evitar las huidas en desorden, pero abarcaba un espacio suficiente para mostrar la fuerza de los remeros, la destreza de los patrones, la arrancada de las naves y las maniobras habituales de un combate. Sobre los pontones estaban apostados destacamentos y escuadrones de las cohortes pretorianas, y por delante se habían levantado baluartes desde los que se podían hacer funcionar catapultas y ballestas.

---

213 Antíoco IV Epífanes.

214 Parece ser que en este capítulo vuelve Tácito al año 51 d. C., retornando en el siguiente al 52.

215 El lago Fucino, prácticamente desecado en época reciente, se halla a unos 80 kms. al E. de Roma. El río Liris corre cercano a su borde SO., separado tan sólo por el Monte Salviano. La obra consistía en convertir el río en desagüe del lago. El canal tenía 3 millas, y en él trabajaron 30.000 obreros durante once años; véase el comentario de Koestermann.

216 En el año 2 a. C.; el propio Augusto nos cuenta que empleó 30 naves y 3.000 hombres (*Monumentum Ancyranum* IV 43, y Suetonio, *Augusto* 43, 1).

El resto del lago lo ocupaban infantes de marina en
naves cubiertas. Las riberas y colinas, y las cimas de 3
los montes estaban abarrotadas, a la manera de un
teatro, por una multitud innumerable procedente de
los municipios próximos y también de la propia Ciu-
dad, venida allí por curiosidad o por deferencia con
el príncipe. Claudio, ataviado con un precioso manto
de guerra, y no lejos de él Agripina con una clámide
bordada en oro, presidían el espectáculo. La lucha, aun-
que entre criminales, se llevó a cabo con un coraje
propio de hombres valerosos, y tras muchas heridas
se los eximió de darse muerte.

57. Mas al término del espectáculo se abrió paso
a las aguas. Y quedó de manifiesto la incuria con que
se había realizado la obra, pues no era lo bastante
profunda como para alcanzar el nivel más bajo del
lago[217]. El caso es que se dejó pasar un tiempo para
hacer más hondo el túnel, y a fin de reunir de nuevo a
la multitud se da un espectáculo de gladiadores, tras
tender puentes para la lucha a pie. Incluso se ofreció 2
un banquete junto al desagüe del lago, que fue oca-
sión de gran pánico para todos, porque la fuerza impe-
tuosa de las aguas arrastraba lo que hallaba a su paso,
haciendo temblar las zonas más alejadas y causando
en ellas el terror con su retumbar y estrépito. Justo en
tal momento Agripina, aprovechando el miedo del prín-
cipe, acusa a Narciso, encargado de las obras, de co-
dicia y de robos; mas él no se quedó callado, echán-
dole en cara sus mujeriles apasionamientos y sus es-
peranzas excesivas.

58. En el consulado de Décimo Junio y Quinto Haterio[218], a los dieciséis años de edad, Nerón recibió

217 Texto inseguro, aunque de sentido general claro.

218 Comienza la narración del año 53 d. C.

en matrimonio a Octavia, hija del César. Buscando brillar en los estudios honorables y obtener gloria como orador, se encargó de defender la causa de los ilienses[219]. Tras recordar de modo elocuente el origen troyano de los romanos, a Eneas como fundador de la estirpe Julia y otras cosas antiguas no lejanas de la fábula, consigue que los ilienses se vean libres de toda
2 carga pública. También a su defensa se debió la subvención de diez millones de sestercios a la colonia de Bolonia[220], consumida por un incendio. Se devuelve a los rodios[221] su libertad, tantas veces suprimida y confirmada, según habían hecho méritos en los guerras exteriores o promovido sediciones internas. A los de Apamea[222], que habían sufrido un terremoto, se les hizo remisión del tributo por cinco años.

59. Por su parte, Claudio se veía empujado a dictar las más inhumanas medidas, siempre a causa de los manejos de Agripina, la cual, codiciosa de unos jardines de Estatilio Tauro, famoso por su riqueza, lo perdió con una acusación presentada por Tarquicio Prisco. Había sido éste lugarteniente de Tauro cuando gobernaba el África con mando proconsular[223]; después de que regresaron hizo contra él una denuncia con algunas referencias a concusiones, aunque acusándolo
2 sobre todo de prácticas mágicas. Tauro, no soportando al falso acusador ni la infamia inmerecida, puso fin a su vida antes de que el senado sentenciara. Sin

219 De los habitantes de Ilio, asentada sobre el solar de la antigua Troya.

220 En la Galia Cisalpina, actual Bolonia.

221 Los habitantes de la isla de Rodas tenían alianza con Roma desde los tiempos de las primeras guerras del Oriente, en el s. II a. C. Habían recuperado su libertad por la ayuda prestada en las guerras contra Mitridates del Ponto.

222 En Frigia, junto a la entrada de los Dardanelos.

223 Tras su consulado del año 44 d. C.

embargo Tarquicio fue expulsado de la curia, y los senadores, por odio al delator, se impusieron a las maquinaciones de Agripina.

60. El mismo año[224] se escucharon repetidas declaraciones del príncipe en el sentido de que los juicios sentenciados por sus procuradores habían de tener la misma fuerza que sus propias decisiones. Y para que no pareciera que se había pronunciado irreflexivamente, se tomaron medidas al respecto en un decreto del senado, más detalladas y completas que lo
conocido hasta la fecha. En efecto, el divino Augusto 2
había ordenado en el caso de los caballeros romanos que gobernaban Egipto que aplicaran las leyes y que sus decisiones tuvieran la misma consideración que las dictadas por los magistrados de Roma; más tarde en otras provincias y también en Roma se les adjudicaron muchas causas que antaño eran conocidas por
los pretores. Claudio les entregó toda la jurisdicción, 3
lo que había producido ya tantas veces sediciones y luchas armadas, cuando en virtud de las Leyes Sempronías se pusieron en poder del orden ecuestre los juicios, que las Leyes Servilias devolvieron otra vez al senado, motivo principal en su día de las guerras en-
tre Mario y Sila[225]. Mas entonces los intereses de los 4
grupos sociales estaban divididos, y los que habían resultado vencedores se imponían de manera oficial. Gayo Opio y Cornelio Balbo[226] fueron los primeros que, apoyados en el poder de César, pudieron establecer

[224] Continúa el 53 d. C.

[225] Las Leyes Sempronias se debían a Gayo Graco (122 a. C.), las Servilias habían sido promovidas por Servilio Cepión en el 106 a. C. Sobre los jurados de caballeros, véanse también XI 22, 6 y nota 64.

[226] Sobre los Balbos, véanse XI 24, 3 y nota 76; el Balbo aludido aquí es el Mayor.

condiciones de paz y actuar como árbitros de la guerra. Ya después, nombrar a los Macios y Vedios y demás caballeros romanos especialmente poderosos, de nada valdría una vez que Claudio igualó a sí mismo y a las leyes a los libertos que tenía al frente de su hacienda familiar.

61. Propuso luego la concesión de la inmunidad a los habitantes de Cos[227], con largas consideraciones acerca de su antigüedad: que los argivos, o bien Coeo[228], padre de Latona[229], habían sido los más antiguos pobladores de la isla; que más tarde, con la llegada de Esculapio[230], se había introducido en ella el arte de la medicina, y que había alcanzado muy brillante cultivo entre sus descendientes, citando sus nombres uno por uno y la época en que cada cual ha-
2 bía florecido. Añadió incluso que Jenofonte[231], de cuya ciencia se beneficiaba él mismo, procedía de la misma familia, y que a sus ruegos había que conceder el que los de Cos vivieran libres de todo tributo para lo sucesivo en su isla sagrada y sierva tan sólo del dios. No hay duda de que se pudieron haber alegado muchos méritos de aquella gente para con el pueblo romano y su participación en victorias nuestras; pero Claudio no trató de disimular con apoyos externos lo que con su habitual facilidad había concedido como favor personal.

62. En cambio, cuando se concedió la palabra a los de Bizancio, que se quejaron ante el senado de lo

---

227 Isla del Dodecaneso, frente a la costa SO. de Asia Menor; véanse II 75, 2 y IV 14, 1.

228 Personaje mítico del linaje de los titanes.

229 Madre de Apolo y Diana.

230 Dios griego de la salud, hijo de Apolo.

231 Médico personal de Claudio, que participaría en su asesinato; véase XII 67, 2.

oneroso de sus cargas, hicieron una exposición completa. Empezaron con el pacto que habían establecido con nosotros en el tiempo en que luchábamos contra el rey de Macedonia al que, como a indigno de su estirpe, se le impuso el nombre de Pseudofilipo[232]. Recordaron luego las tropas enviadas contra Antíoco, Perses y Aristonico[233], y la ayuda prestada a Antonio en la guerra de los piratas, así como la ofrecida a Sila, Luculo o Pompeyo[234]; acto seguido, sus méritos recientes contraídos con los Césares, en cuanto habitantes de un territorio tan estratégico para las travesías por tierra y por mar de generales y de ejércitos, así como para el transporte de suministros.

63. En efecto, Bizancio fue fundada en el punto de menor separación entre Europa y Asia, en el extremo de Europa, por unos griegos[235] a quienes, cuando consultaron a Apolo Pitio[236] sobre el lugar en donde asentarían la ciudad, se les dio el oráculo de que buscaran un emplazamiento frente a las tierras de los ciegos. Con tal ambigüedad se aludía a los calcedo- 2
nios[237], que, habiendo llegado antes allí y a pesar de haber visto antes lo idóneo del lugar, habían elegido uno peor. Y en verdad que Bizancio tiene un suelo

---

232 Se llamaba en realidad Andrisco, y se presentaba como hijo de Perses; fue apresado por Metelo en el 148 a. C.

233 Contra Antíoco hacia el 190 a. C., contra Perses en 171-168 a. C., contra Aristonico en 132-129.

234 Se trata del Antonio padre del famoso Marco Antonio, en el año 74 a. C. La ayuda prestada a Sila, Luculo y Pompeyo se refiere a las guerras contra Mitrídates y los piratas, en los años 87-67 a. C.

235 De Mégara; la fundación tuvo lugar a mediados del siglo VII a. C.

236 En Delfos.

237 Calcedón, actual Kadikioi, sobre el Bósforo, había sido también fundada por megarenses poco antes que Bizancio.

fértil y un mar fecundo, porque la inmensa masa de peces que sale del Ponto[238], espantada por las rocas en diagonal bajo las aguas, huye de la otra ribera y
3 viene a parar a estos puertos. Por ello en un principio tuvieron grandes ganancias y riquezas; más adelante, oprimidos por las cargas hubieron de pedir su supresión o reducción, con el apoyo del príncipe, quien recordó que estaban abatidos por las recientes guerras de Tracia y el Bósforo[239], y que había que ayudarlos; así se les remitieron los tributos por cinco años.

64. En el consulado de Marco Asinio y Manio Acilio[240] se supo por repetidos prodigios que se anunciaban cambios hacia peor en el estado. Enseñas y tiendas militares ardieron por el fuego celeste; se asentó sobre lo alto del Capitolio un enjambre de abejas; se produjeron partos humanos de seres biformes, y nació un cerdo con garras de gavilán. Se contaba también entre los presagios el que se hubiera menguado el número de todos los magistrados al haber muerto en el plazo de pocos meses un cuestor, un edil, un tribuno,
2 un pretor y un cónsul. Pero especialmente aterrorizada estaba Agripina, llena de temor por unas palabras que había dejado escapar Claudio en medio de la embriaguez, diciendo que su hado era soportar los crímenes de sus esposas y castigarlos luego; así pues, decidió actuar y de prisa. Perdió primero a Domicia Lépida por causas propias de mujeres, porque Lépida, hija de Antonia la Menor[241], sobrina nieta de Augusto[242], prima

238 El Ponto Euxino o Mar Negro.

239 En los años 46 y 49 d. C., respectivamente.

240 Comienza la narración del año 54 d. C.

241 Tácito, al igual que en IV 44, 2, se equivoca citando a Antonia la Menor en lugar de su hermana Antonia la Mayor.

242 Por ser, por su madre, nieta de Octavia, la hermana de Augusto.

hermana del padre de Agripina[243] y hermana de su primer marido Gneo[244], se creía tan ilustre como ella. Verdad es que ni en hermosura ni en edad ni en rique- 3
za distaban mucho, y una y otra impúdicas, infames y violentas, rivalizaban en vicios no menos que en las prosperidades recibidas de la fortuna. Pero la lucha más dura fue aquella en que se debatió si tendría más influencia sobre Nerón la tía o la madre, pues Lépida con granjerías y regalos, se ganaba el ánimo del muchacho, frente a la actitud dura y amenazadora de Agripina, que buscaba el imperio para su hijo, pero no podía tolerar que lo ejerciera.

65. El caso es que se acusó a Lépida de haber atentado contra la esposa del príncipe con hechizos y de que con las mal gobernadas bandas de esclavos que tenía por Calabria[245] perturbaba la paz de Italia. Por ello se la sentenció a muerte, con gran oposición de Narciso, que, sospechando más y más de Agripina, se contaba que había declarado entre sus íntimos que era segura su propia perdición tanto si alcanzaba el poder Británico como si lo obtenía Nerón, pero que el César había contraído con él tales méritos que dedicaba su vida a servirlo; que él había hecho convictos a Mesa- 2
lina y a Silio; que habría otra vez las mismas causas de acusación si imperaba Nerón; que si el sucesor era

243 Texto discutido. Los manuscritos dan *Agripinae sobrina prior;* KOESTERMANN admite el *pr⟨op⟩ior* de Vertranius, que parece responder más exactamente al parentesco que de hecho se daba: Lépida y Germánico, el padre de Agripina, eran primos carnales, en cuanto hijos de las hermanas Antonia Mayor y Menor. La corrección parece justificada por un texto del *Digesto* 38, 10, 10, 16; véase el comentario de KOESTERMANN.

244 Gneo Domicio Ahenobarbo, padre de Nerón.

245 Recuérdese que la antigua *Calabria* no correspondía a la actual —la *punta* de la *bota* italiana—, sino al *tacón*, actual Península Salentina.

Británico, el príncipe no tenía nada que temer. Decía, sin embargo, que toda la casa estaba trastornada por las intrigas de aquella madrastra, y que el callarlo sería mayor crimen que haberlo hecho con la impudicia de la anterior esposa; aunque, añadía, tampoco ahora faltaba la impudicia al tener a Palante como querido, para que nadie dudara de que consideraba su honra, su pudor, su cuerpo, todo, como de menos valor
3 que el reinar. Repitiendo estas y parecidas palabras abrazaba a Británico implorando para él la fuerza de la edad lo antes posible, tendía las manos ya a los dioses ya a él mismo diciéndole que debía crecer, expulsar a los enemigos de su padre y vengarse también de los asesinos de su madre.

66. En medio de tantas preocupaciones, Narciso cae presa de una enfermedad, y marcha a Sinuesa[246] para restaurar sus fuerzas con la benignidad de su clima y la salubridad de sus aguas. Entonces Agripina, que ya desde tiempo atrás estaba decidida al crimen, aprovechando con presteza la ocasión que se le ofrecía y no faltándole servidores para el caso, deliberó sobre el veneno a elegir: uno súbito y de efecto precipitado denunciaría el crimen; si escogía uno lento que lo fuera minando, era de temer que Claudio, cerca de la muerte y dándose cuenta del engaño, volviera al amor de su hijo. Quería algo especial, que le pertur-
2 bara la mente y dilatara su muerte. Se elige como artífice de tal obra a una mujer a la que llamaban Locusta[247], recientemente condenada por envenenamiento y largo tiempo tenida como uno de los instrumentos del reino. Por el ingenio de aquella mujer fue preparado el veneno, y suministrado por Haloto, uno de los eunucos, que solía servir y probar los manjares.

---

246 Estación balnearia en la costa S. del Lacio.
247 El mote significa «langosta».

67. Quedó todo tan pronto al descubierto que los historiadores de aquellos tiempos cuentan que el veneno se echó en una suculenta seta, y que la fuerza de la poción no se sintió inmediatamente, ya fuera por la estupidez de Claudio, ya porque estuviera borracho; también pareció que una descomposición de vientre lo
había salvado. Con ello se aterrorizó Agripina y, como 2
temía lo peor, despreciando la desaprobación de los presentes, emplea la complicidad del médico Jenofonte, la cual ya se había preparado. Éste, como si tratara de ayudar a los esfuerzos de Claudio por vomitar le clavó en la garganta —según se cree— una pluma mojada en un veneno rápido, no ignorando que los grandes crímenes se acometen con peligro y se rematan con premio.

68. Entretanto se convocaba al senado, y los cónsules y sacerdotes hacían votos por la salud del príncipe, cuando, ya exánime, se lo cubría de mantas y de fomentos mientras se hacía lo necesario para asegurar el
imperio de Nerón. Ya desde el primer momento Agri- 2
pina, como vencida por el dolor y aparentando buscar consuelo, tenía abrazado a Británico, diciéndole que era la viva imagen de su padre y entreteniéndolo con
mañas varias para que no saliera de la alcoba. Tam- 3
bién retuvo a sus hermanas Antonia y Octavia, y mantenía cerradas todas las entradas con guardias mientras difundía repetidamente comunicados de que la salud del príncipe mejoraba, a fin de dar esperanzas a los soldados y de que llegara el momento indicado según la prescripción de los adivinos caldeos.

69. Entonces, al mediodía del trece de octubre[248], se abrieron de repente las puertas del Palacio y se pre-

[248] Del año 54 d. C.

senta Nerón acompañado de Burro ante la cohorte que, según la costumbre militar, estaba de guardia. Allí, por iniciativa del prefecto, es acogido con gritos favorables y colocado sobre una litera. Cuentan que algunos dudaron, mirando hacia atrás y preguntando dónde estaba Británico, pero que luego, como nadie los empujó en sentido contrario, siguieron lo que se les presentaba.
2 Nerón es llevado a los cuarteles, y tras haber pronunciado un discurso adecuado a la circunstancia y prometido un donativo según el ejemplo de la paterna largueza, es aclamado como emperador; a la sentencia de los soldados siguió la decisión del senado, sin que se
3 registraran vacilaciones en las provincias. Se decretan honores celestiales para Claudio [249], y se celebra una solemnidad fúnebre semejante a la del divino Augusto, tratando Agripina de rivalizar con la magnificencia de su bisabuela Livia. Sin embargo, no se leyó su testamento, no fuera que la odiosa injusticia que suponía preferir al hijastro antes que al hijo turbara los ánimos del pueblo.

---

249 De tales honores y del propio Claudio hizo Séneca sangrienta sátira en su *Apocolocynthosis Diui Claudi,* que vendría a ser, en lugar de la apoteosis, «la conversión en calabaza del Divino Claudio».

LIBRO XIII

Sinopsis

Año 54 d. C. (caps. 1-10)
Año 55 d. C. (caps. 11-24)
Año 56 d. C. (caps. 25-30)
Año 57 d. C. (caps. 31-33)
Año 58 d. C. (caps. 34-58)

Capítulos:

1-5. Comienzos del reinado de Nerón: muertes de Silano y Narciso; Burro y Séneca como consejeros; funerales de Claudio; actitud liberal de Nerón ante el senado.

6-9. Asuntos del Oriente en el año 54 d. C.

10-24. Asuntos internos del año 55 d. C.: Nerón declina honores; tensiones con Agripina; asesinato de Británico.

25-30. Asuntos internos del año 56 d. C.: escándalos de Nerón; problemas con los libertos y cómicos; cuestiones administrativas y fiscales; condenas.

31-33. Asuntos del año 57 d. C.: condenas; medidas sobre los esclavos.

34-41. Asuntos del Oriente en el año 58 d. C.: campañas de Corbulón.
42-43. Condena de Suilio.
44. Drama pasional de Octavio Sagitta.
45-46. Nerón y Popea.
47-48. Destierro de Cornelio Sila; motín de Pozzuoli.
49-51. Peto Trásea en el senado; problemas fiscales.
52. Acusaciones.
53-57. Asuntos de Germania en el año 58 d. C.
58. El árbol Ruminal.

LIBRO XIII

1. El primer asesinato del nuevo principado[250], el del procónsul de Asia, Junio Silano, es dispuesto a espaldas de Nerón por una insidia de Agripina; y no es que hubiera provocado su perdición con un carácter violento, pues era hombre sin energía, despreciado durante las tiranías anteriores, hasta el punto de que Gayo César solía llamarlo «la oveja de oro»[251]. Lo que ocurría era que Agripina, que había urdido la muerte de su hermano Lucio Silano[252], temía su venganza, en tanto que se decía insistentemente entre el vulgo que se debía poner por delante de Nerón, apenas salido de la infancia y elevado al imperio por un crimen, a un varón de edad madura, libre de culpa, noble y —algo que entonces se miraba mucho— descendiente de los Césares; porque también Silano era tataranieto del divino Augusto[253]. Esta fue la causa de su asesinato; los ejecutores 2
fueron el caballero romano Publio Céler y el liberto

[250] Continuamos en el año 54 d. C.; compárese la frase inicial del libro con la que abre, en I 6, 1, la narración del reinado de Tiberio.

[251] Gayo César es, naturalmente, el emperador Calígula; el mote *pecus aurea* parodia el mítico vellocino de oro.

[252] El joven prometido a Octavia con anterioridad a Nerón; véase XII 3-4.

[253] Por su madre Emilia Lépida, biznieta del primer príncipe en cuanto hija de Julia la Menor.

Helio, que estaban a cargo del patrimonio familiar del príncipe en Asia. Dieron éstos al procónsul un veneno en el transcurso de un banquete, de manera demasiado
3 visible como para pasar desapercibidos. Con no menor celeridad Narciso, el liberto de Claudio de cuyas querellas con Agripina ya di cuenta[254], se ve empujado a la muerte por una áspera prisión y por la coacción extrema, y ello a pesar del príncipe, a cuyos vicios todavía escondidos se acomodaba admirablemente tanto por su codicia como por su prodigalidad.

2. Y ya se iba sin más a una matanza, si no hubieran salido al paso Afranio Burro y Anneo Séneca[255]. Eran éstos los mentores de la juventud del emperador y —cosa rara en un poder compartido— procedían de modo concorde con una autoridad equivalente por medios diversos: Burro con su experiencia militar y la severidad de sus costumbres, Séneca con su magisterio oratorio y su honrada benevolencia, se ayudaban entre sí para controlar más fácilmente la deleznable juventud del príncipe, en caso de que rechazara la virtud,
2 por medio de los placeres lícitos. Libraban uno y otro un mismo combate contra la ferocidad de Agripina que, ardiendo en todas las pasiones de la dominación injusta, tenía de su lado a Palante, por cuyo consejo Claudio se había arruinado a sí mismo con un matrimonio incestuoso y una adopción que acabaría con él. Pero tampoco Nerón tenía un carácter como para estar por debajo de esclavos, y Palante, que con su sombría arrogancia había sobrepasado los límites propios de
3 un liberto, se tenía ganadas las antipatías. Sin embargo, al exterior se acumulaban sobre aquella mujer todos

---

[254] En XII 57 y 65.

[255] Afranio Burro era prefecto del pretorio, jefe de la guardia imperial; Anneo Séneca, preceptor de Nerón, es, naturalmente, el filósofo.

los honores, y cuando según la costumbre militar un tribuno le pidió al príncipe el santo y seña, éste le dio el de «la mejor de las madres». Además se le adjudicaron por el senado dos lictores y el cargo de flamen de Claudio; al tiempo se decretó para Claudio un funeral público y luego la apoteosis[256].

3. El día del funeral pronunció su elogio el príncipe; mientras recordaba la antigüedad de su linaje y los consulados y triunfos de sus mayores, se mantuvieron serios tanto él como los demás; también el recuerdo de su dedicación a los estudios y de que bajo su reinado el estado no había sufrido desastre alguno en el exterior se escuchó con disposición favorable. Ahora bien, cuando pasó a hablar de su prudencia y sabiduría, nadie era capaz de contener la risa, aunque el discurso, compuesto por Séneca, exhibía gran elegancia, de acuerdo con el ingenio atrayente y acomodado a los oídos del tiempo que aquel varón poseía. Hacían notar 2
los más viejos, que entretienen su ocio comparando lo antiguo con lo presente, que Nerón era el primero que, habiendo alcanzado el poder, había precisado de la elocuencia ajena. En efecto, el dictador César rivalizaba con los mejores oradores; asimismo Augusto tuvo una elocuencia pronta y fluida y digna de un príncipe; Tiberio era hábil también en el arte de sopesar las palabras, y además tanto se mostraba capaz de dar fuerza a su contenido como de resultar deliberadamente ambiguo; incluso la perturbación mental de Gayo César no destruyó su viveza oratoria, ni tampoco en Claudio, cuando pronunciaba un discurso preparado, se echaba en falta la elegancia. En cambio Nerón, desde el pri- 3
mer momento, ya en los años de la niñez, torció la vivacidad de su espíritu hacia otras actividades: grabar,

[256] La apoteosis que Séneca satirizó en su *Apocolocynthosis*.

pintar, el canto o los ejercicios de manejo de caballos; también en algunas ocasiones, en la composición de poemas, demostraba poseer ciertos elementos de cultura.

4. En fin, consumados los simulacros de duelo, compareció en la curia, y tras comenzar hablando del apoyo de los padres y del consenso del ejército, recordó que disponía de consejos y de ejemplos adecuados para ejercer el imperio de modo excelente, y que su juventud no estaba manchada por guerras civiles ni discordias domésticas; no traía consigo odios, ni resentimientos,
2 ni afanes de venganza. Luego esbozó la imagen que iba a ofrecer su principado, repudiando especialmente las acciones motivadoras de resentimientos que todavía ardían frescos. En efecto —dijo—, él no iba a ser juez de todas las causas, de manera que, encerrados entre las cuatro paredes de una misma casa acusadores y reos, medrara el poder de unos pocos; en su hogar no habría venalidad ni daría paso a la intriga; había de mantener separadas su casa y la república. El senado debía conservar sus antiguas prerrogativas; Italia y las provincias senatoriales[257] habían de acudir a los tribunales de los cónsules, que les facilitarían acceso al senado; él, por su parte, se ocuparía de los ejércitos que le estaban encomendados.

5. No faltó a su palabra, y muchas resoluciones se tomaron según el parecer del senado; así, que nadie se prestara por dinero o por regalos a defender una causa, y que los cuestores designados no tuvieran obligación de dar juegos de gladiadores. A esto último se opuso Agripina, alegando que se subvertían las disposi-

---

[257] Es decir, las pacificadas de antiguo y que no estaban directamente sometidas a la jurisdicción, en origen militar, de los emperadores.

ciones de Claudio, pero se salieron con la suya los senadores, a quienes precisamente se convocaba en el Palacio para que pudiera asistir ella a la sesión, por medio de una puerta abierta en la parte de atrás, separada por una cortina que impedía ver pero le permitía escuchar. Es más, cuando unos embajadores de los ar- 2
menios estaban ante Nerón defendiendo la causa de su pueblo, se disponía ya a subir ella al estrado del emperador y a presidir a su lado, pero Séneca, mientras los demás se quedaban clavados por el miedo, aconsejó a Nerón que saliera al encuentro de su madre. Así, con la apariencia del afecto filial se evitó un escándalo.

6. Hacia el final del año[258] se supo por rumores inquietantes que los partos habían invadido y saqueado nuevamente Armenia, expulsando a Radamisto, que, habiendo poseído varias veces aquel reino para luego tener que escapar de él[259], en esta ocasión incluso había rehuido la lucha. Así las cosas, en la Ciudad, ávida 2
de charla, se preguntaban de qué modo un príncipe que apenas había pasado de los diecisiete años podría sostener y mover aquella carga, qué protección habría en quien estaba regido por una hembra, si también los combates, los asedios de ciudades y las restantes operaciones de guerra podrían ser dirigidas por sus maestros. En cambio, otros afirman que lo sucedido 3
es preferible a que un Claudio, incapaz por su edad y cobardía, se viera llamado a las fatigas de la guerra, habiendo de hacer caso a órdenes de esclavos; al menos, Burro y Séneca eran conocidos por su mucha experiencia de las cosas, y en cuanto al emperador, ¿qué le faltaba para tener el vigor de la edad, cuando

[258] Todavía el 54 d. C.
[259] Véase XII 48-51.

Gneo Pompeyo a los dieciocho años, a los diecinueve César Octaviano habían llevado el peso de las guerras
4 civiles? Añadían que cuando se ocupa el lugar supremo más se hace con auspicios y consejos[260] que con las armas y las manos; ya daría prueba clara de si disponía de amigos honestos o no en caso de que eligiera, prescindiendo de envidias, a un general de verdadera talla en lugar de uno adinerado y apoyado en una fama fruto de la intriga.

7. Mientras circulaban estos y similares comentarios, Nerón ordena que marchen los jóvenes reclutados por las provincias próximas para completar las legiones de Oriente, y que las propias legiones se sitúen más cerca de Armenia; asimismo manda a dos viejos reyes, Agripa y Antíoco, que preparen tropas para penetrar a la ofensiva en los confines de los partos, y que se tiendan puentes sobre el río Éufrates; además confía la Armenia Menor a Aristobulo y la región de la
2 Sofena a Sohemo, con las insignias de la realeza[261]. A Vologeses le surgió oportunamente un rival en la persona del hijo de Vardanes, y los partos se retiraron de Armenia dando a entender que aplazaban la guerra.

8. Pero en el senado todo lo sucedido fue celebrado con exageración en las intervenciones de quienes propusieron acciones de gracias, y que en los días de acciones de gracias se le adjudicara al príncipe la vestidura triunfal, que entrara en la Ciudad recibiendo la ova-

[260] Es decir, con la asistencia divina dimanada de la ceremonia de los auspicios, que el general realizaba al tomar su mando, y la ayuda de los consejeros experimentados.

[261] Aristobulo es el último rey conocido de la Armenia Menor, convertida en provincia romana bajo Vespasiano. La Sofene estaba separada de Anatolia por el Éufrates; no parece que este Sohemo guarde relación con el rey de Iturea citado en XII 23.

ción, y que se le erigiera una estatua de igual tamaño que la de Marte Vengador en el mismo templo; aparte de la acostumbrada adulación, estaban contentos porque había encargado la defensa de Armenia a Domicio Corbulón, y parecía que se abría paso al mérito. Las 2
tropas de Oriente se dividen de manera que una parte de los auxiliares y dos legiones quedaran en la provincia de Siria al lado de su legado Cuadrato Ummidio, y que un número semejante de ciudadanos y aliados estuviera a las órdenes de Corbulón, además de las cohortes y escuadrones de caballería que invernaban en Capadocia. A los reyes aliados se les dio orden de obedecerles según las conveniencias de la guerra, pero sus inclinaciones se volvían particularmente hacia Corbulón. Éste, buscando la fama, que en las empresas 3
nuevas tiene el mayor poder, tras recorrer el camino a toda marcha se encontró en Egeas, ciudad de Cilicia, a Cuadrato, que se había adelantado hasta allí para evitar que, si Corbulón entraba en Siria para tomar a su cargo las tropas, atrajera sobre sí la mirada de todos con su enorme talla, su elocuencia magnífica y, aparte su experiencia y sabiduría, su prestigio favorecido también por las apariencias.

9. Por lo demás, uno y otro aconsejaban al rey Vologeses, por medio de mensajeros, que prefiriera la paz a la guerra y que, tras entregar rehenes, conservara para con el pueblo romano la reverencia acostumbrada de sus predecesores. Y Vologeses, ya fuera por prepararse cómodamente para la guerra, ya para alejar a título de rehenes a personas en las que sospechaba rivales, entrega a los más ilustres de la familia de los Arsácidas. Los recibió el centurión Insteyo, enviado por 2
Ummidio, y que casualmente se había presentado al rey por un asunto anterior[262]. Cuando lo supo Corbu-

[262] Damos la traducción correspondiente al *forte priore de*

lón, manda ir al prefecto de cohorte Arrio Varo y recuperar los rehenes. Para que la disputa que de aquí surgió entre el prefecto y el centurión no fuera por más tiempo un espectáculo para los extranjeros, se dejó el arbitraje del asunto a los rehenes y a los embajadores que los conducían; ellos, movidos por su gloria reciente y por una cierta inclinación que, aun siendo
3 enemigos, por él sentían, prefirieron a Corbulón. Se suscitó de ahí la discordia entre los jefes, quejándose Ummidio de que se le había arrebatado lo que él había hecho posible con sus desvelos, y declarando en cambio Corbulón que el rey no se había avenido a ofrecer rehenes antes de que su propia elección como general en jefe de la campaña hubiera cambiado sus esperanzas en miedo. Nerón, a fin de arreglar el pleito, hizo saber que por los éxitos conseguidos por Cuadrato y Corbulón se añadía el laurel a sus insignias imperiales. Esto lo he narrado seguido, aunque se extendía ya a otro consulado[263].

10. El mismo año[264] el César solicitó del senado una estatua para su padre Gneo Domicio y las insignias consulares para Asconio Labeón, que le había servido de tutor; y cuando le ofrecieron a él mismo estatuas de plata y oro macizo, se opuso. Además, aunque el senado había propuesto que el año empezara con el mes de diciembre, en el que había nacido Nerón, mantuvo el viejo rito de que se inaugurara el primero de
2 enero. No se admitió la acusación contra el senador

---

causa adito rege de los manuscritos, que nos parece más viable que la conjetura *prior ea* de Muret, seguida por la mayoría de los modernos editores, entre ellos Koestermann; estimamos que *prior* es incompatible con el ablativo absoluto *adito rege.*

263 Es decir, al año 55 d. C. Otras alteraciones de la estructura analística pueden verse, por ejemplo, en VI 38, 1 ó XII 40, 5.

264 Todavía el 54 d. C.

Carrinate Céler, presentada por un esclavo suyo, ni contra Julio Denso, caballero romano, a quien se le imputaba como crimen su simpatía por Británico.

11. En el consulado de Claudio Nerón y Lucio Antistio[265], cuando los magistrados iban a jurar por los actos de los príncipes, prohibió Nerón a su colega Antistio jurar por los suyos, entre grandes alabanzas de los senadores, quienes le auguraban que, enaltecido su ánimo juvenil también por la gloria de las cosas pequeñas, hiciera que las siguieran las mayores. Vino 2
luego su acto de benevolencia para con Plaucio Laterano[266], removido de su dignidad por adulterio con Mesalina, al que devolvió al senado, comprometiéndose a ser clemente en repetidos discursos que Séneca, por testimoniar la honestidad de sus preceptos o por exhibir su talento, hacía públicos por voz del príncipe.

12. Por lo demás, se fue resquebrajando poco a poco el poder de la madre una vez que Nerón se dejó llevar por el amor de una liberta llamada Acte, al tiempo que tomaba como confidentes a ⟨Marco⟩ Otón[267] y a Claudio Seneción, dos hermosos muchachos, uno de los cuales, Otón, era de familia consular, y Seneción hijo de un liberto del César. A espaldas de su madre, 2
luego con su inútil oposición, Acte se había introducido profundamente en su ánimo aprovechando su amor al placer y los ambiguos encuentros secretos que tenían;

265 Comienza la narración del año 55 d. C.

266 Véase XI 30, 2.

267 El Otón aquí aludido es el fugaz emperador del año 69 d. C. Con respecto a la liberta Acte, nos hace notar el Prof. Lisardo Rubio que se tiende a identificarla con la concubina imperial Actea que, según S. Juan Crisóstomo, se había convertido al cristianismo por la predicación de S. Pablo. Sabemos que fue Acte quien dio sepultura al cuerpo de Nerón, gesto caritativo que parecería apoyar la identificación propuesta.

tampoco los amigos más viejos del príncipe se oponían, en la idea de que aquella mujerzuela saciaba las pasiones del príncipe sin hacer agravio a nadie, dado que él sentía aversión por su esposa Octavia, bien noble y de probada honestidad, ya por alguna fatalidad, ya porque lo ilícito suele imponerse; además se temía que acabara lanzándose a corromper a mujeres ilustres si se lo apartaba de aquella pasión.

13. Pero Agripina, con una reacción típicamente mujeril, bramaba que tenía como rival a una liberta, como nuera a una sierva, y otras cosas por el estilo; no esperaba al arrepentimiento o a la saciedad de su hijo, y cuanto más deshonrosamente lo increpaba, más hacía arder su pasión, hasta el punto de que, dominado por la fuerza del amor, abandonó toda consideración para con su madre y se puso en manos de Séneca, uno de cuyos familiares, Anneo Sereno, simulando amor por la misma liberta, había ocultado las primeras pasiones del muchacho y prestado su nombre para que los regalos que el príncipe hacía furtivamente a la mujerzuela pasaran públicamente como larguezas suyas.
2 Entonces Agripina cambió de táctica y abordó al joven con zalamerías, ofreciéndole su propia alcoba y su propia intimidad para ocultar lo que su edad juvenil y su suprema posición exigieran. Incluso reconocía que había sido inoportuna su severidad, y le entregaba los recursos de su patrimonio, que no eran mucho menores que los del emperador; al igual que poco antes trataba de reprimir a su hijo sin consideraciones, así se
3 rebajaba ahora sin mesura alguna. Ahora bien, este cambio tampoco engañó a Nerón; además estaban los temores de sus amigos íntimos, quienes le rogaban que se guardara de las insidias de aquella mujer siempre
4 feroz y entonces, además, falsa. Casualmente por aquellos días el César, tras examinar los atavíos con que

habían resplandecido las esposas y las madres de los príncipes, eligió un vestido y unas piedras y las envió como regalo a su madre, sin escatimar nada y adelantándose a ofrecerle lo mejor y lo que las demás mujeres ambicionaban. Pero Agripina exclama que con aquello no se enriquecía su ajuar, sino que se la privaba del resto, y que su hijo repartía lo que, en su totalidad, poseía gracias a ella.

14. Y no faltaron quienes se lo fueron a contar en peores términos. El caso es que Nerón, irritado contra aquéllos en quienes se apoyaba tal soberbia de mujer, aparta a Palante de la administración de los asuntos que le había encomendado Claudio y gracias a la que actuaba como árbitro del reino; se contaba que, cuando salía con una gran cantidad de seguidores, dijo Nerón, no sin acierto, que Palante se iba a presentar la dimisión. Lo que sí es cierto es que Palante había pactado que no se le interrogara sobre ningún hecho pretérito y que se consideraran saldadas sus cuentas con la república.

Tras esto Agripina, perdiendo el control, se lanzó 2
a asustarlo y a amenazarlo, sin recatarse de proclamar ante los oídos del príncipe que Británico ya había crecido, que era estirpe verdadera y digna de recibir el imperio de su padre, ejercido por un advenedizo
adoptado, y en medio de agravios a su madre; que 3
ella no se negaba a que quedaran al descubierto todas las calamidades de aquella casa infortunada, empezando por su propia boda y por el envenenamiento por ella cometido; que sólo los dioses y ella habían cuidado de que sobreviviera el hijastro. Se declaraba dispuesta a marchar con él a los cuarteles; pedía que se oyera, por una parte, a la hija de Germánico, por otra a Burro, un inválido, y a Séneca, un desterrado, reclamando el uno con su mano truncada y el otro con su

lengua de profesor el gobierno del género humano. Al tiempo tendía los brazos, acumulaba los insultos, invocaba a Claudio divinizado, a los manes infernales de los Silanos[268] y tantos crímenes inútiles.

15. Impresionado Nerón por ello y por estar cercano el día en que Británico cumpliría los catorce años, daba vueltas ya a la violencia de su madre, ya al carácter del muchacho, que acababa de conocer por una experiencia ciertamente ocasional, pero que le había
2 procurado amplias simpatías. En los días de las fiestas de Saturno, entre otras diversiones de los jóvenes de su edad, se hacía el juego de echar a suerte el reino[269], y había recaído sobre Nerón. El caso fue que a los demás les dio órdenes diversas y que no podían causarles vergüenza; mas cuando mandó a Británico que se levantara y, poniéndose en medio, iniciara una canción, esperando con ello reírse del muchacho, que desconocía incluso los banquetes moderados —cuanto más las bacanales—, él, sin vacilar, entonó un canto en el que daba a entender que había sido derribado del trono de su padre y del supremo poder[270]. Provocó esto una compasión más manifiesta, cuanto que la noche y los excesos habían dado de lado al disimulo.
3 Nerón, al percibir el rencor, aumenta su odio; y como las amenazas de Agripina lo urgían y no se atrevía a acusarlo ni a ordenar abiertamente el asesinato de su hermano, dispone hacerlo ocultamente y manda preparar un veneno. Sirvió como agente Polión Julio, tribuno de una cohorte pretoriana, bajo cuya custodia

---

268 Véanse XIII 1, y nota 262.

269 El juego consistía en elegir por sorteo un «rey» que señalaba a cada comensal lo que había de beber y cantar, un poco a la manera de nuestros juegos de prendas.

270 Se puede suponer que Británico cantó algún *aria* de tragedia, probablemente de Ennio o de Pacuvio.

estaba una mujer condenada por envenenamiento, de nombre Locusta[271], y cuyos crímenes eran muy conocidos. Por lo que se refiere a quienes rodeaban a Británico, ya se había procurado desde tiempo atrás que fueran gentes sin consideración por la justicia ni la lealtad. El veneno lo recibió primero de sus propios ayos, 4
pero lo eliminó con una descomposición de vientre, ya fuera poco enérgico, ya tuviera en sí un atenuante tal que no actuara inmediatamente. Nerón, impaciente 5
ante la lentitud del crimen, dirigía amenazas al tribuno, ordenaba que se aplicara la pena capital a la envenenadora, alegando que por consideración a los rumores y por prepararse sus defensas ponían en peligro su propia seguridad. El caso es que luego le prometen una muerte tan rápida como si se lo hiriera con el hierro, y al lado de la alcoba del César se cuece una poción de efectos rápidos a base de venenos bien experimentados.

16. Era costumbre que los hijos de los príncipes comieran sentados con los demás nobles de la misma edad, a la vista de sus allegados y en una mesa propia y más frugal. Allí comía Británico, y como sus manjares y bebidas los probaba antes un servidor escogido, a fin de no omitir aquella costumbre ni permitir que se descubriera el crimen con la muerte de ambos, se ideó el engaño que sigue. Se sirve a Británico una 2
bebida todavía sin veneno, muy caliente y probada por el otro; luego, cuando la rechazó porque abrasaba, se le echa el veneno con agua fría; e invadió de tal manera todo su cuerpo que se vio privado a un tiempo de la voz y de la vida. Se produce el pánico entre los 3
comensales, los poco prudentes se escapan; en cambio,

[271] Es la «Langosta» ya citada en XII 66 a cuento del asesinato de Claudio.

los que comprendían más a fondo se quedan clavados mirando fijamente a Nerón. Él, reclinado y aparentando ignorancia, dijo que aquello era algo habitual, debido a la epilepsia que padecía Británico desde su primera infancia, y que poco a poco le volverían la
4 vista y los sentidos. En cambio Agripina, aunque se esforzó en disimularlos al exterior, dejó transparentar tal terror y consternación de su espíritu, que quedó claro que estaba tan al margen como Octavia, hermana de Británico; y de hecho se daba cuenta de que se le arrebataba su máximo apoyo y de que aquello era un antecedente del parricidio. También Octavia, a pesar de su joven edad, había aprendido a disimular el dolor, el amor y todos los afectos. Y así, tras un breve silencio, se reanudó la alegría del banquete.

17. La misma noche unió la muerte de Británico y su pira fúnebre, pues se habían dispuesto previamente las exequias, que fueron modestas. Con todo, se lo sepultó en el Campo de Marte[272], en medio de una tal tempestad de lluvia que el vulgo creía que se manifestaba la ira de los dioses contra aquel crimen que, sin embargo, muchos hombres excusaban considerando que eran viejas las discordias entre hermanos y que un
2 reino no se puede compartir. Cuentan la mayoría de los historiadores del tiempo que en repetidas ocasiones, antes del asesinato, Nerón había deshonrado la infancia de Británico, de manera que ya no se podía considerar prematura ni cruel su muerte, a pesar de que en la ocasión sagrada del banquete, sin darle siquiera tiempo para abrazar a sus hermanas, ante los ojos de su enemigo, se había acabado precipitadamente con aquel último resto de la sangre de los Claudios,

---

272 En el mausoleo de Augusto, panteón familiar de los Julio-Claudios.

manchado antes por el estupro que por el veneno. El 3
César justificó en un edicto el apresuramiento de las exequias, alegando que habían establecido los mayores que se sustrajeran a la vista los funerales prematuros y no se alargaran con elogios ni cortejos[273]; por lo demás él, perdido el apoyo de su hermano, colocaba en la república el resto de sus esperanzas, y tanto más debían los senadores y el pueblo apoyar a un príncipe que era el único superviviente de una familia nacida para ser cúspide suprema.

18. A continuación colmó de larguezas a sus principales amigos. Y no faltaron quienes reprocharan a aquellos varones que hacían gala de austeridad[274] el haberse repartido casas y villas como un botín con aquella ocasión. Otros creían que los había obligado el príncipe, consciente de su crimen y esperando su perdón si ataba con larguezas a los más influyentes.
Pero la ira de la madre no se calmaba con esplendidez 2
alguna, antes bien, abrazaba a Octavia, se reunía frecuentemente en secreto con sus amigos; encima de su natural codicia, allegaba dineros por todas partes como para proporcionarse una defensa; acogía amablemente a tribunos y centuriones y rendía honor a los nombres y virtudes de los nobles que todavía quedaban, como
si buscara un jefe y un partido. Lo supo Nerón, y man- 3
dó retirarle la escolta militar que se le mantenía antes como a esposa del emperador y a la sazón como a su madre, y los guardias germanos que le añadiera recien-

---

[273] Según SERVIO, en su comentario a Virgilio (*Eneida* XI 143), antiguamente se celebraban de noche tales exequias, «para que el funeral de un hijo aún niño no hiciera caer un mal agüero sobre la casa».

[274] Parece claro que estos reproches se dirigen, sobre todo, a Séneca y Burro, cuya situación moral al lado del poder empezaba a resultar incómoda.

temente por las mismas razones honoríficas. Para que no se viera rodeada por corros de halagadores, separa las casas, y hace que su madre pase a la que había sido de Antonia. Cuantas veces él iba allí, lo hacía rodeado de un pelotón de centuriones y se retiraba tras un beso apresurado.

19. Ninguna cosa humana es tan inestable e insegura como la fama de poder no apoyada en la propia fuerza. Al instante quedó desierto el umbral de Agripina: nadie la consolaba, nadie la visitaba salvo unas pocas mujeres, no se sabe si por amor o por odio.
2 Entre ellas estaba Junia Silana, a la que Mesalina había alejado del matrimonio con Gayo Silio, según ya conté más arriba [275]; era mujer notable por su linaje, por su belleza y por su lascivia, y había disfrutado largo tiempo de la predilección de Agripina; luego surgieron entre ellas rencores que quedaron ocultos, porque Agripina había hecho desistir de casarse con Silana a Sextio Africano, un joven noble, diciéndole una y otra vez que era una mujer impúdica y de edad ya caduca; y no por reservarse a Africano para sí, sino para evitar que un marido se aprovechara de las riquezas de Silana
3 y de su falta de hijos. Ella, al ofrecérsele una ocasión de venganza, prepara una acusación por medio de dos clientes suyos, Iturio y Calvisio; no alegaba imputaciones antiguas y ya tantas veces oídas, como que Agripina lloraba la muerte de Británico o divulgaba los ultrajes padecidos por Octavia, sino que había proyectado elevar a Rubelio Plauto, que por el linaje de su madre descendía del divino Augusto en la misma medida que Nerón [276], al mando de una revolución, y, casándose con él y compartiendo el imperio, hacerse nuevamente con

[275] En XI 12, 2.

[276] Rubelio era hijo de Julia, hija de Druso, hijo de Tiberio, el cual había sido adoptado por Augusto.

el estado. Esta denuncia se la presentan Iturio y Cal- 4
visio a Atimeto, liberto de Domicia, la tía de Nerón. Se alegró Atimeto con la oportunidad que se le ofrecía, pues entre Agripina y Domicia existía una rivalidad enconada, y empujó al histrión Paris, también liberto de Domicia, a que fuera rápidamente y formulara la acusación en términos terribles.

20. La noche estaba avanzada y Nerón la alargaba en la embriaguez, cuando entra Paris, que por lo demás solía a tales horas avivar las juergas del príncipe, aunque en aquella ocasión afectaba tristeza; tras exponerle punto por punto la denuncia deja a su oyente tan aterrorizado, que estaba pensando no sólo en matar a su madre y a Plauto, sino también en remover a Burro de la prefectura, considerándolo favorecido por las gracias de su madre y que buscaba corresponderle.
Cuenta Fabio Rústico que ya estaba escrita una carta a 2
Cécina Tusco encargándole el mando de las cohortes pretorianas, pero que por intervención de Séneca se le mantuvo a Burro su cargo. Plinio y Cluvio refieren que no hubo dudas acerca de la lealtad del prefecto[277]. La verdad es que Fabio se inclina a alabar a Séneca, a cuya amistad debió su engrandecimiento. Nosotros, que pretendemos seguir el consenso de los autores, cuando transmitan versiones divergentes recogeremos cada una bajo el nombre correspondiente.

Nerón, temblando y ávido de matar a su madre, no 3
accedió a esperar, hasta que Burro le prometió acabar con ella si se la hallaba culpable del crimen; le hizo ver, sin embargo, que había que proporcionar defensa a cualquiera, y cuanto más a su madre, y que no comparecían acusadores, sino que lo que llegaba era sim-

---

[277] Tácito cita y confronta el testimonio —hoy perdido— de sus tres principales fuentes para este período: Fabio Rústico, Cluvio Rufo y Plinio el Viejo.

plemente la voz de una sola persona desde una casa enemiga; además lo invitó a pensar en las tinieblas y en la noche pasada en la vela del banquete, y en todas las circunstancias propicias a la temeridad y al error.

21. Así se calmó el miedo del príncipe, y al alba fueron a casa de Agripina para hacerle conocer la acusación, a fin de que la refutara o sufriera su castigo. Estaba encargado de la misión Burro, en compañía de Séneca; también se hallaban presentes algunos libertos para vigilar la conversación. Burro, después de exponer las acusaciones y sus autores, habló en tono
2 amenazador. Agripina, echando mano de su carácter altivo, dijo: «No me extraña que Silana, que nunca ha tenido hijos, desconozca los afectos propios de una madre; y es que las madres no cambian de hijos como hace una impúdica con sus amantes. Además, si Iturio y Calvisio, tras haber devorado sus fortunas enteras, como último recurso venden a saldo a una vieja la tarea de presentar una acusación, no por eso ha de recaer sobre mí la infamia y sobre el César la concien-
3 cia de un parricidio. En efecto, agradecería las enemistades de Domicia si rivalizara conmigo en cariño hacia mi Nerón; pero ahora se dedica a montar por medio de su amante Atimeto y del histrión Paris una especie de comedias. Andaba en su querida Bayas [278] entregada a adornar sus piscinas mientras por obra mía se disponía la adopción, el mando proconsular, la designación para el consulado y los demás trámites que
4 le valdrían el imperio. Si no, que comparezca alguien que pueda acusarme de tentar a las cohortes de la Ciudad, de resquebrajar la lealtad de las provincias, en

[278] La estación veraniega de moda, en la región N. del Golfo de Nápodes.

fin, de corromper a siervos o libertos para llevarlos al
crimen. ¿Acaso podría yo vivir si Británico tuviera el 5
imperio? Y si Plauto o cualquier otro obtuviera el poder y hubiera de juzgarme, a buena hora me iban a faltar acusadores que me echaran en cara palabras que pudieron resultar poco cautas por la impaciencia propia del cariño, sino también crímenes tales que nadie,
a no ser mi hijo, podría absolverme de ellos.» Como 6
los presentes quedaron impresionados y trataban incluso de calmar su excitación, pide una entrevista con su hijo, y en ella nada dijo en favor de su inocencia, como si no estuviera segura de ella, ni del bien que le había hecho, por que no pareciera que se lo echaba en cara, pero obtuvo venganza contra los delatores y recompensas para sus amigos.

22. Se encarga la prefectura del trigo a Fenio Rufo, la administración de los juegos que el César preparaba a Arruncio Estela, y la provincia de Egipto a Claudio Balbilo. Siria se atribuyó a Publio Anteyo, pero burlado luego con varios ardides, acabó retenido en la
Ciudad. En cuanto a Silana, fue enviada al exilio; tam- 2
bién son relegados Calvisio e Iturio; a Atimeto se le aplicó la pena de muerte, pero Paris tenía en la vida disoluta del príncipe demasiada importancia como para que se lo castigara; a Plauto se lo dejó por el momento en el silencio.

23. Son denunciados después Palante y Burro de haber dado su consentimiento al plan de llamar al imperio a Cornelio Sila, notable por lo ilustre de su linaje y por su parentesco con Claudio, de quien era yerno por su matrimonio con Antonia[279]. Como autor

[279] Cornelio Sila era descendiente del dictador aristocrático del mismo nombre. Antonia era la hija mayor de Claudio, habida con Elia Petina, véase XII 2.

de la acusación se alzó un tal Peto, hombre de mala
fama ganada en las subastas del erario, y que en esta
2 ocasión acabó convicto de falsedad. La inocencia de
Palante no resultó tan grata como insoportable su so-
berbia; de hecho, al nombrarse a sus libertos conside-
rados cómplices, respondió que en su casa nunca había
dado órdenes más que con un gesto de la cabeza o de
la mano y que, en caso de que fueran necesarias más
explicaciones, usaba de la escritura, para no hacerlos
partícipes de su conversación. Burro, aunque era acu-
sado, hizo su declaración desde el lugar de los jueces.
Se decretó el exilio contra el acusador, y se quemaron
las tablas en las que sacaba nuevamente a colación
deudas prescritas del erario.

24. Al final del año[280] la cohorte que solía estar de
guardia en los juegos es retirada, a fin de que hubiera
mayor apariencia de libertad, para que los soldados,
al margen de la licencia del teatro, actuaran con una
integridad mayor, y por experimentar si la plebe con-
servaría el orden tras habérsele quitado los vigilan-
2 tes. El príncipe hizo la purificación lustral de la Ciu-
dad siguiendo la respuesta de los harúspices, pues
habían sido tocados por el rayo los templos de Júpiter
y de Minerva[281].

25. Durante el consulado de Quinto Volusio y Pu-
blio Escipión[282] hubo paz en el exterior, pero en el
interior se produjeron vergonzosos excesos. En efecto,
Nerón, disfrazado de esclavo, para no ser reconocido,
recorría las calles de la Ciudad, los burdeles y posa-
das, acompañado de sujetos que robaban los géneros

---

[280] El 55 d. C.

[281] El rito, aparte de ir ligado al lustro quinquenal (véase XI 25), era preceptivo en caso de prodigios de mal agüero.

[282] Comienza la narración del año 56 d. C.

expuestos a la venta y golpeaban a quienes les salían al paso; y ello tan sin que éstos supieran quiénes eran, que el propio Nerón recibió un golpe, y llevaba las señales en la cara. Luego, cuando se supo que era 2
el César el autor de tales asaltos, y se multiplicaban los ultrajes contra varones y mujeres ilustres, y algunos, una vez permitida esta licencia, se dedicaban impunes bajo el nombre de Nerón a tales actos valiéndose de bandas propias, la noche de Roma transcurría a la manera de la de una ciudad conquistada. Julio Montano, perteneciente al orden senatorial, pero que todavía no había desempeñado cargos, se tropezó en las tinieblas con el príncipe, y como repelió con dureza su agresión, y aunque tras reconocerlo se disculpó, fue obligado a morir, como si lo hubiera reprendido. Con 3
todo Nerón, más temeroso en lo sucesivo, se rodeó de soldados y de numerosos gladiadores, que dejaban transcurrir las peleas de poca monta en sus comienzos, como si se tratara de una riña entre particulares; pero si los agredidos reaccionaban con más energía, intervenían con sus armas. También la licencia del 4
teatro y las banderías de los histriones las convirtió en una especie de combates con impunidades y premios; él mismo los presenciaba ya ocultamente, ya —con mayor frecuencia— en público, hasta que a causa de las revueltas entre el pueblo y ante el temor de mayores desórdenes no se halló otro remedio que expulsar de Italia a los histriones y que los soldados volvieran a montar guardia en el teatro.

26. Por el mismo tiempo se trató en el senado de las deslealtades de los libertos, y se exigió que se concediera a los patronos el derecho de revocarles la libertad a los que se mostraran ingratos. Y no faltaban quienes lo apoyaban, pero los cónsules, aun no atreviéndose a iniciar el debate sin que lo supiera el príncipe, sin

embargo le dieron cuenta por escrito del consenso
2 del senado. ¿Se haría él promotor de una disposición ***?[283] como entre pocas personas y de opiniones encontradas, mientras algunos clamaban indignados que la falta de respeto alentada por la libertad se había desbordado hasta tal punto ⟨que⟩[284] ya se comportaban con sus patronos en igualdad de derecho, conculcaban[285] su parecer, e incluso les echaban la mano para pegarles, sin vergüenza o aconsejando ellos mismos su propio castigo[286]; pues ¿qué otra concesión se hacía al patrono ofendido que la de relegar al liberto más
3 allá de cien millas hacia la costa de Campania? Las demás acciones legales las tenían comunes e indiferenciadas; había que proporcionarles algún arma que no pudiera despreciarse. Por otra parte no sería gravoso para los manumitidos el conservar la libertad por medio de la misma consideración con que la habían obtenido; en cambio, a los autores manifiestos de crímenes se los reduciría de nuevo a la esclavitud merecidamente, para que el miedo reprimiera a aque-

---

283 El texto es fragmentario y problemático hasta el final de este párrafo 2. En este punto hay una laguna de extensión y contenido imprecisos.

284 Traducimos según el texto ⟨*ut*⟩ † *iam aequo* de WUILLEUMIER. KOESTERMANN mantiene la conjetura ⟨*ut*⟩ de HALM, seguida del poco comprensible *uine an aequo* de los manuscritos; no parece que quepa una restitución satisfactoria del texto a la luz de los datos disponibles.

285 En este pasaje corrompido damos la traducción correspondiente a la conjetura *conculcarent* de BEZZENBERGER, frente al extraño *consultarent* de los manuscritos, seguido por KOESTERMANN, quien, en su comentario, interpreta el texto en el sentido de que los libertos interrogarían insolentemente a sus patronos acerca del derecho que los asistía. En la parte final del párrafo seguimos el texto de KOESTERMANN.

286 Los libertos, naturalmente. El *locus corruptus* señalado en *suadentes*, «aconsejando», podría resolverse —caso de aceptarse esa conjetura de MADVIG— entendiendo que los libertos unían la ironía a los malos tratos.

llos a quienes los beneficios recibidos no habían hecho cambiar.

27. Se argumentaba por la parte contraria que la culpa de unos pocos debía ser causa de ruina para ellos mismos, pero que no debía quitarse nada al derecho de todos, porque era un grupo muy extendido; de él se reclutaban por lo general las tribus, las decurias, los servidores de los magistrados y sacerdotes e incluso las cohortes alistadas en la Ciudad; además, la mayoría de los caballeros y muchos senadores no tenían otro origen: si se dejaba aparte a los hijos de libertos, quedaría de manifiesto la escasez de hombres de origen libre. No en vano los mayores, al hacer dis- 2
tinta la dignidad de los estamentos, habían puesto la libertad como patrimonio común. Más todavía: estaban instituidas dos clases de manumisión, para que quedara lugar al arrepentimiento o a un nuevo beneficio; aquéllos a quienes su patrono no hubiera liberado por la vindicta[287], quedaban bajo una especie de vínculo de servidumbre. Recomendaban, pues, que cada cual examinara detenidamente los méritos y no se apresurara a conceder lo que una vez dado no se podía quitar. Esta 3
fue la postura que prevaleció, y el César ordenó por escrito al senado que juzgara de manera separada las causas de los libertos cuando fueran acusados por sus patronos, pero que no derogara nada de la ley común. No mucho después le fue arrebatado a su tía[288] el liberto Paris, con un simulacro de caso de derecho civil, no sin deshonor para el príncipe, por cuyo mandato se había dictado una sentencia declarándolo nacido libre.

---

287 Forma solemne de manumisión que toma nombre del bastón con que el magistrado que la ejercía tocaba al esclavo.

288 Domicia; véase XIII 19, 4.

28. Con todo, quedaba una cierta imagen de la república. Pues surgió un contencioso entre el pretor Víbulio y el tribuno de la plebe Antistio, porque el tribuno había ordenado dejar en libertad a unos partidarios inmoderados de los histriones que el pretor había hecho encarcelar. Los senadores lo confirmaron, repro-
2 bando el abuso de Antistio. Al mismo tiempo se prohibió a los tribunos arrogarse el derecho propio de los pretores y cónsules, o citar judicialmente a los naturales de Italia susceptibles de una acción legal. El cónsul designado, Lucio Pisón, añadió la moción de que no pudieran disponer en sus casas castigos en virtud de su potestad, y que las multas por ellos impuestas no las anotaran los cuestores del erario en los registros públicos antes de cuatro meses; en tal plazo debía permitirse el recurso, sobre el que decidirían los cónsules. Asimismo se puso coto al poder de los ediles, y se estableció la cuantía de las fianzas que podrían fijar y multas que podrían imponer los curules[289] y los ple-
3 beyos. También el tribuno de la plebe Helvidio Prisco satisfizo sus resentimientos particulares contra el cuestor del erario Obultronio Sabino, acusándolo de aumentar los derechos de subasta sin consideración para los pobres. En fin, el príncipe transfirió el cuidado de las cuentas públicas de los cuestores a los prefectos.

29. Esta institución tuvo formas varias y experimentó repetidos cambios. En efecto, Augusto permitió al senado que eligiera a los prefectos; luego, por sospecharse de la captación de votos, se sacaban a suerte del número de los pretores los que habían de ostentar el cargo. Pero tampoco este sistema duró mucho, porque la suerte se dejaba ir hacia los menos idóneos.

---

289 Los ediles superiores, que tenían derecho a utilizar el *currus* o carro.

Entonces Claudio puso de nuevo al frente a los cuesto- 2
res, y para que su celo no fuera menor por miedo a los
resentimientos, les prometió acceso a los honores fue-
ra de turno[290]; pero les faltaba la madurez de la edad
a los primeros que ejercieron esta magistratura. Por
ello Nerón escogió a hombres que hubieran desem-
peñado la pretura y que tuvieran experiencia probada.

30. En el mismo consulado[291] fue condenado Vip-
sanio Lenate por haber gobernado con codicia la pro-
vincia de Cerdeña. Fue absuelto Cestio Próculo del
cargo de concusión que le presentaron los de Creta.
Clodio Quirinal, que siendo prefecto de los remeros
destinados en Ravenna había ultrajado con saña in-
moderada a Italia como a la última de las naciones,
se adelantó a su condena envenenándose. Caninio 2
Rebilo, entre los primeros por su ciencia jurídica y
por sus riquezas, escapó de los sufrimientos de una
triste vejez abriéndose las venas y dejando escapar
su sangre; no se lo creía capaz de afrontar con firmeza
el trance de darse la muerte a causa de la infamia de
sus afeminadas pasiones. En cambio murió rodeado
de una fama egregia Lucio Volusio, que había vivido
noventa y tres años en notable riqueza honestamente
lograda, y a quien no dañó la amistad de tantos empe-
radores.

31. En el consulado de Nerón, por segunda vez, y de Lucio Pisón[292] hubo pocos acontecimientos dignos de memoria, a no ser que uno guste de llenar volúmenes alabando los cimientos y las vigas con los que el

---

290 Al acceder *extra ordinem* a las magistraturas, ganaban en independencia, pues no tenían que atender a la captación de votos.

291 Sigue el año 56 d. C.

292 Comienza la narración del año 57 d. C.

César levantó en el Campo de Marte la mole de su anfiteatro[293], pues es tradición debida a la dignidad del pueblo romano el encomendar a los anales los sucesos resplandecientes, y dejar detalles como esos
2 a los diarios de la Ciudad[294]. Por lo demás, se reforzaron las colonias de Capua y Nuocera añadiéndoles veteranos; se repartió a la plebe un donativo de cuatrocientos sestercios por barba, y se transfirieron al erario[295] cuarenta millones de sestercios para mantener el crédito público. También se suprimió el impuesto de la vigésima quinta parte sobre la venta de esclavos, algo que era más apariencia que realidad, pues al obligarse a pagar al vendedor, a los compradores se
3 les incrementaba el precio en otro tanto. El César prohibió por un edicto que los magistrados o procuradores, en la provincia que les correspondiera, organizaran luchas de gladiadores o de fieras o cualquier otro espectáculo. Y es que hasta la fecha agobiaban a sus administrados con tales obsequios no menos que con su rapacidad, pues los abusos cometidos con sus caprichos trataban de justificarlos con la adulación.

32. Se promulgó también un decreto del senado, de carácter a un tiempo represivo y precautorio, en el sentido de que si alguno era muerto por sus esclavos, también los manumitidos por el testamento que hubieran permanecido bajo el mismo techo fueran con-
2 tados entre los siervos condenados al suplicio. Se devuelve al rango senatorial a Lurio Varo, ex cónsul,

---

293 Sobre este anfiteatro de madera, que quedaría destruido en el incendio del año 64, puede verse Suetonio, *Nerón* 12.

294 Los *diurna Vrbis acta* venían a ser un periódico y gaceta oficial de Roma. Su creación remonta a Julio César; véase III 3, 3.

295 Al erario del estado, desde el fisco imperial, al cual tributaban las provincias de más reciente conquista y, por ello, mantenidas bajo el poder militar de los emperadores.

expulsado antaño por cargos de concusión. Pomponia Grecina, dama ilustre casada con Plaucio, de quien ya conté[296] que había obtenido la ovación por su campaña contra los britanos, acusada de superstición extranjera[297], fue entregada al juicio de su marido. Éste, siguiendo la costumbre de los antiguos, hizo en presencia de sus parientes una indagación en la que se juzgaba de la vida y fama de su esposa, y la proclamó inocente. Tuvo esta Pomponia vida larga y siem- 3
pre triste; pues tras la muerte de Julia, hija de Druso, debida a una maquinación de Mesalina[298], vivió por cuarenta años sin otro atuendo que el del luto, sin otro ánimo que el de una persona afligida; bajo el imperio de Claudio no fue castigada por ello, y luego redundó en su gloria.

33. El mismo año[299] vio varias otras acusaciones. Entre ellas la de Publio Céler, promovida por la provincia de Asia, y como el César no podía absolverlo alargó el asunto hasta que le llegó la muerte por su vejez; y es que, como ya conté[300], al haber hecho perecer Céler al procónsul Silano, cubría con la mole de su crimen sus demás infamias. Los de Cilicia habían 2
denunciado a Cosuciano Capitón[301], hombre infame y deshonrado, que había creído poder ejercer en la provincia el mismo derecho a la desvergüenza que había ejercido en la Ciudad; sin embargo, agobiado por una acusación pertinaz, acabó por abandonar su defensa y

---

296 En la parte perdida de la obra.

297 Se piensa que el de Grecina puede ser uno de los primeros ejemplos conocidos de introducción y persecución del Cristianismo en Roma.

298 En el año 43 d. C., correspondiente a la parte perdida de la obra.

299 Continúa el 57 d. C.

300 En XII 1, 2.

301 Véase XI 6, 3.

3 se lo condenó por la Ley de Concusión. A favor de Eprio Marcelo, a quien los licios reclamaban ciertos bienes, se impuso la intriga hasta el punto de que algunos de sus acusadores fueron condenados al exilio como si hubieran puesto en peligro a un inocente.

34. Al desempeñar el consulado Nerón por tercera vez[302] lo ocupó con él Valerio Mesala; eran ya pocos los viejos que en el senado recordaban que su bisabuelo, el orador Corvino, había sido colega del divino Augusto en tal magistratura[303]. El prestigio de esta noble familia se vio robustecido con la concesión de una renta anual de quinientos mil sestercios, con los que Mesala pudiera aliviar su honrada pobreza. El príncipe adjudicó también a Aurelio Cotta y a Haterio Antonino una pensión anual, a pesar de que habían disipado por el despilfarro sus haciendas patrimoniales.

2 Al inicio de aquel año, la guerra entre partos y romanos por el dominio de Armenia, hasta entonces mantenida en términos suaves, adquiere caracteres de dureza, porque Vologeses no permitía que su hermano Tiridates se quedara sin un reino que él le había dado o que lo tuviera como don de una potencia extranjera[304], y porque a su vez Corbulón consideraba que lo digno de la grandeza del pueblo romano era recuperar las conquistas hechas antaño por Luculo y Pompeyo[305]. Además, los armenios, con dudosas lealtades, llamaban alternativamente a uno y a otro ejército, pues por su emplazamiento geográfico y semejanza de costumbres estaban más cerca de los partos, se halla-

[302] Comienza la narración del año 58 d. C.
[303] Valerio Mesala Corvino; véase I 8, 4.
[304] Véase XII 50-51.
[305] En los años 69 y 66 a. C.

ban ligados a ellos por matrimonios, y desconociendo la libertad se inclinaban más a ser siervos suyos.

35. Por su parte Corbulón encontraba mayores obstáculos en la cobardía de sus soldados que en la perfidia del enemigo. En efecto, las legiones traídas de Siria, embotadas por una larga paz, soportaban muy a duras penas las tareas de la guerra. Se comprobó que en aquel ejército había veteranos que nunca habían hecho guardias ni vigilancias nocturnas, que miraban las empalizadas y fosos como cosa nueva y extraña, sin yelmos ni corazas, engalanados y dados a los negocios, puesto que habían hecho todo su servicio en
ciudades. En consecuencia, tras licenciar a los de edad 2
o salud poco idónea, pidió que se completaran los efectivos. Se hicieron levas por Galacia y Capadocia[306], y se añadió una legión de Germania con su caballería auxiliar y cohortes de infantería aliada.
Se mantuvo a todo el ejército acampado en tiendas, 3
a pesar de que el invierno era tan crudo que la tierra, endurecida por el hielo, no permitía plantarlas si no se la cavaba. A muchos se les quemaron los miembros por el rigor del frío, y algunos perecieron en sus puestos de guardia. Llamó la atención el caso de un soldado que llevaba un haz de leña, y al que las manos se le quedaron heladas de tal manera que, pegadas a la
carga, se le cayeron de los truncos brazos. Corbulón, 4
con ropa ligera y la cabeza descubierta, estaba siempre en las marchas y trabajos, alabando a los esforzados, consolando a los débiles y dando a todos ejemplo. Más tarde, como muchos reaccionaban contra la dureza del clima y de la vida militar desertando, se buscó remedio en la severidad. En efecto, al contrario de lo habitual en otros ejércitos, no se otorgaba el

306 Ambas en el centro de Anatolia.

perdón a la primera y segunda faltas, sino que el que abandonaba las enseñas, al momento lo pagaba con la cabeza. Tal costumbre se reveló saludable y mejor que la compasión, porque desertaron menos de aquel campamento que de aquellos otros en que se perdonaba.

36. Entretanto Corbulón mantuvo sus legiones acuarteladas hasta que avanzara la primavera, tras disponer por los lugares idóneos las cohortes auxiliares, a las que advierte que no osen iniciar ellas el combate. El mando de los destacamentos de vigilancia lo
2 encomienda a Paccio Órfito, antiguo primipilo[307]. Aunque éste había escrito que los bárbaros estaban desprevenidos y que se ofrecía ocasión de conseguir un triunfo, recibe órdenes de mantenerse dentro de las fortificaciones y de esperar mayores tropas; pero quebrantó este mandato, y cuando llegaron unos pocos escuadrones de las fortalezas próximas reclamando imprudentemente entrar en combate, se enfrenta al enemigo y es desbaratado. Además, asustados por su desastre los que debían prestarle ayuda, se volvieron
3 cada cual a sus cuarteles huyendo aterrorizados. Corbulón lo tomó muy a mal, y tras increpar a Paccio, a los prefectos y a los soldados los obligó a acampar fuera de la empalizada; fueron mantenidos en aquel castigo humillante, y sólo fueron perdonados por los ruegos de todo el ejército.

37. Por su parte Tiridates, valiéndose, aparte sus propias clientelas, también de las fuerzas de su hermano Vologeses, y ya no encubiertamente sino a la luz del día, se lanzaba en son de guerra contra Armenia; ejercía el pillaje contra las gentes a las que consideraba fieles a nosotros, y si marchaban tropas

---

307 Véanse II 11, 1, y nota 170.

contra él, las eludía volando de aquí para allá y provocaba más terror por la noticia de su marcha que por sus combates. En consecuencia Corbulón, que tras bus- 2
car largamente el encuentro quedó frustrado y se vio compelido por el ejemplo del enemigo a hacer una guerra de dispersión, divide sus tropas de manera que legados y prefectos cayeran a la par sobre lugares diversos. Al mismo tiempo advierte al rey Antíoco para 3
que marche hacia las prefecturas próximas a sus dominios. En efecto, Farasmanes, tras dar muerte a su hijo Radamisto bajo el pretexto de traición, a fin de testimoniarnos su lealtad, ejercía con mayor actividad su viejo odio contra los armenios. Fue entonces cuando por primera vez se logró atraer a los moscos[308], gente más adicta que cualquier otra al pueblo romano, que hizo correrías por las zonas más impenetrables de Armenia. Con esto los planes de Tiridates 4
resultaban contraproducentes, y enviaba embajadores que en su nombre y en el de los partos preguntaban por qué, tras haber recientemente entregado rehenes y renovado su amistad, que abría además el paso a nuevos servicios, se lo arrojaba de su antigua posesión de Armenia. Alegaba que si el propio Vologeses aún no se había movido, era porque preferían actuar por la negociación que por la fuerza; pero que si se continuaba la guerra, no les faltaría a los Arsácidas el valor y la fortuna ya tantas veces experimentados con desastres de los romanos[309]. Corbulón, tras haberse asegurado de 5
que Vologeses estaba entretenido por una defección

308 Admite Koestermann la conjetura *Moschi* de Ritter, para aclarar el oscuro *insochi/insichi* de los manuscritos. Un pueblo de tal nombre está documentado en el SO. del Mar Negro. Otros suponen que en el texto se oculta el nombre de los *Heniochi* citados en II 68, 1.

309 Alusión a las derrotas de Craso y Antonio en los años 53 y 36 a. C.

de Hircania, aconseja a Tiridates que se dirija en tono de súplica al César; a él le podría corresponder un reino estable y una vida en paz si, abandonando las esperanzas lejanas y tardías, seguía las inmediatas y más seguras.

38. Pareció entonces oportuno, puesto que con los viajes de los mensajeros en uno y otro sentido no se progresaba nada en la conclusión de la paz, que se fijara ocasión y lugar para una entrevista personal. Decía Tiridates que tendría consigo una escolta de mil jinetes; que respecto a las tropas de cualquier género que hubieran de acompañar a Corbulón, no ponía condición alguna, siempre que acudieran sin yelmos ni
2 corazas, en son de paz. A cualquier mortal, no digamos ya a un general previsor, le hubieran resultado patentes las astucias del bárbaro: de un lado se fijaba un número reducido y del otro se permitía uno mayor con el fin de tender una celada; pues si a los jinetes adiestrados en el manejo del arco se les ponía enfrente cuerpos sin protección, de nada había de valer el nú-
3 mero. Sin embargo, disimulando que se había dado cuenta de ello, le respondió que hablarían mejor de los asuntos de interés público en presencia de los ejércitos completos. Eligió un lugar en una de cuyas partes se elevaban colinas suaves, idóneas para recibir a las formaciones de infantería; otra se extendía en una llanura apta para desplegar los escuadrones de
4 caballería. Fijado el día, llegó primero Corbulón, que situó las cohortes auxiliares y las tropas de los reyes aliados en las alas, y en medio la VI legión, a la que había mezclado tres mil hombres de la III traídos durante la noche de otro acuartelamiento, y con una sola águila, para que pareciera la misma legión. Cuando ya caía el día se presentó Tiridates a lo lejos, en un lugar desde donde más se podía verlo que oírlo. Y así,

sin que se hubiera celebrado la entrevista, el general romano ordena a la tropa que cada cual marche a su campamento.

39. El rey, ya porque sospechara un engaño al ver que se marchaba en direcciones diversas, ya para interceptar nuestros suministros que llegaban del Ponto Euxino y de la plaza de Trebisonda[310], se retira rápidamente; pero no pudo atacar a los convoyes, porque marchaban por montes ocupados por destacamentos nuestros, y Corbulón, para no alargar la guerra inútilmente y obligar a los armenios a defender lo suyo, se dispone a arrasar sus fortalezas, reservando para sí la más robusta de aquella prefectura, llamada Volando; las menores las encarga al legado Cornelio Flaco y al prefecto de campamento Insteyo Capitón. Entonces, tras inspeccionar las fortificaciones y dis- 2
poner lo conveniente para el asalto, exhorta a los soldados a que arrojen de sus guaridas a aquel enemigo vagabundo, no dispuesto a la paz ni a la guerra, que con su huida reconocía su deslealtad y cobardía, y a que piensen por igual en la gloria y en el botín. En- 3
tonces, con un ejército de cuatro cuerpos, lanza a unos agrupados en tortuga[311] a minar la empalizada, a otros les ordena apoyar escalas en las murallas, y a un gran número disparar con máquinas antorchas encendidas y picas. A los lanzadores de balas de plomo y a los honderos se les adjudicó un lugar desde el que pudieran disparar de lejos sus proyectiles, de manera que a ningún sector del enemigo le fuera posible socorrer a otros más agobiados al ser igual el ataque por todas partes. Como consecuencia de todo esto fue tal 4
el ardor guerrero del ejército que en un tercio del día

310 La antigua colonia griega de Trapezunte, actual Trabzon, en la costa N. de Anatolia.

311 Véanse XII 35, 10 y nota 180.

los muros quedaron desprovisto de defensores, se for-
zaron las puertas, se tomaron al asalto los baluartes y
todos los adultos fueron pasados por la espada, sin
que se perdiera un solo soldado y con muy pocos he-
ridos La masa de los no combatientes fue vendida
en subasta, y el resto quedó como botín para los ven-
5 cedores. Igual fortuna tuvieron el legado y el prefecto,
y conquistados en un sólo día tres castillos, los demás
venían a entregarse movidos por el terror, o bien por
6 voluntad de sus habitantes. De ahí surgió la seguridad
de poder atacar Artáxata, capital de aquella nación.
Sin embargo no se llevó a las legiones por el camino
más corto, pues al pasar por un puente el río Araxes,
que corre al pie de las murallas, quedaban expuestas
a los disparos del enemigo; cruzaron por vados leja-
nos y más despejados.

40. Mas Tiridates movido por la vergüenza y tam-
bién por el temor de que, si se retiraba ante el asedio,
pareciera que no tenía fuerza alguna y, si trataba de
impedirlo, se vieran envueltos él y sus tropas de caba-
llería en lugares impracticables, decidió por fin mos-
trar su ejército en orden de combate y, llegado el
momento, entablar batalla o, simulando una fuga, bus-
carse un lugar idóneo para una emboscada. Así pues,
rodea súbitamente a la columna romana, pero sin
coger por sorpresa a nuestro general, que había dis-
puesto el ejército de modo igualmente adecuado para
2 la marcha y para el combate. Avanzaba por el lado
derecho la legión III, y por el izquierdo la VI, llevando
en medio a contingentes escogidos de la X; la impe-
dimenta iba protegida entre las formaciones, y cubrían
la retaguardia mil de a caballo, a los que había dado
orden de hacer frente a los que acecharan de cerca sin
perseguir a los que se retiraran. En las alas iban los
arqueros de a pie y la restante tropa de a caballo, más

adelantada el ala izquierda por el borde de las colinas, a fin de que, si irrumpía el enemigo, fuera recibido al tiempo de manera frontal y envolvente. Hostigaba 3
Tiridates desde lugares diversos, sin ponerse a tiro, pero adoptando tanto actitudes amenazadoras como aparentando miedo, por si lograba deshacer las formaciones y atacarlas separadamente; pero como no hubo gestos temerarios que rompieran el orden, y sólo un decurión de caballería, llevado por su osadía, se salió de la formación y fue atravesado por las saetas —ejemplo que sirvió para fortalecer la disciplina de los demás—, Tiridates se retiró ante la cercanía de las tinieblas.

41. Corbulón instaló el campamento en aquel mismo lugar, y pensó si debía marchar de noche con las legiones, libres de impedimenta, contra Artáxata y asediarla, creyendo que Tiridates se había retirado hacia allí. Luego, cuando los exploradores informaron de que el rey había emprendido una larga marcha sin que se supiera si se dirigía a la tierra de los medos o a la de los albanos, espera a que amanezca y envía por delante a las tropas ligeras para que fueran rodeando los muros y empezaran el sitio desde lejos. Sin embargo, los 2
de la ciudad abrieron las puertas voluntariamente, entregando sus personas y haciendas a los romanos. Ello les valió la vida; se puso fuego a Artáxata, se la destruyó y se la arrasó, pues ni se la podía mantener sin una fuerte guarnición por lo enorme de su recinto, ni disponíamos nosotros de fuerza suficiente para dividirla entre tal menester y el de hacer la guerra; y si se la dejaba íntegra y desguarnecida no habría utilidad ni gloria alguna en el hecho de haberla conquistado. A esto se añade un prodigio que parecía como brindado 3
por la divinidad: toda la región fuera de la ciudad estaba iluminada por el sol, mientras que la compren-

dida por el recinto de las murallas se cubrió tan repentinamente de una nube negra y quedó señalada por el resplandor de los relámpagos de tal manera que se creería que se la entregaba a la destrucción como com-
4 placiendo la cólera de los dioses. Por estos hechos Nerón fue saludado como *imperator*[312] y por acuerdo del senado se hicieron acciones de gracias; para el príncipe se decretan estatuas y arcos y consulados sucesivos, y que se contara entre los festivos el día en que se había logrado la victoria, en que se había anunciado y en que se había tratado oficialmente de ella, así como otros honores por el estilo, tan desmedidos que Gayo Casio, tras prestar su asentimiento a los demás, peroró que si se trataba de dar gracias a los dioses en proporción a lo favorable de la fortuna, ni siquiera el año entero sería suficiente para tales acciones, y que por ello convenía dividir los días entre sagrados y laborables, para poder así rendir culto a los dioses sin estorbar las actividades humanas.

42. Poco después, un reo que había sufrido reveses varios y se había ganado los odios de muchos, es condenado, mas no sin que ello le valiera rencores a Séneca. Era Publio Suilio, hombre terrible y venal bajo el imperio de Claudio[313], que con el cambio de los tiempos no había caído tanto como deseaban sus enemigos, y que prefería parecer culpable que suplicante. Se creía que el deseo de perderlo era lo que había motivado la reactualización de un decreto del senado y de las penas de la Ley Cincia[314] contra los que hu-
2 bieran defendido causas judiciales por dinero. Cierto que Suilio no se abstenía de protestas ni denuestos, pues aparte su natural agresividad, lo avanzado de su

312 Véase nota 194.
313 Véanse especialmente XI 1 y sigs.
314 Véase XI 5.

edad lo había hecho muy independiente; y así echaba
en cara a Séneca que perseguía a los amigos de Clau-
dio bajo el cual, decía, había padecido un exilio más
que justo[315]. Decía también que Séneca, acostumbrado 3
a estudios inútiles y a la inexperiencia de los jóvenes,
palidecía de envidia ante quienes ejercían una elocuen-
cia viva e incorrupta para proteger a los ciudadanos.
Alegaba que él había sido cuestor de Germánico, y Sé-
neca un seductor metido en su casa. ¿Acaso —decía—,
se debía considerar más grave el recibir de la libre
voluntad de un litigante la recompensa de un trabajo
honesto que el andar corrompiendo los lechos de las
princesas?[316]. ¿Por medio de qué sabiduría —decía—, 4
de los preceptos de qué filósofos se había ganado en
cuatro años de amistad con el príncipe trescientos mi-
llones de sestercios? Añadía que en Roma los testa-
mentos y los viejos sin descendencia eran cazados en
una especie de red que él tendía, que Italia y las pro-
vincias estaban exhaustas por su insaciable usura. En
cambio él, Suilio, tenía un capital modesto y ganado
con el trabajo; se declaraba dispuesto a afrontar la
acusación, el peligro, todo, antes que rebajar su anti-
gua y largamente ganada reputación ante un caso de
súbita prosperidad.

43. No faltaban quienes transmitían esto a Séneca con las mismas palabras, o alterándolo hacia peor. El caso es que se hallaron acusadores que denunciaron a Suilio de haber explotado a nuestros aliados cuando

[315] Véase XII 8.

[316] Sobre la carrera de Suilio al lado de Germánico, véase IV 31. Acerca del presunto adulterio de Séneca, causa oficial de su exilio, con Julia, hija de Germánico, y de sus supuestas relaciones ilícitas con Agripina, véase Dión Casio, LXI 10, 1 y 12, 1; téngase en cuenta, sin embargo, que se trata de un autor adverso a Séneca.

gobernaba la provincia de Asia, y de haberse apropiado de caudales públicos. Luego, como habían conseguido el plazo de un año para la investigación, pareció camino más rápido el empezar por los crímenes cometidos en la Ciudad, de los que había testigos a mano.
2 Le imputaban éstos a Suilio que Quinto Pomponio había sido empujado por su cruel acusación al trance de la guerra civil[317]; que había obligado a morir a Julia, la hija de Druso, y a Sabina Popea[318]; que había envuelto en sus asechanzas a Valerio Asiático, a Lusio Saturnino y a Cornelio Lupo[319]; también la condena masiva de caballeros romanos y toda la crueldad de
3 Claudio. Él se defendió alegando que ninguna de tales acciones las había cometido voluntariamente, sino obedeciendo al príncipe, hasta que el César cortó su discurso manifestando que él tenía averiguado por las memorias de su padre que Claudio no había obligado
4 a presentar acusación alguna. Entonces pretextó órdenes de Mesalina, y su defensa empezó a desmoronarse: en efecto, ¿por qué no se había elegido a ningún otro para prestar su voz a aquella cruel impúdica? Era preciso castigar a los ejecutores de acciones atroces cuando, tras ganarse el premio de sus crímenes, intenta-
5 ban traspasar a otros los crímenes mismos. En consecuencia, tras separarse una parte de sus bienes —pues a su hijo y a su nieta se les dejaba una porción, eximiéndose también lo que habían recibido por el testamento de su madre y abuela—, es relegado a las islas Baleares, sin que su ánimo se quebrara ni mientras se lo juzgaba ni después de la condena; se contaba incluso que había sobrellevado aquel confinamiento

317 Sobre Quinto Pomponio, véase VI 18, 1. La guerra civil aludida sería un levantamiento contra Claudio en el año 43 d. C.

318 Sobre Julia, véase XIII 32, 3. Sobre Sabina Popea, XI 2, 1.

319 Acerca de Valerio Asiático, véase XI 1. De Lusio Saturnino y Cornelio Lupo no nos proporciona Tácito más datos.

ayudado por una vida lujosa y muelle. Sobre su hijo Nerulino se lanzaron los acusadores por odio contra el padre, denunciándolo por concusión, pero puso veto el príncipe alegando que ya había bastante venganza.

44. Por el mismo tiempo el tribuno de la plebe Octavio Sagitta, loco de amor por Poncia, mujer casada, tras haber comprado su adulterio con ingentes regalos consigue luego por los mismos medios que abandone a su marido, prometiéndole casarse con ella y recibiendo su compromiso de matrimonio. Mas la mujer, cuando estuvo libre, empezó a darle largas, alegando la voluntad adversa de su padre, y una vez que tuvo la esperanza de un esposo más rico, se volvió
atrás de su promesa. Por su parte Octavio ora se que- 2
jaba, ora la amenazaba, haciéndole ver su fama perdida, su patrimonio agotado, abandonando, en fin, a su arbitrio su propia vida, lo único que le quedaba. Como ella continuaba rechazándolo, le pide como consuelo una sola noche, cuyo solaz le habría de proporcionar
manera de moderarse en lo sucesivo. Se fija la noche 3
y Poncia encarga a una criada de su confianza que vigile la alcoba. Acude él acompañado solamente por un liberto y llevando un puñal escondido bajo la ropa. Entonces, como suele ocurrir cuando hay amor e ira, comenzaron los denuestos y las súplicas, los reproches y las excusas, quedando una parte de la noche reservada para el placer; como inflamado por él, atraviesa con el hierro a Poncia, que nada temía, a la criada que acudió corriendo la echa a un lado tras
herirla, y sale precipitadamente de la alcoba. Al día 4
siguiente se hizo manifiesto el asesinato, sin que hubiera dudas sobre su autor, pues constaba que había pasado la noche con ella. Pero el liberto declaraba que era obra suya y que había vengado los ultrajes infe-

ridos a su patrono. Y ya había conmovido a algunos con la grandeza de su ejemplo, cuando la criada,
5 repuesta de su herida, descubrió la verdad. Denunciado ante los cónsules por el padre de la interfecta al abandonar el tribunado, Octavio es condenado por sentencia del senado en virtud de la Ley de los Sicarios[320].

45. Otro caso no menos notable de impudicia fue aquel año[321] origen de grandes males para la república. Vivía en la ciudad una tal Sabina Popea, hija de Tito Olio, pero que usaba el nombre de su abuelo materno, el antiguo cónsul Popeo Sabino, de ilustre memoria y que había brillado con los honores del triunfo; en cuanto a Olio, cuando todavía no había ocupado cargos
2 lo había perdido la amistad de Sejano[322]. Tenía esta mujer todas las cualidades, salvo un alma honrada. En efecto, su madre, destacada por su belleza entre las damas de su época, le había dado a un tiempo gloria y hermosura; sus riquezas estaban a la altura de lo
3 ilustre de su linaje; su conversación era grata, y su inteligencia no despreciable. Aparentaba recato pero en la práctica se daba a la lascivia; raramente aparecía en público, y sólo con el rostro parcialmente velado para no saciar a quienes la miraran, o porque así estuviera más bella. Nunca se preocupó de su fama, no distinguiendo entre maridos y amantes; sin ligarse a afectos propios ni ajenos, trasladaba su pasión a donde se le
4 mostraba la utilidad. El caso es que, estando casada con el caballero romano Rufrio Crispino, del que había tenido un hijo, se la atrajo Otón[323] con su juventud y sus lujos, y porque se lo consideraba el más notable

---

320 Dictada por Sila en el 81 a. C.

321 Continúa el año 58 d. C.

322 Parece clara la explicación del cambio de nombre. Sobre Popeo Sabino, véase especialmente VI 39, 3.

323 El emperador del año 69, citado ya en XIII 21, 1.

amigo de Nerón. No tardó el matrimonio en seguir al adulterio.

46. Otón no dejaba de alabar ante el príncipe la belleza y elegancia de su esposa, ya porque fuera inexperto en cuestiones de amor, ya buscando inflamarlo y que, poseyendo ambos la misma mujer, también ese vínculo reforzara su poder. Se lo oyó a menudo repetir, levantándose de la mesa del César, que se iba junto a ella, nobleza y belleza a él concedida, deseo de todos y goce de los bienaventurados. El resultado de éstas 2
y parecidas provocaciones no se hace esperar: Popea obtuvo acceso a la corte y, en un principio, se hizo valer con gentilezas y artificios, simulando no poder resistir a su deseo y estar cautivada por la belleza de Nerón; luego, cuando el príncipe estaba ya profundamente enamorado, adoptaba una actitud de soberbia, y si pretendía retenerla más de una o dos noches le decía una y otra vez que estaba casada y que no podía prescindir de su matrimonio, que estaba ligada a Otón por un género de vida que nadie igualaba, que tenía Otón un ánimo y unas maneras magníficas, que a su lado veía ella lo que era digno de la condición suprema; le reprochaba en cambio a Nerón que estaba encadenado por una amante que era una criada y por su convivencia con Acte[324], y que de aquel contubernio servil no había sacado nada que no fuera abyecto y sórdido. Otón es alejado de la acostumbrada intimidad, y 3
luego también de la corte y séquito del príncipe, hasta que, para que no actuara como rival en la Ciudad, es puesto al mando de la provincia de Lusitania; allí vivió hasta la guerra civil[325], no según su anterior infamia, sino de manera íntegra e irreprochable, hombre

324 Sobre la relación entre Nerón y Acte, véase XIII 12.

325 La desencadenada tras la caída de Nerón en el año 68, y en el curso de la cual alcanzaría Otón su breve reinado.

sin moral cuando ciudadano privado, pero más sensato como gobernante.

47. Sólo hasta aquí buscó Nerón disimulos para sus escándalos y crímenes. Sospechaba especialmente de Cornelio Sila, volviendo del revés su natural indolencia e interpretándola como astucia y simulación. Este miedo lo acrecentó Grapto, uno de los libertos del César, que por su experiencia y edad, conocía bien, desde los tiempos de Tiberio, la casa de los príncipes,
2 y que se valió de la siguiente falsedad. El Puente Milvio[326] era muy frecuentado en la época con ocasión de los placeres nocturnos; y allí solía ir Nerón para entregarse con más libertad a sus excesos fuera de la Ciudad. El caso es que Grapto le miente diciéndole que cuando volvía por la Vía Flaminia[327] le habían tendido una emboscada, y que la había evitado gracias a su destino por haber regresado por un camino distinto hacia los Jardines de Salustio[328], y que el autor de aquel dolo era Sila; y es que casualmente, cuando volvían los servidores del príncipe, unos desconocidos les había dado un susto vano actuando con la licencia
3 juvenil que entonces se ejercía por todas partes. No se reconoció a ninguno de los siervos ni de los clientes de Sila, y su manera de ser, que le valía los mayores desprecios y era incapaz de la menor audacia, no cuadraba con la acusación; sin embargo, como si se lo hubiera hallado culpable, se le ordena abandonar la patria y encerrase en las murallas de Marsella.

---

326 Sobre el Tíber, en la zona N. de Roma, entonces en un suburbio, y hoy dentro de la ciudad.

327 La que partía de Roma hacia el N.; en su primer tramo es hoy la Vía del Corso.

328 Los *Horti Sallustiani* se hallaban en las proximidades de la actual Vía Véneto.

48. En el mismo consulado[329] se escuchó a las embajadas de Pozzuoli[330], enviadas separadamente por el consejo y el pueblo al senado; los unos se quejaban de las violencias de la multitud, los otros de la codicia de los magistrados y de los notables. A fin de que aquella sedición, que había llegado hasta las pedradas y las amenazas de incendio, no provocara matanzas y luchas armadas, se eligió a Gayo Casio para ponerle remedio. Como no soportaban su severidad, a petición de él mismo se transfiere el encargo a los hermanos Escribonios, tras darles una cohorte pretoriana que, con el miedo que impuso y el suplicio de unos pocos, devolvió la concordia a la ciudad.

49. No daría cuenta de un más que trivial decreto del senado por el que se permitía a la ciudad de Siracusa sobrepasar el número fijado para los juegos de gladiadores, si no fuera porque habló en contra del mismo Peto Trásea[331], dando a sus detractores ocasión de inculpar su intervención. En efecto, si creía que 2
la república necesitaba de la libertad del senado ¿por qué la emprendía con tales minucias?; ¿por qué no expresaba opiniones positivas o negativas acerca de la guerra o de la paz, de los impuestos y leyes, y sobre los demás puntos que afectaban al interés de Roma? A los senadores, cuantas veces recibían el derecho de expresar su parecer, les estaba permitido decir lo que quisieran y solicitar que se tratara sobre ello. ¿O acaso 3
sólo era digno de enmienda el que los siracusanos

---

329 Continúa al año 58 d. C.

330 En las cercanías de Nápoles. Su gobierno era ejercido por un consejo llamado *ordo decurionum*; el texto habla, simplemente, de *ordo*.

331 Presentación de este notable personaje, al que dedicará Tácito más adelante notable atención, y con cuya muerte se cierra lo que de los *Annales* conservamos.

dieran espectáculos con excesiva profusión, mientras que todos los demás asuntos, por todas las regiones del imperio, marchaban tan espléndidamente como si en lugar de Nerón tuviera Trásea su gobierno? Y si los asuntos graves los dejaba pasar disimulando, cuánto más debía abstenerse de intervenir en los carentes de
4 importancia. Por su parte Trásea, cuando sus amigos le pidieron que razonara su postura, les respondió que no era por ignorancia de la situación presente por lo que buscaba corregir tal clase de acuerdos, sino que tributaba al senado el honor de dejar en claro que no habían de disimular su preocupación por los asuntos importantes los que atendían incluso a los de menor entidad.

50. Aquel mismo año[332], ante repetidas reclamaciones del pueblo, que protestaba de los excesos de los publicanos, dudó Nerón si ordenar la supresión de todos los impuestos, haciendo al género humano el
2 más hermoso de los dones. Pero su primer impulso, no sin antes alabar profusamente su grandeza de ánimo, lo contuvieron sus consejeros de más edad advirtiéndole que el imperio se desharía si las rentas de que se sostenía la república se veían disminuidas; porque, si se suprimían los derechos de portazgo, se pediría
3 luego la abolición de los tributos. Por otra parte, la mayoría de las sociedades de recaudación de impuestos[333] habían sido constituidas por cónsules y tribunos de la plebe cuando todavía no estaba embotada la libertad del pueblo romano; el resto se había dispuesto luego de manera que se compensaran la cuenta de ingresos y los gastos necesarios. Desde luego que había que moderar la codicia de los publicanos, no

---

332 58 d. C.

333 Eran las sociedades de caballeros romanos que tenían adjudicada la recaudación de tributos.

fuera que algo tolerado sin quejas por tantos años se convirtiera en motivo de resentimiento a causa de nuevas intemperancias.

51. En consecuencia el príncipe ordenó por un edicto que se fijaran en lugar visible todas las leyes fiscales, mantenidas ocultas hasta la fecha; que las exacciones omitidas no pudieran reclamarlas después de un año; que en Roma el pretor, y en las provincias los que actuaran como propretores o procónsules, dictaran sentencia en las causas contra los publicanos, sin hacerlas guardar turno, que a los militares se les conservara su inmunidad, salvo en las cosas con las que negociaran; seguían otras disposiciones muy justas, que fueron observadas durante breve tiempo para luego quedar sin fuerza. Ha perma- 2
necido en vigor, en cambio, la abolición de la cuadragésima, la quincuagésima y demás títulos excogitados por los publicanos para exacciones ilícitas. En las provincias ultramarinas se atemperó el impuesto sobre el transporte de trigo [334], y se estableció que en los censos de los traficantes no se incluyeran sus naves ni pagaran tributo por ellas.

52. A dos acusados de la provincia de Africa, Sulpicio Camerino y Pompeyo Silvano, que allí habían desempeñado el mando proconsular, los absolvió el César; a Camerino frente a unos pocos acusadores privados que lo demandaban más por crueldades que por apropiación de bienes. Sobre Silvano se cernía una masa 2
de acusadores, que pedía tiempo para convocar a testigos; el reo pretendía defenderse inmediatamente. Se impuso por ser rico, sin hijos y anciano, aunque sobrevivió a quienes, con sus intrigas, lo habían salvado.

334 El que se llevaba para el suministro de Roma.

53. Tranquila hasta el momento había estado la situación en Germania, gracias al proceder de los generales que, como las insignias del triunfo se daban a cualquiera, esperaban alcanzar mayor gloria lo-
2 grando conservar la paz. Por aquel tiempo estaban al frente del ejército Paulino Pompeyo y Lucio Vétere. Mas para no mantener a los soldados en la inactividad, aquél terminó el dique para la contención del Rin comenzado sesenta y tres años antes por Druso[335]. Lucio Vétere proyectaba unir el Mosela y el Saona cavando un canal entre ambos, de manera que las mercancías llevadas por mar, después por el Ródano y Saona y por el canal, salieran luego por el río Mosela al Rin y de allí al Océano, y suprimidas las dificultades del camino por tierra, se hiciera viable la navega-
3 ción entre las costas del Occidente[336] y del Norte. La obra provocó la envidia de Elio Grácil, legado de Bélgica, que disuadió a Vétere de meter sus legiones en una provincia ajena atrayéndose las simpatías de las Galias; le repetía que ello provocaría los recelos del emperador, en los que solían verse ahogadas la mayor parte de las iniciativas nobles.

54. El caso es que a causa del ocio prolongado de los ejércitos se extendió el rumor de que se había arrebatado a los legados el derecho de llevarlos contra el enemigo. Por ello los frisios acercaron a la ribera del Rin a sus jóvenes por sotos y pantanos, y a sus gentes de edad impropia para la guerra por los lagos, asentándose en los campos vacíos reservados para el uso de los soldados; iban bajo la guía de Verrito y Malorige, que reinaban sobre aquel pueblo en la medida en que los
2 germanos admiten reyes. Ya habían plantado sus casas

[335] El hermano de Tiberio, muerto en el 9 a. C.

[336] Es decir, la costa de la Galia meridional, así nombrada en relación con Italia.

y sembrado las tierras, trabajándolas como suelo patrio, cuando Dubio Avito, tras recibir de Paulino el mando de la provincia, los amenazó con la fuerza romana si los frisios no se retiraban a sus antiguas tierras o bien conseguían del César un nuevo asentamiento, obligando a Verrito y Malorige a presentar una súplica en tal sentido. Partieron para Roma, y mien- 3
tras esperaban que Nerón terminara de despachar otros asuntos, entre las curiosidades que es costumbre mostrar a los bárbaros, entraron en el teatro de Pompeyo para contemplar la multitud del pueblo. Allí, distraídos —pues por su ignorancia nada disfrutaban con el espectáculo—, preguntan sobre la gente sentada en los graderíos, sobre la separación de los órdenes, quiénes eran los caballeros y dónde estaba el senado; entonces se fijaron en unas personas con atuendo extranjero situadas en los asientos de los senadores. Preguntaron quiénes eran, y cuando oyeron que tal honor se concedía a los embajadores de los pueblos que se habían destacado por su valor y su amistad para con Roma, gritan que ningún pueblo estaba por delante de los germanos en valor guerrero y en lealtad; y bajando de allí se sientan entre los senadores. Los que presenciaron la escena la acogieron 4
con benevolencia, como producto de un ímpetu primitivo y de una honrada emulación. Nerón premió a ambos con la ciudadanía romana, pero ordenó que los frisios abandonaran las tierras. Como se negaron, se lanzó repentinamente sobre ellos la caballería auxiliar, que los obligó a hacerlo tras apresar o matar a los que más obstinadamente se habían resistido.

55. Estas mismas tierras las ocuparon los ampsivarios [337], gente más poderosa no sólo por su número,

---

337 Pueblo del valle del *Amisia*, actual Ems.

sino también por la compasión que inspiraban a los pueblos adyacentes, porque, expulsados por los caucos y carentes de patria, suplicaban un exilio seguro. Los asistía un hombre notable entre aquellas gentes y también leal a nosotros llamado Boyocalo; recordaba éste que, cuando la rebelión de los queruscos, había sido encadenado por orden de Arminio, que luego había servido a las órdenes de Tiberio y de Germánico [338], y que a cincuenta años de lealtad podía añadir también el haber sometido a su pueblo a nuestra autoridad.
2 Hacía ver qué gran extensión de tierra se dejaba yerma para hacer pasar por ella de vez en cuando los rebaños y vacadas del ejército; que reservaran en buena hora —decía— refugios para el ganado mientras los hombres pasaban hambre, pero que no contaran más en su aprecio el desierto y la soledad que los pueblos amigos. Alegaba que aquéllas habían sido antaño las tierras de labor de los camavos [339], luego de los tubantes, y después de los úsipos [340]; que al igual que el cielo a los dioses, así las tierras habían sido dadas al género humano, y que las que estaban desocupadas
3 eran públicas. Luego, mirando al sol e invocando a los demás astros, les preguntaba, como hablándoles cara a cara, si querían contemplar una tierra desierta, y les decía que era mejor que hicieran desbordarse el mar sobre quienes arrebataban las tierras.

56. El caso es que esto alteró a Avito, quien dijo que había que soportar el imperio de los mejores; que

---

338 La rebelión querusca había llevado a la famosa derrota de Quintilio Varo ante Arminio en el año 9 d. C. Las campañas de Tiberio tuvieron lugar en los años 9 a 11 d. C., y las de Germánico en el período del 12 al 16 d. C.

339 Pueblo de las riberas del Ems.

340 Variante del nombre de los usípetes; véase I 51, 2; los tubantes vivían entre el Lippe y el Ruhr.

era voluntad de los dioses a los que imploraban el que los romanos tuvieran el arbitrio de dar y quitar, y de no aceptar otros jueces que ellos mismos[341]. Ésta fue su respuesta pública a los ampsivarios; a Boyocalo le prometió que por la memoria de su amistad le daría tierras. Rechazó él la oferta considerándola como precio de la traición, y añadió: «Puede faltarnos una tierra en que vivir, pero no una en que morir.» Y así, enconados los ánimos por ambas partes, se separaron.
Llamaron ellos a que se les unieran en la guerra a los 2
brúcteros, a los tencteros[342] e incluso a pueblos más lejanos. Avito, tras escribir a Curtilio Mancia, legado del ejército superior[343], que atravesara el Rin y mostrara sus armas al enemigo por la espalda, llevó las legiones sobre las tierras de los tencteros, amenazando con exterminarlos si no se separaban de aquella
causa. Una vez que éstos se quedaron quietos, se ate- 3
morizó a los brúcteros con iguales amenazas; cuando también los demás se desentendieron de los peligros ajenos, el pueblo de los ampsivarios, solo, se retiró hacia la región de los úsipos y tubantes; expulsados de aquellas tierras, se dirigieron a las de los catos y queruscos; extranjeros en largo peregrinar, convertidos en mendigos, considerados como enemigos en tierra ajena, los jóvenes fueron muertos y los que no tenían edad para luchar repartidos como botín.

57. El mismo verano surgió recia lucha entre los hermunduros y los catos[344], pues se disputaban un río

---

341 Cruda formulación de la típica doctrina romana de la razón de estado y de la ley del más fuerte; véase *Introducción* al vol. I, pág. 19.

342 Los brúcteros vivían entre Lippe y Ems; los tencteros en la orilla derecha del Rin, en las cercanías de Colonia.

343 Es decir, el de la Germania Superior o meridional.

344 Los hermunduros habitan en Turingia; los catos dieron su nombre al actual *land* de Hessen.

rico en producción de sal y que establecía el límite entre ellos. Aparte su pasión por dirimirlo todo con las armas, tenían la creencia religiosa de que aquellos lugares estaban especialmente próximos al cielo y de que las oraciones de los mortales no eran oídas por los dioses desde parte alguna tan de cerca como desde allí. De ello se seguía la convicción de que por benevolencia de las divinidades se daba en aquel río y en aquellos bosques la sal, no como entre otros pueblos por evaporación de las marismas, sino cristalizada, tras derramar el agua sobre una hoguera hecha con árboles, a partir de los elementos contrarios entre sí, el fuego
2 y el agua. La guerra resultó favorable para los hermunduros y perniciosa para los catos, porque los vencedores habían consagrado el ejército enemigo a Marte y a Mercurio, voto con el que caballos, hombres, y
3 todo se entrega al exterminio. Verdad es que las amenazas de nuestros enemigos recaían sobre ellos mismos. Pero en cambio la ciudad de los ubios, aliada nuestra, se vio afligida por una repentina desgracia. Unos fuegos surgidos de la tierra devoraban por todas partes villas, campos y aldeas, y ya marchaban sobre las murallas de la colonia [345] recién fundada allí. No se podía apagarlos de ningún modo, ni aunque cayeran lluvias, ni echando sobre ellos las aguas de los ríos o cualquier otro líquido, hasta que, por falta de otro remedio y desesperados ante el desastre, unos campesinos les lanzaron piedras de lejos; luego como las llamas se detenían, acercándose más y golpeándolas con palos y otros objetos contundentes, como a fieras, lograban ahuyentarlas. Al fin, despojándose de sus vestidos los echaron sobre el fuego, y cuanto más burdos

[345] La actual Colonia; véase XII 27, 1. El fenómeno descrito parece ser un caso de inflamación espontánea de yacimientos carboníferos.

eran y más sucios estaban por el uso, tanto más conseguían ahogarlo.

58. Aquel mismo año el árbol Ruminal[346], situado en el Comicio, que ochocientos treinta años antes había protegido a Remo y Rómulo niños, quedó menguado al morirse sus ramas y secarse su tronco, lo cual fue interpretado como prodigio de mal agüero; pero acabó reverdeciendo con nuevos brotes.

---

346 La higuera Ruminal era objeto de antiquísima veneración en Roma.

LIBRO XIV

SINOPSIS

Año 59 d. C. (caps. 1-19)
Año 60 d. C. (caps. 20-28)
Año 61 d. C. (caps. 29-47)
Año 62 d. C. (caps. 48-65)

CAPÍTULOS:

1-13. Asesinato de Agripina.
14-16. Diversiones y excesos de Nerón.
17-19. Sucesos del interior en el año 59.
20-22. Sucesos del interior en el año 60.
23-26. Campañas del Oriente: Corbulón en Armenia.
27-28. Otros asuntos del año 60.
29-39. Rebelión y campaña de Britania.
40-47. Sucesos del interior en el año 61.
48-50. Condenas del año 61.
51-56. Nerón cambia de consejeros: muerte de Burro y retirada de Séneca.
57-59. Asesinato de Cornelio Sila y de Rubelio Plauto.
60-65. Nerón repudia a Octavia y se casa con Popea; asesinato de Octavia; acusación contra Séneca y orígenes de la conjura de Pisón.

LIBRO XIV

1. En el consulado de Gayo Vipstano y ⟨Gayo⟩ Fonteyo[347], decidió Nerón no aplazar más un crimen largamente meditado, pues la veteranía en el imperio había acrecido su audacia, y era más ardiente cada día su amor por Popea, la cual, desesperando de que se casara con ella y repudiara a Octavia mientras Agripina viviera, hacía al príncipe frecuentes reproches, a veces en tono de burla, diciéndole que era un menor de edad, que, sometido a mandatos ajenos, carecía no
2 ya de imperio, sino incluso de libertad. En efecto, ¿por qué difería su matrimonio? ¿era acaso, que no le complacían su belleza y los triunfos de sus abuelos[348], o tal vez su fecundidad y su sincero cariño? ¡Era que se temía que al menos una esposa le descubriera los agravios hechos al senado y los odios del pueblo motivados por la soberbia y avaricia de su madre! Si Agripina no podía soportar una nuera que no fuera enemiga de su hijo, a ella debía devolverla al matrimonio con Otón; prefería marchar a cualquier lugar de la tierra, donde oiría de los ultrajes proferidos contra el emperador de mejor grado que teniéndolos ante su vis-
3 ta, implicada en los peligros que él corría. Estas y simi-

---

[347] Comienza la narración del año 59 d. C.

[348] Popea era nieta de Popeo Sabino, sobre el que puede verse VI 39, 3.

lares consideraciones, amañadas con lágrimas y con sus astucias de seductora, hacían mella sin que nadie lo impidiera, dado que todos ansiaban ver quebrantado el poder de la madre, y nadie creía que los odios del hijo fueran a llegar hasta el asesinato.

2. Cuenta Cluvio que Agripina, en su pasión por conservar el poder llegó hasta tal punto que en pleno día, a horas en que Nerón se hallaba excitado por el vino y el banquete, se ofreció varias veces a su hijo borracho, muy arreglada y dispuesta al incesto; que cuando ya los que al lado estaban advertían sus lascivos besos y las ternuras precursoras de la infamia, Séneca buscó ayuda contra las artes de aquella hembra en otra mujer, haciendo entrar a la liberta Acte; que ésta, inquieta tanto por el peligro que ella corría como por la infamia del príncipe, le advertiría de que se había extendido el rumor del incesto, del que su madre se gloriaba, y de que el ejército no toleraría el
imperio de un príncipe sacrílego. Fabio Rústico narra 2
que esto no fue deseo de Agripina, sino de Nerón, y que dio con todo al traste la habilidad de la misma liberta. Ahora bien, la versión de Cluvio es también la de los restantes autores, y la fama se inclina asimismo en este sentido, ya porque realmente Agripina concibiera en su ánimo tanta monstruosidad, ya por parecer más creíble la invención de tan novedosa pasión en quien en sus años juveniles había cometido estupro con Lépido por ambición de poder, en quien con similar concupiscencia se había rebajado a satisfacer las apetencias de Palante, y en quien se había ejercitado para toda clase de infamias por su matrimonio con su propio tío[349].

---

349 SUETONIO (*Calígula* 24) cuenta que Agripina y sus hermanas se habían visto implicadas en el proceso de adulterio contra Lépido. Sobre las relaciones de Agripina con Palante, véase

3. El caso es que Nerón evitaba los encuentros a solas con su madre, y cuando ella se retiraba a sus jardines o a Túsculo o a la región de Anzio, la alababa por tomarse un descanso. Al cabo, pensando que dondequiera que ella estuviera le resultaba insoportable, determinó matarla, dudando solamente sobre si hacerlo con un veneno o con el hierro o con otra forma de
2 violencia. En un principio se inclinó por el veneno; ahora bien, si se le daba en un banquete ofrecido por el príncipe, no se podría culpar al azar después de haber tenido Británico un fin igual; además, parecía empresa difícil la de tentar a los sirvientes de aquella mujer, que estaba prevenida contra las asechanzas por su mucha práctica del crimen; de hecho había inmunizado su organismo tomando antídotos. El modo de mantener secreto un asesinato a mano armada nadie lo hallaba; temía, además, que el designado para un crimen tan grande se negara a cumplir sus órdenes.
3 Le ofreció su ingenio el liberto Aniceto, prefecto de la flota de Miseno y ayo de Nerón cuando niño, y que correspondía al odio que Agripina le profesaba. Le hace ver que se podía preparar una nave, una parte de la cual, desprendiéndose en pleno mar por medio de un artificio, la precipitara al mismo sin que pudiera percatarse; nada tan propicio a los azares como el mar, y si un naufragio acababa con ella, ¿quién sería tan injusto como para atribuir a un crimen la culpa del viento y de las olas? El príncipe decretaría luego para la difunta un templo, altares y otras ostentaciones de piedad filial.

4. Le pareció bien aquella astucia, a la que además favorecían las circunstancias, dado que celebraba las

---

XII 25, 1; sobre el matrimonio de Agripina con su tío Claudio, véanse XII 3 y sigs.

fiestas de los Quincuatros[350] en Bayas. Atrae allí a su madre, diciendo una y otra vez que hay que soportar las iras de los padres y refrenar los impulsos, a fin de provocar el rumor de la reconciliación y de que Agripina lo acogiera con la fácil credulidad de las mujeres ante las noticias gratas. Luego, cuando ella llegó, le 2
salió al encuentro a la orilla del mar —pues venía de Anzio—, le ofreció su mano, la abrazó y la acompaña a Baulos. Es ese el nombre de una villa situada entre el cabo Miseno y el lago de Bayas, y bañada por un brazo de mar. Entre las demás naves destacaba una 3
especialmente engalanada, como un honor más para su madre, pues de hecho acostumbraba a viajar en trirreme y llevada por remeros de la flota. Por el momento se la había invitado a un banquete, a fin de disponer de la noche para ocultar el crimen. Está compro- 4
bado que hubo un delator, y que Agripina, dudando si creer en la emboscada de la que le hablaban, viajó a Bayas en una litera. Allí las ternuras disiparon su miedo: fue recibida afectuosamente y colocada en lugar superior al del propio Nerón. El caso es que con conversaciones diversas, ya procediendo con juvenil familiaridad, ya con seriedad, como aparentando confidencias importantes, Nerón alargó el banquete, la acompañó cuando se marchaba y la abrazó besando sus ojos y estrechándose contra su pecho, ya para completar su simulación, ya porque el contemplar por última vez a su madre que iba a morir impresionaba su ánimo por feroz que fuera.

5. Dispusieron los dioses una noche resplandeciente de estrellas y tranquila sobre un mar en calma, como para denunciar el crimen. No había avanzado

[350] Esta fiesta tenía lugar del 19 al 23 de marzo, en honor de la diosa Minerva.

mucho la nave, y a Agripina la acompañaban dos de sus allegados, Crepereyo Galo, que permanecía en pie no lejos del timón, y Acerronia, que tendida a los pies del lecho de su señora comentaba gozosa el arrepentimiento del hijo y la gracia recuperada por la madre; y he aquí que, a una señal dada, se desprendió el techo de la cámara, lastrado con abundante plomo. Crepereyo quedó atrapado y pereció en el acto; Agripina y Acerronia se vieron protegidas por los costados sobresalientes del lecho, que casualmente resultaron demasiado fuertes como para ceder al peso.

2 Además no se seguía el desmembramiento de la nave, porque la confusión dominaba a todos y la mayoría, que no estaba al tanto, estorbaba también a los que participaban en la conjura. Pareció entonces oportuno a los remeros inclinarse hacia un mismo lado y hundir así la nave; pero no estaban preparados para actuar de consuno en una situación de urgencia, y los otros, haciendo peso en sentido contrario, facilitaron una caída más suave sobre el mar. Acerronia, sin em-
3 bargo, a causa de su imprudencia, por ponerse a gritar que ella es Agripina y que presten socorro a la madre del príncipe, es muerta a golpes de pértiga, de remo y de los aparejos navales que el azar había puesto a la mano; Agripina, en silencio y pasando por ello desapercibida —aunque recibió una herida en un hombro—, primero a nado, luego llevada por unas barcas con las que se encontró, llega al lago Lucrino [351] y se mete en su villa.

6. Allí, echando cuenta de que para aquello se la había hecho venir por medio de una carta falaz y se la había tratado con especial honor, de que al lado de

[351] Era una albufera al borde de la bahía de Nápoles; estaba comunicada por un canal artificial con el mar.

la orilla, sin que el viento la empujara, sin haber cho-
cado con las peñas, la parte superior de la nave se ha-
bía desplomado como si se tratara de un ingenio terres-
tre, y considerando además el asesinato de Acerronia y
mirando al tiempo su propia herida, llegó a la conclu-
sión de que el único remedio contra la asechanza
era no darse por enterada. Y así envió a su liberto 2
Agermo a que anunciara a su hijo que por la benevo-
lencia de los dioses y su propia fortuna había escapado
de un terrible riesgo; le rogaba que, aunque se hallara
impresionado por el peligro corrido por su madre, re-
trasara el cuidado de visitarla; por el momento ella 3
precisaba de descanso. Entretanto, simulando sentirse
segura, se dedica a medicar su herida y a restablecer
su cuerpo; ordena buscar el testamento de Acerronia
y sellar sus bienes, único punto en que no usaba de
simulación.

7. Mas a Nerón, que esperaba noticias de cumpli-
miento del crimen, le llega la de que había escapado
levemente herida, y que el riesgo afrontado sólo había
servido para que no hubiera dudas sobre su autor.
Quedó entonces medio muerto de pánico, y clamaba 2
que ella iba a venir de un momento a otro dispuesta a
la venganza, que armaría a una tropa de esclavos, o
sublevaría al ejército, o acudiría al senado y al pueblo
culpándolo del naufragio, de su herida y de la muerte
de sus amigos. ¿Qué apoyo tenía contra ella si Burro
y Séneca no le proporcionaban una salida? Los había
hecho llamar al instante, sin que se sepa si ya estaban
al tanto. El caso fue que uno y otro guardaron un lar- 3
go silencio, ya por no perder el tiempo disuadiéndolo
en vano, ya porque creyeran que se había caído tan
bajo que, de no tomarse medidas con Agripina, Nerón
había de perecer. Luego procedió con mayor decisión
Séneca, ⟨en cuanto que⟩ miró a Burro y le preguntó

4 si se debía ordenar a los soldados su muerte. Él le
respondió que los pretorianos eran leales a toda la casa
de los Césares y que, acordándose de Germánico, no se
atreverían a una atrocidad contra su descendencia;
5 que Aniceto cumpliera sus promesas. Éste, sin dudar
un instante, se encarga de llevar a término el crimen.
Al oírlo Nerón declara que en aquel día se le daba el
imperio, y que un liberto era el autor de tan esplén-
dido regalo; le ordenó darse prisa y llevarse a los más
6 dispuestos a cumplir sus órdenes. Él al enterarse de
que había llegado Agermo enviado por Agripina con su
mensaje, se adelanta a preparar la escena para una
acusación, y mientras le transmitía su encargo le arro-
ja una espada entre los pies; entonces, como si se lo
hubiera cogido en flagrante delito, manda encadenarlo
para hacer creer que su madre había tramado el ase-
sinato del príncipe, y que por vergüenza ante el descu-
brimiento de su crimen ella misma se había tomado
la muerte por su mano.

8. Entretanto, al divulgarse el peligro corrido por
Agripina, aparentando atribuirlo al azar y conforme se
iba enterando, la gente acudía a la costa. Los unos su-
bían a los rompeolas, otros a las barcas próximas,
otros se metían en el mar hasta donde hacían pie;
algunos tendían sus manos. Toda la ribera se llenaba
de quejas y de votos, del clamor de los que hacían
preguntas diversas o daban inciertas respuestas. Afluía
una enorme multitud con antorchas, y cuando quedó
en claro que se había salvado, se disponían ya a felici-
tarla, pero el ver a la columna armada y amenazadora
2 los echó atrás. Aniceto rodea la villa con un destaca-
mento, y tras violentar la puerta se deshace de los
esclavos que le salieron al paso, hasta que llegó a la
puerta de la alcoba, junto a la cual permanecían sólo
unos pocos, pues a los demás los había puesto en fuga

el pánico ante aquella irrupción. En la alcoba había 3
una luz escasa y sólo una de las sirvientas, y Agripina más y más angustiada porque nadie llegaba de parte de su hijo, ni siquiera Agermo; otra sería —pensaba— la apariencia de la buena suerte; de momento no había más que soledad y repentinos estruendos e indicios del
supremo mal. Luego, cuando la criada se iba, le dijo 4
cara a cara: «¿También tú me abandonas?», ve tras de sí a Aniceto, acompañado por el trierarco[352] Herculeyo y por Obarito, centurión de la flota; le dice que si ha venido a visitarla, podía anunciar que se había recuperado, pero que si estaba allí para cometer un crimen, no estaba dispuesta a creer nada de su hijo; no se le
había ordenado un parricidio. Los asesinos rodean el 5
lecho y primero el trierarco la golpeó en la cabeza con un bastón; cuando ya el centurión desenvainaba su espada para darle muerte, mostrándole sus entrañas le gritó: «Hiéreme en el vientre», y al momento acabaron con ella cosiéndola a cuchilladas.

9. Esta es la versión generalizada. Que Nerón contempló a su madre exánime y que alabó la belleza de su cuerpo, hay quienes lo cuentan y quienes lo niegan. Fue incinerada aquella misma noche sobre un diván de comedor y con exequias de ínfima categoría, y mientras reinó Nerón no se hizo túmulo ni cercado alguno sobre su tumba. Más tarde, por cuidado de sus servidores, tuvo un túmulo modesto, junto al camino de Miseno y a la villa del dictador César, la que, situada en lugar muy elevado, tiene una gran vista sobre las bahías
que yacen a sus pies. Una vez encendida la pira, uno 2
de sus libertos, llamado Mnéster, se atravesó con la espada, sin que se sepa si lo hizo por amor hacia su

[352] Comandante de una trirreme o navío de tres filas de remeros.

3 patrona o por miedo a que acabaran con él. Hacía muchos años que Agripina creía que tal sería su fin, y había desdeñado darle importancia; pues unos caldeos, cuando los consultó acerca de Nerón, le respondieron que había de reinar y de matar a su madre; ella dijo: «Que la mate, con tal que reine.»

10. Sólo después de consumado el crimen entendió el César su magnitud. Durante el resto de la noche, ya hundido en el silencio, ya —más a menudo— levantándose aterrorizado y fuera de sí, esperaba a la aurora
2 como si hubiera de traerle la ruina. Pero, por instigación de Burro, lo confirmó en la esperanza primero la adulación de los centuriones y tribunos, que le estrechaban la mano y lo felicitaban por haber escapado al peligro imprevisto y al crimen de su madre. Luego sus amigos acudieron a los templos, y siguiendo su ejemplo los municipios próximos de Campania hacían presente su alegría con sacrificios y delegaciones. Nerón, con una simulación al revés, se mostraba triste y como repudiando su propia salvación, y derramaba lágrimas
3 por la muerte de su madre. Pero como el aspecto de los lugares no se cambia del mismo modo que los rostros de los hombres, y tenía ante sí la visión poco grata de aquel mar y aquellas riberas —incluso había quienes creían oír el sonido de una trompa en las alturas circundantes y un llanto en la tumba de Agripina—, se retiró a Nápoles y envió al senado una carta cuyo contenido esencial era que se había sorprendido espada en mano, dispuesto a un atentado, a Agermo, uno de los libertos íntimos de Agripina, y que ella misma se había castigado por la conciencia que tenía de haber preparado el crimen.

11. Añadía acusaciones que se remontaban a más atrás: que había concebido esperanzas de verse asocia-

da al imperio, de que las cohortes pretorianas prestaran juramento a una mujer, y de que igual deshonor se impusiera al senado y al pueblo; que, después de haber fracasado en sus intentos, llena de odio hacia el ejército, los senadores y el pueblo, le había dado consejo en contra de los repartos públicos a favor de los soldados y la plebe, y tramado insidias contra ilustres varones. ¡Qué fatigas le había costado a él evitar que irrumpiera en el senado y que contestara a los alegatos de los pueblos extranjeros! [353]. Además, censurando tam- 2
bién de través los tiempos de Claudio, transfirió sobre su madre todas las infamias de aquella tiranía, atribuyendo a la pública fortuna su desaparición. Pues narraba también el naufragio; ¿pero quién podría ser tan obtuso como para creerlo fortuito, o que una mujer que había sufrido un naufragio enviara a un solo hombre armado con la pretensión de quebrantar las cohortes y flotas del emperador? El caso es que ya no 3
sólo Nerón, cuyas monstruosidades superaban a las quejas de todos, sino incluso el propio Séneca era objeto de comentarios adversos, porque con un discurso tal había escrito una confesión.

12. Sin embargo, los próceres rivalizaron en votar acciones de gracias ante todos los pulvinares [354], y que la fiesta de los Quincuatros, en la que había quedado al descubierto la conspiración, se celebrara con juegos anuales; también que se colocara en la curia una imagen áurea de Minerva y al lado una estatua del príncipe, y que el natalicio de Agripina se contara entre los días nefastos. Trásea Peto, que hasta entonces había dejado pasar las adulaciones en silencio o con un lacónico asentimiento, salió entonces del senado,

353 Véase XIII 5.

354 Los *puluinaria* eran una especie de lechos sobre los que se colocaban las imágenes de los dioses.

lo que le valió el peligro para sí sin dar a los demás
2 la señal de la libertad. Se produjeron también prodigios tan repetidos como vanos: una mujer parió una serpiente, y otra fue fulminada por un rayo cuando yacía con su marido; además se oscureció repentinamente el sol y cayeron rayos en las catorce regiones[355] de Roma. Pero todo ello ocurrió tan sin intervención de los dioses que Nerón aún prolongó por muchos
3 años su imperio y sus crímenes. Por otra parte, para aumentar el odio contra su madre y atestiguar que tras quitarla de en medio su clemencia había aumentado, concedió el regreso a la patria a las ilustres damas Junia y Calpurnia, y a los expretores Valerio Capitón y Licinio Gábolo, a los que antaño desterrara Agri-
4 pina[356]. También permitió que se repatriaran las cenizas de Lolia Paulina[357] y que se le construyera un sepulcro, y a Iturio y Calvisio, relegados recientemente por él mismo[358], los indultó de su pena. En cuanto a Silana[359], había encontrado su fin tras regresar a Tarento desde un lejano exilio, cuando Agripina, a cuyas enemistades debía su caída, ya vacilaba o se había ablandado.

13. A pesar de todo, andaba por las plazas de Campania preguntándose angustiado cómo entraría en la Ciudad, y si se encontraría o no con el acatamiento del senado y el favor de la plebe. En cambio, las peores gentes —y nunca una corte fue más fecunda en ellas— le decían que el nombre de Agripina era odiado y que

355 División ordenada por Augusto para el mejor gobierno de Roma; véase XV 40.

356 Sobre Junia Calvina, véase XII 4, 1; sobre Calpurnia, XII 22, 3. De los otros dos exiliados no tenemos anterior noticia.

357 Rival de Agripina en el asunto del matrimonio de Claudio; véanse XII 1 y XII 22.

358 Véase XIII 19, 3.

359 Véanse XI 12, 2 y XIII 19, 2.

con su muerte se había encendido la devoción del pueblo; debía ir sin miedo y comprobar personalmente la veneración que le tenían; al tiempo solicitan que les permita antecederlo. Y la verdad es que encuen- 2
tran todo más propicio que lo que habían prometido: salían al paso las tribus, el senado con atuendo de gala, formaciones de esposas e hijos ordenados por sexos y edades, y había tribunas levantadas a su paso como las que se hacen para contemplar los triunfos. En consecuencia, soberbio y vencedor sobre el público servilismo, se dirigió al Capitolio, hizo una acción de gracias y se entregó a todos los excesos que, aun sin lograr reprimirlos, había retardado el respeto que tenía a su madre, fuera ella como fuera.

14. Tenía el viejo deseo de subir sobre una cuadriga y la ilusión, no menos deshonrosa, de cantar con la cítara al modo del teatro. Hablaba de que las competiciones de carros y caballos eran algo propio de reyes y cultivado por los antiguos caudillos; que los poetas las habían hecho ilustres con sus cantos, y que estaban destinadas a honrar a los dioses; en cuanto a los cantos, estaban consagrados a Apolo, y con tal atuendo[360] aparecía no sólo en las ciudades griegas, sino también en los templos romanos aquel dios principal y clarividente[361]. Ya no había manera de dete- 2
nerlo, y entonces les pareció bien a Séneca y Burro concederle una de aquellas cosas para que no acabara

[360] Es decir, el de citaredo.

[361] El propio Tácito (*Diálogo de los Oradores* 12, 4) hace decir a un apologista de la poesía: «Y nadie gozaba de mayor gloria y más augusto honor [que los poetas], en primer lugar ante los dioses, cuyas respuestas se decía que pronunciaban, y que participaban en sus banquetes; luego, ante aquellos reyes nacidos de los dioses y sagrados, entre los cuales no sabemos que estuviera un abogado, y sí Orfeo y Lino y, si se mira más a fondo, el propio Apolo.»

saliéndose con la suya en las dos. En consecuencia se
cercó una zona en el Valle Vaticano[362] para que en él
se ejercitara conduciendo caballos sin proporcionar un
espectáculo público. Luego se invitó al pueblo de Roma,
que lo colmaba de alabanzas, tal como suele estar el
vulgo ansioso de diversiones, y feliz además si el pro-
3 pio príncipe lo arrastra hacia ellas. Por lo demás, la
publicidad de su vergüenza no supuso, como se pen-
saba, un motivo de hastío, sino un acicate. Pensando
que la infamia se atenuaba si lograba deshonrar a
más gente, llevó a la escena a descendientes de fami-
lias nobles, forzados por la indigencia a venderse;
muertos ya, creo que el no dar aquí sus nombres es
algo debido a sus mayores. Además, la infamia es
también de quien les dio dinero por su mala acción en
4 lugar de hacerlo para que no la cometieran. Asimismo
movió con grandes liberalidades a conocidos caballe-
ros romanos para que le prometieran su apoyo en los
espectáculos de circo; claro que el salario pagado por
quien puede mandar viene a suponer una obligación
ineludible.

15. Sin embargo, para no deshonrarse todavía en
un teatro público, instituyó unos juegos a los que llamó
Juvenales, para los que todo el mundo dio su nombre.
Ni la nobleza ni la edad ni los cargos desempeñados
supusieron un impedimento para nadie a la hora de
ejercer el arte de los histriones griegos o latinos, hasta
2 llegar a gestos y cantos impropios de varones. Incluso
damas ilustres se preparaban a actuaciones indecentes.
En el bosque que Augusto había plantado en torno a

---

362 El circo de Nerón, ya empezado por Calígula, estaba adornado por el obelisco egipcio que hoy se encuentra en la Plaza de San Pedro.

su estanque para combates navales[363] se construyeron lugares de reunión y tabernas, y se pusieron a la venta los artículos capaces de excitar a la orgía. Se repartía una cantidad de dinero para gastar, los buenos por necesidad, los libertinos por vanidad. Siguió creciendo 3
en consecuencia el escándalo y la infamia, y nunca unas costumbres ya corrompidas de tiempo atrás se vieron rodeadas de excesos más abundantes que los provocados por aquella podredumbre. Aun entre las conductas honestas se mantiene a duras penas el pudor, ¡cuánto más difícil era que se conservara la dignidad, la moderación o un resto de honestidad en medio de aquella competición de vicios! Al fin se presenta él 4
mismo en la escena, tentando con gran cuidado la cítara a modo de preludio y acompañado por sus maestros de canto. Aparecía también con él una cohorte de soldados, tribunos y centuriones y Burro doliéndose y alabándolo. Entonces se reclutó por vez primera 5
a los caballeros romanos llamados Augustianos[364], notables por su edad y vigor, llevados los unos de su ingenio procaz, los otros por la ambición de poder. Los tales le aplaudían día y noche, aclamando la belleza y voz del príncipe con invocaciones apropiadas a los dioses; y así llegaban a la fama y al honor como si fuera por su virtud.

16. Sin embargo, para que no sólo se hicieran famosas sus dotes escénicas, el emperador se dio también a la composición de poemas, tras rodearse de algunos que tenían cierta capacidad para versificar pero que no habían alcanzado todavía notoriedad. Después de cenar se reunían y ensartaban los versos que él llevaba o im-

363 La *naumachia* construida por Augusto en la zona que hoy queda a espaldas del Castel Sant'Angelo.

364 Era una *claque* organizada para jalear a Nerón, compuesta de unos 5.000 caballeros romanos.

provisaba allí mismo, y completaban las palabras que profería según le venían; esto lo denuncia el estilo mismo de sus poemas, que no fluye con fuerza, inspiración
2 ni tono uniforme[365]. También a los maestros de filosofía dedicaba tiempo en sus sobremesas, por gozar de las polémicas que se producían al afirmarse doctrinas contrarias; y no faltaban los que ansiaban que se los contemplara, con su expresión severa, en medio de aquellos pasatiempos propios de un rey.

17. Por el mismo tiempo y a partir de una disputa sin importancia se produjo una terrible matanza entre colonos de Nuocera[366] y de Pompeya, en el transcurso de unos juegos de gladiadores ofrecidos por Livineyo Régulo, de cuya expulsión del senado ya di cuenta; pues, con la licencia propia de las ciudades pequeñas, empezaron por lanzarse denuestos, luego piedras, y al cabo tomaron las armas, saliéndose con la mejor parte la plebe de Pompeya, donde se celebraba el espectáculo. El caso es que muchos de los de Nuocera fueron llevados a la Ciudad con el cuerpo lleno de mutilaciones, en tanto que la mayoría lloraba la muerte
2 de hijos o padres. El príncipe delegó en el senado el juicio sobre el asunto, y el senado en los cónsules; pero el tema volvió de nuevo al senado y se prohibió por diez años a los de Pompeya aquella clase de reuniones, y se disolvieron los colegios que habían constituido ilegalmente; Livineyo y los otros que habían provocado la sedición fueron castigados con el exilio.

---

[365] Tácito pudo manejar todavía la no exigua obra poética, épica y trágica, de Nerón, de la que a nosotros sólo han llegado restos; véase H. Bardon, *Les Empereurs et les Lettres Latines*, París, 1968, págs. 203 y sigs. En este punto adoptamos la conjetura *tenore uno* de Acidalio y Fuchs, apoyada por Cicerón, *Orador* 21. Koestermann mantiene el *ore uno* del manuscrito *M*.

[366] La colonia de *Nuceria*, al S. del Vesubio, ya cerca del actual Salerno.

18. Fue también expulsado del senado Pedio Bleso, acusado por los de Cirene de haber violado el tesoro de Esculapio[367], y de haberse dejado corromper por el dinero y la intriga en el reclutamiento de soldados.
Los mismos cirenenses presentaban una demanda con- 2
tra Acilio Estrabón, antiguo pretor, que había sido enviado por Claudio con la misión de deslindar las tierras antaño patrimoniales del rey Apión[368] legadas, junto con su reino, al pueblo romano, y que habían sido invadidas por los propietarios vecinos; por lo prolongado de aquella usurpación y desafuero preten-
dían apoyarse en la justicia y equidad. El caso fue que, 3
al recuperar las tierras, surgieron los odios contra el juez, y el senado respondió que no conocía lo dispuesto por Claudio y que había que consultar al príncipe. Nerón, tras aprobar la sentencia de Estrabón, escribió que no por ello dejaría de ayudar a los aliados, y que les concedía las tierras usurpadas.

19. Se produce a continuación el fallecimiento de dos hombres ilustres, Domicio Afro[369] y Marco Servilio[370], que habían destacado por los más altos cargos y por su mucha elocuencia; se hicieron célebres el primero como abogado, Servilio por su larga carrera en el foro y luego por su historia de Roma y también por la elegancia de su vida, a la que dio mayor brillo, tan igual al otro en talento como opuesto a él en costumbres.

---

[367] El del famoso santuario del mismo dios que existía en Cirene.

[368] Tolomeo Apión, último rey de Cirene, muerto en el año 96 a. C., y que había hecho su heredero al pueblo romano.

[369] Véase IV 52, 1.

[370] Servilio Noniano, cónsul en 35 d. C., fue un notable historiador de obra hoy perdida.

20. En el consulado de Nerón —por cuarta vez— y
de Cornelio Coso[371] se instituyeron en Roma los Jue-
gos Quinquenales[372], a la manera de los concursos
griegos, en medio de opiniones diversas, según suele
2 ocurrir con todas las cosas nuevas. De hecho algunos
decían que también Gneo Pompeyo había sido criticado
por los viejos por haber construido para el teatro una
sede estable[373]; pues anteriormente se solían hacer los
juegos en tribunas improvisadas y en una escena le-
vantada para la ocasión, y, remontándose a tiempos
más antiguos, el pueblo había tenido que presenciar
los espectáculos en pie, no fuera que, sentado, pasara
3 los días en el teatro sin hacer nada. Decían que debía
conservarse el antiguo carácter de los espectáculos
cuantas veces asistiera a ellos el pretor, sin que hu-
biese para ningún ciudadano necesidad de concursar.
4 Por lo demás, las costumbres patrias, poco a poco
erosionadas, quedarían radicalmente subvertidas por
aquella licencia importada, de manera que todo lo que
en lugar alguno pudiera corromperse o corromper se
vería en la Ciudad; la juventud degeneraría por las
modas extranjeras dedicándose a los gimnasios, al ocio
y a los torpes amoríos, y ello bajo la protección del
príncipe y del senado, que no sólo habían dado licencia
a los vicios, sino que hacían fuerza para que romanos
ilustres, con el pretexto de discursos y poemas, se
deshonraran en la escena. ¿Qué faltaba ya si no que
se desnudaran, que tomaran las manoplas de los púgi-
les y se dedicaran a tales luchas en lugar de a la mili-
5 cia y a las armas? ¿Acaso se iba a mejorar la justicia
y las decurias de caballeros cumplirían mejor su

---

371 Comienza la narración del año 60 d. C.

372 El *ludicrum quinquennale,* a la manera griega, comprendía certámenes musicales, literarios, gimnásticos y ecuestres. Fue también llamado *Neronia.*

373 El teatro de Pompeyo se inauguró en el año 55 a. C.

egregio oficio de juzgar, si escuchaban con conocimiento de causa aquellas músicas entrecortadas y aquellas dulces voces? Añadían que también las noches habían sido dedicadas al escándalo, para no dejar tiempo al pudor, de manera que la gente más perdida pudiera acometer en las tinieblas, en medio de la promiscuidad, los malos deseos concebidos durante el día.

21. A los más les placía esa misma licencia, aunque la disimulaban con nombres honestos. Decían que tampoco los antepasados habían sentido aversión por el placer de los espectáculos posibles para los medios de aquel tiempo, y que, así, habían importado de Etruria histriones y de Turios[374], las competiciones ecuestres; que, tras dominar Acaya y Asia, se habían hecho los juegos con mayor cuidado, y que ningún romano bien nacido se había degenerado entregándose a las actividades teatrales, habiendo pasado ya doscientos años desde el triunfo de Lucio Mummio[375], el primero en dar en la Ciudad esa clase de espectáculos. Además, 2
se había mirado a la economía al establecer una sede permanente para el teatro, en lugar de levantarla y deshacerla cada año con enormes gastos. Y así, los magistrados ya no tendrían que arruinar su patrimonio familiar, ni el pueblo, fundamento para reclamar de los magistrados concursos a la griega, una vez que el estado se hacía cargo de tales gastos. Los triunfos de los ora- 3
dores y poetas supondrían un estímulo para los ingenios, y ningún juez consideraría intolerable prestar oídos a espectáculos honestos y a diversiones permitidas. Añadían que a la alegría, más que a la licencia, se habían dedicado las noches, y sólo unas pocas en todo el quinquenio, en las que además, con una ilumi-

---

374 Turios era una colonia ateniense fundada a mediados del s. v en el Golfo de Tarento, sobre el solar de la antigua Síbaris.

375 El conquistador de Corinto en 146 a. C.

4 nación tan profusa, nada ilícito podría ocultarse. La verdad fue que el espectáculo pasó sin ningún deshonor realmente notable. Ni siquiera se encendió el apasionamiento de la plebe, porque, aunque se había devuelto a la escena a los pantomimos, les estaban prohibidos los certámenes sagrados. Nadie obtuvo el premio de elocuencia, sino que se declaró vencedor al César. Los atuendos a la griega, que llevaban por aquellos días la mayoría, se pasaron luego de moda.

22. En tal circunstancia se vio brillar un cometa, fenómeno del que piensa el vulgo que anuncia un cambio de rey. Y así, como si Nerón estuviera ya depuesto, se preguntaban quién sería elegido. En boca de todos andaba el nombre de Rubelio Plauto[376], que tenía por su madre la nobleza de la familia Julia. Era hombre de ideas a la antigua, de costumbres severas, de una vida familiar pura y retirada; cuanto más oculto había vivido a causa del temor, tanta más fama se había
2 ganado. Aumentó su popularidad la caída de un rayo interpretada con la ligereza que ahora se verá. Pues estando Nerón a la mesa cerca de los Estanques Simbruinos, en la villa llamada Subláqueo[377], una exhalación había alcanzado a los manjares, y la mesa se había deshecho; el fenómeno había tenido lugar en los confines de Tívoli[378], de donde procedía Plauto por su padre, y creían que era él el señalado por la voluntad de los dioses; y ya le andaban alrededor muchos de los que tienen esa ambición ávida y casi siempre engañosa que les mueve a granjearse por anticipado las
3 situaciones nuevas y dudosas. El caso fue que Nerón,

---

376 Véase XIII 19, 3.

377 En el actual Subiaco, al E. de Roma. La villa se hallaba junto a un estanque artificial.

378 *Tibur* era un lugar de esparcimiento a unos 40 kms. al E. de Roma.

alarmado por ello, escribió a Plauto aconsejándole que pensara en la paz ciudadana y que se sustrajera a los difusores de rumores torcidos; le recordaba que tenía en Asia tierras patrimoniales en las que podría gozar de una juventud segura y tranquila. Y así se retiró allá con su esposa Antistia y unos pocos de sus íntimos.

Por los mismos días su excesiva ansia de placeres 4
le fue a Nerón motivo de infamia y de peligro, porque se había echado a nadar en la fuente de donde parte hacia la Ciudad el acueducto del Agua Marcia[379]; se estimaba que bañando allí su cuerpo había mancillado las aguas sagradas y violado el carácter santo del lugar. Una grave enfermedad que le sobrevino acto seguido confirmó la ira de los dioses.

23. Por su parte Corbulón, tras la destrucción de Artáxata[380], opinó que había que aprovechar el terror aún reciente para ocupar Tigranocerta; si la arrasaba aumentaría el miedo del enemigo, y si se apiadaba de ella se ganaría fama de clemente. Así que marcha allá con el ejército, aunque no en son de guerra, para no eliminar la esperanza de perdón, pero sin bajar tampoco la guardia, sabiendo que aquel era un pueblo fácilmente mudable, tan cobarde ante el peligro como poco de fiar si se le daba una ocasión. Los bárbaros, 2
cada cual según su natural, unos le dirigían ruegos, otros abandonaban sus pueblos y marchaban hacia zonas impracticables; los hubo también que se escondieron en cuevas con lo que les era más querido. Entonces el jefe romano actuó con tácticas diversas, misericorde con los suplicantes, veloz para perseguir a los prófugos, duro con los que se habían metido en escondrijos; llena de sarmientos y matojos las bocas y sali-

---

379 De este acueducto se conserva buena parte en la zona E. de Roma. Sus aguas siguen utilizándose en la actual Acqua Pia.

380 Véase XIII 41.

3 das de las cuevas y les pone fuego. Lo hostigaron cuando bordeaba su frontera los mardos[381], expertos en el bandolerismo y defendidos contra el invasor por sus montes. Corbulón echó contra ellos a los hiberos para que saquearan su tierra, y castigó la osadía enemiga con sangre extranjera.

24. Tanto él como el ejército, si bien no habían sufrido daño alguno en los combates, se encontraban agotados por la escasez y las fatigas, viéndose obligados a ahuyentar el hambre con la carne del ganado[382]. A esto había que añadir la falta de agua, lo ardiente del verano, y las largas marchas, todo lo cual no tenía otro alivio que la paciencia del general, que soportaba las mismas penas y aun más que los soldados rasos.
2 Se llegó luego a tierras cultivadas y se cosecharon las mieses y, de los dos castillos en que se habían refugiado los armenios, uno fue tomado al asalto; los que habían rechazado el primer ataque fueron sometidos
3 por el asedio. De allí pasó a la región de los tauranites[383], evitando así un peligro imprevisto. Pues no lejos de su tienda fue descubierto un bárbaro bastante conocido con un arma arrojadiza, el cual en el tormento descubrió el plan de la asechanza y que él era el inspirador, denunciando también a sus cómplices; fueron convictos y castigados los que aparentando amistad
4 preparaban un engaño. Y no mucho después unos legados enviados de Tigranocerta anuncian que sus puertas están abiertas y que su pueblo está presto a recibir órdenes; al tiempo, como ofrenda de hospitalidad, entregaban una corona de oro. Los recibió Corbulón con honor, y no se quitó nada a la ciudad confiando

381 Pueblo de Armenia, en el actual Mardistán.

382 La alimentación del soldado romano se basaba en el cereal.

383 Pueblo del que no hay otra noticia.

en que, indemnes, se mostraran más dispuestos a conservar la sumisión.

25. En cambio la fortaleza de Legerda[384], donde se había encerrado un grupo de jóvenes decididos, no fue reducida sin combate, pues no sólo se habían atrevido a luchar fuera de las murallas, sino que, empujados al interior de la fortificación, sólo cedieron ante la construcción de un terraplén y el asalto armado. Todos 2
estos éxitos se vieron favorecidos por hallarse los partos retenidos por la guerra de Hircania. Los hircanos habían enviado al príncipe romano una embajada en demanda de alianza, haciéndole ver como prenda de su amistad que ellos retenían a Vologeses. Cuando los embajadores regresaban, Corbulón, para evitar que al atravesar el Éufrates se vieran rodeados por los destacamentos enemigos, les dio una escolta y los hizo llevar hasta la costa del Mar Rojo[385], desde donde regresaron a su patria evitando los confines de los partos.

26. Todavía más: cuando Tiridates, atravesando por tierra de los medos, trataba de entrar en la zona extrema de Armenia, Corbulón, tras enviar por delante a su lugarteniente Verulano con tropas auxiliares y acudiendo él con las legiones a marchas forzadas, lo obligó a huir lejos abandonando sus esperanzas en la guerra. Después de haberse impuesto a sangre y fuego a quienes sabía enemigos nuestros, iba ya a tomar posesión de Armenia, cuando llegó Tigranes, elegido por Nerón para hacerse cargo del poder. Pertenecía a la nobleza de Capadocia y era nieto del rey Arquelao, pero por haber permanecido largo tiempo en la Ciudad como rehén había caído en la resignación propia de un

384 Entre el nacimiento del Tigris y el del Éufrates, según Koestermann.

385 Véase II 61, 2; puede tratarse del Golfo Pérsico.

2 esclavo. Y no fue acogido sin discusión, pues pervivía entre algunos la simpatía por los Arsácidas; pero la mayoría, que odiaba la soberbia de los partos, prefería a un rey dado por los romanos. Se lo dotó de un ejército de protección de mil legionarios, tres cohortes de aliados y dos escuadrones de caballería, y a fin de que el nuevo reino se defendiera más fácilmente, las partes de Armenia vecinas de los respectivos estados recibieron orden de obedecer a Farasmanes y Polemón, y a Aristobulo y Antíoco[386]. Corbulón se retiró a Siria, vacante por la muerte del legado Ummidio, y que le había sido encomendada a él.

27. En el mismo año[387] Laodicea, una de las ciudades notables de Asia, fue derruida por un terremoto y se volvió a levantar por sus propios medios sin ayuda por nuestra parte. En Italia la vieja ciudad de Pozzuoli recibió de Nerón los derechos de colonia y
2 un sobrenombre[388]. No llegaron a remediar la despoblación de aquellos lugares los veteranos adscritos a Tarento y Anzio, pues los más se dispersaron por las provincias en las que habían cumplido su servicio; además, desacostumbrados al matrimonio y a criar hi-
3 jos, dejaban sus casas vacías y sin descendencia[389]. En efecto, ya no era como antes, cuando se enviaban a colonizar legiones enteras con sus tribunos y centuriones, cada soldado con los de su unidad, de manera

---

[386] Sobre Farasmanes, véase VI 32, 3; sobre Aristobulo, XIII 7, 1; sobre Antíoco, XII 55, 2 y XIII 7, 1. Polemón II había sido elevado por Calígula al trono del Ponto y el Bósforo; era hijo de Cotis, rey de Tracia (véase II 67, 2).

[387] Continúa el 60 d. C.

[388] Pasaría a llamarse *Colonia Claudia Augusta Neronensis.*

[389] Se describe un intento fracasado de remediar la despoblación de ciertas zonas de Italia instalando en ellas colonias de militares veteranos, a los que se daba allí el premio en tierras por su licenciamiento.

que por su buen acuerdo y afecto llegaran a constituir una república; al contrario: desconocidos los unos para los otros, pertenecientes a unidades diversas, sin rectores, sin mutuos afectos, agrupados de improviso como hombres de diversa raza eran más una masa que una colonia.

28. La elección de los pretores, por costumbre dejada al arbitrio del senado, provocó una lucha particularmente violenta, por lo que intervino el príncipe para apaciguarla, poniendo al frente de una legión a cada uno de los tres candidatos fuera de cupo[390]. También aumentó el prestigio de los senadores, estableciendo que quienes de los tribunales ordinarios apelaran al senado, depositaran la misma suma que si apelaran al emperador, pues hasta entonces tales recursos eran libres y no precisaban de fianza. Al final del año fue 2
condenado el caballero romano Vibio Secundo, a quien los moros acusaban de concusión, siendo castigado con el exilio de Italia; las influencias de su hermano Vibio Crispo le valieron no sufrir una pena más grave.

29. En el consulado de Cesennio Peto y Petronio Turpiliano[391] se sufrió en Britania un grave desastre. Allí, según ya conté[392], el legado Aulo Didio no había hecho más que conservar lo conquistado, y su sucesor Veranio, tras algunas incursiones limitadas contra los silures, se vio impedido por la muerte de llevar más allá la guerra. Gozó este hombre durante su vida de una fama de gran austeridad, pero las últimas palabras de su testamento lo pusieron en evidencia de granjería; en efecto, tras adular a Nerón en abundancia,

390 Véase lo dispuesto al respecto por Tiberio en I 14; Nerón compensa a los excluidos nombrándolos legados.

391 Comienza la narración del año 61 d. C.

392 Véase XII 40.

añadió que le hubiera sometido la provincia si hubie-
2 ra vivido dos años más. El caso es que por entonces tenía el gobierno de Britania Paulino Suetonio, quien por su ciencia militar y por las hablas del pueblo, que a nadie deja sin émulo, era tenido por rival de Corbulón, y que ansiaba igualar la gloria de la reconquista
3 de Armenia sometiendo a los insurrectos. Y así, se dispone a atacar la isla de Mona [393], poderosa por su población y guarida de fugitivos, y construye naves de fondo plano, propias para abordar costas bajas e inseguras. De este modo pasó la infantería; la caballería la siguió por un vado o cruzó montada a nado donde las aguas eran más profundas.

30. Ante la orilla estaba desplegado el ejército enemigo, denso en armas y en hombres; por medio corrían mujeres que, con vestido de duelo, a la manera de las Furias [394] y con los cabellos sueltos blandían antorchas; en torno, los drúidas [395], pronunciando imprecaciones terribles con las manos alzadas al cielo; lo extraño de aquella visión impresionó a los soldados hasta el punto de que, como si sus miembros se hubieran paralizado, ofrecían su cuerpo inmóvil a los gol-
2 pes. Luego, movidos por las arengas de su jefe, y animándose a sí mismos a no temer a un ejército mujeril y fanático, y echando adelante las enseñas, abaten a los que encuentran a su paso y los envuelven en sus
3 propios fuegos. Después se impuso a los vencidos una guarnición y se talaron los bosque consagrados a feroces supersticiones. En efecto, contaban entre sus ritos el de honrar los altares con sangre de cautivos, y el de

393 Actual Anglesey.

394 Versión latina de las Erinis griegas, divinidades vengadoras de los crímenes impunes. Tácito se deja llevar aquí por su tendencia al colorido épico y trágico.

395 La casta sacerdotal céltica.

consultar a los dioses en las entrañas humanas. Cuando Suetonio se hallaba ocupado en esta tarea se le anuncia la repentina sublevación de la provincia.

31. El rey de los icenos[396] Prasutago, famoso por su dilatada opulencia, había designado heredero al César junto con sus dos hijas, pensando que con tal deferencia se mantendrían su reino y casa libres de cualquier agravio. Pero las cosas salieron al revés, de manera que su reino fue devastado por centuriones y su casa por siervos como cosa conquistada. En primer lugar, su esposa Boudicca fue golpeada con varas y sus hijas violadas. Los más notables de los icenos, como si toda la región hubiera sido regalada a los romanos, se vieron despojados de sus patrimonios, y los familiares del rey eran tratados como esclavos. Movidos 2
por estas vejaciones y temiéndolas peores —pues habían pasado a formar como una provincia—[397], tomaron las armas, y arrastraron a la rebeldía a los trinovantes[398] y a cuantos otros, todavía no quebrantados por la servidumbre, habían pactado en conspiraciones secretas reconquistar su libertad. Su mayor odio era contra los veteranos; y es que éstos, llevados recien- 3
temente a la colonia de Camuloduno[399], los echaban de sus casas, y los expulsaban de sus campos llamándoles cautivos y esclavos; los soldados favorecían los excesos de los veteranos por semejanza de vida y esperanza de la misma licencia. Además se veía el templo 4
dedicado al divino Claudio como la fortaleza de la eterna dominación, y los sacerdotes que bajo el pretexto del culto se habían escogido, gastaban en él sus fortunas. Por otra parte, no parecía difícil acabar con

---

396 Véase XII 31.

397 Despojados en la práctica de su condición de aliados.

398 Asentados en Suffolk y Essex.

399 Recuérdese que corresponde al actual Colchester.

una colonia desprovista de fortificaciones por falta de previsión de nuestros jefes, más preocupados por lo ameno que por lo útil.

32. Entretanto, sin causa conocida, una estatua de la Victoria que había en Camuloduno se derrumbó y quedó vuelta de espaldas, como si huyera ante el enemigo. No faltaban mujeres que, presas del delirio, pronosticaran que se avecinaba un desastre; decían que se habían oído en la curia local gritos en lengua extranjera, que habían resonado alaridos en el teatro y que en el estuario del Támesis se había contemplado la imagen de la colonia en posición invertida; además se había visto el Océano de color de sangre y efigies de cuerpos humanos abandonadas por las olas, todo lo cual producía esperanza en los britanos tanto como
2 miedo en los veteranos. Pero como Suetonio estaba lejos, pidieron auxilio al procurador Cato Deciano. Él les envió solamente doscientos hombres sin el armamento adecuado, y en la colonia no había más que unos pocos soldados. Confiados en la protección del templo y estorbados por los que, cómplices ocultos de la rebelión, desconcertaban sus planes, no se habían protegido con una fosa o empalizada, ni se habían ocupado de alejar a viejos y mujeres dejando sólo a los jóvenes. El caso fue que desprevenidos, cuando se hallaban como en plena paz, se vieron rodeados por una multi-
3 tud de bárbaros. El resto fue saqueado o incendiado; el templo, en el que se habían agrupado los soldados, fue asaltado tras un asedio de dos días. Los britanos vencedores, saliéndole al paso al legado de la legión IX Petilio Cerial, que acudía a prestar auxilio, desbarataron la legión y exterminaron a la infantería. Cerial, con los de a caballo, logró escapar a sus cuarteles y se protegió en las fortificaciones. Aterrado por este desastre y por los odios de la provincia, a la que con

su codicia había empujado a la guerra, el procurador Cato pasó a la Galia.

33. En cambio Suetonio, con admirable presencia de ánimo, marchó a Londres atravesando por entre los enemigos. Era una ciudad no distinguida con el título de colonia, pero concurrida por la concentración de mercaderes y suministros. Allí dudó si elegir aquel lugar como base de operaciones; pero al considerar lo escaso de sus tropas y que la temeridad de Petilio había sido castigada con una lección más que suficiente, decidió sacrificar a una sola ciudad para salvar al resto; y no se doblegó ante el llanto y las lágrimas de quienes invocaban su ayuda, sino que dio la señal de marcha, admitiendo en su columna a quienes desearan acompañarlo. A los que quedaron retenidos por la debilidad de su sexo, lo avanzado de su edad o lo agradable del lugar, los exterminó el enemigo. El mismo de- 2
sastre sufrió el municipio de Verulamio[400], porque los bárbaros, dejando de lado fortificaciones y destacamentos, buscaban los graneros del ejército, rico botín para los asaltantes y de difícil defensa, pues aquella gente goza con el pillaje y rehúye las fatigas. Consta que en los lugares que he indicado cayeron cerca de setenta mil ciudadanos y aliados. Se apresuraban no a tomar cautivos y venderlos, ni a ningún otro comercio de guerra, sino a la matanza, a levantar patíbulos, hogueras y cruces, en la idea de que habían de sufrir su castigo, pero como si, entretanto, la venganza se la hubieran tomado por anticipado.

34. Ya tenía Suetonio la legión XIV, junto con un destacamento de la XX y auxiliares de los alrededores, unos diez mil hombres armados, cuando decide dejar-

400 En el actual St. Albans.

se de vacilaciones y presentar combate. Elige un lugar situado en una estrecha garganta, cerrado a las espaldas por un bosque, tras asegurarse de que no había enemigos más que al frente y de que la llanura era
2 abierta y sin peligro de emboscadas. Y así se situaron los legionarios en orden cerrado, alrededor las tropas ligeras, y la caballería en masa ante las alas. En cambio las tropas britanas retozaban de un lado para otro en bandas y escuadrones; una multitud mayor que nunca, y con los ánimos tan encendidos que habían arrastrado consigo como testigos de su victoria a sus esposas y las habían hecho subir sobre los carros colocados en el límite del llano.

35. Boudicca, en un carro y llevando ante sí a sus hijas, iba pasando frente a los de cada pueblo, proclamando que ya era costumbre de los britanos luchar bajo el mando de mujeres, pero que en aquella ocasión trataba de vengar no su reino y fortuna, en cuanto nacida de tan grandes padres, sino, como una más del vulgo, su libertad perdida, su cuerpo acabado por los golpes, el pudor de sus hijas pisoteado. Les decía que las pasiones de los romanos habían llegado a tal punto, que ya no dejaban sin mancillar ni cuerpos, ni
2 ancianidad ni virginidad; pero allí estaban los dioses para apoyar su justa venganza: había caído la legión que se había atrevido a presentar batalla, los demás estaban escondidos en los cuarteles o buscaban por dónde escapar. Ciertamente —afirmaba— los romanos no habían de soportar el estrépito y clamor de tantos millares, por no hablar ya de su ataque y de su fuerza. Si echaban cuenta de las tropas y de las causas de la guerra, verían que en aquel combate había que vencer o morir. Tal era su decisión de mujer: allá los hombres si querían vivir y ser esclavos.

36. Tampoco Suetonio permanecía callado en mo-
mento tan decisivo. Aunque confiaba en el valor de su
gente, no dejaba de mezclar exhortaciones y ruegos
para que no dieran importancia a los clamores de los
bárbaros ni a sus vanas amenazas: se veían allí más
mujeres que jóvenes. Les aseguraba que, cobardes y
sin armas, cederían al momento tan pronto reconocie-
ran el hierro y el valor de los vencedores que tantas
veces los habían desbaratado; que incluso cuando in- 2
tervienen muchas legiones son unos pocos los que deci-
den los combates, que a su gloria había de unirse el
que, siendo una tropa reducida, se ganaran la fama
correspondiente a todo un ejército. Bastaba con que,
combatiendo hombro con hombro y lanzando los vena-
blos para luchar luego con los escudos y espadas, no
interrumpieran la matanza y el degüello, sin pensar en
el botín: conseguida la victoria, todo caería en sus
manos. Tal ardor seguía a las palabras del jefe, de tal 3
manera se habían aprestado a lanzar sus venablos
aquellos soldados veteranos de tanta experiencia mili-
tar, que Suetonio dio la señal de combate, seguro de la
victoria.

37. En un primer momento la legión permaneció
sin dar un paso, conservando como protección las
angosturas del lugar; pero tras haber agotado sus pro-
yectiles en certeros disparos sobre los enemigos que
se habían acercado más, se lanzó en formación de
cuña. Cargaron a la vez los auxiliares, y la caballería,
lanza en ristre, arrolló cuantos trataron de resistir a
su paso. Los demás volvieron la espalda, pero tenían
difícil huida por cuanto los carros puestos alrededor
habían tapado las salidas. Los soldados no perdona-
ban la vida ni a las mujeres, y también las caballerías
heridas por las lanzadas habían hecho crecer la pila
de cadáveres. En aquella jornada se alcanzó una gloria 2

resplandeciente y semejante a la de las antiguas victorias; incluso hay quienes cuentan que cayeron poco menos de ochenta mil britanos, frente a cuatrocientos muertos y no muchos más heridos de nuestros solda-
3 dos. Boudicca puso fin a su vida con un veneno. También Penio Póstumo, prefecto de campamento de la legión II, al saber del éxito de la XIV y la XX, consciente de haber privado a la suya de una gloria semejante por haber desoído contra las ordenanzas militares los mandatos de su jefe, se atravesó a sí mismo con su espada.

38. Luego se reunió a todo el ejército y se lo mantuvo bajo las tiendas para terminar con lo que faltaba de la guerra. El César incrementó las tropas enviando desde Germania dos mil legionarios, ocho cohortes de auxiliares y mil hombres de a caballo, con cuya llegada la legión IX pudo ser completada con soldados
2 legionarios. Las cohortes y escuadrones se instalaron en nuevos campamentos de invierno, y los pueblos que se habían mostrado ambiguos o adversos fueron diezmados por el fuego y el hierro. Pero nada afligía a aquella gente más que el hambre, pues no se ocupaba de sembrar y se había entregado a la guerra sin distinción de edades, pensando en hacerse con nues-
3 tros suministros. Aquel pueblo, indómito como pocos, se sometía demasiado lentamente a la paz porque Julio Clasiciano, enviado como sucesor de Cato y en discordia con Suetonio, estorbaba el bien público con sus rivalidades personales; incluso se había dedicado a decir que había que esperar a un nuevo legado que, sin el odio del enemigo ni la soberbia del vencedor, tratara con clemencia a los que se sometieran. Al mismo tiempo avisaba a la Ciudad que no esperaran un final de la guerra si no se relevaba a Suetonio, cuyas adver-

sidades las achacaba a error suyo y sus éxitos a la fortuna.

39. El caso fue que se envió a inspeccionar la situación de Britania a Policlito, uno de los libertos, del que Nerón esperaba firmemente que con su autoridad no sólo lograra hacer surgir la concordia entre el legado y el procurador, sino que también apaciguara los ánimos rebeldes de los bárbaros. Policlito, 2
acompañado de un ingente cortejo, no dejó de hacer sentir su peso a Italia y la Galia para después, tras atravesar el Océano, presentarse también en actitud terrible ante nuestros soldados. Pero a los enemigos los movió a risa, pues estando todavía entre ellos ardiente la llama de la libertad, no conocían aun el poder de los libertos; y se quedaban asombrados de que un jefe y un ejército que habían llevado a cabo una guerra de tal envergadura obedecieran a siervos.
En fin, todo fue referido al emperador en términos 3
más suaves, y tras haberse confirmado en el cargo a Suetonio, una vez que perdió en la costa unas pocas naves y con ellas la tripulación, haciendo como que la guerra todavía duraba, se le ordena entregar el ejército a Petronio Turpiliano, que ya había salido del consulado. Éste, sin irritar al enemigo y sin ser hostigado por él, impuso el honorable nombre de paz a una inactividad perezosa.

40. En el mismo año[401] fueron cometidos en Roma dos delitos notorios, el uno por la audacia de un senador, el otro por la de un esclavo. Había un Domicio Balbo, antiguo pretor, que, tanto por su avanzada edad como por no tener hijos y sí grandes riquezas, estaba expuesto a todas las insidias. Uno de sus parientes, 2

[401] Continúa el año 61 d. C.

Valerio Fabiano, destinado a la carrera de los honores, le falsificó un testamento con la complicidad de los caballeros romanos Vinicio Rufino y Terencio Lentino, que se habían asociado a Antonio Primo y a Asinio Marcelo. Antonio era hombre presto a la osadía; Marcelo era ilustre por su bisabuelo Asinio Polión[402] y no se lo tenía por persona de conducta censurable, salvo que consideraba la pobreza como el peor de los ma-
3 les. El caso es que Fabiano sella el documento ⟨ante los testigos⟩ que ya indiqué y otros menos conocidos. Resultó convicto de ello ante el senado, y Fabiano y Antonio, junto con Rufino y Terencio, son condenados en virtud de la Ley Cornelia[403]. A Marcelo la memoria de sus mayores y las preces del César lo libraron de la pena más que de la infamia.

41. Aquella jornada castigó también a Pompeyo Eliano, un joven que había sido cuestor, en calidad de encubridor de los crímenes de Fabiano; se le prohibió residir en Italia y en Hispania, en la cual había nacido. Igual ignominia sufrió Valerio Póntico, porque, para que los reos no fueran acusados ante el prefecto de la Ciudad, los había llevado ante el pretor, de momento aparentando cumplir la ley[404], pero con intención de prevaricar luego eludiendo el castigo. Se añadió un decreto del senado estableciendo que quien comprara o vendiera tales oficios sufriera la misma pena que el condenado por calumnia en juicio público.

---

402 Véase XI 6.

403 Ley del año 81 a. C. promulgada por el dictador Sila contra los falsificadores de testamentos.

404 Parece que se trata de un caso en que se intentó explotar el confín poco claro entre la tradicional jurisdicción del pretor urbano, y ciertas funciones judiciales atribuidas por Augusto a la prefectura de la ciudad, por él instituida.

42. No mucho después asesinó al prefecto de la Ciudad Pedanio Secundo uno de sus propios esclavos, ya porque le negara la libertad, para la cual le había puesto un precio, ya porque estuviera inflamado de amor por un pervertido y no tolerara la rivalidad de su amo. Por lo demás, como según la antigua costum- 2
bre era preciso llevar al suplicio a todos los siervos que habían vivido bajo el mismo techo, por una manifestación de la plebe, que protegía a tantos inocentes, se llegó a una sedición y se sitió el senado; incluso en él había quienes se oponían acaloradamente a tan excesiva severidad, pero los más estimaban que nada debía cambiarse. Uno de ellos, Gayo Casio, cuando le tocó el turno habló en estos términos:

43. «Muchas veces, senadores, he estado presente en esta corporación cuando se pedían decretos innovadores del senado, en contra de las instituciones y leyes de los mayores; y no me opuse. No porque dudara de que acerca de toda clase de asuntos se tomaban antaño mejores y más rectas medidas y de que lo que se alteraba se cambiaba hacia peor; antes bien, para que no pareciera que yo buscaba enaltecer mis estudios con un amor excesivo a las costumbres antiguas. Al mismo tiempo creía que no debía destruir 2
con una oposición reiterada la autoridad que yo pueda tener aquí, para que se mantuviera íntegra en caso de que alguna vez la república precisara de mis consejos. Y esto es lo que ocurre hoy, cuando se ha asesinado en su casa a un varón que fue cónsul, y por la emboscada de un esclavo que nadie impidió ni denunció, a pesar de no hallarse derogado el decreto del senado que amenazaba con la muerte a todos los siervos de la casa. ¡Por Hércules, decretad la impunidad!: ¿a algu- 3
no lo defenderá su dignidad cuando de nada le valió al prefecto de Roma?; ¿a quién dará seguridad el nú-

mero de sus siervos cuando a Pedanio Secundo no lo
protegieron sus cuatrocientos? ¿a quién prestarán
ayuda sus esclavos si incluso cuando tienen qué temer
4 no advierten nuestro peligro?; ¿acaso, como algunos
no se avergüenzan en fingir, el asesino se vengó de los
agravios que había padecido, porque había pagado con
dinero de su patrimonio o se le quitaba un esclavo de
su casa? Para eso, proclamemos que el amo fue muerto en justicia.»

44. «¿Se pretende buscar argumentos en un tema
que examinaron ya quienes eran más sabios que nosotros? Pero es que incluso si ahora hubiéramos de
legislar por vez primera, ¿pensáis que un esclavo ha
podido tomar la determinación de matar a su amo sin
que se le escapara ni una palabra amenazadora, sin que
declarara antes algo por descuido? Admítase que ocultó su designio, que preparó su arma sin que los demás
lo supieran; ¿pero acaso podría atravesar las guardias,
abrir las puertas del dormitorio, llevar allí una luz y
2 cometer el asesinato sin que nadie se enterara? Son
muchos los indicios que hacen prever un crimen; si
los siervos los denuncian podemos vivir solos entre
una muchedumbre, seguros entre gente inquieta y,
en fin, si hemos de perecer, no tendremos que vivir,
habiendo de quedar sin venganza, en medio de crimi-
3 nales. A nuestros mayores les resultaba poco de fiar la
condición de los esclavos, aun cuando nacieran en las
mismas tierras y casas y recibieran al momento el afecto de sus señores. Mas, una vez que tenemos en nuestra servidumbre a naciones enteras con sus cultos diversos, con sus religiones extrañas o sin religión ninguna, a esa canalla no se la puede dominar sino por
4 el miedo. Cierto que perecerán algunos inocentes, pero
también en un ejército desbaratado, cuando se gol-

pea con el palo a uno de cada diez[405], entran igualmente en el sorteo los soldados valerosos. Todo gran escarmiento tiene algo de inicuo, pues se compensa el daño de unos pocos con el bien común.»

45. Aunque nadie se atrevió a oponerse individualmente al parecer de Casio, le respondían voces confusas que se apiadaban del número, edad o sexo de aquella gente y de la indudable inocencia de la mayoría de ellos; pero se impuso el partido que propugnaba el suplicio. Con todo, no se le podía obedecer porque la multitud se había arremolinado amenazando con piedras y teas. Entonces el César increpó al pue- 2
blo en un edicto y cubrió de guardias militares todo el camino por el que los condenados eran llevados a la última pena. Había propuesto Cingonio Varrón que también los libertos que habitaran bajo el mismo techo fueran deportados de Italia. Lo impidió el príncipe para que la crueldad no agravara la costumbre antigua que la misericordia no había logrado suavizar.

46. En el mismo consulado[406] se condenó a Tarquicio Prisco[407], acusado de concusión por los bitinios, y con gran alegría de los senadores, porque se acordaban de que él había acusado a su propio procónsul Estatilio Tauro. Se hizo el censo en las Galias por 2
obra de Quinto Volusio y Sextio Africano, y también de Trebelio Máximo; como Volusio y Africano se denigraban mutuamente por cuestiones de rango, en tanto que no consideraban digno de rivalidad a Trebelio, quedó éste encumbrado por encima de los dos.

---

405 Alusión a la vieja costumbre militar romana de diezmar a palos a los ejércitos propios que se habían distinguido por su cobardía.

406 Continúa el año 61 d. C.

407 Véase XII 59.

47. En el mismo año halló la muerte Memmio Régulo[408], ilustre por su autoridad, entereza y buena fama en cuanto lo permite la sombra de la majestad imperial, hasta el punto de que Nerón, una vez que se hallaba enfermo y rodeado de aduladores que le decían que habría llegado el final del imperio si a él le ocurría algo, respondió que la república tenía un sostén; cuando luego le preguntaron precisamente en quién, añadió que en Memmio Régulo. A pesar de todo, Régulo sobrevivió a estos sucesos protegido por su carácter tranquilo, por lo nuevo de su nobleza, y porque tampoco sus riquezas eran como para suscitar
2 envidias. En aquel año Nerón inauguró un gimnasio, y proporcionó aceite[409] a caballeros y senadores con una largueza francamente griega.

48. En el consulado de Publio Mario y Lucio Afinio[410], el pretor Antistio, del que ya conté que siendo tribuno de la plebe había actuado de manera descomedida[411], compuso coplas de escarnio contra el príncipe, y las divulgó en un banquete muy concurrido en casa de Ostorio Escápula. Al momento fue acusado de lesa majestad por Cosuciano Capitón, que acababa de recibir la dignidad senatorial gracias a los
2 ruegos de su suegro Tigelino[412]. Era la primera vez que se volvía a invocar aquella ley[413], y se pensaba que el objetivo no era tanto la perdición de Antistio cuanto la gloria del emperador, buscando que, condenado

---

408 Véanse V 11, VI 4 y XII 22.

409 Para que se animaran a los ejercicios gimnásticos, en los que era preceptivo ungirse el cuerpo con aceite.

410 Comienza la narración del año 62 d. C.

411 Véase XIII 28.

412 Primera aparición del siniestro personaje que pronto reemplazará a Burro y Séneca al lado de Nerón; por entonces era prefecto de los *uigiles* del fuego.

413 Desde los tiempos de Claudio.

por el senado, lo librara de la muerte con su derecho de veto como tribuno de la plebe. Y aunque Ostorio en su declaración dijo que no había oído nada, se creyó a los testigos de cargo. Junio Marulo, cónsul designado, propuso que se privara de la pretura al reo y que se le diera muerte según la costumbre de los mayores. Luego, mientras los demás apoyaban la pro- 3
puesta, Peto Trásea, con grandes alabanzas para el César y tras increpar muy duramente a Antistio, declaró que bajo un príncipe egregio y sin hallarse acuciado por la necesidad, el senado no tenía por qué establecer tal castigo para el reo, por merecido que fuera; que el verdugo y el lazo estaban abolidos des- 4
de tiempo atrás, y que había penas fijadas por las leyes por medio de las cuales, sin que los jueces tuvieran que ensañarse ni padecer infamia aquella generación, se podían decretar los castigos. Propuso, en cambio, que tras subastarse sus bienes se lo relegara a una isla donde, cuanto más alargara su vida culpable, más desgraciado sería personalmente, y daría el máximo ejemplo de la pública clemencia.

49. La libertad de espíritu de Trásea resquebrajó el servilismo de los demás que, cuando el cónsul permitió la votación por separación[414], se alinearon a su lado a excepción de unos pocos. Entre éstos se hallaba Aulo Vitelio, el primero en la adulación, que hostigaba a todos los hombres honrados, pero se callaba cuando le respondían, como es propio de la gente cobarde. Pero los cónsules, no atreviéndose a redactar el decreto del senado, escribieron sobre el acuerdo al César. Él, dudando entre la vergüenza y la ira, acabó por res- 2
ponder que Antistio, sin haber sido provocado por agravio alguno, había pronunciado gravísimas injurias

[414] Es decir, por *discessio*, sin más debate.

contra el príncipe; que habían sido los propios senadores quienes habían pedido venganza de las mismas, y que hubiera sido justo imponerle una pena proporcionada a la magnitud del delito; por lo demás él, que tenía intención de impedir que la sentencia fuera demasiado severa, no les prohibía la moderación; que decidieran como quisieran, y que les concedía también
3 licencia para absolverlo. Tras darse lectura a estas y similares palabras, con las que quedó de manifiesto que se sentía ofendido, no por ello cambiaron los cónsules el informe, ni se apartó Trásea de su postura, ni lo abandonaron los demás que la habían aprobado; unos por no parecer que habían hecho correr al príncipe un riesgo de impopularidad, los más sintiéndose seguros por su número, y Trásea por la habitual firmeza de su ánimo y por no perder su gloria.

50. Fabricio Veyentón se vio perdido por una acusación no muy distinta, a saber, que había escrito muchas infamias contra senadores y sacerdotes en los libros a los que había dado el nombre de «Codicilos». El acusador, Tulio Gémino, le echaba además en cara que había vendido favores del príncipe y el derecho
2 de acceder a cargos. Este fue el motivo con el que Nerón se encargó de la causa; a Veyentón, convicto, lo desterró de Italia y ordenó que se quemaran sus libros, buscados y leídos con el mayor interés mientras fue peligroso el procurárselos; más tarde la libertad para tenerlos los hizo caer en el olvido.

51. Pero aunque día a día se agravaban las calamidades públicas, los remedios menguaban; y así abandonó esta vida Burro, sin que se sepa si por enfermedad o envenenado. Lo de la enfermedad se pensaba por el hecho de que la garganta se le hinchó por dentro poco a poco quitándole el aliento hasta impedirle

respirar. Los más afirmaban que por orden de Nerón
se le había untado el paladar con una pócima nociva,
como si se le diera un remedio, y que Burro, perca-
tándose del crimen, cuando el príncipe fue a visitarlo
volvió la cara para no verlo y le dijo solamente: «Yo
me encuentro bien.» En la ciudad dejó un gran vacío 2
por el recuerdo de su virtud, así como por la indolente
inocencia de uno de sus sucesores y los flagrantes crí-
menes del otro. Y es que el César puso al mando de
las cohortes pretorianas a dos hombres. Era uno Fenio
Rufo, elevado por el favor del vulgo porque llevaba
el abastecimiento de grano sin afán de lucro; el otro
Ofonio Tigelino, en el que apreciaba su inveterado
impudor y su infamia. Uno y otro se condujeron según 3
el concepto que de ellos se tenía; Tigelino podía más
en el ánimo del príncipe y participaba en sus orgías
privadas, mientras que Rufo gozaba de mayor favor
entre el pueblo y el ejército, lo que comprobaba que en
Nerón producía un efecto contrario.

52. La muerte de Burro quebrantó el poder de Sé-
neca, porque las buenas inclinaciones ya no tenían
igual fuerza privadas, por decirlo así, de uno de sus
guías, y además Nerón tendía hacia las peores gentes.
Éstas la toman con Séneca por medio de acusaciones 2
varias, diciendo que sus riquezas, enormes y tales que
sobrepasaban la medida propia de un particular, toda-
vía las seguía aumentando; que trataba de ganarse
el favor de los ciudadanos y también que pretendía
superar al príncipe por la amenidad de sus jardines y
la magnificencia de sus villas. Le echaban en cara asi- 3
mismo que procuraba acaparar la fama oratoria, y
que hacía versos con más frecuencia desde que le
había venido a Nerón el gusto por ellos. En cuanto a
las diversiones del príncipe, decían que se mostraba
abiertamente opuesto a ellas, menospreciaba su capa-

cidad para el manejo de los caballos, y se burlaba de
4 su voz cuando cantaba. ¿Hasta cuándo no habría de
haber en la república cosa notable que no se creyera
descubierta por él? Desde luego —decían— la niñez de
Nerón se había terminado, y tenía ya el vigor de la ju-
ventud; debía, pues, sacudirse al maestro; en sus ma-
yores tenía preceptores de bastante categoría.

53. Por su parte Séneca, que no ignoraba estas
acusaciones gracias a los informes de quienes tenían en
algo la honestidad, y como el César se alejaba más y
más de su trato, le pide audiencia y, cuando se la con-
2 cede, comienza a hablarle en estos términos: «Hace
catorce años, César, que fui puesto al lado de la espe-
ranza que tú eras, ocho que ostentas el imperio; en
este tiempo has acumulado sobre mí tantos honores y
riquezas, que a mi felicidad no le falta sino la medi-
3 da. Usaré de grandes ejemplos, y tomados no de mi
rango, sino del tuyo. Tu tatarabuelo Augusto concedió
a Marco Agripa el retiro en Mitilene, y a Gayo Mecenas,
en la propia Ciudad, un descanso como el que tendría
en el extranjero; el uno como compañero en sus gue-
rras, el otro probado en Roma por muchas fatigas,
había recibido recompensas grandes, cierto, pero en
4 proporción a sus méritos sin cuento. Yo, ¿qué otra
cosa he podido ofrecer a tu munificencia que unos
estudios, por así decirlo, desarrollados en la sombra,
y que se han visto ilustrados por parecer que he pres-
tado mi asistencia a los inicios de tu juventud, recom-
5 pensa bien grande de mi actividad? Mas tú me has
rodeado de una gracia ilimitada, de riquezas sin me-
dida; hasta tal punto que muchas veces me digo para
mis adentros: 'Y yo, nacido de condición ecuestre y
provincial, ¿me cuento entre los próceres del estado?
¿En medio de los nobles y de quienes exhiben viejas
glorias ha llegado a brillar mi condición de hombre sin

abolengo? ¿Dónde está aquel espíritu contento con poco? ¿Es él quien construye tales jardines y anda por estas fincas y rebosa de tantas tierras y tan amplias rentas?' Una sola disculpa se me ocurre: que no debía yo oponerme a tus larguezas.»

54. «Ahora bien, uno y otro hemos colmado la
medida: tú la de cuanto un príncipe podía dar a un
amigo, yo la de cuanto un amigo podía recibir de un
príncipe; lo que de ahí pase hace crecer la envidia.
Cierto que ésta, como todas las cosas mortales, está
muy por debajo de tu grandeza; pero a mí me amena-
za, es a mí a quien hay que socorrer. Al igual que en la 2
milicia o en una marcha, si estuviera cansado, suplica-
ría un apoyo, así, en este camino de la vida, viejo y
agobiado incluso por las cuitas más livianas, ya que
no puedo seguir aguantando la carga de mis riquezas,
solicito una ayuda. Ordena que mi patrimonio sea ad-
ministrado por tus procuradores, que sea incluido entre
tus bienes. Y no es que yo me vaya a hundir en la po- 3
breza, sino que, deshaciéndome de las cosas cuyo res-
plandor me deslumbra, el tiempo que tengo reservado
para el cuidado de mis jardines o villas lo recuperaré
para mi espíritu. A ti te sobra fortaleza y capacidad
para el gobierno ⟨supremo⟩, algo que por tantos años
has visto ejercer; tus amigos ya viejos podemos recla-
mar el descanso. E incluso esto redundará en gloria
tuya: el haber llevado a las más altas cimas a quienes
también sabían contentarse con poco.»

55. A esto le respondió Nerón más o menos así:
«Si soy capaz de salir inmediatamente al paso de tu
meditado discurso, ése es el primer don que te debo
a ti, que me enseñaste a expresarme no sólo tras
una preparación, sino también improvisando. Mi tata- 2
rabuelo Augusto concedió a Agripa y a Mecenas con-

sagrarse al descanso tras sus fatigas; pero eso fue cuando él estaba en una edad cuya autoridad hacía buena la concesión, fuera aquélla la que fuera; ahora bien, ni a uno ni a otro los despojó de las recompensas
3 que les había dado; se las habían ganado en la guerra y en los peligros, en los que buena experiencia tuvo la juventud de Augusto. Yo bien sé que no me hubieran faltado tus manos ni tus armas de haber tenido que hacer la guerra; lo que tú hiciste fue lo que la situación del momento pedía: con tu prudencia, tu consejo y tus preceptos ayudaste a mi niñez y luego a mi juven-
4 tud. Y, por supuesto, los favores que me has hecho serán imperecederos mientras dure mi vida; en cambio, cuanto de mí has recibido tú, jardines y rentas y villas, está sometido al azar, y aunque parezca gran cosa, muchos que no tenían en absoluto tus méritos
5 han alcanzado más. Vergüenza me da hablar de los libertos, que a la vista está que son más ricos; y ello me produce, además, sonrojo, porque, siendo tú el primero en mi afecto, todavía no superas a todos en fortuna.»

56. «Mas no sólo tienes tú una edad robusta y capaz de llevar adelante tus negocios y de disfrutar de ellos, sino que, además, yo estoy dando los primeros pasos del imperio; a no ser que te pospongas a ti mismo a Vitelio[415], tres veces cónsul, o a mí a Claudio, y que cuanto le procuró a Volusio[416] su largo ahorro no pueda lograrlo contigo mi liberalidad. ¿Por qué, si en algún punto mi juventud resbala hacia el mal camino, no me haces volver atrás y riges con mayor celo

[415] Alude a Lucio Vitelio, íntimo de Claudio, con el que había desempeñado su segundo y tercer consulado; véanse XI 3, 2; XI 33; XII 4; XII 5 y 42.

[416] Sobre el rico Lucio Volusio, favorecido por Claudio, véanse XII 22 y XIII 30.

mi fuerza, enriqueciéndola con tu ayuda? No será tu 2
moderación, si devuelves los bienes, ni tu descanso, si abandonas al príncipe, lo que ande en boca de todos, sino mi avaricia y el miedo a mi crueldad. Y si sobre todo se alaba tu templanza, no parece bien en un varón sabio ganarse gloria con algo que redunde en
infamia para su amigo.» A estas palabras añade un 3
abrazo y besos, pues estaba hecho por la naturaleza y avezado por la costumbre a ocultar su odio con falaces ternezas. Séneca le da las gracias, término habitual de la conversación con un amo; pero cambia los hábitos de su antiguo poder alejando a los corros de halagadores, evitando a quienes trataban de acompañarlo, y apareciendo raramente por la Ciudad, como si la mala salud o los estudios de filosofía lo retuvieran en casa.

57. Abatido Séneca, fue fácil hacer menguar a Rufo Fenio para quienes lo acusaban de amistad con Agripina. Y así aumentaba de día en día el poder de Tigelino, quien, pensando que sus malas artes —en las que tenía su única fuerza— resultarían más gratas si encadenaba al príncipe con la complicidad en sus crímenes, se dedica a espiar sus miedos. Descubre que a quienes más temía era a Plauto y a Sila, relegados poco antes el primero a Asia y el segundo a la Galia Narbonense[417], y le recuerda la nobleza de ambos, y que el uno tenía cerca los ejércitos del Oriente y el otro
los de Germania. Le decía que él, a diferencia de Burro, 2
no miraba a esperanzas opuestas, sino solamente a la seguridad de Nerón, quien se hallaba, en todo caso, protegido de insidias en Roma con su acción directa; pero las revueltas lejanas, ¿cómo podría sofocarlas? Añadía que las Galias tenían puestos los ojos en el

[417] Véanse XIII 19, 3; XIV 22, 1, y XII 52, 1; XIII 47, 3.

nombre de dictador que Sila[418] llevaba, y que los pue-
blos de Asia no estaban menos deslumbrados por el
3 prestigio de un abuelo tal que Druso[419]. Sila era po-
bre, y por ello de una audacia sin par —le decía—, y
de una indolencia simulada, a la espera de ocasión para
su temeridad; Plauto, rico como era, ni siquiera fingía
ansiar el descanso, sino que hacía gala de imitar a los
viejos romanos, habiéndose dado además a la arro-
gancia y secta de los estoicos, que hacía a los hom-
4 bres subversivos y ambiciosos de poder. Y ya no hubo
más dilación. Sila fue muerto a los seis días por unos
sicarios enviados a Marsella, antes de que se produ-
jeran sospechas y rumores, cuando se hallaba sentado
en un banquete. Se envió su cabeza a Nerón, quien
hizo burla de ella diciendo que la afeaban las canas
prematuras.

58. El asesinato de Plauto no pudo prepararse con
igual secreto, porque eran más los que velaban por su
vida, y lo largo del camino por mar y tierra, con el
2 tiempo que exigía, había levantado rumores. La gen-
te fingía creer que había marchado junto a Corbulón,
entonces al mando de ingentes ejércitos y que, si se
iba a acabar con los hombres ilustres y libres de culpa,
estaba más expuesto que nadie al peligro. Se decía
además que Asia había tomado las armas por afecto a
aquel joven, y que los soldados enviados para cometer
el crimen, sea porque fueran pocos o porque no estu-
vieran decididos a ello, como no fueron capaces de cum-
plir las órdenes recibidas se habían pasado al bando
3 de las nuevas esperanzas. Estos rumores vanos se veían
aumentados, como suele ocurrir, por el ocio de quienes
los creían. El caso fue que un liberto de Plauto, gracias

---

418 En efecto, descendía del dictador aristocrático de los años 83-79 a. C.

419 El hijo de Tiberio, cuya hija Julia era madre de Plauto.

a lo veloz de los vientos, logró adelantarse al centurión y le entregó un mensaje de su suegro Lucio Antistio. Le decía que escapara de aquella muerte pro- 4
pia de un cobarde mientras quedaba un refugio; que con la conmiseración que suscita un gran nombre había de hallar hombres honrados y lograría ganarse a gentes audaces; que entretanto no debía desdeñar apoyo alguno; si conseguía rechazar a sesenta soldados —tantos eran los que allá iban—, mientras la noticia le llegaba a Nerón, mientras hacía la travesía otra banda, podían ocurrir muchas cosas capaces de llevar hasta a una guerra; por lo demás, o salvaba su vida con tal plan, o la audacia no lo expondría a peligro más grave que la inacción.

59. Mas estas razones no movieron a Plauto, ya porque inerme y desterrado no considerara previsible ayuda alguna, ya por el hastío de una esperanza ambigua, o tal vez por amor a su mujer e hijos, con los cuales pensaba que el príncipe se ensañaría menos al verse libre de toda su inquietud. Hay quienes cuentan que le llegaron otros mensajeros de su suegro anunciándole que nada terrible lo amenazaba, y que los maestros de filosofía Cérano, griego, y Musonio, de linaje etrusco, lo persuadieron a que esperara con entereza la muerte antes que una vida incierta y llena de temores. Lo que es seguro es que dieron con él hacia 2
el mediodía, desnudo para dedicarse a los ejercicios físicos. Hallándose de tal guisa lo degolló el centurión en presencia del eunuco Pelagón, al cual había puesto Nerón al frente del centurión y del destacamento como a ministro de un rey rodeado de sus satélites. La cabe- 3
za de la víctima fue llevada a Roma; al contemplarla Nerón —y emplearé las propias palabras del príncipe— dijo: «¿Por qué, Nerón, ⟨has temido a este hombre

narigudo〉?[420]. Y libre de temores se dispuso a apresurar su matrimonio con Popea, diferido por aquellos miedos, y a alejar a su esposa Octavia, la cual, a pesar de su vida recatada, le resultaba insoportable por el nombre de su padre y por el favor de que disfrutaba
4 entre el pueblo. Sin embargo, envió una carta al senado sin confesar nada sobre las muertes de Sila y de Plauto, pero afirmando que uno y otro tenían espíritu subversivo, y que él ponía gran cuidado en la seguridad de la república. Con tal pretexto se votaron acciones de gracias, y que se excluyera a Sila y Plauto del senado, con lo que el escarnio vino a ser más grande que sus calamidades.

60. Así pues, al recibir el acuerdo de los senadores y ver que todos sus crímenes se le toman por acciones egregias, repudia a Octavia acusándola de esterilidad;
2 al momento se casa con Popea. Ella, largo tiempo querida de Nerón, y que dominaba al que fuera su amante para convertirse luego en su marido, empujó a uno de los servidores de Octavia a acusarla de amores con un esclavo. Como reo es designado uno llamado Eucero, alejandrino de nación, experto en tocar la
3 flauta. Con tal motivo se interrogó a las criadas, y aunque obligadas algunas por el tormento a asentir a acusaciones falsas, las más se mantuvieron firmes en defender la conducta intachable de su ama; una de ellas, cuando Tigelino la urgía, le contestó que el sexo
4 de Octavia era más casto que la boca de él. El caso es que en un primer momento se la aparta con la apariencia de un divorcio normal, y recibe la casa de Burro y los predios de Plauto, siniestros dones. Más tarde
5 fue relegada a Campania bajo custodia militar. De ello

---

420 Traducimos en esta laguna el texto de la conjetura de Halm; consta por Dión Casio, LXII 14, 1 que Nerón hizo escarnio de la llamativa nariz de Plauto.

surgieron repetidas y abiertas quejas entre el pueblo, que tiene menos prudencia y que por su condición modesta está expuesto a menos peligros. Por esto *** [421], como si Nerón hubiera hecho volver a Octavia arrepintiéndose de su infamia.

61. Inmediatamente el pueblo sube alegre al Capitolio para dar gracias a los dioses; derriban las efigies de Popea, llevan a hombros imágenes de Octavia, las cubren de flores y las colocan en el Foro y en los templos. Se llega incluso a pronunciar alabanzas del príncipe con estrepitosas voces de veneración. Y ya llenaban el Palacio con su multitud y sus clamores, cuando se les soltaron bandas de soldados que con látigos y hierro en mano los disolvieron dispersándolos. Se dio vuelta a lo que por la sedición habían hecho cambiar,
y Popea se vio repuesta en sus honores. Ella, movida 2
siempre por su odio, y entonces además exasperada por su miedo a que la fuerza del pueblo se hiciera demasiado poderosa o Nerón cambiara de parecer ante el sentir popular, se abrazó a sus rodillas, y le dijo que su situación había llegado a tal punto que ya no luchaba por su matrimonio, que le era más caro que la vida, sino que su vida misma estaba en peligro por obra de los clientes y esclavos de Octavia, que se habían dado el nombre de plebe, atreviéndose en la paz
a lo que a duras penas ocurriría en una guerra. Le 3
decía que aquellas armas se habían tomado contra el príncipe, que sólo les había faltado un jefe, fácil de hallar en medio de la agitación; bastaba con que abandonara la Campania y se presentara en persona en la Ciudad aquella que con un gesto de su cabeza, estando
ausente, podía mover tales tumultos. De otro modo, 4

421 Breve laguna en la que parece claro que se decía que se habían suscitado rumores sobre una reconciliación.

¿cuál era su delito?; ¿a quién y en qué había ofendido ella?; ¿acaso era porque iba a dar una verdadera descendencia a la casa de los Césares?; ¿prefería el pueblo romano que se colocara sobre el trono imperial al linaje de un flautista egipcio?; en fin, si eso era lo que convenía, era mejor que él llamara de buen grado antes que a la fuerza a su señora, o que tuviera cuidado por su seguridad; las primeras revueltas se habían apaciguado por el justo castigo y con remedios moderados; pero si perdían la esperanza de que Octavia fuera la esposa de Nerón, sus adictos le darían un marido.

62. Estas palabras efectistas y acomodadas para provocar el miedo y la ira aterraron a su destinatario y lo inflamaron. Pero poco valía la sospecha implicando a un esclavo, y el interrogatorio de las criadas la había burlado. En consecuencia pareció conveniente buscar la confesión de alguien a quien también se acusara
2 de planes subversivos. Se estimó que la persona indicada era Aniceto, muñidor del asesinato de la madre y, según ya conté, jefe de la flota de Miseno, quien tras su crimen disfrutaba de poco favor, que luego pasó a odio profundo, porque los colaboradores de las malas
3 acciones acaban por parecer acusadores. El caso es que, tras hacerlo venir, el César le recuerda su primer servicio: era el único que se había preocupado por la seguridad del príncipe frente a las insidias de su madre; le esperaba un lugar de no menor gracia si alejaba a aquella esposa que era su enemiga. Mas no se trataba de que tomara las armas: debía confesar que había cometido adulterio con Octavia. Le promete recompensas, secretas por el momento, pero grandes, y un agradable retiro y, si se niega, lo amenaza con la
4 muerte. Él, con su innata perversidad y la complacencia que le imponían sus anteriores infamias, urde

incluso más falsedades que las que se le habían ordenado, y las declara ante unos amigos que el príncipe había reunido como en consejo. Entonces es relegado a Cerdeña, donde llevó un exilio sin pobreza y acabó sus días de muerte natural.

63. Nerón, por su parte, anuncia en un edicto que Octavia había corrompido al prefecto en la esperanza de ganarse a la flota, y, olvidándose de la esterilidad que antes le achacaba, que se había deshecho del fruto de sus amores, consciente de su pecado, y que él había comprobado tales hechos. Y así encierra a Octavia
en la isla de Pandateria[422]. No hubo desterrada que 2
provocara tal misericordia en los ojos de quienes la veían. Algunos se acordaban todavía de Agripina, relegada por Tiberio, y más reciente era la memoria de Julia[423], exilada por Claudio. Pero éstas se hallaban en la plenitud de la edad, habían conocido cierta dicha y podían aliviar la crueldad presente con el recuerdo
de su mejor fortuna pasada. En cambio, para Octavia 3
el día de sus bodas fue como su funeral, llevada a una casa en la que no vería más que duelos, arrebatado su padre por el veneno y poco después su hermano[424]; luego aquella criada con más poder que su señora, y Popea, cuyo matrimonio no podía traer más que la perdición de la esposa; por último, aquella acusación más grave que cualquier clase de muerte.

---

422 Actual Vandotena, frente a la costa de Campania.

423 Se trata de Agripina la Mayor, esposa de Germánico y madre de la Agripina que lo fue de Nerón; Tiberio la había desterrado en el año 33, y en el exilio murió. Julia Livila, hermana de Agripina la Menor, había sido condenada por adulterio, aunque otros piensan en la Julia hija de Druso y nieta de Tiberio.

424 Recuérdese que Octavia era hija de Claudio y hermana de Británico.

64. Y así, aquella muchacha, a los veinte años de edad[425], entre centuriones y soldados, arrancada ya a la vida por el presagio de sus males, no hallaba, sin embargo, todavía el descanso de la muerte. Pasados unos pocos días se le da la orden de morir, cuando ya se proclamaba viuda y simplemente hermana del príncipe, invocando la común estirpe de los Germánicos[426] y, por fin, el nombre de Agripina; pues mientras aquélla había vivido, había tenido que soportar, es cierto, un matrimonio infeliz, pero que no suponía su perdición.
2 La sujetan con grillos y le abren las venas de todos los miembros; y como la sangre, paralizada por el pavor, fluía demasiado lenta, la asfixian en el calor de un baño hirviendo. Y se añade una crueldad más atroz: su cabeza, cortada y llevada a la Ciudad, fue
3 contemplada por Popea. ¿Hasta cuándo tendremos que seguir enumerando donativos decretados para los templos por estos motivos? Todos cuantos por nuestra obra o por la de otros autores lleguen a conocer las calamidades de aquellos tiempos, pueden dar por supuesto que, cuantas veces el príncipe ordenó destierros y matanzas, otras tantas se dieron gracias a los dioses, y que las que antaño fueran señales de acontecimientos prósperos, lo fueron entonces de públicos desastres. Sin embargo, si algún decreto del senado llegó a suponer algo nuevo en materia de adulación o el colmo del servilismo, no lo pasaremos en silencio.

425 El dato es inexacto, pues había nacido en el año 41, y tenía, por tanto, 22 ó 23.

426 En cuanto que Domicio-Nerón había sido adoptado por Claudio, su esposa Octavia podría llamarse al tiempo su hermana. Octavia, por hija de Claudio, era sobrina de Germánico, pero debe recordarse que ya Druso el Mayor, padre de Claudio y de Germánico, había ostentado y legado a sus descendientes ese apelativo de «Germánico». Nerón, por su madre Agripina, era nieto de Germánico.

65. En el mismo año se cree que Nerón hizo morir envenenándolos a los más poderosos de los libertos: a Doríforo bajo el pretexto de que se había opuesto al matrimonio con Popea; a Palante, porque en su larga vejez tenía retenido un inmenso capital. Romano ha- 2
bía acusado secretamente a Séneca como cómplice de Gayo Pisón, pero tuvo Séneca más fuerza y lo abatió con la misma imputación. De ahí surgió el temor de Pisón, y se formó contra Nerón una gran conjura que no tuvo éxito[427].

---

[427] No ha sido suficientemente aclarada esta referencia a la conjuración de Pisón, que tuvo lugar tres años más tarde; véase XV 48-59.

LIBRO XV

Sinopsis

Año 62 d. C. (caps. 1-22)
Año 63 d. C. (caps. 23-32)
Año 64 d. C. (caps. 33-47)
Año 65 d. C. (caps. 48-74)

Capítulos:

- 1-17. Asuntos del Oriente en el año 62.
- 18-22. Asuntos interiores del año 62.
- 23. Popea da a Nerón una hija.
- 24-31. Asuntos del Oriente en el año 63.
- 32. Asuntos menores del año 63.
- 33-47. Asuntos del interior en el año 64: excesos de Nerón; incendio de Roma y persecución de los cristianos.
- 48-74. Asuntos del interior en el año 65: la conjuración de Pisón y sus consecuencias; condenas en masa, muerte de Séneca y de Lucano.

LIBRO XV

1. Entretanto[428], el rey de los partos, Vologeses, enterado de las hazañas de Corbulón y de que un extranjero, Tigranes, había sido colocado en el trono de Armenia, y deseoso al tiempo de vengar la dignidad de los Arsácidas ultrajada por la expulsión de su hermano Tiridates, veía su ánimo arrastrado a sentimientos contradictorios al pensar en la grandeza romana y en aquel pacto ininterrumpido; de natural era poco decidido, y además estaba atado por la defección del poderoso pueblo de los hircanos y por las numerosas
2 guerras derivadas de ella. En esto, cuando se hallaba sumido en la duda, lo azuza encima la noticia de un nuevo ultraje: Tigranes, saliendo de Armenia, había sometido al pueblo limítrofe de los adiabenos a devastaciones demasiado amplias y duraderas como para considerarlas simples actos de bandolerismo, y los principales de aquel pueblo lo soportaban muy a duras penas. Se había caído en tal grado de humillación —decían— que tenían que sufrir no ya las incursiones de un general romano, sino incluso las debidas a la temeridad de un rehén que por tantos años había sido
3 contado entre los esclavos[429]. Aguzaba su resentimiento

[428] Continuamos en el año 62 d. C. La narración de los sucesos del Oriente conecta con XIV 26.

[429] Sarcasmo acerca de los años pasados por Tigranes como rehén en Roma.

Monóbazo, en cuyas manos estaba el gobierno de los adiabenos, y que no cesaba de preguntar qué ayuda podía pedir y dónde: ya se habían retirado de Armenia, y el resto se les estaba arrebatando; si los partos no lo defendían, más llevadera les había de resultar la servidumbre romana rindiéndose que cayendo prisioneros. Además, Tiridates, fugitivo de su reino, le producía 4
un pesar aun mayor con su silencio o con sus quejas contenidas; decía, en efecto, que los grandes imperios no se mantenían con actitudes cobardes, que había de hacerse una lucha de hombres y por las armas; que, cuando se está en la cima del poder, lo más justo es lo más fuerte, y que conservar lo que se tiene es propio de una casa de simples ciudadanos, en tanto que la gloria de los reyes reside en luchar por lo que es de otro.

2. El caso fue que, movido por tales razones, Vologeses reúne a su consejo y, tras colocar junto a sí a Tiridates, comienza a hablar en estos términos: «A este hombre, nacido de mi mismo padre, una vez que por razón de la edad hubo de ceder ante mí en el acceso al título supremo, le di la posesión de Armenia, que se considera como el tercer escalón del poder, pues anteriormente Pácoro se había hecho cargo de los medos. Y me parecía que yo, obrando en contra de los viejos odios y de las luchas entre hermanos, había apaciguado debidamente a los penates de nuestra familia. Me lo impiden los romanos, y no habiendo nunca 2
hostigado a la paz para su propio bien, la rompen también ahora para su propia ruina. No voy a negarlo: 3
yo hubiera preferido conservar el legado de mis mayores con la justicia antes que con la sangre, con el derecho antes que con las armas. Si he pecado por indeciso lo compensaré con mi valor. Lo cierto es que vuestra fuerza y vuestra gloria están intactas, además

de haberos ganado fama de moderación, que ni los
más encumbrados de los mortales deben despreciar ni
4 dejan de estimar los dioses.» Al tiempo ciñó con la
diadema la cabeza de Tiridates, y puso el destacamento
de jinetes alertados que, según la costumbre, acompaña
a los reyes al mando de un noble, Moneses, añadiéndole
tropas auxiliares adiabenas; luego le dio la orden de
expulsar a Tigranes de Armenia, a la espera de que él
mismo, desembarazado de sus discordias con los hir-
canos, pudiera levantar en el interior del reino un
ejército poderoso para la guerra y amenazar a las pro-
vincias romanas.

3. Cuando Corbulón se enteró de ello por informes
ciertos, envía en ayuda de Tigranes dos legiones man-
dadas por Verulano Severo y Vettio Bolano, con la
consigna secreta de que obraran en todo momento
pensando más en la prudencia que en la rapidez. En
efecto, prefería tener una guerra que hacerla, y había
escrito al César que se necesitaba un jefe propio que
defendiera Armenia, y que Siria, atacada por Vologeses,
2 se veía en situación más comprometida. Entretanto
coloca las demás legiones ante la ribera del Éufrates,
arma una tropa improvisada de provinciales e inter-
cepta por medio de destacamentos los accesos del
enemigo. Y como la región es pobre en aguas, situó
posiciones fortificadas junto a las fuentes; algunos
manantiales los cegó amontonando arena sobre ellos.

4. Mientras Corbulón hacía estos preparativos para
la defensa de Siria, Moneses, llevando su columna a
marchas forzadas, a fin de adelantarse a las noticias
que dieran cuenta de él, atacó a Tigranes, que no por ello
2 se hallaba falto de información ni desprevenido. Había
ocupado Tigranocerta, plaza poderosa por el gran núme-
ro de sus defensores y lo robusto de sus fortificacio-

nes. Además el río Niceforio[430], de anchura no despreciable, rodea una parte de sus murallas, y se había cavado una enorme fosa por donde el río no ofrecía confianza. Había en la ciudad soldados y provisiones llevadas con anterioridad; durante su transporte unos pocos habían avanzado con excesiva imprudencia, viéndose rodeados por el enemigo, pero ello había provocado en los restantes más indignación que miedo.
Ahora bien, los partos a la hora de los asedios no se 3
atreven a combatir de cerca: disparando saetas aisladas no logran asustar a los sitiados y se engañan a sí mismos. Cuando los adiabenos comenzaron a acercar escalas y máquinas fueron fácilmente rechazados e inmediatamente sufren una matanza en una salida de los nuestros.

5. Pero Corbulón, a pesar de sus éxitos, pensando que debía usar con moderación de su buena fortuna, envió embajadores a Vologeses para pedir explicaciones del ataque a la provincia: un rey aliado y amigo —le decía—, unas cohortes romanas sufrían asedio; debía más bien levantar el sitio, so pena de que él
mismo plantara sus cuarteles en campo enemigo. El cen- 2
turión Casperio, escogido para aquella embajada, en la plaza fuerte de Nísibe[431], distante treinta y siete millas de Tigranocerta, se presenta ante el rey y le da a cono-
cer el mensaje en términos enérgicos. Vologeses tenía 3
de antiguo la firme decisión de evitar la lucha con los romanos, y tampoco se hallaba en situación de prosperidad: el asedio resultaba inútil, Tigranes estaba bien guarnecido de tropas y provisiones, se había puesto en fuga a los que habían intentado el asalto, y además

[430] Tanto la ciudad de Tigranocerta como el río Niceforio, afluente del Tigris en su curso alto, no están hoy identificados con seguridad.

[431] En el N. de Mesopotamia.

se habían enviado legiones a Armenia, en tanto que otras, en la frontera de Siria, estaban preparadas para atacar; la caballería de que disponía era débil y andaba escaso de forraje, pues a causa de una plaga de langosta no había en las proximidades ni hierba ni hoja
4 verde. Y así, disimulando su miedo y adoptando una actitud más suave, responde que enviará al emperador de Roma una embajada pidiéndole Armenia y para tratar de robustecer la paz. A Moneses le ordena dejar Tigranocerta, y él mismo se retira también.

6. La mayoría consideraba esto como un resultado del miedo del rey y de las amenazas de Corbulón, y lo ponderaban como algo magnífico; otros pensaban que se había hecho un pacto secreto según el cual cesarían las hostilidades por ambas partes, y al retirarse Vologeses, también Tigranes abandonaría Armenia.
2 En efecto, ¿por qué se había hecho volver de Tigranocerta al ejército romano? ¿por qué abandonaban en paz lo que habían defendido con la guerra? ¿acaso se había invernado mejor en el extremo de Capadocia, en cabañas levantadas a toda prisa, que en la capital de un reino que se acababa de asegurar? Lo que se había hecho —decían— era, simplemente, aplazar la guerra, de manera que Vologeses se enfrentara a uno que no fuera Corbulón, y Corbulón no pusiera en más peligros su gloria ganada a lo largo de tantos años.
3 Y es que, según ya dije, había reclamado un jefe con la misión especial de defender Armenia, y se decía que iba a llegar Cesennio Peto. En seguida llegó, y las tropas quedaron divididas de manera que las legiones IV y XII, además de la V, traída recientemente de la Mesia, así como las tropas auxiliares del Ponto, Galacia y Capadocia quedaban a las órdenes de Peto; las legiones III, VI y X y el antiguo ejército de Siria, bajo el mando de Corbulón, en tanto que el resto debían

utilizarlo en común o repartírselo según las necesidades del momento. Ahora bien, Corbulón no podía 4
soportar a un rival, y Peto, que bastante honrado debía considerarse con que se lo tuviera por su segundo, despreciaba sus gestas, diciendo que no había realizado matanzas ni logrado botín, y que las ciudades conquistadas por Corbulón lo eran solamente de nombre; él impondría a los vencidos tributos y leyes, y el derecho romano en lugar de aquella sombra de rey.

7. Por el mismo tiempo los embajadores que, según ya conté, había enviado Vologeses al príncipe regresaron con las manos vacías, y los partos iniciaron una guerra abierta. Peto no rehuyó el combate, sino que con dos legiones, mandadas a la sazón por Funisulano Vettoniano la IV y la XII por Calavio Sabino, entra en Armenia y con malos augurios. En efecto, 2
durante la travesía del Éufrates, que cruzaban por un puente, el caballo que portaba las enseñas consulares se espantó sin causa alguna, volvió grupas y huyó; además, una víctima colocada junto a las fortificaciones del cuartel de invierno que se estaba edificando, irrumpió a través de la obra a medio hacer y escapó del recinto; todavía más: salió fuego de los venablos de la tropa, prodigio tanto más notable cuanto que los partos combaten con armas arrojadizas.

8. De todos modos Peto, despreciando los augurios, sin haber fortificado suficientemente el campamento de invierno, sin provisión alguna de grano, lleva a toda marcha al ejército al otro lado del monte Tauro con la intención, según él decía, de recuperar Tigranocerta y de devastar las regiones que Corbulón había dejado intactas. Conquistó algunas fortalezas, y se hubiera gana- 2
do gloria y botín no despreciables si hubiera tenido moderación con la gloria y cuidado del botín. Tras reco-

rrer en largas marchas regiones que no podían conservarse, estropeados los aprovisionamientos que había tomado y amenazando ya el invierno, volvió con su ejército y escribió al César dando a entender que había puesto fin a la guerra; una carta magnífica en palabras pero vacía de realidades.

9. Entretanto Corbulón guarneció con más abundantes destacamentos la nunca abandonada ribera del Éufrates; y a fin de que las bandas de caballería enemigas no pusieran impedimento a la construcción de un puente —pues ya andaban corriendo los llanos adyacentes con gran alarde—, hace marchar por el río unas naves de tamaño imponente, unidas con vigas y realzadas con torres, y por medio de catapultas y ballestas desbarata a los bárbaros; las piedras y picas caían sobre ellos desde una distancia demasiado grande como para que pudieran igualarla al responder
2 disparando sus saetas. Acto seguido se llevó a término el puente; las colinas de la otra parte son ocupadas por las cohortes de aliados, y luego por los campamentos las legiones, con tanta rapidez y exhibición de fuerzas que los partos, abandonando sus preparativos para invadir Siria, volvieron toda su esperanza hacia Armenia, donde Peto, ignorante de lo que se venía encima, tenía la V legión lejos, en el Ponto, y había debilitado las otras concediendo licencias indiscriminadas a la tropa, hasta que se supo que se acercaba Vologeses con un gran ejército en son de guerra.

10. Entonces se hace venir a la legión XII, y lo que él había supuesto que daría la impresión de que su ejército se había reforzado, vino a denunciar sus insuficiencias. Con todo, se hubiera podido mantener el campamento y burlar a los partos dilatando el inicio de la guerra, si Peto hubiera mostrado firmeza en se-

guir sus propios designios o los ajenos; pero cuando militares profesionales le habían dado ánimos frente a lo que se venía encima, de nuevo, por no dar la impresión que se veía precisado del parecer ajeno, se dejaba ir a las determinaciones opuestas, que eran también las peores. Y entonces abandonó el cuartel 2
de invierno, y clamando que para hacer frente al enemigo no se le habían dado fosas ni empalizadas, sino cuerpos y armas, marchó con las legiones como dispuesto a presentar combate. Más tarde, cuando perdió a un centurión y a unos pocos soldados a quienes había enviado por delante para espiar los contingentes enemigos, sintió miedo y se volvió atrás. Ahora bien, 3
como Vologeses no lo había acechado con demasiada insistencia, concibió nuevamente una vana confianza y situó tres mil infantes escogidos en la cercana cima del Tauro con la misión de impedir el paso del rey; además coloca en una parte del llano los escuadrones panonios, lo mejor de su caballería. A su mujer y a su hijo los escondió en una plaza fuerte llamada Arsamósata y les puso como protección una cohorte, dispersando así a unos soldados que reunidos hubieran hecho frente con mayor presteza a aquel enemigo vagabundo. Y cuentan que a duras penas se logró moverlo a con- 4
fesar a Corbulón el aprieto en que se hallaba. Tampoco Corbulón se dio prisa, a fin de que, haciéndose mayores los peligros, creciera también la gloria que le iba a valer el prestarle ayuda. Sin embargo ordenó que se prepararan para la marcha mil soldados de cada legión y ochocientos de caballería, y otros tantos de las cohortes.

11. Mas Vologeses, aunque había sabido que los pasos estaban ocupados por Peto, de un lado con infantería, del otro con los de a caballo, no por ello cambió de plan, antes bien sembró el terror entre la

caballería con su fuerza y amenazas y aplastó a los legionarios; sólo el centurión Tarquicio Crescente se atrevió a defender la torre en la que se hallaba de guarnición, y en reiteradas salidas logró acabar con los bárbaros que se habían acercado más; hasta que se
2 vio rodeado por el fuego que le lanzaban. Los de infantería que lograron salvarse marcharon a regiones lejanas y extraviadas, y los heridos volvieron al campamento haciéndose lenguas —presos del miedo— del valor del rey, de la crueldad y fuerzas de aquel pueblo, en fin, de todo; con facilidad los creían los otros, que
3 abrigaban los mismos temores. Ni siquiera el general había hecho frente a la adversidad, sino que, faltando a todos los deberes de la milicia, se había limitado a enviar a Corbulón repetidas súplicas de que viniera con urgencia y salvara las enseñas, las águilas y lo que quedaba de aquel desdichado ejército; entretanto ellos —decía— mantendrían su juramento mientras les quedara vida.

12. Corbulón, sin inmutarse y dejando una parte de sus tropas en Siria para conservar las fortificaciones establecidas sobre el Éufrates, marchó por el camino más corto y por donde no habían de faltarle los aprovisionamientos a la región de la Comagena, de allí a Capadocia y luego a Armenia. Acompañaba al ejército, aparte el bagaje normal en la guerra, una gran tropa de camellos cargados de grano, destinados a
2 rechazar a un tiempo al enemigo y al hambre. El primero de los derrotados al que se encontró de camino fue Paccio, centurión del primer orden; después a muchos soldados que aducían motivos diversos para su huida y a los que aconsejaba que volvieran junto a sus enseñas y tentaran la clemencia de Peto: él no estaba dispuesto a mostrarse benévolo más que con los
3 vencedores. Al tiempo se dirigía a sus propias legio-

nes y las arengaba recordándoles sus hazañas pasadas y mostrándoles una nueva ocasión de gloria: el premio propuesto a aquel esfuerzo no eran aldeas o ciudades armenias, sino campamentos romanos en los que se hallaban dos legiones; si para todo soldado era una recompensa egregia la corona entregada por mano de su general por haber salvado a un ciudadano, ¿qué honor sin límite les cabría cuando se viera que el número de los salvadores era igual al de los que les debían la vida? Animados al esfuerzo común por estas 4
y similares consideraciones —y a algunos los azuzaba el particular estímulo del peligro que corrían sus hermanos o allegados—, apresuraron la marcha sin detenerse de día ni de noche.

13. Ello movió a Vologeses a poner mayor fuerza en el asedio; intentaba asaltar ya la empalizada de las legiones, ya el castillo en el que se hallaban protegidas las personas de edad no apta para la lucha, se acercaba más de lo que acostumbran los partos con la intención de atraer al enemigo al combate exponiéndose de aquel modo. Pero ellos, sin dejarse apenas sacar 2
de las tiendas, no defendían más que sus fortificaciones; unos por obediencia a su general, otros por su propia cobardía o esperando la llegada de Corbulón y, para el caso de un ataque mayor, dispuestos a seguir el ejemplo de los que capitularon en Caudio o en Numancia[432]; decían, en efecto, que no tenían la misma fuerza los samnitas, pueblo itálico, que los partos, rivales del imperio romano; que aquella valerosa y alabada

---

432 Referencia a la rendición romana ante los samnitas, en las famosas Horcas Caudinas, en el año 321 a. C., y a la capitulación del ejército de Mancino ante Numancia en el 137 a. C. Ambas habían pasado a la historia como ejemplos de humillación nacional.

antigüedad, cuantas veces la fortuna se le volvía ad-
3 versa, había procurado salvar la vida. Obligado por tal estado de desesperación de su ejército, el general escribió a Vologeses su primera carta, que no tenía todavía tono de súplica sino más bien de queja porque hiciera la guerra en favor de los armenios, pueblo que siempre había estado bajo el dominio romano o sometido a un rey elegido por el emperador; le decía también que la paz favorecería por igual a ambos, que no mirara solamente al presente, pues había llegado con todas las fuerzas de su reino para luchar contra dos legiones, pero a los romanos les quedaba todo el orbe para valerse en la guerra.

14. Vologeses le respondió sin tratar el fondo de la cuestión, diciéndole que debía esperar a sus hermanos Pácoro y Tiridates; que habían elegido aquel lugar y momento para tomar una decisión acerca de Armenia, y que al mismo tiempo los dioses les habían concedido algo digno de los Arsácidas: el poder decidir
2 también acerca de las legiones romanas. Entonces Peto envió mensajeros a solicitar una entrevista con el rey, quien mandó ir a Vasaces, jefe de su caballería. Peto le recuerda a los Luculos y Pompeyos y cuanto habían hecho los Césares por ganar y entregar Armenia; Vasaces le dijo que en apariencia nosotros podíamos conservar o regalar, pero que la fuerza real para hacerlo
3 estaba en manos de los partos. Y tras muchas discusiones entre ellos se hizo venir al día siguiente a Monóbazo, el adiabeno, como testigo de lo que pactaran. Se convino que se liberara del cerco a las legiones, que todos los soldados se retiraran de los confines de Armenia, y que las fortalezas y aprovisionamientos se entregaran a los partos; una vez hecho eso, se daría a Vologeses posibilidad de enviar una embajada a Nerón.

15. Entretanto Peto tendió un puente sobre el río Arsanias[433], que corría junto al campamento, aparentando prepararse la retirada por aquella ruta; pero en realidad le habían impuesto su construcción los partos como testimonio de su victoria; en efecto, fueron ellos quienes lo utilizaron, mientras que los nuestros marcharon por el camino opuesto. Los rumores 2
contaban también que a las legiones se las había hecho pasar bajo el yugo, y otras vejaciones derivadas del recuerdo de nuestros grandes desastres, cuya apariencia procuraron los armenios provocar. En efecto, no sólo penetraron en las fortificaciones antes de que la columna romana hubiera salido, sino que además se alinearon a lo largo de los caminos para identificar y quitarnos esclavos o caballerías que tiempo atrás les habíamos tomado; incluso les arrancaban la ropa y les retenían las armas a aquellos soldados, que temblaban de miedo y que no se resistían por no dar lugar a una lucha armada. Vologeses, tras amontonar las 3
armas y cuerpos de los muertos, para dar testimonio de nuestro desastre, no quiso contemplar la huida de las legiones; y es que buscaba ganarse fama de moderado tras haber colmado las ansias de su soberbia. Cruzó sobre un elefante el río Arsanias, y los que seguían de cerca al rey lo atravesaron a caballo, porque se había extendido el rumor de que el puente iba a ceder al peso por estratagema de sus constructores; pero los que se atrevieron a meterse por él comprobaron que era fuerte y seguro.

16. Por lo demás consta que los sitiados tenían tal sobra de trigo que pusieron fuego a los graneros, mientras que contó Corbulón que los partos, faltos de víveres y con su forraje agotado, estaban a punto de

433 Afluente del alto Éufrates, hoy llamado Arsen.

abandonar el asedio, y que él se hallaba a no más de
2 tres días de marcha. Añade que Peto se comprometió bajo juramento ante las enseñas, en presencia de los testigos enviados por el rey, a que ningún romano entrara en Armenia hasta que Nerón contestara a la
3 carta decidiendo si aprobaba la paz. Si por una parte esto está amañado para aumentar la infamia, también es cierto que los otros hechos están fuera de duda: que en un solo día Peto recorrió cuarenta millas, abandonando por todas partes a los heridos, y que aquella huida de los hombres aterrorizados no resultó menos vergonzosa que si hubieran vuelto la espalda en
4 el combate. Corbulón, que les salió al paso con sus tropas junto a la orilla del Éufrates, no quiso hacer una exhibición de enseñas y armas que dejara en entredicho la diferencia entre unos y otros; la tropa, triste y compadeciéndose de la suerte de sus camaradas, no podía contener las lágrimas, hasta el punto de que el llanto apenas permitió que se hicieran los saludos de ordenanza. Estaban ausentes la emulación de valor y la ambición de gloria, afectos propios de hombres felices; reinaba sola la compasión, y especialmente en los escalones inferiores.

17. Siguió una breve conversación entre los dos generales; quejábase el uno del esfuerzo perdido, añadiendo que la guerra hubiera podido terminarse con la desbandada de los partos; respondióle el otro que ambos tenían intactos todos sus efectivos, invitándolo a hacer volver atrás sus enseñas y, coordinando sus fuerzas, invadir Armenia desguarnecida por la retirada de
2 Vologeses. Contestó Corbulón que no eran tales las órdenes del emperador; que él había salido de su provincia movido por el peligro que corrían las legiones, y que, puesto que las intenciones de los partos eran inciertas, se volvería a Siria; que aun así había que

implorar una fortuna favorable, para que la infantería agotada por las grandes marchas pudiera seguir a la caballería, que estaba fresca y se adelantaría fácilmente por el terreno llano. En consecuencia Peto invernó en Capadocia. Pero Vologeses envió mensajeros 3
a Corbulón instándolo a retirar sus puestos fortificados a este lado del Éufrates, de manera que el río fuera, como antes, la frontera; por su parte él reclamaba que Armenia quedara libre de guarniciones enemigas. Al fin el rey accedió, y también se derruyeron las fortificaciones levantadas por Corbulón allende el Éufrates; así se dejó sin amo a los armenios.

18. Pero en Roma se estaban levantando trofeos por la victoria sobre los partos, y arcos en medio del monte Capitolio, decretados por el senado antes de que la guerra se hubiera decidido, y que entonces no se abandonaron por cuanto se cuidaba de la apariencia despreciando la verdad públicamente conocida. Es más, 2
para disimular la preocupación que producían los asuntos del exterior, Nerón hizo arrojar al Tíber el trigo del pueblo estropeado por el tiempo, a fin de hacer creer que el abastecimiento estaba asegurado. Su precio no fue aumentado en absoluto a pesar de que unas doscientas naves, en el mismo puerto, sucumbieron a la fuerza de un temporal, y otras cien, que habían subido por el Tíber, a un incendio fortuito. A continua- 3
ción puso al frente de los impuestos públicos a tres antiguos cónsules, Lucio Pisón, Ducenio Gémino y Pompeyo Paulino, tras haber reprochado a los príncipes anteriores que con sus excesos de gasto habían superado los ingresos justos, en tanto que él regalaba anualmente a la república sesenta millones de sestercios.

19. Por aquel tiempo había cobrado fuerza cierta costumbre inmoral: ante la proximidad de los comicios

o del sorteo de las provincias, muchos que no tenían hijos se los procuraban con fingidas adopciones, y tan pronto como habían obtenido provincias y preturas por sorteo entre los padres de familia, emancipaban a los
2 que habían adoptado[434]. ⟨Y así⟩, indignados, plantean ante el senado una queja en la que apelan a los derechos de la naturaleza y a las fatigas que supone criar hijos, frente al fraude y las artimañas de aquellas adopciones tan breves; bastante premio tenían los que carecían de hijos —decían— en el hecho de que con toda clase de seguridades, sin carga alguna, conseguían favor y honores, todo, sin tardanza y sin esfuerzos; añadían que las promesas que la ley les hacía a ellos —largo tiempo esperadas— paraban en escarnio toda vez que cualquiera, convertido en padre sin preocupaciones, en hombre sin hijos sin padecer lutos, se veía de la noche a la mañana en condiciones de alcanzar los mismos deseos que los padres de familia habían
3 acariciado por tanto tiempo. En consecuencia se redactó un decreto del senado en el sentido de que la adopción simulada no diera derecho alguno a cargos públicos ni facultara siquiera para conseguir herencias.

20. A continuación comparece como acusado Claudio Timarco, de Creta; aparte los cargos habituales contra los provinciales especialmente poderosos y cuyas riquezas excesivas suelen llevarlos a cometer injusticias con el pueblo llano, unas palabras suyas habían hecho especial mella en el senado, hasta el punto de

---

434 El fraude tomaba pie en las disposiciones que, como la Ley Papia Popea, daban preferencia en la provisión de ciertos cargos a los padres de familia; la citada ley, había sido dictada por Augusto en el año 9 d. C., entre las destinadas a favorecer la natalidad; véanse II 51 y III 25-28. En el texto sigue una laguna sin importancia, se sobreentiende que quienes reclaman son los verdaderos padres de familia.

hacerlo sentirse ofendido; porque había andado diciendo que era él quien tenía que decidir si procedía dar gracias a los procónsules que hubieran tenido el gobierno de Creta. Aprovechando la ocasión Peto Trá- 2
sea para hacer un bien a la comunidad, y tras proponer que se exiliara al acusado de la provincia de Creta, añadió: «Está demostrado por la experiencia, senado- 3
res, que las leyes mejores y los ejemplos dignos de honra se producen entre las gentes honestas como consecuencia de los delitos ajenos. Así, la licencia de los abogados dio lugar a la Ley Cincia, las intrigas de los candidatos a las Leyes Julias, y la codicia de los magistrados a los Plebiscitos Calpurnios[435]; pues la culpa es en el tiempo anterior a la pena, la enmienda posterior al pecado. En consecuencia, conviene que frente 4
a esta inusitada soberbia de los provinciales tomemos una determinación digna del honor y firmeza de Roma, de modo que, sin quitar nada a la custodia de nuestros aliados, se destierre de entre nosotros la idea de que, al margen de la situación en que uno se encuentre, puede ser juzgado por quienes no sean ciudadanos.»

21. «Cierto es que antaño se enviaba a inspeccionar las provincias no sólo al pretor o al cónsul, sino también a particulares que habían de dar cuenta de sus impresiones acerca de la sumisión de cada una; y los pueblos se llenaban de inquietud ante la apreciación emitida por uno solo de ellos. En cambio ahora honramos a los extranjeros e incluso los adulamos, y así como ante cualquier indicación suya se decretan accio-

---

[435] La Ley Cincia, del 204 a. C., prohibía recibir honorarios por defender a un acusado. Las Leyes Julias, que controlaban la lucha electoral, habían sido dadas por Augusto en los años 18 y 8 a. C. Los plebiscitos a que se hace referencia serían los promovidos en 149 a. C. por el tribuno de la plebe Lucio Calpurnio Pisón para combatir los delitos de concusión.

nes de gracias, más fácilmente aún se decide un inme-
2 diato procesamiento. Decídase ése en buena hora y conserven los provinciales su poder y su posibilidad de ostentarlo de tal modo, pero que la alabanza falsa y la arrancada con ruegos se castigue al igual que la
3 malicia y que la crueldad. Muchas veces se cometen más errores tratando de hacer bien que ofendiendo. Incluso hay virtudes que provocan la aversión, como la severidad sin quiebra y el ánimo que no se deja
4 ganar por granjerías. Por ello los comienzos de nuestros magistrados suelen ser mejores, y su final una decadencia, porque andamos a la busca de votos a la manera de los candidatos. Si esto se evita, el gobierno de las provincias será más equitativo y firme. Pues del mismo modo que la codicia se desvanece ante el temor a un proceso por concusión, así la prohibición de las acciones de gracias acabará con el afán de agradar.»

22. Un asentimiento generalizado acogió esta propuesta. Pero no se pudo hacer un decreto senatorial al objetar los cónsules que el asunto no estaba en el orden del día. Después, a propuesta del príncipe, determinaron que nadie planteara ante el consejo de los aliados mociones de acción de gracias al senado por los pretores o los cónsules, y que nadie se encargara de una legación en tal sentido.

2 Durante el mismo consulado ardió, tocado por un rayo, el gimnasio[436], y la estatua de Nerón que en él había se derritió quedando convertida en una masa informe de bronce. Además fue en gran parte destruida por un terremoto Pompeya, ciudad muy poblada de Campania[437]. Falleció la virgen vestal Lelia, y para

---

436 Es el gimnasio aludido en XIV 47, 2.

437 Hay contradicción entre la datación por Tácito de este terremoto, todavía en el año 62, y la de Séneca (*Cuestiones Naturales* VI 1, 2), quien lo fecha en 5 de febrero del 63. El seísmo,

sucederla fue elegida Cornelia, de la familia de los Cosos.

23. En el consulado de Memmio Régulo y Verginio Rufo[438], Nerón acogió con gozo sobrehumano a la hija que le dio Popea y la llamó Augusta, dando a Popea el mismo apelativo. El alumbramiento tuvo lugar en la colonia de Anzio, donde también él había nacido. Ya 2
el senado había encomendado a los dioses el embarazo de Popea y hecho públicos votos que entonces fueron multiplicados y cumplidos. Se añadieron acciones de gracias y un templo a la Fecundidad, y se decretó también un certamen a la manera de los cultos de Accio[439]; asimismo, que se colocaran imágenes de oro de las Fortunas en el solio de Júpiter Capitolino, y que juegos circenses, al igual que se hacían en Bovilas, en honor de la familia Julia, se dieran también en Anzio en honor de las estirpes Claudia y Domicia[440].
Todo ello quedó en nada, pues la niña murió antes de 3
los cuatro meses. De nuevo surgieron las adulaciones, esta vez proponiendo que se le tributaran honores de diosa, un pulvinar[441] y un templo, y también un sacerdote. En cuanto a Nerón, la misma desmesura que mostrara en su alegría la hizo patente en su dolor. Se 4
hizo notar que, cuando el senado entero corrió a An-

al parecer debido al intenso vulcanismo de la zona, vino a ser como un preanuncio de la tremenda erupción del año 79, que sepultó Pompeya y varias otras poblaciones vecinas.

438 Comienza la narración del año 63 d. C.

439 Instituidos por Augusto en Nicópolis para conmemorar su victoria sobre Antonio y la flota egipcia en el año 31 a. C. Eran quinquenales y trataban de imitar a los de Olimpia.

440 En la ciudad latina de *Bouillae* existía un santuario dedicado a la familia Julia, sobre el cual véase II 41, 1. Ahora trata Nerón de tributar un honor igual a sus otras estirpes: la Domicia, a la que pertenecía por su padre, y la Claudia, la de su abuelo materno Germánico y su padre adoptivo Claudio.

441 Véase nota 354.

zio con ocasión del parto, a Trásea se le prohibió el acceso y que él, impasible, acogió la vejación como anuncio de su cercana muerte. Cuentan que poco después el César se jactó ante Séneca de que se había reconciliado con Trásea, y que Séneca le felicitó por ello; motivo de gloria para aquellos varones egregios, pero también de peligros.

24. Entretanto, al inicio de la primavera, llegaron los embajadores del rey Vologeses[442] trayendo sus propuestas y una carta del mismo tenor: dejaba ahora de lado las discusiones, tantas veces repetidas tiempo atrás, sobre la posesión de Armenia, porque los dioses, árbitros de los pueblos por poderosos que fueran, se la habían entregado a los partos no sin ignominia
2 para los romanos. Hacía notar que recientemente, teniéndolos encerrados, había dejado marchar incólumes a Tigranes y luego a Peto y las legiones, cuando podía haberlos aplastado; había probado suficientemente su fuerza y dado también un testimonio de benevolencia. Tiridates no rehusaría venir a Roma para recibir la diadema, a no ser que lo retuviera el culto de su sacerdocio; comparecería ante las enseñas y las imágenes del príncipe, donde, en presencia de las legiones, recibiría los auspicios de su reino.

25. A la vista de la carta de Vologeses, dado que Peto escribía en un tono muy distinto, como si nada hubiera ocurrido, se interrogó al centurión que había venido con los embajadores acerca de la situación en que se hallaba Armenia, y él respondió que todos los
2 romanos se habían retirado de ella. Se advirtió entonces el escarnio de los bárbaros, que venían a pedir

---

442 Véase 14, 3. Según se verá en el capítulo siguiente, en Roma no se sabía de la capitulación de Cesennio Peto.

lo que ya se habían tomado por su mano, y Nerón con-
sultó a los notables de Roma sobre la elección entre
una guerra problemática y una paz deshonrosa. No
se dudó en decidirse por la guerra. Se pone al frente
de las operaciones a Corbulón, conocedor de las tro-
pas y del enemigo por la experiencia de tantos años, a
fin de no errar de nuevo por la impericia de cualquier
otro, pues se arrepentían del nombramiento de Peto.
En consecuencia se despide sin concesiones a los em- 3
bajadores, pero no sin haberles hecho regalos que die-
ran a entender que si Tiridates se avenía a presentar
personalmente los mismos ruegos, sus preces no cae-
rían en el vacío. El gobierno de Siria se entregó a
⟨Gayo⟩ Cestio, y las tropas a Corbulón; se le añadió
también la legión XV, venida de Panonia al mando
de Mario Celso. Se envían cartas a los tetrarcas y
reyes, prefectos y procuradores y a los pretores que
regían las provincias fronterizas, para que obedezcan
las órdenes de Corbulón, aumentando su poder hasta
un grado parecido al que el pueblo romano había con-
cedido a Gneo Pompeyo cuando iba a hacer la guerra
contra los piratas. Cuando regresó Peto temiendo cas- 4
tigos más graves, el César se contentó con zaherirlo
en tono de broma, diciéndole algo así como que lo
perdonaba inmediatamente, no fuera que un hombre
tan inclinado al miedo enfermara por una inquietud
más larga.

26. Pero Corbulón trasladó a Siria las legiones IV
y XII, que, privadas de sus hombres más valerosos
y con los demás aterrrorizados, le parecían poco útiles
para el combate; luego lleva de allí a Armenia la VI
y la III, tropas intactas y habituadas a repetidos y
fructíferos esfuerzos. Añadió a éstas la legión V, que 2
por encontrarse en tierras del Ponto se había visto
libre del desastre, así como la XV, recién llegada, y

contingentes escogidos del Ilírico y Egipto, y cuantos escuadrones y cohortes y tropas auxiliares de los diversos reyes se habían reunido en Melitene[443], por don-
3 de se disponía a cruzar el Eufrates. Entonces, tras la purificación de ritual, convoca al ejército a asamblea y pronuncia un discurso magnífico hablando de los auspicios del emperador y de las empresas que él mismo había llevado a cabo, y atribuyendo las adversidades a impericia de Peto; todo ello con gran autoridad, que en el militar profesional suplía a la elocuencia.

27. A continuación toma la ruta trazada antaño por Lucio Luculo, tras abrir de nuevo los pasos que el tiempo había cerrado. Cuando le salieron al camino embajadores de Tiridates y Vologeses en son de paz, no los desdeñó, sino que hizo que los acompañaran centuriones portadores de condiciones tolerables: todavía no se había llegado al punto en que fuera necesario
2 un combate definitivo; los romanos habían conocido muchos éxitos, los partos algunos, y ello era una lección contra la soberbia; en consecuencia, le convenía también a Tiridates el recibir como donación el reino libre de devastaciones, y Vologeses haría mayor bien al pueblo de los partos con una alianza con Roma que con los mutuos daños. No ignoraban —les decía— cuánta discordia interna padecían, qué espíritu indómito y qué bravura caracterizaban al pueblo que regía; en cambio, su emperador gozaba en todas partes de una paz inalterada y era aquella la única guerra
3 que tenía. A los razonamientos une lo que podía provocarles miedo, y así expulsa de sus sedes a los megistanes[444] armenios que habían sido los primeros en

[443] En Capadocia, en la zona central de la actual Turquía.

[444] Título de los notables armenios, de evidente parentesco etimológico con el griego *mégas*, el latín *magnus* y el persa *mehestán*; vendría a significar «los más grandes».

hacernos defección, y arrasa sus castillos; sobre llanos y alturas, sobre fuertes y débiles, hace reinar el mismo temor.

28. El nombre de Corbulón no les resultaba hostil ni a los propios bárbaros, que no sentían por él el odio que inspira un enemigo, y por ello consideraban leal su consejo. Y así Vologeses, que a fin de cuentas no profesaba una actitud irreductible, pide una tregua para algunas de sus prefecturas; Tiridates solicita lugar y día para una entrevista. La fecha se escogió in- 2
mediata y en cuanto al lugar, aquel en que las legiones de Peto acababan de verse asediadas; fue idea de los bárbaros en memoria del éxito allí logrado, y Corbulón aceptó a fin de que la diferencia de fortuna aumentara su gloria. Por otra parte, la infamia de Peto no lo angustiaba, según se vio especialmente bien en el hecho de que ordenara al hijo de aquél, que era tribuno, tomar el mando de un destacamento y sepultar los restos de aquel combate desgraciado. El día convenido 3
Tiberio Alejandro, caballero romano ilustre, agregado a Corbulón como ayudante en la guerra, y Viniciano Annio, yerno de Corbulón que todavía no alcanzara la edad senatorial y que mandaba como legado en funciones la legión V, se llegaron al campamento de Tiridates para rendirle honores y evitar con tal garantía que temiera una asechanza; luego se escogió de cada lado a veinte de a caballo como escolta. Cuando el rey vio a Corbulón, desmontó el primero; Corbulón no dudó en hacer lo mismo, y ambos a pie se estrecharon las manos.

29. Entonces el romano alaba al joven rey por tomar las decisiones más prudentes y saludables, abandonando las que podían perderlo. Él, tras hablar largamente de la nobleza de su linaje, continuó diciendo

en un tono más moderado que, desde luego, estaba dispuesto a ir a Roma para rendir al César un honor inusitado: el de un Arsácida suplicante sin que los partos hubieran conocido la derrota. Entonces se acordó que Tiridates colocaría junto a la efigie del César las insignias de la realeza, y que no las volvería a tomar a no ser de la mano de Nerón; la entrevista
2 finalizó con un beso. Pocos días después hicieron unos y otros una vistosa parada: de su parte la caballería ordenada en escuadrones y llevando las galas patrias; de la nuestra se alineaban en columna las legiones con sus águilas y enseñas refulgentes, y las imágenes de los dioses como en un templo; en medio, una tribuna sostenía la silla curul[445], y sobre ella la efigie de Nerón.
3 Acercándose a ella Tiridates, tras sacrificar víctimas según la costumbre, se quitó de la cabeza la diadema y la puso a los pies de la imagen, con gran emoción de todos, aumentada por la visión, aún fija en la mirada, de la matanza o del cerco de los ejércitos romanos. Pero ahora se habían mudado las tornas: Tiridates iba a marchar ante los ojos de los pueblos; ¿qué le faltaba para poder considerarlo un cautivo?

30. A su gloria añadió Corbulón su benevolencia y un festín. Cuando el rey le pedía explicaciones cada vez que observaba algo nuevo para él, como el anuncio del comienzo de las guardias nocturnas por un centurión, el toque de trompeta que señalaba el final de la comida, y el acto de encender con una tea el altar levantado ante el augural[446], Corbulón le respondía exagerando las cosas, y lo llenó de admiración por
2 nuestras viejas costumbres. Al día siguiente pidió un plazo para visitar a sus hermanos y a su madre antes

[445] El trono propio de las magistraturas superiores romanas.
[446] Lugar del puesto de mando del campamento donde el general realizaba la ceremonia del augurio.

de emprender tan largo camino; entretanto entregó a su hija como rehén y una carta de súplica dirigida a Nerón.

31. Una vez que partió, encontró a Pácoro entre los medos y en Ecbatana[447] a Vologeses, que por cierto no había dejado de preocuparse por su hermano. En efecto, incluso había pedido a Corbulón por medio de mensajeros personales que Tiridates no tuviera que ofrecer apariencia alguna de servidumbre, que no fuera obligado a entregar su espada, que no se le impidiera abrazar a los que gobernaban las provincias ni se le hiciera esperar a sus puertas; también le rogaba que en Roma se le tributaran los mismos honores que a los cónsules. Es decir que, acostumbrado a la soberbia extranjera, no tenía verdadero conocimiento de nuestra mentalidad, en la cual lo que cuenta es el nervio del poder, y a sus superficialidades se les da de lado.

32. En el mismo año el César hizo pasar a los pueblos de los Alpes Marítimos al ámbito del derecho latino[448]. En el Circo situó asientos para los caballeros romanos por delante de los de la plebe, pues hasta aquella fecha se colocaban sin separación, dado que la Ley Roscia no reglamentaba más que las catorce filas[449]. Aquel año tuvo también espectáculos de gladia-

---

447 Ciudad de la Media, actual Hamadán (Irán).

448 Todavía nos hallamos en el año 63 d. C. Se nos habla aquí de la pequeña provincia formada por Augusto en el año 14 a. C. con un territorio intermedio entre Liguria y la Galia. Con el *ius Latinum* se le concedía un estatuto jurídico inmediatamente previo al de la plena ciudadanía.

449 Hay que sobreentender «del teatro». La Ley Roscia, del año 67 a. C., reservaba para los caballeros las catorce primeras filas del teatro, en el que los senadores se sentaban en la *orchestra* o semicírculo central. Ahora se le amplía a la clase ecuestre, para los espectáculos del circo, el privilegio de que disfrutaba en el teatro.

dores, con la misma munificencia que los precedentes; pero un mayor número de damas ilustres y senadores se deshonró en la arena.

33. En el consulado de Gayo Lecanio y Marco Licinio[450], un ansia más apremiante día a día empujaba a Nerón a presentarse en los escenarios públicos; pues hasta la fecha sólo había cantado en su casa o en sus jardines durante los Juegos Juveniles, que ahora desdeñaba como poco concurridos y angostos para una voz
2 tan excelsa. Mas, no atreviéndose a empezar por Roma, escogió Nápoles, en razón de que era una ciudad griega; comenzando por allí —decía— cruzaría luego a Acaya, donde había de ganarse coronas insignes y sagradas desde antiguo, y una fama acrecentada que
3 le valdría el entusiasmo de sus conciudadanos. Y así, la gente de aquella ciudad en masa, y también aquellos a los que, procedentes de las colonias y municipios próximos, había movido la noticia de tal acontecimiento, así como los que acompañan al César por honrarlo o por prestarle servicios diversos, e incluso destacamentos militares, llenan el teatro de Nápoles.

34. Lo que allí ocurrió fue, según pensaba la mayoría, algo siniestro; según él, providencial y signo del favor divino. Pues, cuando ya había salido el público asistente, se derrumbó el teatro, vacío y sin causar daño a nadie. El caso es que, dando gracias a los dioses y celebrando el resultado del reciente acontecimiento con cantos compuestos al efecto, Nerón, dispuesto a partir para cruzar el Adriático, se detuvo en Benevento, donde daba Vatinio un concurrido festival
2 de gladiadores. Vatinio fue uno de los más vergonzosos espectáculos de aquella corte: criado en un taller

---

[450] Comienza la narración del año 64 d. C.

de zapatero, físicamente contrahecho y dado a las gracias bufonescas, fue primero elegido como objeto de burla; más tarde, acusando a gente honrada, llegó a cobrar tal poder que con su influencia, su dinero y su capacidad para hacer daño superaba incluso a los malvados.

35. Ni siquiera asistiendo a tal espectáculo, en medio de los placeres, interrumpía Nerón la serie de sus crímenes. Pues precisamente por aquellos mismos días es obligado a morir Torcuato Silano, porque, aparte lo ilustre de la familia Junia, exhibía como tatarabuelo al divino Augusto[451]. Se ordenó a los acusadores que 2
le echaran en cara la prodigalidad de sus donativos, y que no tenía otra esperanza que una revolución; además —decían— tenía a su lado hombres a los que llamaba escribientes, secretarios de peticiones y administradores, títulos propios del mando supremo e indicio de sus proyectos. Entonces se encadenó y detuvo a 3
los más íntimos de sus libertos y, como le amenazaba la condena, Torcuato se cortó las venas de los brazos. Siguió el acostumbrado discurso de Nerón diciendo que aunque era culpable y con razón había desconfiado de su defensa, hubiera salvado la vida de haber esperado a la clemencia del juez.

36. Y poco tiempo después, prescindiendo por el momento de Acaya sin que se averiguaran las causas, volvió Nerón a la Ciudad, obsesionado en el secreto de su imaginación con las provincias de Oriente y en particular con Egipto. A continuación, tras asegurar en un edicto que su ausencia no sería larga y que todo en la república se mantendría en la misma paz y pros-

[451] Décimo Junio Silano era hermano de los ya asesinados Lucio y Marco (véanse XII 8, 1 y XIII 1, 1). Había sido cónsul en el año 53 d. C.

peridad, subió al Capitolio para solemnizar su partida.
2 Allí veneró a los dioses, y habiendo entrado también en el templo de Vesta, sintió un temblor por todos sus miembros, ya fuera por el miedo que le producía la divinidad, ya por el recuerdo de sus crímenes, que nunca lo dejaba libre de temores; el caso fue que abandonó su proyecto alegando que todos sus intereses eran para
3 él más livianos que el amor a la patria. Añadía que había visto tristes los rostros de los ciudadanos y oído secretas quejas porque iba a entregarse a tan largo camino, él, de quien no soportaban siquiera los viajes cortos, acostumbrados a reconfortarse frente a los hados con la contemplación del príncipe; en consecuencia, al igual que entre los afectos personales prevalecían los más cercanos, así, ⟨en el estado⟩[452], tenía mayor fuerza el pueblo de Roma y había que acceder a
4 su afán de retenerlo. Estas y similares consideraciones le resultaron gratas a la plebe, ansiosa de diversiones, y, lo que es su mayor preocupación, temerosa de una escasez de grano en caso de que él faltara. Los senadores y notables dudaban de si sus atrocidades serían mayores teniéndolo lejos o junto a ellos; más tarde, y es algo natural en las situaciones de gran temor, pensaban que lo peor era lo que había ocurrido.

37. Él, a fin de hacer creer que en ninguna otra parte estaba tan a gusto, organizaba banquetes en lugares públicos y usaba de toda la Ciudad como si fuera su casa. Pero el festín más notable por su lujo y fama fue el organizado por Tigelino, del cual hablaré a título de ejemplo, por no tener que contar más veces del
2 mismo despilfarro. Fue el caso que construyó en el estanque de Agripa[453] una embarcación, sobre la que se

---

452 Suplencia conjetural en la que KOESTERMANN sigue a Wurm y Halm. Otros editores la consideran innecesaria.

453 Al parecer, cercano al Panteón, edificio que en su forma

celebraba el banquete mientras era remolcada por otras naves. Estaban éstas adornadas con oro y marfil, y sus remeros eran degenerados dispuestos atendiendo a su edad y ciencia en depravaciones. Había hecho venir aves y fieras de las regiones más diversas y hasta animales marinos del Océano. En los bordes del estan- 3
que se alzaban lupanares repletos de damas ilustres, y enfrente se veían cortesanas totalmente desnudas. Hubo primero gestos y danzas obscenas, y una vez que llegaban las tinieblas, todo el bosque y las casas de los alrededores resonaban con los cantos y se iluminaban con la luz de las antorchas. Nerón, deshonrado 4
por todos los medios lícitos e ilícitos, no había omitido infamia alguna que pudiera corromperlo más; pero todavía, pocos días después, se casó en ceremonia solemne con uno de aquel rebaño de gente infecta; se llamaba Pitágoras. Se impuso al emperador el velo nupcial y se hizo comparecer a quienes hacían los auspicios; hubo dote, lecho conyugal y luminarias nupciales; en fin, pudo contemplarse cuanto incluso en una mujer cubre la noche.

38. Sigue una catástrofe —no se sabe si debida al azar o urdida por el príncipe, pues hay historiadores que dan una y otra versión—, que fue la más grave y atroz de cuantas le sucedieron a esta ciudad por la violencia del fuego. Surgió en la parte del Circo[454] que 2
está próxima a los montes Palatino y Celio; allí, por las tiendas en las que había mercancías idóneas para alimentar el fuego, en un momento estalló y creció el incendio, y azuzado por el viento cubrió toda la longi-

---

primera fue obra del propio Marco Agripa, el amigo y luego yerno de Augusto.

454 El incendio estalló en el extremo SE. del Circo Máximo, en las cercanías de la todavía hoy llamada Porta Capena, en la noche de 19 de julio del año 64 d. C.

tud del Circo. En efecto, no había por medio casas protegidas por recintos resistentes, ni templos rodeados de muros, ni cosa alguna que pudiera representar
3 un obstáculo. El incendio se propagó impetuoso, primero por las partes llanas, luego subiendo a las alturas, para devastar después nuevamente las zonas más bajas; y se adelantaba a los remedios por lo rápido del mal y porque a ello se prestaba la Ciudad, con sus calles estrechas que se doblaban hacia aquí y hacia allá y sus manzanas irregulares, tal cual era la vieja Roma.
4 Se añadían, además, los lamentos de las mujeres aterradas, la incapacidad de los viejos y la inexperiencia de los niños, y tanto los que se preocupaban por sí mismos como los que lo hacían por otros, arrastrando o aguardando a los menos capaces, unos con sus demoras, los otros con su precipitación, ocasionaban un
5 atasco general. Muchos, mientras se volvían a mirar atrás, se veían amenazados por los lados o por el frente, o si habían logrado escapar a las zonas vecinas, acababan también aquéllas ocupadas por las llamas, e incluso las que les parecían alejadas las hallaban en
6 la misma situación. Al fin, sin saber de dónde huir ni hacia dónde tirar, llenaban las calles, se tendían por los campos; algunos, perdidos todos sus bienes, incluso sin alimentos con que sustentarse por un día, otros por amor a los suyos a quienes no habían podido rescatar, perecieron a pesar de que hubieran podido salvarse.
7 Y nadie se atrevía a luchar contra el incendio ante las repetidas amenazas de muchos que impedían apagarlo, y porque otros se dedicaban abiertamente a lanzar teas vociferando que tenían autorización, ya fuera por ejercer más libremente la rapiña, ya fuera porque se les hubiera ordenado.

39. Nerón, que en aquel momento se hallaba en Anzio, no volvió a la Ciudad hasta que el fuego se

acercó a su casa, con la que había unido el Palacio y los Jardines de Mecenas[455]. Pero no se logró detenerlo sin que antes devorara el Palacio, la casa y todos los
alrededores. Sin embargo, para alivio del pueblo des- 2
plazado y sin hogar, hizo abrir el Campo de Marte y los monumentos de Agripa[456], e incluso sus propios jardines, y ordenó levantar construcciones improvisadas en las que acoger a aquella multitud sin recursos; además, se acarrearon subsistencias de Ostia y de los municipios vecinos, y se bajó el precio del trigo a
tres sestercios. Aunque estas medidas buscaban la po- 3
pularidad, no alcanzaron su fin, porque se había extendido el rumor de que, en el mismo momento en que ardía la Ciudad, Nerón se había subido al escenario que tenía en su casa y se había puesto a cantar la destrucción de Troya, comparando las desgracias presentes a los viejos desastres[457].

40. Al fin, al cabo de seis días, el incendio fue detenido en la parte baja de las Esquilias, tras haberse derruido en una gran área los edificios para oponer a su incesante violencia una zona abierta y, por decirlo así, un cielo vacío. Mas el miedo no había desaparecido ni vuelto una ligera ⟨esperanza⟩, ⟨cuando⟩[458] el fuego

---

455 Recuérdese que en el *Palatium* o *Mons Palatinus* estaba la casa de los Césares. Los *Horti Maecenatis*, regalados por Augusto a su gran amigo, se hallaban en la parte oriental de la ciudad, en el Esquilino. La zona ocupada por la nueva construcción sería la de los alrededores del Coliseo, monumento bastante posterior.

456 Conjunto cuyo resto más notorio es el Panteón, el cual tampoco se nos ha conservado en su forma originaria.

457 Son varios los testimonios según los cuales Nerón aprovechó la escenografía que el incendio le brindaba para cantar su poema *Troiae halosis*, sobre el saco de Troya; véase SUETONIO, *Nerón* 38.

458 Texto problemático. La conjetura ⟨*p*⟩*lebi* ⟨*spes*⟩, que es de Madvig, ha sido aceptada por numerosos editores. KOESTER-

cobró nuevamente cuerpo por las zonas más despejadas de la Ciudad; por ello fue menor el número de víctimas; pero los templos de los dioses y los pórticos dedicados al recreo se derrumbaron dejando unas ruinas mayores.
2 Este segundo incendio dio lugar a más rumores infamantes, porque había estallado en unos predios de Tigelino en el barrio Emiliano, y se tenía la impresión de que Nerón andaba tras la gloria de fundar una nueva ciudad y darle su nombre. Y es que Roma está dividida en catorce regiones, de las que quedaban indemnes cuatro, arrasadas tres, y en las siete restantes unos pocos restos de casas, agrietados y semicalcinados.

41. El enumerar las casas, manzanas y templos que se perdieron, no sería tarea fácil; pero de los lugares más antiguos de culto, el que Servio Tulio había dedicado a Lucina[459], el gran altar y la capilla que el arcadio Evandro había consagrado a Hércules Auxiliador[460], el templo de Júpiter Estátor, ofrecido por Rómulo[461], el palacio de Numa y el santuario de Vesta

---

MANN introduce solamente ⟨*spes*⟩, y corrige en *leuis* el *lebis* del manuscrito M. Nos apartamos de él al admitir, a continuación, el ⟨*cum*⟩ de Römer.

459 Así KOESTERMANN, siguiendo al códice *Leidensis*, frente al *Lunae* del *Mediceus* que prefieren otros editores. Según KOESTERMANN, Tácito se refiere, con la advocación *Lucina*, al templo de Diana en el Aventino, atribuido por la tradición al rey Servio Tulio.

460 Evandro, originario de la Arcadia griega, era el mítico señor del que más adelante sería solar de Roma. Ayudó a Eneas en sus luchas con los latinos; véanse XI 41, 3 y nota 43. El pequeño *fanum* de Hércules estaba al SO. del Palatino; véanse XII 24, 1 y nota 147.

461 Situado en el lado N. del Palatino, en la zona en que luego se alzaría el Arco de Tito. Según la tradición, procedía de una ofrenda de Rómulo a Júpiter cuando éste había detenido una desbandada del ejército romano en las luchas contra los

con los dioses Penates del pueblo romano[462], todos ellos ardieron. Además, las riquezas ganadas en tantas victorias y las bellezas del arte griego, luego los testimonios antiguos e intactos de los ingenios literarios, ⟨de manera que⟩, aun en la gran belleza de la ciudad que resurgía, los viejos recordaban muchas cosas que ya no podrían recuperarse. Hubo quienes advirtieron 2
que este incendio estalló el día 19 de julio, el mismo en que los senones habían incendiado la Ciudad tras conquistarla. Otros llegaron tan lejos en el cálculo que afirman que entre un incendio y otro habían pasado tantos años como meses y como días[463].

42. Por lo demás Nerón se aprovechó de las ruinas de su patria y levantó una mansión[464] en la que no eran tanto de admirar las piedras preciosas y el oro —algo ya antes usual y por entonces lujo muy corriente— como los jardines y estanques y, cual en lugar despoblado, los bosques por una parte, por otra los espacios abiertos y hermosas vistas; fueron los directores y proyectistas de la obra Severo y Céler, que tenían ingenio y osadía bastantes para intentar con el arte incluso lo que la naturaleza había negado y abusar de los recur-

---

sabinos; en efecto, la advocación *Stator* puede traducirse por «el que detiene». Sin embargo, consta que el templo no se dedicó hasta el año 294 a. C.

462 La *regia Numae*, sede oficial del *Pontifex Maximus*, y el templo de Vesta se hallaban en el Foro Romano, donde todavía pueden verse notables restos del segundo; en él se guardaban los dioses *penates* o privativos del pueblo romano.

463 Tácito se refiere al famoso *desastre galo* del año 390 a. C. Según el cálculo de Grotenfeld, que recoge Koestermann en su comentario, los 454 años transcurridos se distribuirían en 418 años, 418 meses y 418 días.

464 La fabulosa *Domus Aurea Neroniana*, demolida en buena parte tras la muerte de su constructor, y cuyos restos todavía se conservan entre el Coliseo y las Termas de Trajano; véase Suetonio, *Nerón* 31.

2 sos del príncipe. En efecto, le habían prometido abrir un canal navegable desde el lago Averno hasta la desembocadura del Tíber, siguiendo la costa árida o los montes que se encontraban al paso[465]. Para sacar las aguas no hay a disposición otra cosa que los pantanos Pomptinos, pues lo demás es abrupto o seco y, aunque pudieran abrirse paso a su través, era un esfuerzo insoportable y sin razón suficiente. Pero Nerón, que siempre ansiaba cosas increíbles, se empeñó en cavar las alturas próximas al Averno y aun quedan vestigios de su vana esperanza[466].

43. Por lo demás, la parte de la Ciudad que se salvó de ser ocupada por su casa no se reconstruyó, como después de los incendios de los galos[467], de modo indiscriminado ni de cualquier manera, sino que se ordenó la alineación de las manzanas, se ensancharon las calles, se limitó la altura de los edificios y se dejaron espacios abiertos, construyéndose en ellos pórticos
2 que protegían la fachada de los bloques. Nerón prometió levantar tales pórticos a sus expensas, y entregar a sus dueños los solares libres de escombros. Añadió premios en proporción a la condición y fortuna familiar de cada cual, y fijó un plazo dentro del cual los obtendrían quienes hubieran terminado de construir
3 las casas y manzanas. Para depósito de los escombros destinó los pantanos de Ostia, y determinó que las naves que subieran el trigo por el Tíber bajaran carga-

---

[465] Se trataba de evitar la travesía de cabotaje entre los puertos de Campania y Ostia, peligrosa a la hora de doblar el Cabo Miseno (véase 46, 2); el lago estaba comunicado ya de antiguo con el mar.

[466] La insanas *Paludes Pomptinae* no han sido desecadas hasta época moderna; de ellas se pretendía sacar el caudal necesario para mantener el nivel del canal.

[467] En el año 390 a. C.

das con ellos, y también que los edificios, en ciertas
partes, se trabaran sin vigas, mediante roca de Gabios
y Alba, porque esta piedra resiste al fuego[468]. También 4
puso vigilantes al agua, interceptada por la licencia de
los particulares, de manera que hubiera más y más
abundantes fuentes públicas, y ordenó que todo el
mundo tuviera a su alcance instrumentos para reprimir
los incendios; asimismo prohibió las paredes mediane-
ras, de modo que cada casa tuviera un recinto de
muros propios. Aquellas medidas, bien acogidas por su 5
utilidad, también contribuyeron a la belleza de la ciu-
dad nueva. Pero había quienes creían que el antiguo
trazado era más saludable, porque lo angosto de las
calles y la altura de los edificios no permitía en la mis-
ma medida el paso a los rayos abrasadores del sol,
mientras que ahora los grandes espacios abiertos, no
protegidos por sombra alguna, ardían con un calor
mucho más agobiante.

44. Y estas fueron, ciertamente, las medidas que dictó la prudencia humana. Luego se recurrió a las expiaciones a los dioses y también a los libros sibilinos, por cuyo dictamen se hicieron súplicas a Vulcano, y a Ceres y Proserpina; asimismo se dirigió a Juno un culto propiciatorio a cargo de matronas, primero en el Capitolio y luego junto al mar más cercano[469], de donde se sacó agua con la que se rociaron el templo y la imagen de la diosa; por último, las mujeres que tenían marido celebraron selisternios[470] y vigilias.

---

468 En *Gabii*, cuyas ruinas se hallan junto al actual Castiglione, a unos 20 kms. al E. de Roma, había famosas canteras de *peperino*.

469 En Ostia.

470 Rito procesional en que se colocaban las imágenes de las diosas sobre *sellae*, simétrico al de los *lectisternia*, en los cuales las de los dioses se situaban sobre divanes.

2 Mas ni con los remedios humanos ni con las larguezas del príncipe o con los cultos expiatorios perdía fuerza la creencia infamante de que el incendio había sido ordenado. En consecuencia, para acabar con los rumores, Nerón presentó como culpables y sometió a los más rebuscados tormentos a los que el vulgo llama-
3 ba cristianos, aborrecidos por sus ignomias. Aquel de quien tomaban nombre, Cristo, había sido ejecutado en el reinado de Tiberio por el procurador Poncio Pilato[471]; la execrable superstición, momentáneamente reprimida, irrumpía de nuevo no sólo por Judea, ori-

---

471 Esta mención de Cristo y de los cristianos ha sido objeto de la mayor atención y de numerosos estudios, en razón de la importancia del autor en que aparece y de su cronología relativamente precoz; además, el texto presenta problemas no del todo aclarados. En efecto, la mejor parte de la tradición manuscrita da la lectura *Chrestianos*, no el esperable *Christianos*, lo que parece llevar a pensar que Tácito los confunde con los seguidores del agitador judío *Chrestus* nombrado por SUETONIO en *Claudio* 25, 4 (KOESTERMANN), aunque hay quienes piensan que el tal *Chrestus* es realmente el mismo Cristo; la deformación del nombre se debería a un proceso de etimología popular que lo interpretaría no como «el ungido», sino como «el beneficioso», lo que no sería raro con una pronunciación *itacista* de la *eta* griega. Por otra parte sorprende el nombre *Christus*, documentado en la tradición manuscrita de Tácito con la misma seguridad que *Chrestianos*, aunque la incoherencia, más que motivo para dudar de la historicidad de la noticia, parece rasgo de autenticidad. No nos es posible saber si Tácito hacía mención de la muerte de Cristo en el lugar cronológico correspondiente de la obra, pues correspondía a la parte perdida del libro V; con todo, el que al nombrarlo ahora no haga referencia a pasaje anterior parece apuntar a que esta es la primera y única mención del personaje en los *Annales*. Acerca de Poncio Pilato ha venido a dar nueva y muy directa noticia un reciente hallazgo epigráfico (véase *L'Année Epigraphique* 1963, núm. 104, y 1971, núm. 477); habría sido *praefectus* de Judea entre los años 27 y 37 d. C., y padeció destierro bajo Calígula según FLAVIO JOSEFO, *Antigüedades Judaicas* XVIII 88 y sig. Para una noticia más completa sobre el tema puede verse la parte correspondiente del comentario de KOESTERMANN.

gen del mal, sino también por la Ciudad, lugar en el que de todas partes confluyen y donde se celebran toda
clase de atrocidades y vergüenzas. El caso fue que se 4
empezó por detener a los que confesaban abiertamente su fe, y luego, por denuncia de aquéllos, a una ingente multitud, y resultaron convictos no tanto de la acusación del incendio cuanto de odio al género humano[472]. Pero a su suplicio se unió el escarnio, de manera que perecían desgarrados por los perros tras haberlos hecho cubrirse con pieles de fieras, o bien clavados en cruces, al caer el día, eran quemados de manera que sirvieran
como iluminación durante la noche. Nerón había ofre- 5
cido sus jardines para tal espectáculo, y daba festivales circenses mezclado con la plebe, con atuendo de auriga o subido en el carro. Por ello, aunque fueran culpables y merecieran los máximos castigos, provocaban la compasión, ante la idea de que perecían no por el bien público, sino por satisfacer la crueldad de uno solo.

45. Entretanto Italia fue devastada para allegar caudales; se arruinó a las provincias y a los pueblos aliados, y a las ciudades llamadas libres. De aquel despojo fueron víctimas incluso los dioses, pues en la Ciudad se saquearon los templos y se amontonó el oro que en triunfos y en votos habían consagrado todas las generaciones del pueblo romano en la prosperidad o
en el peligro. Por decir verdad, en Asia y Acaya no sólo 2
se arrebataban las ofrendas, sino incluso las imágenes de las divinidades, para lo cual fueron enviados a aquellas provincias Acrato y Secundo Carrinate. Era aquél

---

472 KOESTERMANN, en su comentario, aduce acerca de este lugar un texto de TERTULIANO, *Apologético* 37, 8; «pero [a los cristianos] habéis preferido llamarlos enemigos del género humano más que del error humano». Parece, pues, que se trata de un prejuicio fuertemente arraigado y tal vez heredado de las corrientes antijudaicas en el seno de la sociedad romana.

un liberto dispuesto a todas las infamias; el otro, experto en las doctrinas griegas sólo de palabra, no había revestido su espíritu con las buenas acciones.
3 Se contaba que Séneca, a fin de apartar de sí el odio suscitado por tal sacrilegio, pidió permiso para retirarse al campo en un lugar alejado, y que al no concedérsele fingió una enfermedad y, como si se encontrara aquejado de neuralgia, no salía de su habitación. Cuentan algunos que por orden de Nerón le fue preparado un veneno por un liberto suyo llamado Cleonico, pero que Séneca se libró de él ya por confesión del liberto ya por su propia desconfianza, pues se mantenía con una comida en extremo sencilla y con frutos silvestres, y cuando tenía sed bebía agua corriente.

46. Por el mismo tiempo los gladiadores que intentaron una sublevación en la ciudad de Preneste fueron sometidos por el destacamento militar que los tenía a su cargo, cuando ya el pueblo, que suele estar ansioso de cosas nuevas y es de natural cobarde, anda-
2 ba hablando de Espártaco y de viejos desastres[473]. No mucho después llegó la noticia de una catástrofe naval, no en guerra —pues nunca había habido una paz tan inalterada—, sino debida a que Nerón había ordenado que la flota volviera a Campania en un día fijo, sin considerar los azares del mar. Por ello los pilotos, aunque las aguas estaban encrespadas, zarparon de Formias; cuando a merced de un impetuoso ábrego trataban de doblar el cabo Miseno, se estrellaron contra la costa de Cumas perdiendo la mayoría de las trirremes y gran cantidad de embarcaciones menores.

---

[473] Preneste corresponde a la actual Palestrina, a unos 40 kilómetros al E. de Roma. Espártaco, esclavo tracio, había capitaneado en el año 73 a. C. la rebelión de los gladiadores de Capua; véase III 73, 2.

47. Al final del año[474] se divulgan prodigios anun-
ciadores de males inminentes: rayos más reiterados
que nunca, y un cometa, fenómeno expiado siempre
por Nerón con sangre ilustre; fetos de dos cabezas,
humanos y de animales, arrojados en lugares públicos
o hallados en los sacrificios en los que es costumbre
inmolar víctimas preñadas. Además, en tierras de Pia- 2
cenza[475], nació junto a un camino un ternero que tenía
la cabeza en una pata; siguió la interpretación de los
harúspices en el sentido de que se preparaba para el
gobierno de los hombres otra cabeza, pero que no sería
poderosa ni lograría mantenerse oculta, porque había
estado comprimida en el vientre materno y salido a la
luz junto a un camino.

48. Entran después en el consulado[476] Silio Nerva
y Atico Vestino, al tiempo que se formó y creció una
conjuración a la que habían rivalizado por dar sus
nombres senadores, caballeros, militares e incluso mu-
jeres, tanto por odio a Nerón como por simpatía hacia
Gayo Pisón. Procedía éste del linaje Calpurnio, y si por 2
la nobleza paterna entroncaba con muchas familias
ilustres, era notablemente popular por su virtud o por
apariencias semejantes a ella. En efecto, empleaba su 3
elocuencia en defender a los ciudadanos, era generoso
con los amigos, e incluso con los desconocidos se mos-
traba amable en la conversación y trato. A esto había
que añadir circunstancias accidentales, como su talla
prócer y su hermoso rostro; pero no era persona de
conducta severa ni se escatimaba placeres: se dejaba
llevar por la frivolidad y magnificencia, y a veces por las
pasiones. Por ello merecía la aprobación de la mayoría,

---

474 Todavía el año 64 d. C.

475 En la llanura del Po, actual Lombardía.

476 Comienza la narración del año 65 d. C. y, con ella, la de la conjura de Pisón.

que, entre tantos deleites del vicio, no quiere que el poder supremo sea demasiado estricto ni exigente.

49. El origen de la conjuración no estuvo en su ambición personal; pero tampoco podría yo determinar quién fue su autor primero, por impulso de quién se puso en marcha el movimiento al que tantos se
2 sumaron. Que los más dispuestos fueron el tribuno de cohorte pretoria Subrio Flavo y el centurión Sulpicio Aspro, lo prueba la firmeza con que afrontaron la
3 muerte. Lucano Anneo[477] y Plaucio Laterano aportaron la viveza de sus odios. A Lucano lo inflamaban razones personales, porque Nerón procuraba acallar su fama de poeta y le había prohibido mostrar su obra, lleno de vana envidia. A Laterano, que era cónsul designado, no lo hizo comprometerse agravio alguno, sino el amor
4 a la república. Flavio Escevino y Afranio Quinciano, ambos del rango senatorial, se adhirieron desde el comienzo a tamaña empresa desmintiendo su fama; y es que Escevino tenía un espíritu enervado por la disipación y, en consonancia, una vida que languidecía en el sueño; Quinciano tenía mala reputación por la molicie de su cuerpo, y, difamado por Nerón en un poema ultrajante, trataba de vengar su agravio.

50. Así pues, comentando entre sí o entre amigos los crímenes del príncipe, que se acercaba el final del imperio, y que había que elegir a uno que remediara a aquella situación de agotamiento, se ganaron a Claudio Seneción, Cervario Próculo, Vulcacio Arárico, Julio Augurino, Munacio Grato, Antonio Natal y Mar-
2 cio Festo, caballeros romanos. De entre ellos, Seneción era especialmente íntimo de Nerón, y al mantener

[477] El poeta épico, sobrino de Séneca y nacido, como él, en Córdoba, en el año 39 d. C.

todavía la apariencia de su amistad, se veía por ello amenazado por más peligros. Natal participaba en todos los secretos de Pisón; los demás tenían sus esperanzas en un cambio de régimen. Aparte Subrio y Sul- 3
picio, de quienes ya conté, se ganaron a militares activos, como Gavio Silvano y Estacio Próximo, tribunos de las cohortes pretorias, y Máximo Escauro y Véneto Paulo, centuriones. Pero la fuerza mayor parecía residir en el prefecto[478] Fenio Rufo, respetado por su vida y su fama, pero que en consideración a la crueldad e impudor era precedido en el ánimo del príncipe por Tigelino, que lo agobiaba con acusaciones y varias veces lo había atemorizado amenazándolo con denunciarlo como amante de Agripina, y de que por añoranza de ella estaba decidido a vengarla. En conse- 4
cuencia, una vez que los conjurados estuvieron seguros por sus repetidas declaraciones de que también el prefecto del pretorio se había pasado a su partido, trataban ya con mayor decisión del momento y lugar del asesinato. Se contaba que Subrio Flavo había sentido el impulso repentino de atacar a Nerón mientras cantaba en la escena, o cuando, en el incendio de su casa, corría en la noche de aquí para allá desprovisto de escolta. En este caso la oportunidad de encontrarse a solas, en el otro la concurrencia misma, el más hermoso testigo de acto tan honroso, habían azuzado su ánimo; pero lo había contenido el ansia de impunidad, que se opone siempre a los grandes intentos.

51. Entretanto, como vacilaban postergando su esperanza y su miedo, una cierta Epícaris, que no se sabe cómo se había enterado del asunto, pues nunca antes había tenido preocupación alguna por la decencia, se

---

478 Prefecto del pretorio, una especie de comandante militar de Roma.

dedicaba a provocar e increpar a los conjurados. Al fin, harta de la lentitud con que procedían y hallándose en Campania, se empeñó en hacer claudicar y comprometer en la conspiración a los jefes de la flota de Miseno comenzando del modo que ahora se verá.
2 Era comandante de navío en aquella escuadra Volusio Próculo, uno de los ejecutores de la muerte de la madre de Nerón y que, según él pensaba, no había sido engrandecido en proporción a la magnitud de su crimen. Ya fuera antiguo conocido de aquella mujer, ya tuviera con ella una amistad reciente, el caso es que le declara los servicios que había prestado a Nerón, y cuán mal correspondidos habían sido, añadiendo quejas y descubriéndole su intención de vengarse cuando se le presentara la ocasión; le dio esperanzas de que sería posible empujarlo a ella y ganarse a varios más: no era de menospreciar la ayuda de la flota, y ofrecía múltiples oportunidades, dado que Nerón gustaba mucho de disfrutar del mar en Pozzuoli y en
3 Miseno. En consecuencia Epícaris abunda en el tema y le habla de todos los crímenes del príncipe y de que al senado no le quedaba prerrogativa alguna. Ahora bien —le decía— se habían tomado medidas para que pagara su crimen de haber destruido la república; debía, pues, disponerse a prestar su colaboración y atraerse al partido a los militares más valerosos; podía esperar una recompensa digna. Sin embargo calló los
4 nombres de los conjurados; por ello, a pesar de que Próculo denunció a Nerón lo que había oído, su testimonio resultó inútil. En efecto, se hizo comparecer a Epícaris para un careo con el denunciante, pero al no poder éste apoyarse en testigos le fue fácil refutarlo. De todos modos se la retuvo en prisión, toda vez que Nerón sospechaba que la denuncia no era falsa aunque no se hubiera probado su veracidad.

52. Por su parte los conjurados, movidos por el temor de una traición, estimaron conveniente apresurar el asesinato y llevarlo a cabo en Bayas[479], en una villa de Pisón a la que Nerón acudía con frecuencia, prendado por su amenidad, para bañarse y banquetear, desprovisto de escolta y del aparato propio de su condición; pero se negó Pisón pretextando la infamia que le valdría el que el carácter sagrado de la mesa y los dioses de la hospitalidad se vieran ensangrentados por la muerte de un príncipe, fuera éste de la catadura que fuera; era mejor —decía— que llevaran a cabo la empresa asumida en bien de la república en la Ciudad, en aquella casa odiada y construida con el despojo de los ciudadanos, o bien en un lugar público. Esto 2
era lo que decía para todos, pero en el fondo temía que Lucio Silano, elevado a la cima del prestigio por su eximia nobleza y por las enseñanzas de Gayo Casio[480], con el que se había educado, se apoderara del imperio con la ayuda gustosa de quienes se hubieran mantenido al margen de la conjura y de los que sintieran pena de Nerón considerándolo víctima de un crimen. Muchos creían también que Pisón trataba de 3
prevenirse contra el carácter decidido del cónsul Vestino, no fuera que derivara hacia la libertad[481], o que escogiendo él otro emperador le entregara la república como un regalo; pues de hecho estaba al margen de la conjuración, aunque Nerón saciara luego su viejo odio contra aquel inocente utilizando precisamente esa acusación.

---

479 Estación balnearia de moda, junto al Cabo Miseno, en la bahía de Nápoles.

480 Gayo Casio Longino, ilustre jurisconsulto, antiguo gobernador de Siria; véase XII 11, 3 y 12, 1.

481 Es decir, hacia la restauración de la república, idea poco grata a aquellos conspiradores aristócratas.

53. Por fin determinaron poner por obra su plan el día de juegos circenses que se consagra a Ceres[482], porque el César, que raramente salía por permanecer encerrado en su casa o en sus jardines, solía acudir a los espectáculos del Circo y habría más fácil acceso a
2 él con motivo de la alegría del festival. Habían establecido el plan de la emboscada de manera que Laterano, como si fuera a pedirle ayuda para su patrimonio familiar, se acercara suplicante al príncipe y arrojándose a sus rodillas lo derribara de improviso y lo sujetara, pues era hombre valiente y de gran talla física; entonces, cuando estuviera tendido e inmovilizado, los tribunos y centuriones, y los demás según la audacia que tuvieran, correrían junto a él y lo degollarían; tenía solicitado el papel de protagonista Escevino, quien había sustraído un puñal en el templo de la Salvación o, según cuentan otros, en el de la Fortuna de la ciudad de Ferento[483], y lo llevaba consigo como consa-
3 grado a una gran obra. Entretanto Pisón debía aguardar en el templo de Ceres, de donde lo harían venir el prefecto Fenio y los demás para llevarlo a los cuarteles acompañado por Antonia, la hija del César Claudio[484], a fin de procurarse el favor del pueblo, según
4 cuenta Gayo Plinio[485]. Yo, por mi parte, no he querido ocultar esa versión, al margen del crédito que merezca,

---

[482] Los *Ludi Cereales* culminaban el 19 de abril.

[483] KOESTERMANN da en su edición *Ferentino in oppido*, siguiendo a Cluvier, frente al *Frentano in oppido* de los manuscritos, defendido por editores como WUILLEUMIER. La primera lectura se referiría a la actual Ferento, cerca de Viterbo; la segunda llevaría a pensar en un pueblo de la costa del Adriático.

[484] La que había tenido con Elia Petina; con tal gesto se buscaría poner del lado de la revolución las simpatías, muy vivas, de que disfrutaba entre el pueblo la casa de los Césares.

[485] Plinio el Viejo, en una de sus obras perdidas; véanse XIII 20, 2 y 31, 1, y la Introducción General a los *Anales*, volumen 19 de esta colección, pág. 14.

y a pesar de que parezca absurdo o fruto de una esperanza vana que Antonia prestara su nombre y se arriesgara, o que Pisón, conocido por el amor que tenía a su esposa, se comprometiera a otro matrimonio; a no ser que se considere la ambición de dominar como más poderosa que todos los afectos.

54. Pero es verdaderamente admirable cómo se mantuvo todo en secreto entre personas de diverso linaje y condición, edad y sexo, ricos y pobres, hasta que surgió la traición en la casa de Escevino. La víspera del día escogido para el atentado había mantenido éste una larga conversación con Antonio Natal; volvió después a su casa y selló su testamento; luego se quejó de que el puñal del que ya conté, que llevaba listo en su vaina, estaba embotado por el tiempo, y ordenó pulirlo en la muela y hacerlo chispear hasta sacarle punta,
encargando tal tarea a su liberto Mílico. Al tiempo 2
se sentó a la mesa, servida con mayor esplendidez que de ordinario, y premió a sus siervos más queridos con la libertad y a otros con dinero; daba claras señales de hallarse preocupado y sumido en graves pensamientos, aunque simulaba alegría con conversaciones
vagas. Por fin, ordena al mismo Mílico disponer ven- 3
das de las que se usan para detener las hemorragias; no se sabe si el liberto estaba al tanto de la conjura y le había sido leal hasta el momento, o si la ignoraba y sólo entonces concibió sospechas, como cuenta la
mayoría. El caso fue que, cuando aquel espíritu servil 4
echó cuentas del premio que le valdría su deslealtad, viendo ante sí riquezas y poder sin límite, salieron perdiendo el derecho divino y la vida de su patrono, y el recuerdo de la libertad que le había dado. Mílico había tomado también consejo de su esposa, consejo de mujer y, como tal, pernicioso; en efecto, le metía miedo diciéndole que había muchos libertos y esclavos que

habían visto lo mismo, que de nada valdría el silencio de uno solo, y que en cambio el premio había de ir sólo a las manos del que se adelantara con su denuncia.

55. Y así, al rayar el día, Mílico marcha a los Jardines Servilianos[486]; y como en la entrada lo detuvieron, empezó a decir que era portador de grandes y terribles noticias. Fue conducido por los porteros a presencia de Epafrodito, liberto de Nerón, y luego por él ante Nerón en persona; entonces le revela el peligro que lo amenazaba, lo temibles que eran los conjurados y todo lo demás que había oído o conjeturado, mostrándole incluso el arma dispuesta para darle muerte
2 y pidiendo que se hiciera comparecer al acusado. Fue detenido éste por militares, e iniciando su defensa respondió que aquel puñal por el que se le acusaba era desde antiguo objeto de culto en su casa, que lo tenía guardado en su cámara y que había sido sustraído por un engaño de su liberto; que las tablillas de su testamento las había sellado muchas veces y sin consideración al día en que lo hacía; que ya con anterioridad había obsequiado a sus esclavos con dinero y concediéndoles la libertad, y que en aquella ocasión lo había hecho con mayor largueza porque, hallándose ya en decadencia su patrimonio familiar y viéndose acosado por los acreedores, no confiaba en su testamen-
3 to. Por otra parte —decía— siempre había dado banquetes de manera liberal, pues había llevado una vida regalada y poco del agrado de los jueces severos; vendas para las heridas, no se había preparado ninguna por orden suya, sino que el acusador, tras haberle echado en cara todo lo demás, a todas luces sin fundamento, añadía aquella imputación con la que se

486 Antigua posesión de Servilio Noniano, en el camino de Roma a Ostia, en la cual se alojaba entonces Nerón.

constituía a un tiempo en denunciante y en testigo. Apoya sus palabras con la firmeza, y va todavía más 4 allá, acusándolo de persona indigna de tomarse como testigo y de criminal, con tanta seguridad en su voz y en su expresión que la denuncia estaba a punto de caer por tierra; pero a Mílico le había avisado su esposa de que Antonio Natal había mantenido con Escevino numerosos coloquios secretos, y de que ambos eran íntimos de Gayo Pisón.

56. En consecuencia se hace comparecer a Natal, y se los interroga por separado acerca de su conversación y del tema de la misma. Entonces surgió la sospecha, porque no dieron respuestas congruentes, y se les pusieron cadenas. No fueron capaces de soportar la perspectiva y amenaza del tormento; pero Natal, que 2 estaba más al tanto del conjunto de la conspiración, y era también más hábil para acusar, confiesa el primero comenzando por Pisón; añade luego le nombre de Anneo Séneca, ya porque hubiera actuado como intermediario entre él y Pisón, ya por procurarse la gracia de Nerón, que, lleno de odio por Séneca, buscaba por todos los medios la manera de aplastarlo. Entonces, 3 al saber de la declaración de Natal, también Escevino reveló con similar debilidad los nombres de los demás, tal vez creyendo que ya todo estaba descubierto y que nada ganaba con callar. De entre los delatados, 4 Lucano, Quinciano y Seneción negaron durante largo tiempo; pero más tarde, corrompidos al prometérseles la impunidad, y buscando excusar su tardanza, denunciaron Lucano a su propia madre Acilia, Quinciano a Glicio Galo y Seneción a Annio Polión, sus principales amigos.

57. Entretanto Nerón, recordando que por la denuncia de Volusio Próculo estaba detenida Epícaris,

y pensando que su cuerpo de mujer no soportaría el dolor, da orden de que la desgarren en el tormento. Sin embargo, ni los azotes ni el fuego ni la ira de aquellos hombres, que la atormentaban con más encarnizamiento por no verse humillados por una mujer, lograron hacerla desistir de negar las acusaciones que se le hacían. Y así burló el primer día de interrogatorio.
2 Al siguiente, cuando la llevaban de nuevo a los mismos suplicios en una silla —pues no podía tenerse sobre sus miembros descoyuntados—, se quitó del pecho la banda que la sujetaba, formó una especie de lazo atado a la cimbra de la silla, metió en él su cuello y haciendo peso con su cuerpo logró exhalar su ya exhausto espíritu. Más preclaro fue el ejemplo dado por aquella liberta protegiendo en situación tan extrema a personas que le eran ajenas y casi desconocidas, cuanto que ciudadanos de origen libre, varones y caballeros romanos y también senadores, sin que les hubieran tocado los tormentos, traicionaban cada cual a sus personas más queridas.

58. En efecto, ni Lucano ni Seneción ni Quinciano dejaban de delatar en tropel a todos sus cómplices, ante el temor creciente de Nerón, a pesar de que se
2 había rodeado de escoltas redobladas. Todavía más: ocupadas las murallas con destacamentos, guarnecido incluso el mar y el río, puso a la Ciudad como en prisión. Corrían por los foros, por las casas, por los campos incluso y por los municipios próximos soldados de a pie y de a caballo, mezclados con germanos, en los
3 que, como extranjeros, confiaba el príncipe. Luego pasaban columnas continuas de gente encadenada a la que se dejaba a las puertas de los Jardines. Y cuando entraban a declarar, no ya ⟨el favor⟩ [487] que pudieran

---

[487] Texto corrompido. Seguimos el intento de restitución de KOESTERMANN (con Fuchs y Römer).

haber dispensado a los conjurados, sino incluso las conversaciones casuales o los encuentros espontáneos, o el que hubieran concurrido juntos a un banquete o un espectáculo, todo era materia de acusación; además, aparte los sañudos interrogatorios de Nerón y Tigelino, también Fenio Rufo los acosaba violentamente, antes de que los delatores lo hubieran nombrado a él, y con la idea de hacer creer que nada sabía, mostrándose feroz con sus compañeros. Fue él quien, 4
cuando Subrio Flavo, que estaba presente y le preguntaba por señas si en el transcurso mismo del interrogatorio había de sacar la espada y ejecutar el asesinato, le respondió que no y detuvo su arranque cuando ya llevaba la mano a la empuñadura de su arma.

59. Hubo quienes, al saber traicionada la conjura, mientras se escuchaba a Mílico, mientras dudaba Escevino, exhortaron a Pisón a marchar a los cuarteles o a subirse a los Rostros y probar la disposición del ejército y del pueblo: si los que participaban de sus planes se unían, habían de seguirlos también los que estaban al margen, y cobraría gran fuerza la noticia de la insurrección, lo cual tiene gran importancia en todo movimiento revolucionario; Nerón no había to- 2
mado medida alguna en este sentido, e incluso los hombres valientes se asustan ante acontecimientos imprevistos; cuánto menos aquel comediante, acompañado simplemente por Tigelino y sus cortesanas, osaría ofrecer resistencia armada. Añadían que llegan a término muchos intentos que a los cobardes les parecen arduos. De nada valdría esperar sigilo y lealtad en los 3
ánimos y cuerpos de tantos comprometidos: nada cerraría el paso al tormento o a la recompensa. Le hacían ver que también a él iban a venir a prenderlo para a la postre darle una muerte indigna. ¡Con cuánta más gloria perecería abrazado a la república y pi-

diendo auxilio para la libertad! Caso de que le faltara el ejército y el pueblo lo abandonara, al menos podría él, si se le arrebataba la vida, hacer que los mayores
4 y la posteridad aprobaran su muerte. Mas sin dejarse mover por estas razones y apareciendo muy poco en público, y luego totalmente retirado en su casa, procuraba fortalecer su ánimo de cara al momento supremo, a la espera del destacamento militar, al que por cierto Nerón había elegido de entre los bisoños o de los de poca antigüedad en el servicio, pues a los soldados veteranos los temía suponiéndolos contagiados
5 por la popularidad de Pisón. Encontró la muerte abriéndose las venas de los brazos. Hizo un testamento con deshonrosas adulaciones a Nerón en consideración a su esposa, mujer degenerada y recomendable únicamente por su hermosura; Pisón la había arrebatado a un amigo con quien estaba casada. Se llamaba Satria Gala, y su primer marido Domicio Silo; éste con su paciencia y aquella con su impudor propagaron la infamia de Pisón.

60. Nerón hizo morir inmediatamente después al cónsul designado Plaucio Laterano, con tanta precipitación que no le permitió abrazar a sus hijos, ni el breve respiro habitual de dejarle elegir la forma de muerte. Arrastrado a un lugar reservado para el tormento de los esclavos, es degollado por la mano del tribuno Estacio; se mantuvo en un silencio firme, sin reprochar al tribuno su complicidad en el mismo asunto.
2 Sigue la muerte de Anneo Séneca, especialmente grata al príncipe, no porque lo hubiera hallado implicado en la conjuración, sino porque deseaba acometerlo con el hierro una vez que el veneno no había resultado.
3 En efecto, sólo Natal lo nombró, y limitándose a decir que lo habían enviado junto a Séneca, que estaba en-

fermo, para que lo visitara y se quejara de que no le permitiera la entrada a Pisón, y le dijera que era mejor que cultivaran su amistad con encuentros en la intimidad; que Séneca le había respondido que ni a uno ni a otro convenía que conversaran con frecuencia, y que por lo demás su vida dependía de que a
Pisón no le ocurriera nada. Se le ordena entonces a 4
Gavio Silvano, tribuno de una cohorte pretoria, comunicar esto a Séneca y preguntarle si reconocía las palabras de Natal y su propia respuesta. Pero él —no se sabe si por casualidad o precaución— había regresado aquel día de Campania y se había quedado a cuatro millas de la Ciudad, en su casa de campo. Allí acudió el tribuno al caer la tarde, y rodeó la villa con grupos de soldados; entonces, cuando Séneca estaba sentado a la mesa con su esposa Pompeya Paulina y dos amigos, le dio a conocer el encargo del emperador.

61. Séneca respondió que le había sido enviado Natal, quien se había quejado en nombre de Pisón de que no se le permitiera visitarlo, y que él se había excusado con su estado de salud y su amor al reposo. En cuanto a anteponer la suerte de un ciudadano privado a su propia vida, no había tenido razones para ello, ni era su carácter propenso a las adulaciones; eso —decía— lo sabía mejor que nadie Nerón, quien en Séneca había hallado más veces libertad de espíritu
que servilismo. Una vez que el tribuno le refirió estas 2
palabras en presencia de Popea y Tigelino, que constituían el consejo íntimo del príncipe para sus crueldades, le pregunta si Séneca preparaba su muerte voluntaria. Entonces el tribuno le aseguró que no había sorprendido signo alguno de temor, ningún rasgo de tristeza en sus palabras ni en su rostro. En consecuencia se le ordena volver y mandarle que se dé la

3 muerte. Cuenta Fabio Rústico[488] que el tribuno no volvió por el camino por el que había venido, sino que se desvió para presentarse ante el prefecto Fenio y, tras contarle las órdenes del César, preguntarle si debía obedecer, y que él le aconsejó que las cumpliera;
4 ¡fatal cobardía por parte de todos! Porque Silvano estaba también entre los conjurados, y ahora iba a aumentar los crímenes para cuya venganza había conspirado. Sin embargo, se guardó de hablar y de mirar, e hizo entrar junto a Séneca a uno de los centuriones para que le manifestara aquella suprema necesidad.

62. Él, sin inmutarse, pide las tablillas de su testamento; como el centurión se las niega, se vuelve a sus amigos y les declara que, dado que se le prohibe agradecerles su afecto, les lega lo único, pero lo más hermoso, que posee: la imagen de su vida; si se acuerdan de ella, tendrán la reputación de hombres virtuo-
2 sos como premio por tan constante amistad. Al tiempo procura convertir su llanto en entereza, ya hablándoles en tono llano, ya con mayor energía y como reprendiéndolos; les pregunta dónde están los preceptos de la filosofía, dónde los razonamientos por tantos años meditados frente al destino. ¿A quién había pasado desapercibida la crueldad de Nerón? Asesinados su madre y su hermano —les decía— ya nada le faltaba sino añadir a esas muertes la de su educador y maestro.

63. Hechas estas y similares consideraciones como hablando para todos, abraza a su esposa y, un poco conmovido a pesar de su inquebrantada entereza, le ruega y suplica que modere su dolor y no lo haga eter-

---

488 Historiador de obra perdida, utilizada por Tácito; véase *Introducción*, pág. 15.

no, antes bien, que en la contemplación de una vida transcurrida en la virtud se acomode a soportar con honorables consuelos la añoranza de su marido. Pero ella le responde asegurándole que tiene decidido morir también, y reclama la mano del ejecutor. Entonces 2
Séneca, por no oponerse a su gloria, y al tiempo por amor a ella, no queriendo dejar a la que amaba como a nadie expuesta a los agravios, le dice: «Yo te había mostrado los aspectos gratos de la vida; tú prefieres el honor de la muerte; no me mostraré envidioso ante un ejemplo así. Sea la fortaleza de esta muerte tan valerosa igual por parte de ambos, pero tu final merecerá más gloria.» Tras esto y de un mismo golpe se abren las venas de los brazos con el hierro. Como a 3
Séneca, debilitado su cuerpo por la vejez y la parquedad en el alimento, la sangre se le escapaba lentamente, se abrió también las venas de los muslos y pantorrillas. Extenuado por crueles sufrimientos, a fin de no quebrantar con su dolor el ánimo de su esposa y no dejarse él llevar a la debilidad al contemplar los tormentos que ella padecía, la persuade a que se retire a otra habitación. Todavía en posesión de su elocuencia en su momento supremo, hizo venir a los secretarios y les dictó abundantes líneas que, dado que han sido ya divulgadas en sus términos literales, me excuso de glosar aquí[489].

64. Mas Nerón, como no abrigaba un odio particular hacia Paulina, y también por evitar que creciera el aborrecimiento ganado con su crueldad, ⟨ordena⟩ que se le impida morir. A instancias de los soldados, los siervos y libertos ligan las venas de sus brazos cortando la hemorragia; no se sabe si ella no se dio cuenta. Y es que, según es el vulgo proclive a los rumores más 2

[489] Tales palabras no se nos han conservado.

maliciosos, no faltaron quienes pensaran que, mientras temió que Nerón se mostrara implacable, buscó la gloria de asociarse en la muerte a su marido, pero que al ofrecérsele luego una esperanza más benévola, se dejó vencer por los halagos de la vida. La conservó solamente por unos pocos años más, en medio de un recuerdo de su marido digno de alabanza, y con una palidez tal en su rostro y en sus miembros que se veía claramente que la había abandonado una buena parte
3 de su espíritu vital. Entretanto Séneca, como se alargaba el lento trance de su muerte, pide a Estacio Anneo, en cuya amistad y arte médica confiaba por larga experiencia, que le proporcione un veneno prevenido desde tiempo atrás, el mismo por el que morían los condenados por público juicio en Atenas[490]; se lo llevó y de nada le sirvió tomarlo, porque al estar ya fríos sus miembros se cerraba su cuerpo a la acción
4 del tóxico. Por fin entró en un baño de agua caliente, y salpicando a los esclavos que se encontraban a su lado añadió que hacía libación de aquellas aguas a Júpiter Liberador[491]. Acto seguido se metió en la bañera, cuyos vapores lo asfixiaron. Su cuerpo es incinerado sin funeral alguno; así lo había dispuesto en un codicilo cuando, todavía en la cima de la riqueza y del poder, no dejaba por ello de ocuparse de sus momentos supremos.

65. Corrió el rumor de que Subrio Flavo, en acuerdo secreto con los centuriones, pero sin que lo ignorara Séneca, había decidido que, una vez muerto Nerón por

---

490 La cicuta; el detalle acentúa el estudiado paralelismo con la descripción tradicional de la muerte de Sócrates.

491 El rito de la libación consistía en la acción de derramar por tierra la bebida que se ofrecía a los dioses. Séneca considera su muerte como una liberación, como luego hará Peto Trásea; véase XVI 35, 1.

obra de Pisón, se matara también a Pisón y se entregara el imperio a Séneca, elegido para el supremo poder como hombre sin culpa y de esclarecidas virtudes. Incluso andaban de boca en boca unas palabras de Flavo en el sentido de que el deshonor sería el mismo si se apartaba al citaredo para poner en su lugar a un cantor de tragedia; pues al igual que Nerón con la cítara, Pisón solía cantar con atuendo trágico.

66. Por lo demás, tampoco la conspiración entre los militares logró pasar desapercibida por más tiempo una vez que los delatores se vieron empujados a denunciar a Fenio Rufo, pues no toleraban que actuara al tiempo como cómplice e inquisidor. Y así, cuando Fenio lo acosaba y amenazaba, le dijo Escevino sonriendo que nadie sabía más que él mismo, y lo insta a mostrarse agradecido por su parte a un príncipe tan
bueno. Frente a esto no supo Fenio ni replicar ni 2
callarse, sino que con sus palabras entrecortadas dejó al descubierto su pavor; como los demás, y especialmente el caballero romano Cervario Próculo, cargaron a una sobre él para hacerlo confesar, por orden del emperador es detenido y encadenado por el soldado Casio, que estaba allí de servicio en razón de su extraordinaria fortaleza física.

67. Acto seguido, por la declaración de las mismas personas se ve perdido el tribuno Subrio Flavo, que en un primer momento trató de utilizar en su defensa la diferencia entre sus costumbres y las de los demás: él, un hombre de armas, no iba a asociarse con aquellos afeminados inermes para un delito tan grande; luego, cuando lo acosaron, eligió la gloria de la confe-
sión. Al preguntarle Nerón por qué causa había llegado 2
a olvidar su juramento, le dijo: «Te odiaba; y ninguno de tus soldados te fue más leal mientras mereciste ser

amado; empecé a odiarte cuando te convertiste en
asesino de tu madre y de tu esposa, en auriga y en
3 histrión y en incendiario.» He reproducido sus mismas
palabras porque no habían sido divulgadas como las de
Séneca[492], y no eran menos dignos de conocerse los
sentimientos rudos pero valerosos de aquel militar pro-
fesional. Consta que fueron las palabras más duras que
con motivo de aquella conjura hubo de escuchar Ne-
rón, quien tenía tanta disposición para cometer sus
crímenes como escasa costumbre de oír contar lo que
4 había hecho. La ejecución de Flavo se encarga al tri-
buno Veyanio Nigro. Mandó éste cavar una fosa en un
campo cercano, y al verla Flavo, protestando de que era
poco honda y angosta, dijo a los soldados que lo ro-
deaban: «Tampoco esto está de acuerdo con la orde-
nanza.» Cuando le dijeron que presentara su cuello sin
miedo respondió: «¡A ver si hieres tú tan sin miedo!»;
el otro, que no dejaba de temblar y sólo a duras penas
logró degollarlo de dos golpes, se jactó de sañudo ante
Nerón diciendo que lo había matado de tajo y medio.

68. Un ejemplo parecido de firmeza lo dio el cen-
turión Sulpicio Aspro: cuando Nerón le preguntó por
qué había conspirado para matarlo, le respondió lacó-
nicamente que no había otro modo de poner remedio a
tantas infamias suyas. Entonces sufrió la pena impues-
ta. Los demás centuriones no se mostraron a menor
altura a la hora de padecer el suplicio; en cambio no
tuvo el mismo ánimo Fenio Rufo, sino que incluso en
2 su testamento acumuló lamentaciones. Esperaba Nerón
que también el cónsul Vestino se viera arrastrado a la
acusación, pues lo tenía por hombre violento y enemigo
suyo; pero los conjurados no habían hecho a Vestino
partícipe de sus planes, unos por viejas rivalidades con

[492] Véase 63, 3.

él, los más porque lo consideraban persona precipitada e insociable. Por lo demás a Nerón su odio contra Ves- 3
tino le venía de su estrecha camaradería; Vestino despreciaba la cobardía del príncipe, que conocía a fondo; Nerón temía el carácter agresivo de su amigo, quien muchas veces se había burlado de él con escarnecedoras bromas, que, al llevar en sí mucho de verdad, dejaban un áspero recuerdo. Se añadía un motivo reciente, porque Vestino había tomado en matrimonio a Estatilia Mesalina, sin ignorar que entre sus amantes se contaba el César[493].

69. El caso fue que, al no surgir incriminación ni acusador alguno, y como no podía asumir la apariencia de juez, Nerón optó por la violencia propia del tirano. Envía al tribuno Gerelano con una cohorte y la orden de prevenir los intentos del cónsul, ocupar su fortaleza y aplastar a los jóvenes por él reclutados[494]; y es que Vestino tenía su casa sobre el Foro y servidores hermosos, todos de la misma edad. Aquel día ha- 2
bía cumplido ya con todos sus cometidos de cónsul y celebraba un banquete, por no temer nada o por disimular su miedo, cuando entraron los soldados y le dijeron que lo llamaba el tribuno. Él se levanta sin tardanza, y todo se hace con gran celeridad: lo encierran en su alcoba, donde está dispuesto un médico, se le abren las venas, y cuando todavía tiene fuerzas lo introducen en el baño y lo sumergen en agua caliente, sin que pronunciara una palabra compadeciéndose de sí. Entretanto, los que estaban a la mesa con él fue- 3
ron rodeados por la tropa y no se los dejó ir hasta muy entrada la noche, después de que Nerón, imaginando

493 Con esta Estatilia Mesalina se casó Nerón tras el asesinato de Popea; véase Suetonio, *Nerón* 35, 1.

494 Puede suponerse que Tácito emplea palabras atribuibles al propio Nerón.

y burlándose de su pavor, mientras esperaban a la mesa la perdición, dijera que ya habían sufrido bastante castigo por aquel banquete consular.

70. A continuación ordena la muerte de Anneo Lucano. Éste, mientras fluye su sangre, cuando se da cuenta de que se le enfrían los pies y las manos, y de que poco a poco la vida huye de sus extremidades, con el pecho todavía caliente y en posesión de sus facultades, recuerda unos versos por él compuestos[495] en los que había contado el final de un soldado herido, con la poética imaginación de una muerte similar; entonces repitió aquellas mismas líneas, y tales fueron sus
2 últimas palabras. Tras él perecieron Seneción, Quinciano y Escevino, y no en consonancia con la molicie de su vida pasada; luego, el resto de los conjurados, sin actos ni palabras que merezcan recordarse.

71. Pero entretanto la Ciudad se llenaba de duelos, el Capitolio de sacrificios. El uno muerto su hijo, el otro muerto su hermano o pariente o amigo, daban gracias a los dioses, adornaban sus casas con laureles, caían a los pies de Nerón y agobiaban a besos su diestra. Él, por su parte, tomándolo como muestra de alegría, premia con la impunidad la apresurada delación de Antonio Natal y Cervario Próculo; Mílico, enriquecido por las recompensas, tomó el sobrenombre de Salvador con la correspondiente apelación grie-
2 ga[496]. De los tribunos, Gavio Silvano, aunque fue absuelto, se mató por su mano, y Estacio Próximo dejó en nada el perdón recibido del emperador dándose una muerte llena de vanidad. Luego fueron destituidos del

495 Parece que se trata de *Farsalia* III 635-646 (WUILLEUMIER).
496 Es decir, la de *Sōtēr*.

tribunado Pompeyo ***[497], Cornelio Marcial, Flavio Nepote y Estacio Domicio, alegándose no que odiaran al príncipe, sino que se consideraba que lo hacían. A 3
Novio Prisco, por su amistad con Séneca, y a Glicio Galo y Annio Polión, puestos en entredicho más que convictos, se les impuso como gracia el exilio. A Prisco lo acompañó su esposa Artoria Flacila, y a Galo la suya, Egnacia Maximila, mujer de grandes riquezas que en un principio se le respetaron para luego quitárselas, con doble ocasión de gloria para ella. Tam- 4
bién es desterrado Rufrio Crispino, con motivo de la conjura, aunque en realidad era odiado por Nerón porque en un tiempo había estado casado con Popea. A Verginio ⟨Flavo y Musonio⟩ Rufo[498] les valió el exilio lo ilustre de su nombre, pues Verginio alentaba con su elocuencia las inquietudes de los jóvenes, y Musonio con sus enseñanzas filosóficas. A Cluvidieno Quieto, Julio Agripa, Blicio Catulino, Petronio Prisco y Julio Altino, como para aumentar el tropel y hacer número, se les permite marchar a las islas del Mar Egeo. Cedicia, esposa de Escevino, y Cesennio Máximo son 5
desterrados de Italia, habiendo sabido de su acusación solamente por el castigo. A Acilia, madre de Anneo Lucano, se la dejó pasar desapercibida sin absolución ni suplicio.

---

[497] Breve laguna, limitada al *cognomen* del Pompeyo mencionado.

[498] Musonio Rufo, maestro de filosofía estoica, nos es ya conocido con ocasión del asesinato de su discípulo Rubelio Plauto (XIV 59). Verginio Flavo era un notable profesor de retórica que tuvo como discípulo a Persio, y a Quintiliano como admirador (véase QUINTILIANO, *Institución Oratoria* III 1, 21). Ambos nombres aparecían en los manuscritos incompletos y fundidos en uno; la restauración se debe a Justo Lipsio y Walther.

72. Perpetradas todas estas acciones, Nerón convocó asamblea del ejército y distribuyó dos mil sestercios por cabeza a la tropa, añadiendo el trigo gratuito, mientras que antes debían obtenerlo al precio del mercado. Entonces, como si fuera a exponer lo realizado en una campaña militar, convoca al senado y concede los honores del triunfo al excónsul Petronio Turpiliano, al pretor designado Cocceyo Nerva, y al prefecto del pretorio Tigelino, exaltando de tal manera a Tigelino y a Nerva que, además de sus imágenes triunfales en el Foro, ordenó colocar sus efigies también en el Palacio. ⟨Se atribuyeron⟩ las enseñas con-
2 sulares a Ninfidio; ⟨de él⟩[499] voy a recordar algo, ya que es la primera vez que aparece en mi obra, pues también se contará entre las desdichas de Roma. Hijo de una liberta que había prodigado su hermoso cuerpo entre los siervos y libertos de los príncipes, pretendía ser hijo de Gayo César[500], pues por cierta coincidencia era de talla elevada y expresión torva; aunque pudiera ser también que Gayo César, quien gustaba incluso de las cortesanas, hubiera abusado asimismo de la madre de aquel hombre ***[501].

73. Pero Nerón, tras convocar al senado, pronunció ante los padres un discurso, y además publicó para el pueblo un edicto añadiendo las delaciones y confesiones de los condenados recogidas en libros. Y es que se veía atacado por los insistentes comentarios del pueblo, según los cuales había acabado con varones
2 ilustres e inocentes por odio o por miedo. Por lo demás, que la conjura se había realmente urdido, des-

---

499 Hay en el texto una laguna, que en la traducción aparece dividida en dos por una cuestión de orden de palabras. No hay discusión sobre lo esencial de la conjetura.

500 Calígula.

501 Laguna de breve extensión.

arrollado y reprimido, no lo dudaban entonces cuantos se preocupaban por saber la verdad, y lo reconocen los que tras la muerte de Nerón regresaron a la Ciudad.
Pero en el senado, mientras todos se rebajaban a la 3
adulación por dolidos que estuvieran, Salieno Clemente increpó a Junio Galión, hermano de Séneca[502], aterrorizado por su muerte y que ya suplicaba por su propia vida, y lo llamó enemigo y parricida, hasta que el consenso del senado lo hizo desistir de aquella actitud con la que parecía que se aprovechaba de los males públicos para satisfacer un odio personal, y de sacar a relucir, para provocar nuevos encarnizamientos, lo que la mansedumbre del príncipe había dejado en la paz o en el olvido.

74. Entonces se decretan ofrendas y acciones de gracias a los dioses, y unos honores particulares al Sol, del que hay un viejo templo junto al Circo, en el cual se preparaba el crimen, por haber descubierto con su poder el secreto de la conjura; se acordó también que los juegos circenses en honor de Ceres se celebraran con más carreras de caballos, y que el mes de abril tomara el nombre de Nerón; asimismo, que se construyera un templo a la Salvación en el lugar *** [503]
de donde Escevino había sacado su arma. El propio 2
Nerón consagró en el Capitolio aquel puñal, poniéndole una dedicatoria a Júpiter Vengador; no se dieron

[502] Se llamaba, en principio, Marco Anneo Novato, y era hermano de Lucio Anneo Séneca, el filósofo, y de Lucio Anneo Mela, padre de Lucano; había cambiado de nombre al ser adoptado por el *rhetor* Junio Galión. Es el Galión que aparece en los *Hechos de los Apóstoles* (18, 21 y sigs.) con ocasión del proceso de San Pablo.

[503] Laguna de incierta extensión, en la que se supone que se trataba del problema suscitado por el hecho de que el santuario de donde Escevino había sustraído el puñal había quedado profanado.

cuenta entonces, pero tras la rebelión de Julio Víndice[504] se tendió a considerar tal coincidencia como
3 auspicio y presagio de la futura venganza. Veo en las actas del senado que Cerial Anicio, cónsul designado, propuso que se erigiera cuanto antes un templo al divino Nerón a expensas públicas. Cierto que el honor lo pedía para alguien a quien consideraba por encima de la condición humana y que merecía la veneración de los hombres, ⟨pero Nerón puso su veto, no fuera que lo interpretaran⟩ algunos como augurio de pronta muerte; pues un príncipe no alcanza los honores propios de un dios hasta que deja de vivir entre los hombres.

---

504 El apellido *Vindex*, también advocación de Júpiter, significa «vengador». Julio Víndice se sublevó contra Nerón en la Galia en el año 68.

LIBRO XVI

SINOPSIS

Año 65 d. C. (final, caps. 1-13)
Año 66 d. C. (inicio, caps. 14-35)

CAPÍTULOS:

1-3. El impostor Ceselio Baso.
4-5. Nerón en la escena.
6. Asesinato de Popea.
7-12. Condenas diversas del año 65 d. C.
13. Calamidades públicas del año 65 d. C.
14-17. Condenas diversas del año 66 d. C.
18-19. Semblanza y final de Petronio.
20. Otras condenas.
21-35. Proceso y condena de Peto Trásea y Bárea Sorano.

LIBRO XVI

1. Al poco tiempo[505] se burló de Nerón la fortuna, con ocasión de su propia ligereza y de las promesas de Ceselio Baso, hombre de origen púnico y mente perturbada, que convirtió una figuración habida durante el sueño en segura esperanza; marcha a Roma, se agencia mediante pago una audiencia con el príncipe, y le declara que ha encontrado en una finca suya una caverna de inmensa profundidad en la que se guarda una enorme cantidad de oro, no amonedado, sino en lingotes rudimentarios a la manera antigua;
2 que había por tierra bloques de gran peso, y que por otra parte se alzaban columnas; todo ello había permanecido oculto por tanto tiempo para venir a aumentar el bienestar presente. Por lo demás, según hacía ver por sus conjeturas, había escondido aquellos caudales la fenicia Dido[506], huida de Tiro, tras la fundación de Cartago, para evitar que aquel pueblo nuevo se dejara llevar a la molicie por un exceso de riqueza, o que los reyes de los númidas, hostiles a ellos ya por otros motivos, se vieran espoleados a hacerles la guerra por codicia de aquel oro.

---

505 Continúa el año 65 d. C.

506 La mítica fundadora de Cartago; véase VIRGILIO, *Eneida* I 340 y sigs.

2. Y así Nerón, sin averiguar suficientemente las garantías que ofrecía el promotor del asunto ni el asunto mismo, sin haber enviado personas para comprobar si lo que se le contaba era verdad, da encima pábulo al cuento y despacha gentes encargadas de transportar el tesoro, como si fuera ya botín logrado. A fin de ayudar a la rapidez de la operación se les dan trirremes y remeros selectos. Y por aquellos días no hubo otro tema en los crédulos comentarios del vulgo ni en los bien diversos de las personas prudentes.
Precisamente por entonces se celebraban los Juegos 2
Quinquenales al llegar el segundo lustro[507], y tanto poetas como oradores tomaron el asunto como tema principal en sus alabanzas al príncipe: no sólo brotaban los frutos acostumbrados y el oro mezclado al mineral, sino que la tierra, con una fecundidad nueva, brindaba sus bienes y los dioses ponían riquezas al paso; con la mayor facundia y no menor adulación daban a la luz otras ficciones serviles, seguros de que Nerón los creería de buena gana.

3. Entretanto, en virtud de aquella vana esperanza, crecía el despilfarro y se consumían los recursos antiguos en la idea de que ahora se ofrecían otros suficientes para prodigar durante muchos años. Incluso hacía ya larguezas a cuenta de los tesoros, de manera que la expectativa de las riquezas venía a ser una de las causas de la pobreza del erario. En fin, Baso excavó su 2
finca y los campos circundantes en una gran extensión, asegurando que la cueva prometida estaba en tal sitio y luego que en aquel otro; lo seguían no sólo los soldados, sino también una masa de campesinos reclutados para llevar a término la tarea. Al cabo, saliendo de

507 Los juegos habían sido instituidos en el año 60 (véase XV 20-21). Por *lustrum* se entiende aquí la ceremonia quinquenal de purificación a la que irían vinculados.

su demencia y afirmando con extrañeza que nunca antes lo habían engañado sus sueños, y que era aquella la primera vez que ocurría, escapó a la venganza y a sus temores con una muerte voluntaria. Algunos cuentan que fue preso y pronto liberado, tras incautársele sus bienes como sucedáneo del regio tesoro.

4. Entretanto el senado, cercano ya el concurso lustral[508], y con la idea de evitar un escándalo, ofrece al emperador la victoria del certamen de canto, y le añade la corona de la elocuencia, destinada a paliar la
2 infamia de un premio teatral. Pero Nerón, repitiendo que no había necesidad alguna de intrigas ni de actos de fuerza por parte del senado, que competiría con sus rivales en plan de igualdad, y que en virtud de la rectitud de los jueces obtendría merecidamente la gloria,
3 empieza por recitar un poema en la escena. A continuación, como el pueblo reclamaba que diera a la luz todas sus producciones —tales fueron las palabras que emplearon—, se presenta en el teatro actuando conforme a todas las leyes de los certámenes de cítara: no sentarse cuando estuviera cansado, no secarse el sudor a no ser con el vestido que llevaba puesto, y no dejar ver
4 excreción alguna de su boca o nariz. Por último, rodilla en tierra y haciendo a aquella concurrencia un respetuoso saludo con la mano, se quedó esperando el fallo de los jueces con fingida inquietud. Y la verdad es que la plebe de la Ciudad, acostumbrada a jalear también las piruetas de los histriones, lo aclamaba a ritmo acompasado y con amañado aplauso. Se creería que estaban disfrutando, y tal vez disfrutaban porque no les importa la pública infamia.

5. Ahora bien, los que habían venido de municipios lejanos y de la Italia todavía austera y conservadora de

[508] Se refiere a los juegos citados en 2, 2.

las antiguas costumbres, y cuantos, desconocedores de la licencia por vivir en remotas provincias, habían llegado en comisiones oficiales o por asuntos privados, ni podían soportar aquel espectáculo ni se mostraban a la altura de tan deshonroso menester, porque sus manos inexpertas perdían el ritmo y perturbaban la acción de los duchos[509], y muchas veces recibían golpes de los soldados, apostados en los graderíos a fin de que no se produjera ni por un momento un clamor desacompasado o un silencio falto de entusiasmo. Consta 2
que muchos caballeros, cuando trataban de abrirse paso por las estrecheces de las puertas y entre el torrente de la multitud, quedaron aplastados, y que otros, por haberse quedado todo el día y toda la noche en sus sitiales, fueron víctimas de mortal enfermedad. Y es que hubiera sido mayor su peligro si faltaran al espectáculo, pues había dispuestas muchas personas, unas abiertamente y más en secreto, para controlar los nombres y las caras, la alegría o la tristeza de los asistentes. Con tal motivo se dictaron de manera inme- 3
diata penas de muerte contra gentes de inferior condición; con relación a las personas ilustres, se disimuló por el momento el odio para pasarles poco después la cuenta. Contaban que Vespasiano, acusado de haber dejado que sus ojos se cerraran por el sueño, fue increpado por el liberto Febo, y que a duras penas lograron protegerlo los ruegos de las personas honradas, y que si acto seguido escapó a una perdición inminente, fue gracias a un hado más poderoso[510].

6. Después del final de los juegos encontró la muerte Popea, a causa de un rapto de ira de su marido,

---

509 La *claque* formada por los *Augustiani*; véase XIV 15, 5.

510 El Vespasiano citado es, naturalmente, el que alcanzaría el imperio en el año 69, misión para la cual, según el parecer recogido por Tácito, estaba predestinado.

que le asestó una patada cuando ella se hallaba encinta; efectivamente, no creo que se tratara de un veneno, aunque tal es la versión de algunos historiadores, dictada más por el encono que por la convicción; de hecho Nerón estaba ansioso de hijos y prendado de
2 amor por su esposa. El cuerpo no fue incinerado según la costumbre romana, sino que, conforme a la de los reyes extranjeros, es embalsamado y colocado en el túmulo de la familia Julia. Eso sí, se le hicieron exequias oficiales, y el propio Nerón pronunció su elogio en los Rostros alabándola por su belleza y por haber sido madre de una niña divina[511], así como por otras prendas de la fortuna, aunque como si todas fueran virtudes.

7. La muerte de Popea, si bien acogida con muestras externas de dolor, resultó grata a los que tenían memoria, a causa de su impudor y de su saña; pero Nerón exasperó todavía más los odios al prohibir a Gayo Casio[512] la asistencia a las exequias, lo que fue el primer aviso de su desgracia. No tardó en llegar, pero añadiéndose a ella la de Silano, sin otro delito que el de destacar Casio por su ancestral riqueza y la austeridad de sus costumbres, y Silano por lo ilustre de su
2 linaje y por ser un joven morigerado. Y así envió al senado un discurso en el que sostenía que uno y otro debían ser apartados de las tareas del estado, echando en cara a Casio que entre las imágenes de sus mayores veneraba también a una de Gayo Casio[513] con la inscripción «Al jefe del partido»; estaba claro —decía— que andaba buscando las semillas de la guerra

---

511 La efímera hija de Nerón y Popea que había sido llamada Augusta; véase XV 23.

512 El jurista Gayo Casio Longino; véase nota 480.

513 El que, junto con Bruto, había encabezado la conjura que acabó con Julio César.

civil y la traición a la casa de los Césares, y que, por no usar solamente del recuerdo de un nombre hostil para provocar enfrentamientos, se había atraído a Lucio Silano, joven noble pero de talante aventurero, a fin de ponerlo como reclamo para la revolución.

8. Pasó luego a atacar al propio Silano en los mismos términos que a su tío Torcuato[514], acusándolo de andar ya distribuyendo los cargos del imperio y de tener nombrados a sus libertos para la contabilidad, la secretaría de peticiones y la correspondencia; todo ello era tan vano como falso, pues Silano, por miedo, se andaba con especiales cuidados, y la perdición de su tío lo había impresionado lo bastante como para guardarse de manera particular. Se hizo entrar entonces a unos 2
que, bajo el nombre de denunciantes, hicieron contra Lépida, esposa de Casio y tía de Silano, la falsa acusación de incesto con el hijo de su hermano y de haber llevado a cabo ritos nefandos. Se incriminaba como 3
cómplices a los senadores Volcacio Tulino y Marcelo Cornelio, y al caballero romano Calpurnio Fabato; éstos, apelando al príncipe, lograron frustrar la condena que se cernía sobre ellos, y más tarde escaparon de Nerón, ocupado en crímenes de mayor cuantía, como personas insignificantes.

9. Entonces, por un decreto del senado, se dicta contra Casio y Silano la pena del exilio; acerca de Lépida debía decidir el César. Casio fue deportado a la isla de Cerdeña, en consideración a su vejez. Silano, bajo el pretexto de que se lo iba a llevar a Naxo[515], fue apartado a Ostia, y luego se lo encierra en el municipio de Apulia llamado Bari. Cuando allí soportaba 2

[514] Véase XV 35.
[515] Isla de las Cíclades.

con la dignidad de un sabio tan injusto destino, cae en manos de un centurión enviado para matarlo; como lo instó a abrirse las venas, le dijo que, desde luego, su espíritu estaba pronto para la muerte, pero que no iba a dispensar al ejecutor de la gloria de su cometido. El centurión, sin embargo, como lo veía, aunque inerme, lleno de fuerza y más cercano a la ira que al miedo, ordena a los soldados que se echen sobre él. Y no dejó Silano de hacerles frente ni de dar golpes en cuanto podía sin otra arma que sus simples manos, hasta que cayó, herido de cara por el centurión, como en un combate.

10. Con no menor entereza afrontaron la muerte Lucio Vétere, su suegra Sextia y su hija Politta, odiados por el príncipe como si, por el hecho de seguir con vida, le echaran en cara el asesinato de Rubelio Plau-
2 to[516], yerno de Lucio Vétere. Ahora bien, la ocasión de poner al descubierto su saña se la proporcionó el liberto Fortunato, quien, después de haber desbaratado la hacienda de su patrono, se atrevió también a acusarlo, tras ganarse a Claudio Demiano, encarcelado a causa de sus infamias por Vétere, cuando era procónsul de Asia, y al que libertó Nerón en premio de la acusación. Cuando lo supo el inculpado, y que se lo ponía a él y al liberto en plano de igualdad, se retira a su finca de Formias[517]; allí los soldados lo rodean de
3 guardias secretas. Estaba a su lado su hija, en estado de excitación, aparte el peligro que amenazaba, también por su viejo dolor, desde que había visto a los asesinos de su marido Plauto; en aquella ocasión se había abrazado a su cabeza ensangrentada, y guardaba aquella sangre y los vestidos en ella empapados,

516 Véase XIV 58-59.
517 En el S. del Lacio, en el Golfo de Gaeta.

viuda sumida en duelo sin pausa y que no se alimentaba sino lo imprescindible para evitar la muerte.
Entonces, a instancias de su padre, marcha a Nápoles, 4
y como se le impedía el acceso a Nerón, acechando sus salidas le pedía a voces que escuchara a quien era inocente y que no pusiera en manos de su liberto a quien fuera su colega en el consulado, unas veces con alaridos mujeriles, pero otras con voz amenazadora e impropia de su sexo, hasta que el príncipe se mostró inaccesible por igual a sus ruegos y a sus imprecaciones.

11. En consecuencia avisa a su padre que abandone la esperanza y que saque el mejor partido del ineludible trance; al mismo tiempo le llega la noticia de que se prepara un proceso en el senado y una sentencia atroz. No faltaron quienes le aconsejaron nombrar al César heredero de la mayor parte de su patrimonio, asegurando así el resto a sus nietos. Se negó a hacerlo, por no deshonrar una vida llevada dentro de la mayor libertad posible con un gesto servil a última hora; en cambio reparte entre sus siervos cuanto dinero tenía disponible, y ordena asimismo que cada cual tome para sí cuantas cosas pueda llevarse, dejando solamente tres lechos para el momento supremo. Entonces, 2
en la misma alcoba y con el mismo hierro se cortan las venas; sin perder tiempo y cubiertos, por pudor, cada uno con un solo vestido, se metieron en los baños, mirando el padre a su hija, la abuela a su nieta y ésta a uno y otra, mientras imploraban, como rivalizando, una pronta partida para el espíritu que se les escapaba, a fin de dejar vivos, aunque destinados a morir, a los suyos. La fortuna respetó el orden, y se extinguen, comenzando por la de mayor edad, para continuar por quien la seguía en años. Se los acusó después de su 3
sepultura y se decretó que fueran castigados según la

costumbre de los mayores[518], pero se interpuso Nerón concediéndoles elegir la forma de muerte: a la perpetración de los crímenes se unían aquellos escarnios.

12. Publio Galo, caballero romano, por haber sido íntimo de Fenio Rufo y no del todo ajeno a Lucio Vétere fue condenado a interdicción del agua y del fuego[519]. El liberto acusador recibe, como premio por su acción, un lugar en el teatro entre los ujieres
2 de los tribunos. Además, a los meses inmediatos al de abril, también llamado neronio, se le cambian los nombres, tomando mayo el de Claudio y junio el de Germánico[520]; Cornelio Orfito, que había presentado la moción, alegaba que el mes de junio quedaba eliminado porque ya dos Torcuatos muertos por sus crímenes habían hecho infausto el nombre de Junio[521].

13. Aquel año[522] manchado por tantos crímenes, se vio distinguido todavía por los dioses con tempestades y epidemias. Fue asolada la Campania por un huracán que por todas partes destrozó villas, árboles y cosechas, haciendo llegar su fuerza hasta las cercanías de la Ciudad, en la cual, entretanto, el género humano se veía devastado por una peste sin que el
2 cielo mostrara señales visibles de perturbación[523]. Pero las casas se llenaban de cuerpos exánimes, las calles de duelos. No respetaba el peligro sexo ni edad; mo-

518 Forma de ejecución en que se acababa con el condenado a golpes de vara.

519 Pena que en la práctica venía a suponer el exilio.

520 No en honor de Claudio, padre adoptivo del príncipe, ni de su abuelo Germánico, sino del propio Nerón.

521 «Junio» era el *nomen* gentilicio de los Torcuatos.

522 Todavía el año 65 d. C.

523 Era creencia general la de que las epidemias se desencadenaban por alteraciones de la atmósfera. Parece que en este caso se trataba del cólera.

rían repentinamente por igual esclavos y plebeyos
libres, en medio de las lamentaciones de cónyuges e
hijos, que por haber permanecido a su lado llorán-
dolos acababan a menudo ardiendo en la misma pira.
Las muertes de caballeros y senadores, aunque se pro-
dujeron en cantidad, parecían menos dignas de llan-
to, como si padeciendo la común mortandad se adelan-
taran a la saña del príncipe. En el mismo año se hi- 3
cieron levas en la Galia Narbonense, África y Asia, a
fin de completar las legiones del Ilírico, en las cuales
se licenciaba a los que estaban acabados por los años
o las enfermedades. El desastre de Lyon[524] recibió del
príncipe un socorro de cuatro millones de sestercios
destinados a reconstruir la ciudad, la misma cantidad
que antes habían donado los lioneses para remediar las
desgracias de Roma.

14. El año del consulado de Gayo Suetonio y Luccio Telesino, Antistio Sosiano[525], castigado con el exilio por haber compuesto coplas infamantes contra Nerón, según ya conté[526], cuando supo que se hacía tanto honor a los delatores y que el príncipe se mostraba tan dispuesto a las matanzas, siendo como era hombre de espíritu inquieto y que no dejaba pasar la ocasión, a un tal Pámmenes, que estaba desterrado en el mismo lugar y había adquirido fama por ejercitar las artes de los caldeos[527] —lo que le había valido las amistades de muchos—, se lo gana aprovechando la semejanza de fortunas; pensaba que no por nada acudían a él tan-

---

524 Un incendio. Las desgracias de Roma a que habían socorrido los lioneses eran, naturalmente, las provocadas por el incendio del año 64.

525 Comienza la narración del año 66 d. C., último de los historiados —e incompleto— por el texto conservado de la obra.

526 En XIV 48-49.

527 La magia adivinatoria.

tos mensajeros y consultores, y además se entera de que Publio Anteyo le pagaba anualmente una cantidad. Por otra parte no ignoraba que Anteyo era odiado por Nerón a causa del afecto de Agripina, que sus riquezas eran especialmente indicadas para excitar la codicia, y que tal circunstancia provocaba la perdición de mu-
2 chos. Y así interceptó una carta de Anteyo e incluso robó un memorial en el que se contenían su horóscopo y su futuro cifrados con los signos secretos de Pámmenes; al mismo tiempo descubrió sus cálculos acerca del nacimiento y la vida de Ostorio Escápula, y escribe al príncipe diciéndole que le había de revelar datos muy importantes y que interesaban a su integridad si se le concedía un breve respiro en su exilio; en efecto, le decía, Anteyo y Escápula conspiraban contra el orden establecido y especulaban con sus destinos
3 y con el del César. Al momento se envían naves ligeras y se hace venir rápidamente a Sosiano. Al conocerse su delación, Anteyo y Ostorio pasaron a ser considerados más entre los condenados que entre los acusados, hasta el punto de que nadie hubiera firmado como testigo en el testamento de Anteyo si no se adelantara a hacerlo Tigelino, no sin antes advertir a Anteyo que no retrasara la redacción de sus últimas disposiciones. Entonces él se bebió un veneno, y, como su lentitud lo exasperaba, se abrió las venas y aceleró su muerte.

15. Por aquellas fechas Ostorio estaba en una lejana finca suya, junto a los confines de Liguria [528]. Allá fue enviado un centurión con la orden de apresurar su muerte. La causa de aquella precipitación era que Ostorio, que tenía un gran prestigio militar y se había ganado en Britania una corona cívica, con su enorme

[528] La región de Génova.

energía física y su destreza con las armas había provocado en Nerón el miedo ante la posibilidad de que cayera sobre él, pues era cobarde de siempre y estaba entonces más aterrorizado por el reciente descubrimiento de la conjura[529]. Y así el centurión, tras cerrar 2
las salidas de la villa, hace patentes a Ostorio las órdenes del emperador. Ostorio volvió contra sí mismo la valentía tantas veces demostrada cara al enemigo, y como sus venas, aunque cortadas, dejaban manar poca sangre, recurrió a la mano de un esclavo, pero sólo para que empuñara un cuchillo sin moverlo; entonces se agarró a su brazo y llevó su cuello al encuentro del arma.

16. Aun cuando yo estuviera narrando guerras exteriores y muertes sufridas por el estado, al ser tan similares en sus circunstancias, se hubiera apoderado de mí la saciedad, y debería esperarme el tedio de los demás, quienes ya no querrían saber de muertes de ciudadanos, aunque gloriosas, tristes y continuas[530]. Pero es que en estas circunstancias la servil sumisión y la cantidad de sangre desperdiciada en plena paz agobian mi ánimo y lo hacen encogerse de tristeza. A quienes lleguen a conocer todo esto no pediré, a 2
modo de defensa, sino que me permitan no odiar a quienes perecieron con tanta resignación. Aquella cólera de los dioses contra Roma no fue, como los desastres militares o la cautividad de ciudades, tal que se pueda dejar de lado una vez contada. Concédase a la posteridad de los hombres ilustres el que, al igual que en sus exequias quedan al margen de la sepultura común, así, en la narración de sus momentos supremos, reciban y tengan un recuerdo individual.

---

529 Se refiere a la conjura de Pisón, narrada en el libro precedente.

530 Idea similar a la expresada en IV 33, 3.

17. Y es que en el plazo de pocos días cayeron, en serie, Anneo Mela, Cerial Anicio, Rufrio Crispino y Tito Petronio; Mela y Crispino eran caballeros romanos de
2 rango senatorial. El segundo, antaño prefecto del pretorio y condecorado con las insignas del consulado[531], había sido relegado poco antes a Cerdeña, acusado de haber tomado parte en la conjura, y se mató tan pronto como recibió el anuncio de que se le ordenaba darse
3 muerte. Mela[532], hijo de los mismos padres que Galión y Séneca, se había abstenido de aspirar a cargos, con una ambición que marchaba al revés, de manera que, simple caballero romano, pretendía igualar en poder a los antiguos cónsules; al propio tiempo consideraba que el camino más corto para ganar dinero era el de ejercer de procurador en la administración del
4 patrimonio del príncipe. Era, además, el padre de Lucano, lo que ayudó mucho a su fama. Cuando él pereció, reclamó con porfía su patrimonio, con lo que se ganó una acusación por parte de Fabio Romano, uno de los amigos íntimos de Lucano. Se amaña un entendimiento entre padre e hijo en la conjura, falsificando una carta de Lucano; al verla Nerón, ansioso de quedarse con sus riquezas, ordenó que se la llevaran
5 a Mela. Pero Mela, eligiendo el camino de la muerte más a mano por entonces, se abrió las venas, tras escribir un codicilo en el que legaba un gran capital a Tigelino y a su yerno Cosuciano Capitón, a fin de salvar
6 el resto. Se cuenta también que en el codicilo, como quejándose de lo injusto de su muerte escribió que no moría por causa alguna digna del suplicio, y que, en

---

531 La noticia de que Crispino había recibido las insignias consulares parece deberse a un error de Tácito, pues en XI 4, 3, se habla solamente de las de la pretura, sin que parezca que con posterioridad haya tenido ocasión de alcanzar las del consulado (KOESTERMANN).

532 Véase la nota 502.

cambio, Rufrio Crispino y Anicio Cerial disfrutaban de la vida siendo personas adversas al príncipe. Se pensaba que tal denuncia se había urdido a propósito de Rufrio Crispino porque ya había sido asesinado, y de Cerial a fin de hacerlo asesinar. De hecho puso pronto fin a su vida causando menos lástima que los demás, porque recordaban que él había denunciado a Gayo César una conspiración[533].

18. Acerca de Petronio[534] debo recordar algunos datos de atrás. En efecto, se pasaba el día durmiendo y la noche en sus ocupaciones y en los placeres de la vida; al igual que a otros su actividad, a él lo había llevado a la fama su indolencia, pero no se lo tenía por un juerguista ni por un disipador, como a tantos que consumen sus patrimonios, sino por hombre de un lujo refinado. Sus dichos y hechos, cuanto más despreocupados y haciendo gala de no darse importancia, con tanto mayor agrado eran acogidos, por tomárselos
como muestra de sencillez. Sin embargo, como procón- 2
sul de Bitinia y luego como cónsul se reveló hombre de carácter y a la altura de sus obligaciones. Después volvió de nuevo a los vicios, o a la imitación de los vicios, y fue acogido como árbitro de la elegancia en el restringido círculo de los íntimos de Nerón, quien, en su hartura, no reputaba agradable ni fino más que
lo que Petronio le había aconsejado. De ahí la envidia 3
de Tigelino, que veía en él un rival, y más experto en la ciencia de los placeres. Por ello echa mano de la

533 En el año 40 d. C. Gayo César es, naturalmente, Calígula.

534 De este Petronio, cuyo *praenomen* Tito está documentado al comienzo del capítulo precedente, se sigue pensando por la mayoría de los estudiosos que fue el autor de la novela *El Satiricón*. La abreviatura *C.*, correspondiente al *praenomen* Gayo, que en este lugar del texto precede a su *nomen*, ha sido considerada por la crítica como una interpolación.

crueldad del príncipe, ante la que cedían sus demás pasiones, y acusa a Petronio de amistad con Escevino[535], corrompiendo a un esclavo para que lo denunciara, y privándolo de defensa al arrastrar a la cárcel a la mayor parte de su servidumbre.

19. Era el caso que por aquellos días el César había marchado a Campania, y Petronio, que llegó hasta Cumas, quedó allí detenido; ya no quiso dar largas a
2 su temor o a su esperanza. Pero no se quitó la vida precipitadamente, sino que, tras cortarse las venas, se las ligó y se las volvió a abrir de nuevo según le vino en gana, mientras hablaba a sus amigos, no en términos serios o que le procuraran fama de valeroso; y escuchaba lo que le decían, que no era nada acerca de la inmortalidad del alma y de las opiniones de los filósofos, sino canciones ligeras o versos ocasionales. A sus siervos, a unos les hizo larguezas y a otros les dio de azotes. Se puso a la mesa, y se entregó al sueño para que su muerte, aunque forzada, se pareciera a la
3 natural. Tampoco aduló en sus codicilos, al contrario de la mayoría de los que perecían, a Nerón o a Tigelino o a cualquier otro de los poderosos, sino que relató con detalle las infamias del príncipe con los nombres de los degenerados y de las mujeres que en ellas participaran, así como la originalidad de cada uno de sus escándalos; los selló y se los envió a Nerón, y luego rompió su anillo a fin de que no sirviera para perder a otros[536].

---

535 El conjurado que había asumido la tarea de apuñalar a Nerón; véanse XV 53 y sigs.

536 Es decir, falsificando con el sello de Petronio cartas dirigidas a personas a las que se quisiera comprometer.

20. Hallándose Nerón incierto acerca de cómo habrían llegado a saberse los refinamientos de sus noches, pensó en Silia, mujer no sin notoriedad por ser esposa de un senador, a la que él se había ganado para toda clase de excesos, y cuya familiaridad con Petronio era grande. Es obligada a exiliarse, acusada de no haber sabido callar lo que había visto y soportado, pero en realidad para complacer a los odios personales de Nerón. Al antiguo pretor Minucio Termo lo dejó a merced 2
de las envidias de Tigelino porque un liberto de Termo había presentado quejas en tono de acusación contra Tigelino; el liberto lo pagó en los sufrimientos de la tortura y su patrono con una muerte que no merecía.

21. Tras haber inmolado a tantos varones insignes, concibió por fin Nerón el deseo de aniquilar a la virtud misma haciendo perecer a Trásea Peto y a Bárea Sorano[537]; contra uno y otro alimentaba viejos odios, y con relación a Trásea se añadía el motivo de que se había marchado del senado cuando se estaba tratando de Agripina[538], según ya conté, y también el de que había mostrado poco interés por los Juegos Juvenales; y esta última ofensa le hacía mayor mella porque el mismo Trásea, en Padua, de donde procedía, en los Juegos Cetastos, instituidos por el troyano Anténor[539] había cantado con atuendo trágico. Además, el día en 2
que se trataba de condenar a muerte al pretor Antistio por unos versos injuriosos para Nerón, propuso una

---

[537] Con estas solemnes y dramáticas palabras abre Tácito la narración de la condena y muerte de dos de los romanos más admirados de su tiempo; con ella se cierra la parte conservada de la obra.

[538] Véase XIV 12, 1.

[539] No está claro el origen del nombre de estos juegos, aunque sí parece fijada con seguridad su forma por KOESTERMANN. A Anténor, compañero de Eneas, se lo tenía por fundador de Padua; véanse TITO LIVIO, I 1, 2, y VIRGILIO, *Eneida* I 247.

sentencia más benévola y la hizo triunfar; y cuando se decretaron honores divinos para Popea había estado voluntariamente ausente y no había asistido a los
3 funerales. Impedía que se olvidara todo esto Capitón Cosuciano, que aparte su natural proclive a las infamias, odiaba a Trásea porque se había visto hundido por su autoridad cuando Trásea había apoyado a los comisionados de Cilicia que acusaban de desfalco a Capitón.

22. Todavía le hacía otras imputaciones: que el día primero de año Trásea evitaba el juramento solemne[540]; que no asistía al pronunciamiento de votos a pesar de hallarse investido del sacerdocio quindecinviral[541]; que nunca había sacrificado por la salud del príncipe o por su voz celestial[542]; que, habiéndose mostrado antaño asiduo de las sesiones del senado, e infatigable en aparecer como fautor o adversario incluso en los acuerdos de menor cuantía, no había entrado en la curia en tres años, y que muy recientemente, cuando todos rivalizaban en la represión de Silano y de Vétere, él había preferido dedicarse a los asuntos particulares
2 de sus clientes. Aquello era ya —decía— una secesión, un partido y, si eran muchos los que osaran seguirlo, una guerra. «Al igual que antaño los ciudadanos hablaban de Gayo César y de Marco Catón[543] —le dijo— así ahora, Nerón, ávidos de discordias, hablan de ti y de Trásea. Y tiene seguidores o, mejor dicho, satélites, que imitan no todavía la actitud rebelde de sus discursos, pero sí su porte y expresión, rígidos y sombríos, a
3 fin de achacarte a ti una vida disipada. Es el único

540 El juramento oficial por los actos del príncipe.
541 El mismo que desempeñó Tácito; véase XI 11, 1 nota 29.
542 Véase XIV 15, 5.
543 Se refiere a Julio César y a Catón el Joven, animador de la resistencia republicana frente a aquél.

⟨que no se cuida⟩[544] de tu integridad y que no honra
tus buenas cualidades[545]. Desprecia los éxitos del prín-
cipe; ¿acaso no lo sacian todavía tus lutos y dolores?
Propio de la misma actitud de ánimo es el no creer
divina a Popea y el no jurar por los actos del divino
Augusto y del divino Julio; desprecia la religión,
deshace las leyes. El Diario del Pueblo Romano[546] se
lee con mayor atención por las provincias y por los
ejércitos para saber qué no ha hecho Trásea. Por 4
tanto, o pasémonos a esa postura, si es la mejor, o
quitémosle el jefe e inspirador a los que ansían la
subversión. Esa secta engendró a los Tuberones y a los
Favonios[547], nombres que ya resultaron poco gratos a
la vieja república. Con la intención de subvertir el im-
perio ponen por delante el nombre de la libertad; si
logran subvertirlo atacarán luego a la libertad misma.
De nada te ha valido deshacerte de Casio si vas a tole- 5
rar que cobren fuerza y la mantengan los imitadores
de los Brutos[548]. Por lo demás, no hace falta que escri-
bas tú nada acerca de Trásea: deja que el senado
decida entre él y yo.» Nerón azuza a Cosuciano, excita- 6
do ya por la ira, y le da por compañero a Marcelo
Eprio, hombre de áspera elocuencia.

---

544 Restitución debida a Lipsio.

545 Los supuestos talentos artísticos de Nerón.

546 Los *Acta Diurna Populi Romani* venían a ser una especie de boletín oficial; véanse III 3, 2 y XIII 31, 1.

547 Estoicos famosos. Quinto Elio Tuberón se había opuesto a los Gracos en las luchas sociales del último tercio del siglo II a. C. Marco Favonio había luchado por la república al lado de Catón el Joven y cayó, como antes Cicerón, a manos de los triúnviros después de la batalla de Filipos.

548 Sarcástico juego de palabras con la identidad de apellidos de Casio Longino (véanse 7-9) y Casio el tiranicida, por medio del cual se pasa a igualar a Trásea con Bruto, el otro jefe de la conspiración anticesariana.

23. A Bárea Sorano ya se había encargado de acusarlo el caballero romano Ostorio Sabino como consecuencia de su proconsulado en Asia[549], en el que aumentó las inquinas del príncipe con su justicia y actividad, y porque se había impuesto la tarea de abrir el puerto de Éfeso, y había dejado sin castigo la acción violenta de los ciudadanos de Pérgamo cuando impidieron a Acrato[550], liberto del César, llevarse sus estatuas y pinturas. Pero se lo acusaba de amistad con Plauto y de que había intrigado para ganarse a la
2 provincia con intenciones revolucionarias. Para su condena se eligió el momento en que Tiridates venía a tomar posesión del reino de Armenia, de manera que las habladurías, pendientes de los asuntos del extranjero, dejaran en la oscuridad aquel crimen doméstico, o tal vez por hacer ostentación de la grandeza imperial con la matanza de varones insignes, hazaña digna de un rey[551].

24. El caso fue que, cuando la ciudad entera se echó a la calle para recibir al príncipe y contemplar al rey, Trásea, al que se le prohibió acudir a la recepción, no dejó decaer su ánimo, sino que redactó un memorial dirigido a Nerón preguntando de qué se lo acusaba y asegurando que demostraría su inocencia, si se le daba noticia de las imputaciones y posibilidad
2 de rebatirlas. Nerón acogió con toda prisa el memorial, en la esperanza de que Trásea hubiera escrito al dictado del miedo en términos enaltecedores para el

549 Véanse 21, 1 y 30, 1.

550 Se refiere al saqueo narrado en XV 45.

551 Recuérdense las connotaciones peyorativas que el término «rey» tenía para la mentalidad romana, tanto por el recuerdo de Tarquinio el Soberbio como por la repugnancia que le producía la imagen de la molicie y poder despótico de los monarcas orientales.

príncipe e infamantes para su propia persona. Mas al no ocurrir así, se llenó él de miedo ante la mirada, el ánimo y la independencia de aquel hombre intachable, y ordena convocar al senado.

25. Entonces Trásea consultó a sus allegados sobre si intentar su defensa o desdeñarla. Le daban consejos opuestos. Los que opinaban que debía acudir a la curia le dicen que están seguros de su entereza, que nada dirá que no aumente su gloria; que los cobardes 2
y los miedosos rodeaban de secreto sus últimos momentos, que era preciso que el pueblo contemplara a un varón marchando al encuentro de la muerte, que el senado debía oír palabras sobrehumanas, como procedentes de un dios[552]; incluso ante tal prodigio podría conmoverse Nerón, y si persistía en su crueldad, quedaría ante la posteridad la memoria de una muerte con honor, bien distinta de la cobardía de los que perecían en el silencio.

26. En cambio, los que opinaban que debía esperar en casa, pensaban lo mismo acerca de Trásea, pero decían que lo amenazaban escarnios y vejaciones; debía substraer sus oídos a los insultos y a los agravios;
no sólo Cosuciano o Eprio estaban dispuestos al cri- 2
men, sino que sobraban los que, en su brutalidad, tal vez se hallaban decididos a lanzarse sobre él a mano armada; incluso los hombres honrados los seguían por miedo. Debía más bien evitar al senado, al que tanto honrara, la infamia de tan gran crimen, dejando en la incertidumbre lo que los senadores hubieran decretado caso de haber podido contemplar a Trásea en persona
como acusado. El que se apoderara de Nerón un senti- 3

[552] Se ha señalado que hay aquí una alusión a la voz de Nerón, oficialmente proclamada divina; véanse 22, 1 y XIV 15, 5.

miento de vergüenza por sus infamias era vana esperanza, y mucho más de temer que se ensañara con su mujer, con su hija y con el resto de sus personas queridas. Por tanto —decían— era preciso que, sin deshonor y sin mancha, buscara su final con la misma gloria que aquellos por cuyas huellas y afanes había
4 guiado su vida[553]. Estaba a su lado para aconsejarlo Rústico Aruleno, joven ardiente, que por ansia de gloria se ofrecía a vetar el decreto del senado, pues
5 era tribuno de la plebe[554]. Trásea contuvo sus impulsos, para que no acometiera una empresa vana, que no había de aprovechar al reo y sí causar la perdición del que pusiera el veto. Él —decía— ya había vivido su vida, y no debía abandonar ahora una línea de conducta mantenida por tantos años; en cambio Rústico estaba en el inicio de su carrera y tenía intacto su porvenir; lo que tenía que hacer era pensar antes con mucho detenimiento qué camino político había de tomar en los tiempos que corrían; por lo demás, se reservó para su personal meditación la cuestión de si convenía o no que acudiera al senado.

27. Al alba del día siguiente dos cohortes pretorianas en armas ocuparon el templo de Venus Madre[555]. La entrada del senado se hallaba guardada por un pelotón de hombres vestidos de toga pero que no ocultaban sus espadas, y por los foros y basílicas estaban desplegados destacamentos militares. Entre sus miradas amenazantes penetraron en la curia los senadores, y se escuchó el discurso del príncipe leído por su cues-

---

[553] Se refiere a los maestros del estoicismo.

[554] El derecho de veto a las decisiones del senado era la prerrogativa fundamental del tribuno de la plebe; sin embargo, podía preverse que el ejercerla en un caso como el presente había de tener sobre el magistrado un efecto funesto.

[555] En el Foro de César, inmediato a la curia.

tor. Sin citar a nadie nominalmente, acusaba a los padres de descuidar las obligaciones públicas y de que, siguiendo su ejemplo, los caballeros romanos se daban a la indolencia. ¿Qué había de extraño —decía—, en que no vinieran los de las provincias lejanas, cuando la mayoría de los que alcanzaban el consulado y los sacerdocios andaban más ocupados en hacer agradables sus jardines? 2

Estas palabras las cogieron los acusadores como arma arrojadiza.

28. Aunque tomó la delantera Cosuciano, clamó con mayor fuerza Marcelo afirmando que se trataba de la vida o muerte del estado; que por la contumacia de los inferiores se veía menguada la benevolencia del emperador. Acusó luego a los senadores de haber procedido hasta la fecha con excesiva blandura, pues a Trásea, culpable de sedición, a su yerno Helvidio Prisco, entregado a las mismas locuras, y también a Paconio Agripino, heredero del odio paterno contra los príncipes, así como a Curcio Montano, que hacía coplas abominables, los dejaban burlarse impunemente de la ley[556]. Él —afirmaba— echaba en falta al consular 2
en el senado, en las rogativas al sacerdote, en el acto del juramento al ciudadano[557], si no era verdad que Trásea, en contra de las costumbres y religión de los mayores, había asumido abiertamente el papel de

---

556 Helvidio Prisco fue otro notable estoico, que acabó ejecutado bajo Vespasiano; véase XIII 28, 3. El padre de Quinto Paconio Agripino había sido condenado en un proceso de majestad bajo Tiberio (véase SUETONIO, *Tiberio* 61, 6). Curcio Montano, como personaje de menor cuantía, escapará del proceso sin mayor daño; véase 33, 2.

557 Las mismas acusaciones contra Trásea que en el cap. 22 hace Cosuciano privadamente ante Nerón.

traidor y enemigo público; en fin, aquel hombre debía actuar como senador y, puesto que solía proteger a los detractores del príncipe, comparecer allí y declarar qué enmiendas o qué cambios deseaba; ellos lo soportarían mejor si hacía protestas concretas que metido en aquel silencio con el que todo lo condenaba.
3 ¿Acaso le desagradaba la paz que reinaba por todo el orbe o las victorias ganadas sin daño de los ejércitos? No debían permitir que un hombre que se dolía del bien público y que consideraba como un desierto los foros, teatros y templos, que amenazaba con su propio exilio, lograra el fruto de sus torcidas intrigas. A él ni aquellos decretos del senado, ni los magistrados ni la ciudad de Roma le parecían tales; debía, pues, cortar su vida rompiendo con aquella ciudadanía cuyo amor había abandonado tiempo atrás para abandonar ahora incluso su contemplación.

29. Mientras Marcelo, al hablar en estos y similares términos, torvo y amanazador como solía ser, ardía en su voz, expresión y mirada, el senado sentía no ya aquella consabida y —a causa de tan repetidas angustias— acostumbrada tristeza, sino un pavor nuevo y más profundo, al ver los destacamentos de solda-
2 dos en armas. Al propio tiempo se les representaba la venerable figura del mismo Trásea, y había también quienes sentían pena por Helvidio, al que se iba a condenar por un parentesco inocente. En cuanto a Agripino, ¿qué se le reprochaba si no era la triste fortuna de su padre, puesto que también él había caído igualmente inocente, víctima de la crueldad de Tiberio?[558]. Por su parte Montano, joven honrado y que no hacía versos difamatorios, iba a ser desterrado por haber dado muestras de su talento.

---

[558] Véase nota 556.

30. Y entretanto Ostorio Sabino, acusador de Sorano, entra y comienza a hablar de la amistad de Sorano con Rubelio Plauto, y de que su proconsulado en Asia lo había desempeñado mirando más a sus intereses particulares que al bien público, alimentando la sedición de las ciudades[559]. Estas eran historias viejas; 2 pero lo que era nuevo y complicaba en el proceso contra el padre a su hija, era la acusación de que ella había hecho donativos a unos magos. Cierto que había ocurrido, pero por el amor filial de Servilia —que así se llamaba la muchacha—, la cual, por cariño a su padre y también por la imprudencia propia de su edad, había consultado a adivinos, aunque sólo acerca de la salvación de su casa, de si Nerón se dejaría aplacar, y de si de la investigación del senado se derivarían consecuencias terribles. El caso fue que se la hizo compare- 3 cer ante el senado, y quedaron en pie el uno frente al otro ante el tribunal de los cónsules; el padre, de avanzada edad, y la hija que aun no había cumplido los veinte años, condenada a la viudedad y el abandono por el reciente destierro de su marido Annio Polión[560]; y ni siquiera se atrevía a mirar a su padre, porque pensaba que había agravado el peligro que él corría.

31. Entonces, al preguntarle el acusador si había vendido su ajuar de novia y un collar que solía llevar al cuello para allegarse dineros con los que hacer ritos mágicos, ella empezó por arrojarse al suelo y entregarse a un largo llanto seguido de silencio; luego se abrazó al altar y al ara y dijo: «No he invocado a dioses impíos, ni he hecho maleficios, ni pedí en mis desdichadas preces otra cosa que el que tú, César, vosotros, senadores, dejarais sin daño alguno a éste

559 Véanse notas 549 y 550.

560 Véase XV 56, 4; 71, 3.

2 que es el mejor de los padres. Mis piedras y vestidos y las insignias de mi dignidad las entregué tal cual si me hubieran pedido mi sangre y mi vida. Allá ésos, a quienes antes no conocía yo, con el nombre que lleven y las artes que ejerzan; yo no hice mención del príncipe a no ser entre los dioses. Pero no lo sabe mi pobre padre y, si ello es un crimen, yo sola he delinquido.»

32. Cuando todavía estaba hablando toma la palabra Sorano para proclamar que ella no lo había acompañado a la provincia, que por su edad no había podido conocer a Plauto, y que no estaba implicada en las acusaciones contra su marido; debían pues dejarla aparte como acusada, simplemente, de excesiva piedad, hallándose él dispuesto a sufrir cualquier suerte. Al propio tiempo se lanzó a abrazar a su hija que corría hacia él, pero los lictores se pusieron en me-
2 dio cerrándoles el paso. Se dio entonces la palabra a los testigos, y cuanta misericordia había provocado la crueldad de la acusación, tanta indignación se ganó
3 el testimonio de Publio Egnacio. Era éste cliente de Sorano, y entonces se dejó comprar para acabar con su amigo; se escudaba, por hacerse respetar, en la secta estoica[561], diestro en aparentar la imagen de la honradez en su porte y expresión, pero de ánimo pérfido y falso, que ocultaba su avaricia y sus pasiones. Una vez que todo ello quedó al descubierto por obra del dinero, dio un ejemplo de cómo hay que precaverse, lo mismo que de cuantos están complicados en fraudes y manchados por la infamia, así también de los que bajo

561 Tácito deja traslucir en este pasaje su desconfianza, típicamente romana, ante la filosofía como modo de vida y, en particular, ante el moralismo estoico, aunque tal prejuicio no le impida admirar a los estoicos de moralidad verdaderamente ejemplar.

la apariencia de la virtud esconden su falsía y su deslealtad para con los amigos.

33. Sin embargo, aquella jornada dio también un ejemplo de honradez en la persona de Casio Asclepiódoto, que se contaba entre los notables de Bitinia[562] por sus grandes riquezas, el cual, manteniendo a Sorano la devoción que le había testimoniado en sus tiempos felices, no lo abandonó en su caída; despojado de todos sus bienes y condenado al exilio, fue una prueba de la indiferencia de los dioses ante los buenos y malos ejemplos[563]. A Trásea y Sorano, y también a Servilia, 2
se les concede elegir la forma de su muerte; Helvidio y Paconio son desterrados de Italia; Montano fue perdonado en concesión a su padre, pero con la condición de que no interviniera en política. De entre los acusadores, Eprio y Cosuciano fueron premiados con cinco millones de sestercios cada uno, Ostorio con un millón doscientos mil y las insignias de cuestor.

34. Entonces fue enviado el cuestor del cónsul junto a Trásea, que se hallaba en sus jardines, cuando ya declinaba el día. Había reunido a grupos numerosos de varones y mujeres ilustres, y prestaba especial atención a Demetrio[564], maestro de la escuela cínica, con el cual, según podía colegirse por la seriedad de su expresión y por lo que se oyó cuando hablaban en tono más alto, discutía sobre la naturaleza del alma y la separación del espíritu y el cuerpo; en esto llegó Domicio Ceciliano, uno de sus amigos íntimos, y le comunicó lo que el senado había decidido. Así pues, 2
como los que a su lado estaban prorrumpían en llantos

562 Era de Nicea.

563 Concesión al antiprovidencialismo epicúreo; véase VI 22, 1.

564 Filósofo amigo de Séneca.

y quejas, Trásea les aconseja darse prisa y no asociar su suerte a la de un condenado. A su esposa Arria, que pretendía compartir el final del marido imitando el ejemplo de aquella otra Arria que fuera su madre[565], la exhorta a conservar la vida y a no privar a la hija común del único apoyo que tenía.

35. Entonces sale al pórtico y allí lo encuentra el cuestor, y casi alegre porque había sabido que a su yerno Helvidio sólo se lo desterraba de Italia. Luego, tras recibir el decreto del senado, hace entrar en su alcoba a Helvidio y a Demetrio; se abre las venas de ambos brazos, y al brotar la sangre, regando con ella la tierra, llama al cuestor para que se acerque y le dice: «Hacemos una ofrenda a Júpiter Liberador[566]. Mira, muchacho; y ojalá los dioses alejen este agüero; por lo demás has nacido para unos tiempos en los que conviene robustecerse el ánimo con ejemplos de
2 entereza.» Después, como la lentitud de su muerte le producía grandes sufrimientos, vueltos hacia Demetrio... ***[567].

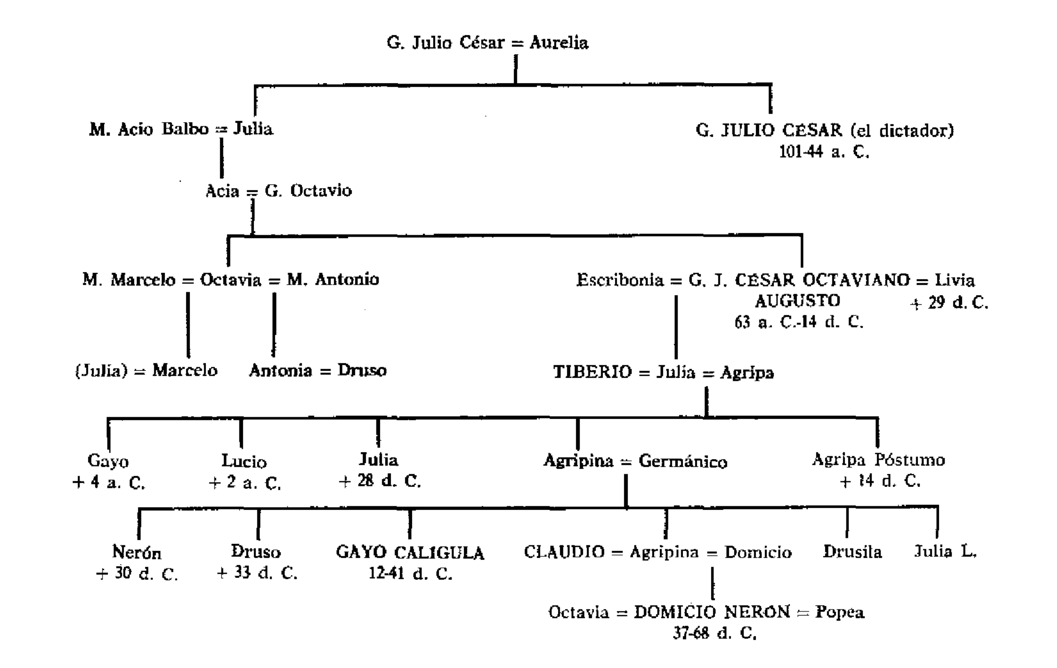
---

565 Esposa de Cécina Peto, condenado bajo Calígula en el año 42, que siguió a su marido en la muerte.

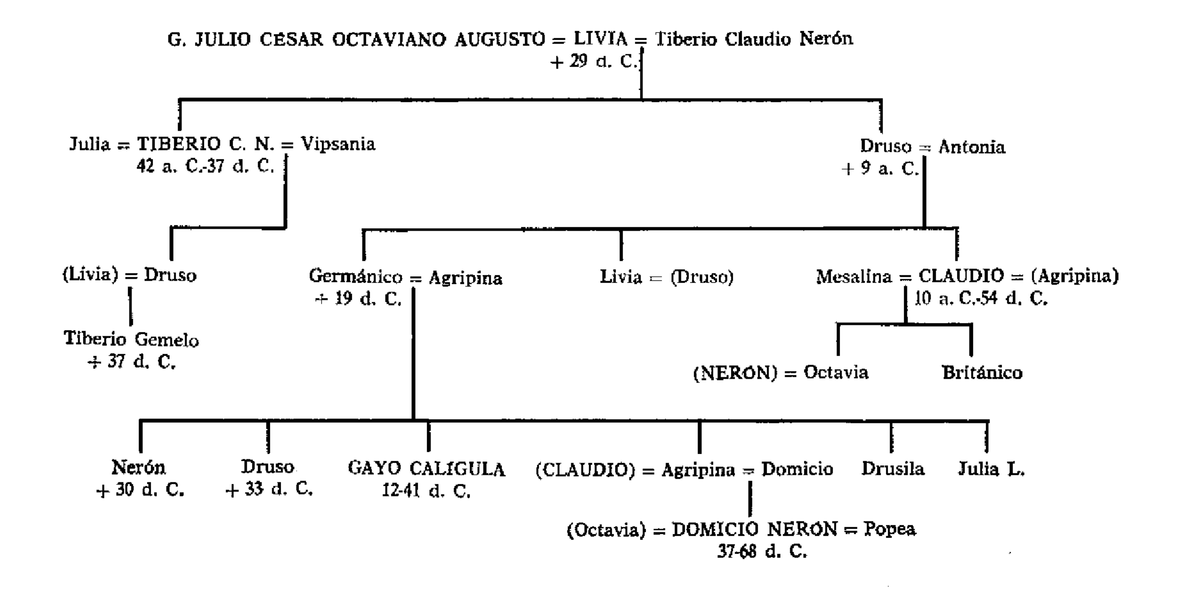
566 Mismo gesto que Séneca; véase XV 64, 4.

567 Aquí se acaba el texto conservado de los *Anales*. Que la obra llegara hasta el final de Nerón en el año 68 parece probable; por otra parte, no es seguro que cupiera en los 35 a 40 capítulos más que se puede pensar que tuviera el libro XVI la narración de los complejos acontecimientos que llevan a la eliminación de la dinastía Julio-Claudia, por lo que se ha pensado que tal vez la obra tuviera un total de 18 libros. Sin embargo Koestermann, al final de su comentario, plantea la hipótesis de que Tácito, detenido en su actividad por la muerte, dejara inconclusos los *Anales*.

FAMILIA JULIA (CÉSARES)



FAMILIA CLAUDIA



ÍNDICE DE NOMBRES

ÍNDICE GENERAL